

01069
Sej. 2



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA QUERRELLA DE MARTIN LUIS GUZMAN

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

TESIS
que presenta Fernando Curiel Defossé
para obtener la Maestría en Letras Mexicanas



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

ACLARACION

Este trabajo, parte de una dilatada pesquisa de Martín Luis Guzmán (1887-1976) y su generación, la del Ateneo de la Juventud, fue posible merced al auspicio del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Tanto su método como su tema fatigan un género proteico y, por eso mismo, conceptualmente huido: el ensayo. Asiento, sin embargo que, salvo el repaso de los afanes de Medardo Vitier, Alberto Zum Felde, José Luis Martínez y John Skirius, estudiosos del ensayismo latinoamericano, ahorro, premeditadamente, al lector, la discusión interminable de tan vivaz especie literaria. Me contento con la fórmula de Reyes ---el ensayo: género centauro; y mi simple intuición ---el ensayo: cruce de caminos sobre la superficie del agua.

Agradezco a mi amigo Rubén Bonifaz Nuño, su estímulo intransigente. A Alicia Reyes, de la Capilla Alfonsina, el gentil acceso a la correspondencia que trabó su abuelo con Martín Luis Guzmán y Pedro Henríquez Ureña ---correspondencia que vertebra, en no poca medida, mi texto. A Sara Martínez su paciente lectura anotada. A Araceli Romero las diversas versiones mecanográficas del manuscrito. A los cuentistas Francisco Guzmán y Daniel García la revisión final.

El autor.
San Jerónimo, México, D.F.
23/Nov/86

NOTICIA

Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes compartieron el pan de la amistad, la sal de las lecturas y el dolor, inmenso, de la orfandad paterna. El coronel federal Guzmán muere, después de ser abatido por los revolucionarios, en el Cañón de Malpaso, al norte de México, el 29 de diciembre de 1910. El general Reyes, prominente figura del antiguo régimen, cae, en pleno zócalo de la ciudad de México ametrallado por fuerzas leales al presidente Madero, al abrirse el primer capítulo de la Decena Trágica. Aquel 9 de febrero de 1913.

Separada por las circunstancias, la amistad Guzmán/Reyes se reencuentra momentáneamente en Madrid y en las páginas de una correspondencia de la que empezamos a descubrir su constancia y caudal. Invito al benévolo lector a espigar la pieza correspondiente al 26 de mayo de 1918. Desde Nueva York, Guzmán participa novedades varias; una de ellas digna de ocupar las ocho columnas del periódico -inexistente, por facturarse- de la vida literaria mexicana.

Pedro Henríquez Ureña, también a orillas del río Hudson, había dictaminado la jerarquía de aquel grupo, del que era guía y motor, denominado Ateneo de la Juventud—cenáculo, sí; para la fecha de la misiva, menos organismo vivo que memoria. Recuento. El laurel del número uno ceñía -debía ceñir- la frente del destinatario: Reyes. El remitente, en cambio, ocupaba el quinto sitio de la lista, después de Julio Torri, pero antes que José Vasconcelos. Añado que el virreinato correspondía a Antonio Caso y, el tercer lugar, a Carlos González Peña.

Cabe y procede la pregunta:

¿A qué Guzmán, a la sazón de 31 años de edad, calificaba Pedro el Dominicano? ¿Al estilista que dispensará, a la narrativa hispanoamericana, dos o tres de sus monumentos imperecederos? ¿Al aprendiz de la musa Clío? ¿Al estudioso de la sociedad mexicana y su clase rectora, por esencia corrupta o corruptible? La del Ateneo, no se pierda de vista, fue una generación que cojeó más del pie del pensamiento que del pie de la poesía o de la novela. Principio que

no refutan la producción lírica de Reyes -primer lugar- ni la conversión de Vasconcelos -sexto lugar-, merced a sus memorias, en un narrador fascinante. Al Ateneo, para ser justos, le conviene la etiqueta: literatura de ideas.

Así pues, la clasificación de M.L. Guzmán, ese nada desdeñable quinto lugar en un parnaso de plumas mayores, obedecía a razones metanarrativas. De lo que no se sigue que Henríquez Ureña, famoso por la firmeza de su pulso crítico, errara el blanco.

Luego de dar a luz, en 1913, de la mano de Puck, viñetas meditativas -por ejemplo, sobre el "artificio"- y de pronunciar discursos propios de aquella edad oratoria- por ejemplo, el que procura la síntesis ética de los ejércitos federal y revolucionario-, nuestro autor se inicia formalmente en las letras con un ensayo de sociología política o "psicología social" o filosofía histórica: La querrela de México—1915; género éste en el que reincide al publicar el segundo título de su bibliografía: A orillas del Hudson—1920. Aquí, junto con otros escritos de los años diez, luego refundidos, se domicilia la "obra primitiva" de Martín Luis Guzmán. Obra analítica, testimonio de un afán patriótico en todo punto semejante al que mueve a Molina Henríquez, Madero, Cabrera, Vasconcelos, Cosío Villegas, García Cantú y a Revueltas de -entre otros papeles- México, una democracia bárbara. La querrela enderezada contra los vicios nacionales. Aunque, en el caso de Guzmán, "sin ira y con provecho".

Nadie se atrevería a escatimarle al autor de Muertes históricas, amén de otras, dos virtudes. Por un lado, el adueñamiento y goce del lenguaje. Por otro, una visión histórica, aguda y sagaz—¿qué alma inocente, así se atiborre de fichas y documentos, podría ejecutar La sombra del caudillo o el retrato de Fierro? Sostengo que la primera virtud atañe al narrador, desconocido en su poderío por el Ateneo de la Juventud; mientras que la segunda, corresponde al ensayista, según lo ponderó y clasificó Pedro Henríquez Ureña a nombre de su generación. Naturalmente que ambas virtudes se reclaman, alian, auxilian. Sólo

ensayista agazapado tras el narrador-, otra. La obra primitiva de Guzmán descubre, a su modo, "lo mexicano". El autor de El águila y la serpiente, La sombra del caudillo, Memorias de Pancho Villa, Muertes históricas, es también, en cuanto ensayista, uno de los pioneros en el desentrañamiento de las leyes sociales, políticas, morales, culturales, que conforman a la sociedad mexicana ---y, claro, su arte y su literatura. Martín Luis Guzmán propone, a la par que una narrativa deslumbrante de la revolución -cosa archisabida-, un juicio histórico de la nación mexicana, señaladamente de su dirigencia--- cosa menos sabida. Juicio expuesto, al decir de Arturo Delgado, con "una sinceridad desbordante y un rigor científico de primera categoría."* Baste apuntar, por ejemplo, que Guzmán es uno de los más incisivos estudiosos, del... iporfirismo!, no sólo el retratista genial de Obregón o Buelna. Y nos dice José C. Valadés: "Aunque sin revivir la centuria XIX^a, y con visible inclinación a la novela y por lo tanto a la voluptuosidad en las descripciones, el señor Martín Luis Guzmán inicia la historia de lo mexicano, y a la que llamaremos, no obstante el énfasis, independiente."**

Tercero. Limitándonos a la médula de la grandeza guzmaniana, su narrativa, nos encontramos con que ésta ilustra, en algo grado, mediante procedimientos sutiles que son los de la alquimia literaria, las visiones, las filias y las fobias del ensayista, del "censor". Según caeremos luego en la cuenta, la incomparable galería de revolucionarios está dictada, combustionada, por la teoría de la clase dirigente -llamémosle así- trazada en el folleto de 1915. Y La sombra del caudillo explicita una serie de artículos periodísticos -periodismo doctrinal, dijimos-, del año 1919, en los que reclama la creación del partido revolucionario. Etcétera, etcétera. Recobrar, por ende, al ensayista, fijar sus temas, pesquisar sus alcances y ramificaciones en veces imprevistas, signi . . . nocer con mayor largueza, o a lo menos desde otra perspectiva, al narrador prodigioso.

He reservado, sí, para el final, el argumento de mayor peso.

* Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano, p.10

** El porfirismo, Historia de un régimen, El crecimiento, T.I., p. XXV.

que a una de las dos -la reflexiva, la seducida no por la página en blanco sino por los signos sociales- le tocó debutar en primer término. Lo que nos permite hablar de dos querellas. La del autor frente a su país. La del autor frente a su obra. Acerca del Guzmán ensayista versa este libro.

Aunque es probable que el lector, escéptico, inquiera:

¿Basta la presencia, indubitable, de esta faceta guzmaniana, para justificar un estudio específico? ¿No se le está confiriendo un carácter autónomo, artificialmente separado, a algo que sólo es parte de un todo?

Respondo gustoso:

Primero. La vocación reflexiva de Guzmán, el gusto por la "idea" -idealidad aplicada, encarnada-, pervive, incluso, en los momentos de mayor "ficcionalidad", "literariedad". Crónicas, novelas, "muertes", biografías, episodios nacionales pagan tributo enjundioso y voluntario al género bautismal; el ensayo. Ensayo se rá una de las piezas magistrales de la madurez extrema: Apunte sobre una personalidad ---1954; discurso de ingreso a la Academia de la Lengua, en el que el recipiendario confiesa, de sí mismo: "luego se dispuso a convertirse, independientemente de la profesión u oficio que escogiera para ganarse la vida, en un maestro, un gafa, un censor." El análisis de la realidad nacional es una de las formas que adopta aquella ambición temprana -la policía cívica-, evocada a los 67 años de edad. Sin que ignoremos, desde luego, otra vertiente: el periodismo doctrinal -llamémoslo así- frecuentado por Guzmán desde la juventud hasta el momento de su muerte. Jamás se apaga la llama que iluminó, en Madrid, la redacción de La querella de México.

Segundo. A diferencia de su amigo Alfonso Reyes, cuyas aficiones no conocían límites, salvo los del enciclopedismo, Guzmán contrajo su inquisición a un ámbito concreto: México. Esto en una época en la que tal tema pecaba de virginal. Soslayando, por ahora, el origen único o múltiple de esta inquietud, constancia, de Guzmán, agrego, a la justificación consignada en primer término -el

Cuarto. Por si no bastaran la sobrevivencia del ensayista en el narrador, la participación temprana del autor en el examen de la mexicanidad, la huella temática del ensayo en la narrativa, aduzco el posible valor intrínseco, literario, de la obra ensayística. Hipótesis perfectamente válida. Prosa crítica hay en la que el fondo no devora a la forma; antes al contrario, insufla una doble creación, la del pensamiento y la de la palabra. Indagar esto en Guzmán es tarea tan pertinente como obligada.

Y no abundaré más.

Sígame el lector, si le place, en el empeño. Aunque antes nos demoraremos en el olvido de Guzmán -el ensayista y el narrador-; quiero decir, en la interdicción que la posteridad impone a la obra y los tiempos -¿qué tan diversos al nuestro?- del autor pronto centenario.

PRIMERA PARTE: ¡GUZMAN HA MUERTO! ¡MUERA GUZMAN!

LIBRO PRIMERO: LOS AGRAVIOS

I

23 de diciembre del 76

-Hay vidas ejemplares en cuya tumba inician perennidad intangible. A su duelo se unen trompetas de gloria.

Trompetea, en efecto, Agustín Yáñez, ante la cripta de Martín Luis Guzmán en el Cementerio Español de la ciudad de México ---la inscripción funeraria elige la espada, que no la pluma, el enaltecer al coronel villista en vez de al polígrafo. Son las quince horas, y minutos, del 23 de diciembre de 1976. Guzmán había muerto, la víspera por la noche, a las 10:45 horas, en su despacho de la revista Tiempo, a causa de un infarto masivo al corazón. Apenas dos meses atrás había cumplido 89 años de edad.

-Existencia fecunda, Martín Luis Guzmán halla hoy cátedra perpetua en cima patria, donde sucesivas generaciones aprenderán enseñanzas proficuas. Desde luego/

Prosigue Yáñez, Director de la Academia Mexicana. Aunque al aire libre -no más diáfano, "guzmaniano"- su voz resuena en la cavidad de una habitación enteramente vacía. Si en todo deceso prócer -y el del autor de Febrero de 1913 lo era, con holgura- contienden dos fuerzas vitales, las que embalsaman con vistas a la Historia Oficial -la hay también de la cultura-, y las que claman por la memoria crítica del sujeto contradictorio, rotundo y mezquino, persona no efemérides, podemos asegurar que en tratándose del biógrafo de Villa, de Fierro, de Obregón, de Carranza, de Ramón F. Iturbe, de Urbina, de David Berlanga, arrollaron las primeras. Recuenta Yáñez:

-Liberal a marcha martillo, se reveló en sus empeños estudiantiles y en sus primeros escritos; desde luego, asociado al esclarecido grupo del Ateneo de la Juventud -par de Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri-, concurreó a la reforma espiritual del país y por cauce lógico, se

sumó a la revolución en la hora de su estallido; actor y cronista, figuró cerca de Francisco Villa -una de sus últimas alegrías fue la traslación de sus restos al Monumento de la Revolución-, más tarde colaboró con la causa de la República Española; memorable la batalla que, al realizarse en México el Primer Congreso de la Academia de la Lengua Española -1951- libró por la autonomía de las corporaciones; la revista Tiempo, en sus 35 años de publicarse ha sido escuela de objetividad, concisión y buen uso del idioma. En fin, desde 1959, consagró su clara inteligencia, su tenacidad, a constituir y poner en marcha la Comisión de los Libros de Texto Gratuitos, magna obra en cuyo desempeño le acechó la muerte. Tampoco echaremos al olvido la dignidad con que desempeñó el cargo de senador de la República.¹

Cierto, certísimo; quedándose, incluso, el orador, corto. Pero las palabras eran otras tantas paletadas de tierra, gotas de cera de un sello inviolable, una lápida sumada a la otra, el finiquito de Martín Luis Guzmán. El orador fúnebre y la República y la Crítica y la Academia inhumaban cuerpo y corpus. Sepultábanse, sí, hombre y escritura. Al demonio con D. Martín.

Me basta señalar que, entre aquella tarde en albor de 1976, y estos primeros meses de 1983*, no se ha publicado un solo libro -individual o colectivo- sobre el finado; instituido seminario guzmaniano alguno; verificado caudaloso, novedoso, asedio a los dos movimientos a los que su nombre se vincula de entrañable modo. El cultural del antipositivismo -cuya cresta es el Ateneo de la Juventud- y el literario de la Novela de la Revolución ---Azuela, Rafael F. Muñoz, etcétera. A estas fechas, pues, siguen rigiendo las lecturas pre muerte de Salado Alvarez, Andrés Iduarte, Ermilo Abreu Gómez, Max Aub, Emmanuel Carballo, Arturo Delgado González, Margo Glantz, Escalante, Monsiváis, etcétera.

Remembranzas sí ha habido, y trémulas anécdotas, y juicios sumarios ---algunos con ánimo de Ley Fuga. Y revelaciones como Apuntes para una novela, texto establecido por José Emilio Pacheco y dado a conocer por el primero de los su-

*Fecha en que se concluye este ensayo.

plementos que Tiempo está dedicando a su fundador, con noticias y críticas más o menos breves. Texto, el supracitado, que acusa, de modo extraordinario, la íntima querrela entre el ensayista y el narrador. Debiendo anotarse lateralmente el libro reportaje La sombra de Serrano, preparado por Federico Campbell para Proceso. Pero nada, o poquísimo, más. Entre tanto, Leonardo Sciascia destina una de las entradas de su diario, dado a conocer en 1979, bajo el título Nero su nero, a la admiración que le sigue causando el escritor mexicano. ¿Aguirre ... Moro?

2

Hablando claro

¿Por qué mantenemos a Guzmán en un sitio equivoco que al compás que reconoce su significación, la escamotea y suspende? Las cosas por su nombre. Martín Luis Guzmán es mala compañía, figura apestada. Ahora bien, contra lo que podría pensarse o suponerse, abundan las respuestas o razones, a veces expresas, a veces tácitas, que fundamentan la condena. Espigo las más enjundiosas:

/a/ El 23 de diciembre de 1976, hacía años que Guzmán había muerto para la literatura mexicana. Ora por extinción natural de sus facultades narrativas; ya por su entreguismo oficial; ora por haberse rendido con armas y bagaje al enemigo.

/b/ Sufrimos, en el caso del autor de las Memorias de Pancho Villa, un error de perspectiva; si no es que engaño o fraude. Guzmán no es lo que se supone fue: ojo de la cámara en la tormenta revolucionaria, reportero imparcial del gran movimiento social de 1910. Ora porque el verdadero personaje de sus escritos es él mismo; ya porque su óptica hallábase viciada; ora porque despreciaba a la gleba; ya porque únicamente habla de los hombres del poder.

/c/ Don Martín Luis Guzmán fue, cada día con mayor fuerza, una celebridad dudosa. Ora por haberse acogido al favor sexenal; ya por haberse trocado en legi

timador del sistema; ora por haber salido a la inmoderada defensa de Díaz Ordaz antes y después de octubre de 1968.

/d/ El autor conoció en vida la gloria merecida e, incluso, la inmerecida; aquella autoglorificación que pudo dispensarse como editor, distribuidor, publicista, crítico, de su propia obra. Cuestión de la que se ocupa lapidariamente Gabriel Zaid en ¿Quién es el autor más vendido en México?² Procede, pues, un tiempo de silencio alrededor de Guzmán.

Reparo en cada inciso y sus especies. Esto con el objeto de establecer si los agravios apenas reseñados, por separado o en cortejo, justifican la interdicción que pesa sobre el mexicano "par de Vasconcelos, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri". Quizá resulte que no sólo en su personal y espinoso caso, sino en el de la entera pléyade, de la entera camada ateneísta, es temos en deuda.

3

Notas

1. Suplemento de aniversario, Tiempo. Vol. LXXII. Núm. 1859, 19 de diciembre de 1977, p.38.
2. En Cómo leer en bicicleta. pp. 83-87

LIBRO SEGUNDO: REPLICA

I

6 de octubre de 1967

Advierto in limine que la tesis general de la muerte en vida únicamente cobra sentido después del 67; año éste en que la República literaria, reunida en pleno, colma a Guzmán de honores. Padre y abuelo venerable, sí, pero vivo y coleando. En modo alguno azuzado por la grafomanía de un debutante; mas en decorosa actividad escrituraria. El vitoreado, tómesese cuidadosa nota, había dado a la estampa novedades o reediciones que el público acogía con agrado o a lo menos curiosidad; hablo de: Pábulo para la historia ---1961; Necesidad de cumplir las leyes de Reforma y Febrero de 1913 ---1963; y las en verdad deliciosas Crónicas de mi destierro ---1964. Amén de encontrarse Guzmán preparando sus, a la postre inconclusas, Memorias de España, país en el que recalará en 1915/16 y 1925/36, y cuya nacionalidad, reprochábasele, adquirió o estuvo a punto de adquirir ---entendiéndose, por preparar, la técnica del autor que estriba en una prolija corrección o, de plano, reescritura. En 1961 había publicado, anotadas, en dos tomos, sus Obras Completas*.

Los festejos de octubre de 1967 tuvieron como origen y pretexto sus primeros 80 años de vida ---52 de escritor édito. Asistió todo mundo. Peroraron Agustín Yáñez, Jaime Torres Bodet, José Luis Martínez, Rafael F. Muñoz, José Revueltas y, a nombre de los novísimos, las juventudes literarias, Carlos Monsiváis.

Ahora bien: la víspera de tan señalado día, el homenajeado concedió otra entrevista a uno de sus retratistas más asiduos y penetrantes: Emmanuel Carballo. Este le preguntó, por ejemplo, cómo juzgaba a esas alturas "la vida y la muerte". A lo que contestó, presto, D. Martín:

-La edad y la muerte son parte de la vida y quienes no lo comprenden o sienten así, envejecen más o mueren más. No detenerse a pensar que los años están pasando nos ayuda a emplearlos mejor, esto es, a vivir, y vivir cada instante

*Incompletas, en realidad.

es una manera de vivir más. No acordándonos de que la muerte llegará, nuestra muerte, deja intactas nuestras energías físicas y espirituales en lo que cada una de ellas tenga de actual en cada momento, y esto se traduce en una perspectiva ilimitada de la vida. Así, cuando la muerte llegue, será una sorpresa.

No menos vitalista, no menos vivaz, es el autoanálisis estilístico al que el crítico, ya para finalizar su entrevista, orilla a Guzmán:

-¿En qué área de la prosa se siente usted más a gusto?

-Me siento más seguro penetrando a fondo en la psicología, en el carácter, en la personalidad y en los actos de los hombres que realmente han existido o que, anónimos, al crearlos no como arquetipos sino como individuos pudieran existir. Y lo que digo de los hombres podría afirmarlo de las grandes acciones y de los grandes paisajes. Describir una batalla es un placer sin igual; presentar de cuerpo entero a un hombre, en su grandeza o en sus tribulaciones, recompensa cualquier esfuerzo. Presentado todo, eso sí, sin nada superfluo, sin nada accesorio; todo enjuto y depurado hasta llegar al solo perfil. Cuesta algún trabajo hacerlo así porque uno a veces se deja llevar de demonios intrusos que se disfrazan del solo auténtico y verdadero; lo que quiero decir es que hay que guardarse de lo que aplicando mal la palabra suele llamarse inspiración. La única inspiración buena es la que se gobierna a sí misma, la que por dentro es fría, fría como témpano de hielo.¹

Llegada la celebración, dijo Torres Bodet: "...en sus ideas y en sus trabajos, Martín Luis Guzmán ha sabido mantener el valor de sus convicciones. Toda su obra es un testimonio..."; dijo José Luis Martínez: "...es un raro privilegio el poder celebrar los ochenta años de un escritor, sobre todo si éste se encuentra, como Don Martín Luis Guzmán, en la plenitud de su talento"; dijo Revueltas: "ninguno representa en mi trabajo literario una influencia tan importante como la de Martín Luis Guzmán, por cuanto a la enseñanza que ofrecen sus formas y recursos para esclarecer lo real, para extraerle su sentido y para transformarlo

en materia novelística..."; dijo Carlos Monsiváis: "...supo mezclar, de modo categórico, la objetividad del historiador y el periodista, con la diversidad y el oficio de un gran escritor contemporáneo."² Etcétera.

Si bien es verdad que, luego de 1967, Guzmán ya no da a la prensa un nuevo libro, también lo es que, empero, cuida la reedición, en dos tomos, de obras completas—1971; labora según tiene acostumbrado desde siempre; cumple los deberes de la amistad —Andrés Iduarte tenía cita a comer con él, el 24 de diciembre del 76. Comportamiento que trocó, en hecho, lo dicho a Carballo. Todo acusa, en efecto, que para el exacto historiador del "tránsito sereno de Porfirio Díaz", del "ineluctable fin" de Carranza, la muerte -su propia muerte- fue, como lo dispuso, una "sorpresa".

De acuerdo, no lo he olvidado: el inciso /a/ contiene tres especies, de las cuales tan sólo he abordado, ¿desechándola?, la que sostiene, sospecha, la anticipada pérdida de las facultades narrativas. Una muerte literaria —temprana e involuntaria; suceso, por otra parte, frecuente aún en autores mozos. Yo he intentado asentar que la fecha de marras, de ser cierta, no puede retrotraerse más allá de 1967, del aniversario número ochenta! de Guzmán.

Restan, pues, los puntos del entreguismo oficial y de la rendición total al enemigo. Pido se me autorice tratar, más adelante, el punto -baldón, mácula- "entreguismo". Ocupándome ahora, sólo, de la "rendición".

2

La vieja historia

Si Guzmán no fue víctima inocente de la decadencia artística, no antes de sus 80 años de edad, según se desprende de los testimonios calificados de Torres Bodet, Yañez, Martínez, Revueltas y Monsiváis, y de las respuestas del propio autor a Carballo -avispadas, inteligentes, ajenas a la roma senilidad-, ¿qué se quiere decir con eso de la "rendición"?

Puntualizando que la tesis pertenece al ya citado Emmanuel Carballo, y que le convendría el rubro Tesis del Pacto Leonino, procedo a reseñarla. Participe de causas perdidas, léase maderismo, villismo, convencionismo, delahuertismo, Guzmán finaliza por pactar con la facción revolucionaria a la postre triunfadora; algo equiparable a lo que hicieron muchos revolucionarios cuando estimaron que su lucha era una lucha perdida, por lo que arriaron las banderas. Hora de armisticios e indultos. ¿No acudió a parecido expediente el mismísimo Pancho Villa, si bien la contraparte incumplió, ora al quitarle la vida, ora al no impedir que otros lo hicieran? Los perdidosos que no pactaron, o fueron liquidados o jamás regresaron al país: exilio que juntó, sin revolverlos, a porfiristas, huertistas y revolucionarios.

A diferencia de lo que sucede con los escritores de generaciones posteriores, salvada la excepción de José Revueltas, en Guzmán conviven el hombre de letras y el militante -enemigo- político. Del alcance de estas rivalidades, da clara noticia, lector fiel, la cólera en que montó Calles al distribuirse aquí, por el agente de Espasa Calpe, La sombra del caudillo —cólera que, lo veremos en su oportunidad, acarreará consecuencias políticas y narrativas.

Regreso a Carballo. Una vez suscrito, el pacto resultó desastroso, para la literatura mexicana y para el autor: "Así como otros escritores responden con sus textos a la alegría, a la felicidad, o simplemente a su aptitud imaginativa, Guzmán respondió a las circunstancias históricas de su país siempre y cuando le fueran personalmente adversas. Aún Las memorias de Pancho Villa, que comienza a escribir como proscrito acerca de un bandolero, las interrumpe y abandona en el momento en que él pasa a ser una persona respetable y Villa proyecto de héroe de la Revolución Mexicana.* Escritor contra la corriente (expuso en sus distintas etapas la visión de los vencidos), enmudece cuando las circunstancias le son propicias. En otras palabras, su literatura nace y florece en la adversidad y deja de tener sentido cuando ésta, para nuestra desgracia como lectores atentos

*Refiérese a las cuatro partes, aproximadamente 800 páginas, que Guzmán se propuso, pero no dispuso, añadir al caudaloso libro ya publicado.

a su obra, muda de signo y se convierte en reconocimiento oficial. Qué paradoja para los críticos en blanco y negro que un hombre ganado por el sistema sea, en el fondo de sí mismo, un iconoclasta, un disidente y escritor de protesta. Cuando el hombre pacta con el Gobierno (con la facción triunfadora de la revolución), el escritor enmudece. A partir de ese instante, la literatura deja de tener sentido, razón y alas."³

Sugestivo parecer, a no dudarlo. Entregadas las armas -pluma y espada-, ¿qué batallas le restan a Guzmán? Vicarias, sucedáneas, oratorias, fantasmales. La independencia de la Academia Mexicana, la Neorreforma, el Neojuarismo, la Institucionalidad a Toda Costa. La antigua disidencia -¡y qué estocadas a la intelectualidad porfiriana, al caudillismo!- resuelta en ademán.

Empero, hay varias cuestiones por considerar.

-/ En realidad, Carballo formula su tesis antes de 1978 -año de la cita anterior-, en 1966, en las páginas de La cultura en México. Habla, ahí, de la obra guzmaniana como un mundo cerrado, debiendo entenderse los libros futuros "como acto de colonización más que como hazañas de conquista". Aunque opino que en el espíritu del crítico es preferible, en vez de "colonización", la fórmula "canibalización" puesta de moda -y modo- por Raymund Chandler. Caso de autofagia. Autores que se alimentan de sus propios textos; que reescriben. Sobre el particular, estúdiese, por cierto -más tarde, no ahora-, la intensidad con la que Guzmán, todavía disidente, canibaliza, en El águila y la serpiente, el ensayo/relato Luz y tinieblas aparecido en la revista México moderno.⁴

-/Admito, sí, que la anterior precisión puede sonar a minucia prescindible. Posibilidad, en cambio, que niego a esta otra: de ser cierto el abandono de la literatura, fruto del término de las hostilidades y del concomitante perdón, reconocimiento oficial, dicho abandono habría acaecido muchos, muchísimos años después que Guzmán torna a la patria poniendo punto final al destierro, a la exclusión, a la derrota. La fecha exacta del retiro literario -que lo hubo-, su-

ministrála el propio Guzmán al propio Carballo. Confiesa, en efecto, que merced a la presidencia de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos -empresa, claro, digna de un discípulo, aunque lejano, de Barreda-, dejó "las letras". Sin embargo, para ese entonces, año del 59, la consagración oficial del autor era, cómo ignorarlo, era ya abundosa ---un año antes, para citar un ejemplo entre otros, el presidente Ruiz Cortines habíale entregado el Premio Nacional de Letras.

En suma: si se considera que el regreso de Martín Luis Guzmán a la República Mexicana data de 1936, regreso que es una reconciliación, podemos concluir que la ejecución plena del acto calamitoso, castrante, pecó de laxitud. Al igual que los zapatistas después de los Tratados de Ciudad Juárez y de los Tratados de Teoloyucan, Guzmán rehúye entregar sus armas así como así. Llega a México precedido de subida fama, la fama del díptico El águila y la serpiente y La sombra del caudillo. Sin embargo, el sistema que lo ganó debió aguardar cerca de cinco lustros el mutismo final ---de ser en efecto 1959, y no 1967, el momento del adiós a "las letras".

-/Por último: el crítico admite, tácitamente, el comentario precedente. Esto en cuanto afirma, sobre las "muertes" paralelas Díaz/Carranza, lo que transcribo: "Tal vez esté equivocado, pero, a mi juicio, desde el año de 1929 en que apareció la primera gran novela política mexicana, La sombra del caudillo, no había leído, escrita por mexicanos, una obra como Muertes históricas, en la cual la forma esté tan acorde con el contenido."⁵ Sobre decir que las nupcias forma/contenido, clave, me permito señalar o recordar, a la que debe apuntar la búsqueda de lo literario, es don de escritores dueños de su genio y de su oficio. Y tenemos que Muertes históricas publicase en... ¡1958! Un año antes de la fecha en que, al tenor de su propia confesión, Guzmán, exmaderista, exvillista, exconvencionista, exdelahuertista, se retira de la prosa activa, la creación ---no obstante su plenitud, recién probada.

Hete, pues, que Guzmán, pese a retornar al país con propósitos reconcilia-
torios durante el cardenismo, consigue dilatar su magisterio, su escritura, has-
ta casi la víspera del movimiento literario conocido como La Onda —ondón de
sus nietos y bisnietos, todos parricidas. Es que, mi estimado amigo Emmanuel
Carballo, la rendición estética y la rendición política guardaron, las fechas
lo acusan así, un ritmo desigual. Aunque aclaro que, en el campo de la escri-
ta, quien sí claudica de inmediato, quien se apacigua, es el ensayista político,
el crítico despiadado de La querrela de México y A orillas del Hudson; miradas
feroces a la clase rectora, mentora, frente a las cuales Pábulo para la historia
o Necesidad de cumplir las Leyes de Reforma semejan páginas desleídas, burocrá-
ticas —no así algunos momentos de Academia.

3

Notas

1. Suplemento de Aniversario, Tiempo, Vol. LXXII, Núm. 1859, 19 dic., 1977, p.
18 y 19.
2. Ibidem.
3. Suplemento especial, Tiempo, Vol. LXXIV, Núm. 1911, 18 dic., 1978, p.4.
4. Año I, No. 3, 1o. de octubre de 1920.
5. 19 protagonistas de la literatura mexicana, p.84

LIBRO TERCERO: TOCANDO FONDO

1

El inciso /b/

Mucho más aparatosas, graves, son las cuestiones anotadas en el siguiente inciso de la lista de agravios. ¿No es Guzmán, don Martín Luis, el cronista mayor de la Revolución? ¿Donde suponemos objetividad impera una subjetividad disfrazada? ¿El Paso de Guzmán por los Estados Mayores, los campamentos, las batallas del constitucionalismo en general y del villismo en particular, limitase a los sofocos de un escritor decente? ¿Es Guzmán un autor contrarrevolucionario, un señorito, un mandarín? Habida cuenta que suman entonces aquí, y en el exterior, los que han visto a México y a su revolución última, a través de las páginas guzmánianas -imagen por demás convincente merced a la maestría signica-, desazona lo que está en juego. Pues se derrumbaría no un nombre sino una obra, todo un retrato social tenido como fiel y por ende inimitable.

Detengámonos en cada punto de la terrible requisitoria.

En sus Notas para una lectura de La sombra del caudillo, anotación y lectura sucintas pero sagaces del doble discurso de la novela de 1929 -acción y contemplación /lo pragmático y lo estético-, Evodio Escalante desmonta el dispositivo: "visión del narrador". Y tenemos:

Cita # 1: "¿Cuál es esta visión en la novela de Martín Luis Guzmán? A riesgo de caer en los esquemas, puede adelantarse que la visión del narrador de La sombra del caudillo es la visión de un pequeño burgués ilustrado, involucrado en el proceso político de la revolución, que testifica -con una mezcla de reproducción e impotencia- al mismo tiempo que los dobleces y las corrupciones del poder, la forma en la que los hombres de la acción se imponen a los hombres de la contemplación; es decir, la forma en que la moral de la historia juega de parte de aquellos que están más desprovistos de toda moral."¹

Quizá deba recordar que la novela en cuestión, en parte tragedia, en parte

novela politicopolicíaca, narra los crímenes de la sucesión presidencial de los años 27/28; narración, acoto, a tal extremo lograda, que purga su referente, vive al margen de, no aneja a, los hechos reales: la reelección de Alvaro Obregón de jure que no de facto; el sacrificio de sus oponentes Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez; la matanza de Huitzilac; el caudillismo presidencial. Con los antecedentes del año 23 ---delahuertismo.

Prosigamos con Escalante.

Cita #2: "En contra de lo que quería Martín Luis Guzmán, Axkaná no encarna la conciencia revolucionaria, sino la conciencia de un pequeño burgués ilustrado que trata de comprender más emotiva que intelectualmente un movimiento histórico en el que se ve involucrado pero que al mismo tiempo lo supera, lo rebasa en todos sentidos. De aquí, por una parte, su incapacidad para la acción al mismo tiempo que los sentimientos, primero de ternura y luego de piedad que despiertan en él las masas campesinas. Los reflejos de paternalismo, entendidos como una forma de la mala conciencia, aparecen en este personaje con una claridad ejemplar."²

Axkaná González, personaje que reaparece en la inconclusa narración Aventuras democráticas, es, en efecto, autocalificado por Martín Luis Guzmán, como coro griego o conciencia de la Revolución Mexicana.³

2

Otra vuelta de tuerca

En el mismo sentido que Evodio Escalante, aunque, intemperante, pronúnciase Héctor Aguilar Camín; al igual que D. Martín, historiador y narrador. Al año y semanas de las honras fúnebres en el Cementerio Español, la Cultura en México, suplemento de la revista Siempre, se ocupa de Guzmán. Material compuesto por:

/a/ Recuadros y viñetas;

/b/ Un ensayo extenso; y

/c/ Una admirable caricatura de Naranjo, manumitido ya de su maestro, el in

comparable David Levine. Las dosis de acíbar se contienen tanto en el ensayo de Aguilar Camín como en la caricatura. Me demoraré en el examen de la primera pieza. Teniendo como fondo el insufrible maridaje latinoamericano Escritor/Constructor o Salvador de la Nación, el crítico aprueba y desaprueba a Guzmán. Si Escalante se refiere al personaje Axkaná, Aguilar Camín alude, directamente, al autor. Bien su prosa; mal su asco a la brosa. Bien su excelencia literaria; mal, muy mal, su "señoritismo immaculado". Contrariamente a lo que suele sostenerse, Guzmán no es testigo imparcial, objetivo, de la revolución; ni ésta es el personaje central de su crónica; y menos todavía lo es la Sociedad Mexicana. Resumen apretadamente:

Punto #1: El pseudoreportero en modo alguno limitase a ver y consignar. Priva, más bien, "la pretensión moral, el ánimo descalificador, la óptica de clase y el horror ilustrado ante situaciones que lo rebasan". Hay las ganas de decir: "los buenos, los limpios, los idealistas, los civilizados éramos yo y los que estaban conmigo. La canalla eran los otros; la canalla era la Revolución".⁴

Punto #2: Dícese que el personaje de, por ejemplo, El águila y la serpiente, es la revolución mexicana de 1910. Falso. El personaje verdadero es "el yo de un talentoso señorito, absorto defensor de una identidad personal maltrecha en el vértigo de una revolución".⁵ El yo de Guzmán. Si bien el texto vapuleado, es momento culminante de la literatura patria, al grado de que sus solitarios párrafos desechables -"apasionantes, por lo demás como trozos psicológicos"- son aquellos en los que Guzmán trepa "al púlpito a repetir en voz alta sus clases de civismo y su memorización del Manual de Carreño. ¡Uy, tienen ambiciones personales! ¡Uy, roban! ¡Uy, fusilan sin juicio! ¡Uy, no saben leer! ¡Uy, beben mezcal en el mismo vaso pegajoso! ¡Uy, la Revolución ya no es señorita!"⁶ Remito a las citas que Aguilar Camín aduce como pruebas del señoritismo social y cultural de Guzmán.

Punto #3: Por su parte, La sombra del caudillo, la otra cara del celebérri-

mo dístico, exhibe una mancha mayor que la precedente ---Punto #2. Para su autor no existen la masa, la sociedad, el pueblo; sólo notabilidades; y un Hado Político, Deus ex Machina derivado de las lecturas helenizantes del Ateneo de la Juventud. Esto revela una inevitable óptica de clase; "el instrumento estético de un autor que vivió de cerca de una revolución entera, sin que la parte esencial de esta sociedad convulsa le fuera revelada." Describió individuos, no el todo social. Sentenció, sí, Salado Alvarez, que en Guzmán la revolución había encontrado su pintor y su novelista; trátase, sin embargo, de un pintor "daltónico" y de un novelista "mandarín". Aunque, aclara el crítico, "estos límites de origen como en Demóstenes el tartamudeo-, lejos de inhibir el elogio de la obra de Guzmán, sólo abren las puertas profundas de la admiración de su talento pro-teico, y la vastedad de sus logros."⁷

¿Cómo explicarse, entonces, que salvo excepciones como la dura exégesis de Aguilar Camín, la clarinada fúnebre de Agustín Yáñez siga sonando, todavía, en el ámbito de los estudios literarios mexicanos, como la última palabra sobre el memorialista de Doroteo Arango?

3

Comentario conjunto

Atendamos a la lectura, escandalizada, encarnizada, pero también encomiástica, de la nueva generación crítica.

-/ ¿Guzmán observador, más emotivo que intelectual, de la revolución? Me temo que este parecer, enfatizado por Escalante, no casa con los antecedentes metatextuales y textuales de D. Martín. Y no arguyo, en exclusiva, el manifiesto estético del autor: "la inspiración que se gobierna a sí misma", "fría como témpano de hielo." Me refiero a otras cuestiones ---que, por cierto, avalan el manifiesto. Para 1928/29, años de aparición, respectivamente, de El águila y la serpiente y La sombra del caudillo, Guzmán era autor de un folleto político y numerosos ensayos que, en el contexto de la historia general de México, emi-

tían opinión, enjuiciaban, el movimiento de diez: sus antecedentes, su carencia de un corpus ideológico, sus hombres, la pugna del poder revolucionario. Análisis que le permite augurar, en 1915, los hechos de 1920, 1923, 1928; y, en 1919, la "institucionalidad" de 1929. Dije "carencia de corpus ideológico". Obvia verdad. Ni el maderismo ni el constitucionalismo son, amén de impulso cívico, doctrina. El motivo del ingreso del joven Guzmán a la "bola" no es una excepción -no tenía por qué serlo-, pese a provenir, más que de la Universidad, de la revuelta cultural de 1907 —Sociedad de Conferencias; 1908 —movimiento estudiantil; y 1909 —Ateneo de la Juventud. Pero si la revolución tuvo intelectuales, Guzmán, ya en campaña, fue uno de ellos. Siempre en tanto conciencia de un estallido ayuno, en su nacimiento, manifestación armada y primeras disputas por el poder, de ideas sistemáticas. Recién repatriado, rendido, Guzmán prosigue la elaboración de una teoría sobre la espontaneidad revolucionaria; escribe, en Mérida, el mes de agosto de 1937: "...es característico de las revoluciones verdaderas hacer punto de partida en una razón provisional o en una semejanza de razón, para lanzarse luego, incontenible y arrolladora, al solo golpe de las solicitaciones instintivas, que no conservan, antes destruyen para crear, y las cuales han de vencer siempre en su tenaz lucha contra las ondas sucesivas de la razón conservadora, rival del germen de la nueva creación. Así se explica que hombres revolucionarios en su origen se revuelvan luego contra aquello mismo que iniciaron, y que el instinto popular los identifique y aparte. También por eso toda revolución en marcha tiene que volver periódicamente al seno de sí misma y beber allí, clara y pura como el agua bajo la roca, las corrientes secretas de su verdadero impulso que ni la extravían ni la traicionan".⁸ El extravío, la traición de las corrientes primigenias, en aras del solo caudillismo, no el espíritu contrarrevolucionario, propone la substancia de La sombra del caudillo. De ahí que Axkaná, el "narrador", opere éticamente —en tanto Guzmán, el "autor", hácelo crítica, intelectualmente.*

*Axkaná y Guzmán no coinciden, necesariamente. El primero "procura que el mundo ideal cure las heridas del mundo real"; el segundo designa, por sobre todas las cosas, la realidad.

-/ ¿Axkaná González, alter ego de Martín Luis Guzmán, aquejado por la "mala conciencia", esa vergüenza privada que ocasiona más estragos que las pestes medievales? No, según comentaré más abajo, al referirme a la perspectiva política o ideológica del autor; perspectiva, de otra parte, confesa, pública.

-/ ¿Guzmán, mandarín? Dos serían las acepciones del vocablo, contundente como un mandoble. La antañosa que describe la aristocracia artística —Baudelaire; la actual que refiere al fenómeno del intelectual que, dueño de los instrumentos y medios para refutar la esencial mentira de la historia oficial, se abstiene de hacerlo —Chomsky. ¿A cuál de los dos mandarines se refiere Aguilar Camín? ¿Al escritor patricio o al director de El mundo y Tiempo? Al primero, sin duda; al narrador de la revolución de 1910 —y cabe señalar que el propio Guzmán habíase atribuido antes tal condición, al decir a Carballo, en relación a su libro A orillas del Hudson: "es la obra de un mandarín de las letras. En casi todas sus páginas priva la doctrina del arte por el arte."⁹ Pero se trata de una pista falsa.

-/ Porque, en puridad de verdad, el aristocratismo de Guzmán es ideológico más que artístico. ¿Guzmán pequeño burgués o burguesote que permea de tamaño visión sus lienzos revolucionarios? No. Digo que no se da en el blanco; no se repara, al reprochársele la "mala conciencia", la "óptica de clase", en que el autor perteneció, abiertamente, antes, durante y después de la revolución, a un mismo partido: la minoría dirigente. Pertenecían ora polémica, ora de plano enemiga; siempre consciente. Tómase a falta, falsa, lo que no es sino consecuencia con una opinión del mundo social mexicano, opinión decantada por las dos revoluciones que le tocaron en suerte, la cultural y la armada. No obstante su duración, el exilio en los Estados Unidos y en Europa —España, Francia—, jamás trajo una ruptura definitiva, transtierro. México se mantiene vivo. Y es la clase rectora el primer y principalísimo destinatario de su pluma: incisiva, apincelada. Lo mismo durante el antiporfirismo intelectual —entre 1906 y 1911—

que en plena revolución institucionalizada, Guzmán sostiene el parecer de una singular lucha de clases; la que endereza la minoría apta, capaz, contra la mayoría, a fin de imponerle la ilustración y las luces. Escribe hacia 1950:

"...la historia del México moderno-liberal, democrático, revolucionario-, es obra de una gran minoría ilustrada y progresista: la minoría que ha sabido interpretar, afirmar, imponer y defender las mudas aspiraciones de la enorme mayoría sumergida en las tinieblas y la miseria por el totalitarismo católico."¹⁰

Y, pocos años después: "...mucho de la historia de México se explica por la lucha desigual entre el fatalismo de una mayoría abrumadora y el optimismo violento de una minoría siempre exigua. La gran masa del país, sorda e indiferente, sólo percibe el pulso nacional en los grandes momentos de los triunfos minoritarios..."¹¹ Y no se precipite el lector acusando, a Guzmán, de plagiarlo de Ortega y Gasset y su historicismo aristocrático. La concepción guzmaniana de los cincuenta, obra, ya, en los escritos de los años diez y veinte.

-/ No aclara, no indica, no advierte la joven crítica que, en su visión de la vista social, no en el azoro pequeñoburgués, la irreflexión o la hañagaza, radica la estrategia narrativa de Martín Luis Guzmán: ese gusto por la singularidad, por el sujeto individual. Recuérdese, al respecto, aquello de "Me siento más seguro penetrando a fondo en la psicología, en el carácter, en la personalidad..."; léase, referido a la memorabilísima galería de héroes y antihéroes revolucionarios, este fragmento de las conversaciones Carballo/Guzmán:

- ¿Cómo describe usted a Madero?

- Como una persona de inefables generosidades humanas, políticas y personales; y además, heroico en todo.

- ¿Qué procedimiento técnico emplea en este libro?

- El mismo que usé en Muertes históricas.

- ¿En qué consiste?

- En reducir la visión de lo histórico a lo esencial, y procurar que las esencias se reflejen en las palabras.

*En relación al libro Febrero de 1913.

- ¿Cómo explica su predilección por los asuntos históricos?

- Es necesario acabar de construir a México, y ello sólo es posible mirando en aquellos grandes hombres, en sus grandes hechos. La muerte de muchos de ellos ha sido un acontecimiento de significado histórico y de implicaciones futuras. Así surgen La sombra del caudillo, Muertes históricas y Febrero de 1913.¹²

Guzmán pudo ahondar más, rastrear más. Por ejemplo, la huella indeleble que dejó, en su ánimo un amigo de Julio Torri, aquel extraño coleccionador de ataúdes ¿Por qué ataúdes? Porque ellos son el más elocuente curso de la historia nacional, historia donde los hombres "no son grandes sino al morir", historia "de un país de muertes". Asunto del que se ocupó un día neoyorkino de 1917 o 18.¹³

En fin: Guzmán, sí, autor psicologista de individualidades en el marco de la historia —que sólo hacen unos cuantos. Pluma parcial: de, para, sobre o contra el poder. Un poder que no se concibe en manos de todos, pero que se deplora si no es civil, ilustrado, redentor.

-/ ¿Esta óptica histórica, esta parcialidad, este elitismo, descalifica a Martín Luis Guzmán como testigo escrupuloso, digno de fe, de la revolución de 1910? No. No hasta el punto de eliminarse su obra de las "fuentes literarias" del movimiento -"proceso", dicen los modernos-, ni de afirmarse que el joven universitario fue hoja revolcada, sensibilidad exquisita extraviada en medio del rugir de la masa, del sujeto auténtico del predicado histórico. Probémoslo.

4

Pez en el agua

Que Guzmán, aunque doctrinario de la minoría, se movió, en la revolución, con soltura, queda esclarecido por los siguientes datos:

-/ Su expresa definición de la violencia insurreccional, como acto en nada

ajustado a un torneo de buenas maneras. ¿Cuál Código Carreño? Su vigilancia del corazón del poder -tránsito de Díaz a Madero, facciones, alianza Carranza/Obregón-, no le impidió conocer, y comprender, qué diablos sucedía en las profundidades: aquella explosión colectiva de hombres y mujeres que no podían pertenecer a las honorables "asociaciones de padres de familia - personas morigeradas que se acuestan a las ocho de la noche y están de nuevo de pie a las seis de la mañana del día siguiente". Por el contrario, nos dice, la revolución fue hechura de sujetos que "conciben el desorden como instrumento creador", dueños de una "superabundancia vital", superabundancia que "trastocó la rígida tabla de valores en ejercicio, sacó al país de los carriles habituales"; en suma, destruyó "las rutas existentes para crear otras nuevas más acordes con la realidad nacional".¹⁴ Análisis guzmaniano, no está de más decirlo, en el que puede reconocerse la tesis posterior de la revolución como estallido, vitalista, físico y metafísico, del mexicano —hijo traumatizado de las nupcias Cortés/Malinche. Por si las anteriores citas no fueren suficientes, repárese en el retrato, trabajado con simpatía, de Aguirre, su vitalidad inagotable y a veces crapulosa.

-/ Está, asimismo, la lealtad de Guzmán, ya repatriado, al popular, al bárbaro, al indócil, al indocto, al cerril, al terrorífico Pancho Villa. Figura tanto o más odiada, entre la gente del "orden" y los huertistas, pero también entre los constitucionalistas y los convencionalistas, que Emiliano Zapata. Los Atilas del Norte y del Sur. Y no polemizaré, desde luego, con quien rebaje, ora a oportunismo, ora a paternalismo, ora a receta freudiana, ora a cliché marxista, el fervor villista -antes y después de Doroteo Arango- de Martín Luis Guzmán. Esos cinco libros -a la postre reunidos en uno solo, monumental, dedicados, entre 1938 y 1951, al creador de la División del Norte —más los cientos de páginas redactadas luego, aunque finalmente no añadidas. Memoria, mantenida viva en épocas pacatas, en honor de un representante por antonomasia de la gleba perseguida e ignorante, de la masa campesina.

-/ Tenemos, igualmente, su condición de escritor superdotado y en tanto tal, pese a su aristocratismo político, traductor inevitable de su tiempo. En la misma medida que resulta absurdo sociologizar la literatura -cfr. Lukacs-, reducirla a mero documento de la época -validado o invalidado-, absurdo resulta ignorar la objetividad -nada simple, es cierto- del hecho artístico. Es muy probable que la Revolución Mexicana de 1910 no haya sido, "realmente", tal cual la pinta Guzmán. Y había que preguntarnos, ya dentro de esta cuestión del "transcripcionismo", qué tanto inventaron Bernal Díaz del Castillo, Domingo Faustino Sarmiento, John Reed, Azuela, Muñoz, Truman Capote, Tom Wolfe, Omar Cabezas, etcétera. Pero, seguramente, dada su cultura, dado su talento, dada la perspectiva que adoptó frente a los acontecimientos, Guzmán se acerca mucho a la realidad —una realidad, admitámoslo, dueña aún de vastas zonas de penumbra. Acercamiento que supera con denuedo la versión muralista, las crónicas pictográficas de Rivera, Siqueiros —Orozco se cuece aparte.

-/ Por último, invoco su perspicaz deslinde de la crisis que hincó sus dientes en el movimiento armado. ¿Guzmán cronista y novelista de la élite? Sí. Pero tomando en cuenta la siguiente. Cuando se habla de la revolución todavía no institucionalizada, procede el distingo de dos etapas. La primera: militar, popular, masiva, radical. La segunda: política, soterrada, cerrada, citadina. La primera etapa es el paisaje de El águila y la serpiente; la segunda, el espacio ceremonial de La sombra del caudillo y Muertes históricas. Es pertinente la duda de si la crónica aparecida en 1928 sobre los años 13 y 14, dio su sitio al pueblo en armas; sorprende, en cambio, que se busque a la masa revolucionaria, en la novela de 1929, sobre los acontecimientos del 23 y del 28. Novela de la "cúpula", del cogollo, de la camarilla del poder en disputa para la que tampoco hay, salvo en calidad de fondo escenográfico y legitimidad coyuntural, pueblo, masa. Pase que al cronista se le reproche su mirada atenefista, "atélica"; mirada, insisto, hija de su concepto de la historia

como obra de la minoría; mirada que le cierra el paso al vivac, a las hogueras a cuya luz se canta "La Adelita" y a la línea de fuego —de ahí que se la pase en los Estados Mayores, con mejor talante para narrar las costumbres de mesa de Carranza y su séquito dócil, que la ocupación zapatista de los bajos del Palacio Nacional. Desconcierta, en cambio, que se caiga en la trampa -hábito crítico, lugar común- de seguir considerando, a la gran novela de Guzmán, dentro del género: Novela de la Revolución. Siendo que su género es otro, posterior: Novela de la Nueva Clase o de la Dictadura Caudillesca.

+

+ +

Recapitulo. Asiste la razón a Escalante y a Aguilar Camín: la perspectiva personal de D. Martín permea, corroe, contamina la entera obra. Sin embargo, no por los motivos ni con las consecuencias apuntadas. Equivocación, sospecho, fruto de una lectura que apenas se inicia en el orbe guzmaniano; totalidad que incluye ensayos políticos, textos históricos, narraciones. Y un código. No, por cierto, el socialité de Carreño sino el civil de un Malraux y, aunque respingue el lector, de un Revueilas —para quien, por cierto, en ocasiones el francés queda por debajo, artísticamente, del mexicano. La honestidad y la seriedad en el ejercicio de la crítica, obligan a no desdibujar ni el texto guzmaniano ni su contexto en la operación inicial: establecer quién testimonia, designa, nombra la historia viva, la Revolución. ¿Quién? Un hombre dueño, tanto de una visión de la historia patria, como de su correspondiente programa político. No errar en este punto; desmontar con precisión la "óptica", la "toma" ideológica, da firmeza a los pasos siguientes, ceñidos cada vez más crudamente al producto, la obra, el texto, el sistema de signos. A la búsqueda del Guzmán intelectual a secas e intelectual de la revolución -crítico, periodista, ensayista- se entrega, justamente, este libro.

La herida que no cicatriza

Si arduos resultan los agravios contenidos en los incisos /a/ y /b/, ¿qué decir de aquellos cuyo turno llega?: la proximidad de Guzmán al poder, al poder ejecutivo —proximidad ya no analítica sino política; crítica que no omite la desabrida imagen del legitimador oficioso ni la insufrible imagen del cortesano palaciego.

Corrida el agua bajo los puentes de la postrevolución, nuestro autor habría terminado siendo lo que, en 1915, 1954 y 1963, denunció respecto a la inteligencia porfiriana: claque, escenografía, comparsa de una feroz dictadura de facto. Téngase presente, o consúltese, aquel pasaje de La querrela de México: "Piénsese en toda la clase dirigente de entonces, en los jóvenes de veinte años del 70, en los intelectuales maduros de 1880, en los venerables sesentones que recalentaron sus carnes al sol del Centenario (...). Tiempo y ocasiones faltaron para sonreír al dictador."¹⁵ Figuras, ay, maestros, ay, como Alfonso Pruneda, Ezequiel A. Chávez, o el mismísimo Justo Sierra; quienes, en sus respectivos y ascendentes cargos de Jefe del Departamento de Enseñanza Superior, Viceministro y Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, negáronse en redondo a tomar la decisión de autorizar, allá por el mes de septiembre de 1908, una marcha estudiantil que se proponía... ¡conmemorar la Independencia de México! Que resolviera Chávez, dictaminó Pruneda; que resolviera Sierra, dictaminó Chávez; que resolviera el mismísimo Presidente, dictaminó Sierra. Y Díaz lo hizo, autorizando, lleno de recelo, la marcha.

Aleccionadora anécdota, la anterior, que nuestro autor evoca una (Apunte sobre una personalidad) y otra vez (Necesidad de cumplir las Leyes de Reforma). Así de intolerante, jerárquico, ayuno de libertad, era aquel sistema servido y legitimado por los hijos del liberalismo —liberalismo aderezado, sí, con fuertes dosis comtistas.

Bien. Admitida que sea la postura analógica de que el Poscardenismo es un Neoporfirismo; la Constitución de 1917, el texto incumplido de 1857; la Olimpiada de 1968, el Centenario de 1910; el PRI, el Partido Científico, etcétera, la conclusión acerca de la conducta política de Guzmán cae por su propio peso. Caída estrepitosa. Avila Camacho lo distingue y favorece con su amistad; Miguel Alemán lo distingue y favorece con su amistad, lo nombra Embajador Extraordinario y Plenipotenciario adscrito a la Misión Mexicana ante las Naciones Unidas, le confía tareas especiales, etcétera; Ruiz Cortines lo distingue y favorece con su amistad, preside la ceremonia de ingreso de Guzmán a la Academia Mexicana, le hace entrega del Premio Nacional de Letras, etcétera; López Mateos lo distingue y favorece con su amistad, lo hace Presidente de la Comisión Nacional de los libros de Texto Gratuitos -comisión que, confiesa, lo aleja de las letras-, le entrega el Premio de Literatura "Manuel Avila Camacho", etcétera. Consideración, cercanía, sombra omnisciente que no le suspenden, todo lo contrario, Díaz Ordaz, Echeverría, López Portillo.

En el octubre posterior al de su exaltación, el octubre terrible de 1968, Martín Luis Guzmán, puesto a elegir, elige al Presidente Díaz Ordaz. Se planta en la orilla opuesta a la que recorría la Nueva Generación; pero, asimismo, muchas figuras de las anteriores. Al igual que Salvador Novo, Agustín Yáñez, Elena Garro, el biógrafo de Villa da la espalda al clamor general.

Carlos Fuentes, heredero puntualísimo, tilda a Guzmán de "lacayo"; escribe acerca de la crisis politicocultural del 68: "la melancólica función de coros operísticos de un poder ensañado en contra de la independencia intelectual la cumplieron La traviata (Salvador Novo, soprano) y Rigoletto (Martín Luis Guzmán, bajo)." ¹⁶

Una de sus últimas actuaciones públicas inspira esta desoladora instantánea: "Vi a Martín Luis Guzmán -escribe Aguilar Camín- sólo una vez, en septiembre de 1975, durante la toma de protesta como candidato del PRI de José López

Portillo. Nos separaban cuatro o cinco hileras de ring side en la parte baja del Palacio de los Deportes, y el escándalo de las fuerzas anónimas y multitudinarias... que había arriba. Cuando el escándalo pasó frente a nosotros, vi, o creí ver, a Guzmán -encanecido y enjuto, pero vigoroso- trepar a su silla para poner la mano en el nudo de brazos, empujones, caídas y violencias que acudían cómplices al sitio donde el candidato pasaba."¹⁷ Sin que pudieran retenerlo en su silla ni la edad venerable, ni los arreos de su insigne gloria ---bastante maltrecha ya, reconozcámoslo, para entonces.

¿Qué responder?

-/ Grave, gravísimo, sería sujetar la excitación del juicio crítico, al certificado de buena conducta -económica, moral, política- de un autor, vivo o muerto. Amén de la peligrosa extrapolación de órdenes diversos -facción, ficción-, no tardaría en revertirse el planteamiento. ¿Y el crítico? ¿No debe éste, antes de actuar, certificar, a su vez, su pureza? Pero ¿ante quién? ¿Ante el autor? ¿Ante el lector? ¿Ante otro crítico?

-/ Justamente el hecho de que la obra de Guzmán nazca de los hechos, resume política, obliga a la polémica pluralista y abierta, independientemente del personal signo ideológico del analista. "No es juicio de crítica el destinado a permanecer secreto" ---escribió nuestro autor en 1913.¹⁸

+

+ +

Poco tengo que comentar acerca del inciso /d/. La autoglorificación en vida de Guzmán, no exonera a la historia y la crítica literarias, de sus deberes de cuerpo presente. De otro lado, admitiéndose, incluso, la necesidad de un sano silencio post mortem, lo cierto es que dicho silencio se ha convertido en prohibición, sello, olvido, lápida.

Notas

1. Tercero en discordia, p. 28.
2. Ibidem.
3. 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, p. 74.
4. La cultura en México, No. 780, p. 11
5. Ibidem, p. II.
6. Ibidem, p. III.
7. Ibidem, p. VI.
8. O.C., T.I. p. 174 y 175.
9. 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, p. 73.
10. Carta al Embajador norteamericano William O'Dryer. O.C., T.II, p. 1339.
11. O.C., T.I., p. 234
12. 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, p. 98.
13. A orillas del Hudson, p. 134 y 135.
14. Ibidem, p. 71 y 72.
15. O.C., T.I., p. 17 y 18.
16. Tiempo mexicano, p. 160.
17. La cultura en México, No. 780, p. VI.
18. Nosotros, No. 5, p. 112.

LIBRO CUARTO: MI PUNTO DE VISTA

1

El hombre con atributos

Así pues, una admiración y una denostación secretas mantienen, en vilo, la obra guzmaniana. Pero ni solas ni reunidas, las objeciones fundamentales, apenas comentadas, justifican ni por pienso la negligencia de la posteridad. La presencia diáfana, tajante, no la reticente ausencia de Guzmán, debe estar en el centro de las discusiones sobre la literatura mexicana: único escenario capaz de precisar los verdaderos contornos, ora de la veneración de sus coetáneos, ora del prejuiciado desdén de sus descendientes.

La demora está resultando perniciosa. No sólo no han aparecido los libros con que la crítica debe responder, corresponder, al esfuerzo de los creadores de nuevas constelaciones signicas. Tampoco, efecto de lo anterior, ha comenzado la edición póstuma de los materiales que el norteño dejó inconclusos o en reserva: las memorias españolas; la continuación de las memorias de Pancho Villa; la segunda parte de la Decena Trágica; las pendientes muertes históricas de Zapata, Blanco; el esbozo de la biografía de Fray Servando Teresa de Mier. Y también, dentro de lo familiar y legalmente posible, los papeles privados o íntimos: el diario que empezó a llevar a partir de 1959, la correspondencia.

Escribió Guzmán, igualmente en los años diez, que a "la estimación de las obras nunca se ha puesto punto; ella se rectifica y elabora a diario, según va pasando de mano a mano". Es esta salutífera migración la que, en su caso, ha cesado casi por completo. De un autor originalísimo, versátil, ensayista y narrador, hemos hecho una momia. Contrariamente a lo anunciado por Yáñez ante la tumba fresca de Guzmán, éste inició, más que una "perennidad intangible", terco olvido; a su duelo se unieron, más que "trompetas de gloria", ruidos de embalsamamiento. Las sucesivas generaciones ignoran aún "las enseñanzas profi-

cuas" del finado, del finiquitado.

Me permito introducir, junto a las teorías de la muerte anticipada, de la rendición al enemigo, de la óptica burguesa, del mandarínismo letrado, una personal interpretación. Deudora sin duda, en alto grado, de las anteriores. Guzmán invita, como pocos escritores y políticos mexicanos, al retrato —género en el que es maestro insuperable. Pues bien: uno de los mejores retratos de la psicología guzmaniana es una caricatura; la que Naranjo le inflige en el ya citado número de la revista Siempre. La evoco. Un escultor —así lo acusa su bastón y los instrumentos, mazo y cincel, que blande—, arranca al granito un conjunto ecuestre. El jinete ensombrerado tiene la cara del escultor. Uno y otro son Martín Luis Guzmán.

2

Atributos civiles

Aunque el origen de la escultura, perdón, caricatura, descansa en el ensayo de Aguilar Camín —Guzmán "señorito"—, lo cierto es que, a mi juicio, cobra una experiencia autónoma. Y yerra quien contemple tan sólo:

-/ a Guzmán ocupando a trasmano, suplantándolo, la silla de Doroteo Arango;

o

-/ una conciencia pequeñoburguesa en pena revolucionaria, a la deriva.

Por el contrario, el caricaturista ilustra a su modo la imagen esencial de Martín Luis Guzmán: artífice tenaz, ora de un narrador posible —directo en El águila..., indirecto en La sombra...—, ya de un paradigma: el hombre con atributos civiles, el último liberal. La escultura "yoica" traduce, pues, más que un narcicismo confundido, eso que suele fundirse en la fórmula: "alteza de miras." Todo lo ofrenda, Guzmán, a la construcción de un carácter y su correspondiente programa de vida, de acción. Una sola pieza. Un nudo de principios inmutables. Un censor. Un guardián de la moralidad del poder. Una actitud,

lector, para la cual que el exterior cobra la función de materia sometida -o reacia, y por ende recriminable-, a los dictados del interior, un interior hecho de pendones. Tal es el autor de una literatura de "facts" a la que la lengua castellana, la historia nacional, el poder a la mexicana, deben incandescencias que nadie consigue apagar.

Nunca crucé palabra con Guzmán. El testimonio personal se reduce a una fugaz estampa, la de un repúblico de baja estatura y sobrio ropaje consonante, que preside, de derecho, no recuerdo qué ceremonia. Lo sospeché, lo sigo sospechando, ferozmente lúcido, ayuno de humnos -salvo la prueba en contrario que aporta la correspondencia-, grave -no solemne- por culpa de la agudeza mental y lexical. Diligente hasta la manía. Solitario, solitario no obstante la lealtad familiar y los honores y las preseas y una historia de amor que apenas barruntamos.

Un solitario frente al templo del deber. Un convencido de las oriflamas heredadas por la Patria, ante la que se hace guardia día y noche, llueva o truene o se crispen los vientos. De esto habla, sí, en el deslumbrante autorretrato público -del privado casi nada sabemos- de 1954: Apunte sobre una personalidad. Pero incluso de no obrar esta pieza magistral, la lectura y relectura apuntaría fatalmente en esa misma dirección. Y quizá la naturaleza del espíritu del deber en el hijo, Guzmán, sea idéntica a la del padre, militar federal muerto poco después del 20 de noviembre de 1910. "...el padre de usted -le dice Neftalí Beltrán, en una página de El águila...- murió con el heroísmo del deber cumplido, que es el más duro de todos los heroísmos, pues está hecho de melancolía, no de entusiasmo." Niño casi, nuestro autor se hace -tal es el "norte" que señala la "brújula"- "liberal a marcha martillo" ---como oró Yáñez. ¿Cabe la sospecha de que el autorretrato esté profusa y profundamente retocado; de que hay otro Guzmán, oculto, diverso? Quizá. Sin embargo, yo parto de lo evidente, de las pruebas a la mano.

El joven Guzmán se sumerge, dueño de sí, civilmente indignado, lúcido en

la revolución. En este frente confirma su vocación literaria y política. Unese al régimen maderista, y luego a Villa, y luego fugazmente a la Soberana Convención de Aguascalientes, poseyendo ya las claves de una doctrina -esa visión histórica- cuyo desconocimiento acarrea que se hable de mohín pequeñoburgués, mala conciencia. Esta doctrina no es otra que -lo adelanté ya- la del debido o buen poder.* ¿Qué lo obliga a abandonar los campos de batalla? ¿La incapacidad intelectual o ideológica para comprender el movimiento? ¿Los atavismos de la g^le^ba? ¿Su mugre? ¿Los excesos de quienes, por años oprimidos y expoliados, probaban las mieles de la insumisión, el desorden, la venganza? En modo alguno. Parte, marcha, se aleja, defecciona, simplemente por la constatación de una hipótesis histórica y antropológica -antropología histórica-: la inmoralidad profunda, raigal, de la clase dirigente mexicana.

Tal es, también, el resorte -nuevas esperanzas revolucionarias-, que lo impulsa a regresar al país, en 1919, para unirse, aunque no hasta el punto de secundar el levantamiento armado, aquella "huelga de generales", a Adolfo de la Huerta; el magma de sus ensayos y crónicas, ya de nuevo en el exilio, entregados a la prensa española —de la que llegó a ser uno de los directivos; uno de los motivos de su regreso definitivo a México en tiempos del presidente Lázaro Cárdenas; el origen de su trajinar en el semanario Tiempo; el sustento de sus enfrentamientos con la curia, en 1945 —los fanáticos guadalupanos lapidan y casi incendian su casa; la causa de la creación -ligada a la agresión anterior-, bajo su liderazgo, del Partido Nacional Liberal Mexicano —partido efímero que, empero, tuvo a Daniel Cosío Villegas de Secretario y a Jesús Reyes Heróles de Director de Asuntos Técnicos.

Etcétera.

¿Qué tanto perduró en el tiempo la alteza de miras, la consigna liberal? ¿Era, la escultura, de granito o de arena? ¿Prosiguió Guzmán forjando un carácter, construyendo una nación, o, más bien, conteniendo un derrumbe, el derrum

*Acierta el lector memorioso que vincule este enfoque con el que maneja Enrique Krauze con relación a la camada de 1915, en Caudillos Culturales en la Revolución mexicana; afinidad, lo juro, involuntaria pero inevitable.

be que siguió a las honras fúnebres? ¿Pudo escapar a la traición de los postulados originales, a la negación del pasado personal, al machaconamente denunciado mal de la clase dirigente -su clase-, la inmoralidad?

Recalco dos aspectos.

-/ Sobra decir que formas de ser como la de Martín Luis Guzmán acaban por endurecerse, soldar sus goznes, sus reflejos. La intransigencia mūdase en intolerancia, la convicción en espejismo, la causa en dogma, en esclerosis la esclerecida inteligencia.

-/ Es tarea de la crítica fijar, justamente, la forma e intensidad de la caída, la contradicción de un hombre que sólo escribió sobre la realidad nacional, él y nosotros, el lector. Máxime ahora que Guzmán carece de toda defensa, no puede ya autoeditarse, autodifundirse, autopublicarse, autoexaltarse a través de la Compañía General de Ediciones, de las Librerías de Cristal, de Tiempo.

A la afirmación de Guzmán, en el sentido de que quiso ser y fue heredero de la Reforma Liberal, no puede oponérsele la sola suspicacia, menos aún el estigma político -idiazordacista!- o peor aún la ignorancia de su obra y tiempos.

Escribió por los cincuenta -la década en que deja las letras- el autor de Filadelfia, paraíso de conspiradores: "Considérese que si bien las palabras son confortadoras y guían a los hombres, ninguna palabra se justifica cuando detrás de ella no viene la acción."¹ Guzmán, escritor y pensador engagé, comprometido, metido hasta el cuello en "La vida de la calle". Como Sartre piensa que la literatura "es una función social".²

Seamos, amén de flamígeros, justos.

Dieciocho años más joven que Guzmán, Elías Canetti -héroe cultural de la temporada- apunta los requisitos que hacen de un escritor un escriba verdadero; y, por ende, digno de eterna memoria ---que es decir, relectura, lectura, exégesis, arqueología. Son tres:

/a/ Vivir entregado, a su tiempo, como el hocico del sabueso a su coto de

caza.

/b/ Cifrar su época.

/c/ Estar en contra de esa época suya de la que es sabueso y cifra.³

Figúrese el lector que Guzmán no sale mal librado de la ordalía canettiana. Se entregó a su tiempo, en México, en Nueva York, en Madrid, en Francia, como Villa a los dictados de una memoria afrentada. Sus páginas pertenecen fielmente al fin de la Dictadura, la crítica del positivismo, las ilusiones democráticas, la revolución constitucionalista, el exilio revolucionario, los pasillos del poder en los trágicos años veinte, la República Española, la Institucionalización —límite, valladar, Waterloo: 1968. Esto por lo que hace al primer requisito. Sintetiza Guzmán de tal suerte su(s) época(s) que, sin el concurso de sus novelas, crónicas, editoriales, "muertes", biografías a la fecha publicadas, se oscurecerían dilatadas zonas de la historia mexicana contemporánea. Esto por lo que atañe al segundo requisito. Sin perder de vista, antes recalcándolo, que su disidencia data del antiporfirismo, podemos decir que Guzmán cumple, si no del todo, sí en parte considerable el tercer requisito. En efecto, opónese a su época hasta, digamos, su regreso a México. 1906/1936. Casi cuarenta años de oposición. ¿Cuánto ha durado la rebeldía de muchos de sus hijos, nietos, bisnietos? —hablo, claro, figuradamente.

Sabedor de su entrega final a la retórica revolucionaria, a su liturgia, a sus favores, tengo, empero, a Guzmán por un ciudadano libre. Lo mismo al optar por la revuelta ateneísta —hubo quienes lo hicieron por el ancien régime cultural; que al apostar por Madero —hubo quienes lo hicieron por Huerta; que al apostar por Villa —hubo quienes lo hicieron por Carranza y, asesinado éste, por Obregón; que al apostar por De la Huerta —hubo quienes lo hicieron por Calles; que al apostar por la institucionalización a toda costa, de Cárdenas en adelante —hubo quienes hicieron otro tanto, dudaron a la postre, mudaron de parecer.

+

+ +

Concluyó Yáñez su oración, aquel 23 de diciembre de 1976, diciendo:

-Martín Luis Guzmán es un gran maestro de la lengua española; uno de esos clásicos, cuyos prolijos trabajos de concepción, composición y expresión, transformación de la realidad en arte, mediante la fantasía y el señorío del idioma, se nos dan con sencillez, ajena por completo a formulismos retóricos. Leerle, sobre ser ocupación gustosa, es aprender secretos en el oficio de la comunicación, menester indispensable para gente de cualquier nivel.

No tengo sino que celebrar el irreprochable empleo del tiempo verbal presente: "Martín Luis Guzmán es gran maestro de la lengua española." Exhumemos a Guzmán. Yo apporto ahora, con la venia y complicidad del lector, el examen del ensayista. Quinto lugar -según Henríquez Ureña- entre las plumas meditativas, reflexivas, humanistas, contemporáneas, todavía proféticas, del Ateneo.

3

Notas

1. O.C., T.II, p. 126.
2. ¿Qué es la literatura?, p. 18.
3. La conciencia de las palabras, p. 18 a 22.

LIBRO PRIMERO: SIN IRA Y CON PROVECHO

I

Nueva York, 1916

Central Park: inmenso coto silvestre cuyas tonalidades van del verde limón al esmeralda. Un grupo de paseantes posa para la cámara fotográfica. Trátase de Martín Luis Guzmán, mexicano de 29 años de edad, y sus pequeños hijos: Martín Luis y Hernando. El padre porta traje oscuro, con chaleco, además de un sombrero claro de banda también oscura que, por cierto, advertiría Margo Glantz, no lleva puesto.¹ Su gesto hállase decidido por los rotundos rasgos de una faz lampiña. Podría tratarse, por supuesto, de Axkaná González, futuro personaje novelístico, fotografiándose, luego de una comida política, afuera del restaurante Chapultepec de la ciudad de México. El personaje real procede de España, de Madrid. Desde principios de 1915 había abandonado México, huyendo de la lucha fratricida en que se desgranaba, desangraba, el movimiento constitucionalista que derrocó a Victoriano Huerta, uno de los verdugos del presidente Madero. Tierna aún la campaña, las simpatías de Guzmán inclinanse en favor de quienes rechazaban el autocratismo -"hasta en las ideas"- del Primer Jefe, Venustiano Carranza; inclinación que acaba por concentrarse en el más rejego, Doroteo Arango o Pancho Villa —son Villa y otro revolucionario de su estimación, Lucio Blanco, quienes por cierto lo hicieron, el año del 14, coronel.

Es perfectamente probable que coincidieran Guzmán y John Reed. Aquí, en Central Park, o en algunos de los sitios inevitables de la isla: Washington Square, por ejemplo; o "Bohemia" —el Village. ¿Vidas -que no muertas- paralelas? Quizá. Idéntico año y mes de nacimiento -octubre, 1887-; idéntico fervor villista; idéntico hallazgo -búsqueda, invención-, a partir de la Revolución Mexicana de 1910, de un modo literario sui generis, inclasificable, anticipatorio de las modas de los setenta y ochenta: ¿Historia directa? ¿Reportaje de creación?

¿Crónica documental? ¿Biografía histórica?

Si bien -verdad es-, para 1916, Reed había dado ya a la estampa Guerra en Patterson y México Insurgente, y era un mito viviente, mientras que el mexicano, desconocido, únicamente había publicado cosas sueltas y, el año anterior, un pequeño y antipopular libro -cuaderno, folleto- de ensayos: La querrelia de México. Amén de que Reed aprestábase a emprender su última aventura sentimental y textual: la Revolución soviética ---muriendo acto seguido, y Guzmán, en cambio, aún devengaría innumerables aventuras personales, políticas y literarias.

El padre posa sentado sobre un tronco; los niños de pie. Rómperse, al fin, la forzada inmovilidad. Guzmán se yergue. Bajo de estatura, vigoroso, de gran cráneo alargado hacia atrás. Colócase, hábil, el sombrero. No obstante la elegancia precisa del traje, su vida en Nueva York en nada se parece a la del desierto porfirista en París. Los fondos escasean, se agotan. Es probable que lo agobie el recuerdo, aprensivo, de que Manhattan ya lo expulsó de sus costas una ocasión, tres años atrás, en 1913, cuando debió alcanzar los campos revolucionarios de Coahuila o Sonora, vía Veracruz y La Habana -¡aquella demora terrible en el muelle!- y Nueva York. Unos cuantos días en la isla bastaron para vaciar sus bolsillos, haciendo que se viera obligado a regresar a la ciudad de México, a "volantear" literatura subversiva, junto con Alberto J. Pani.

¿Sucedería esta vez lo mismo?

México era decir la obligación ética, más que política o militar o revolucionaria, de escoger: Carranza o Villa ---dilema hamletiano que luego rezará Obregón o Carranza, De la Huerta o Calles, Obregón o Serrano. Pero no. Esta vez, dentro de la adversidad, le sonreiría la suerte. Había proyectos periodísticos e, incluso, académicos ---la Universidad de Minnesota, por ejemplo, había resuelto incorporarlo a su nómina de profesores. Ahora que la situación revolucionaria mexicana diría la última palabra.

Permitaseme retroceder al año anterior.

La etapa de Torrijos

El 16 de enero de 1915, Eulalio Gutiérrez, Presidente de la Soberana Convención, aquella fallida tercera vía, abandona la ciudad de México rumbo a San Luis Potosí. Crisis dentro de la crisis. Villa y Zapata frente a Carranza y Obregón. Gutiérrez frente a Villa y Zapata y Carranza y Obregón. Horas más tarde de su huida, Gutiérrez es desconocido, ocupando su lugar Roque González Garza. Nuestro personaje, agente villista en la capital, sitúa los acontecimientos en el Hotel Lascuráin de Hombres Ilustres ---hoy Hidalgo. González Garza, por cierto, encomiéndale al punto el Ministerio de Guerra y Marina, donde Guzmán se desempeñaba. Guzmán simula aceptar la encomienda, porque en realidad pretendía, también, abandonar la plaza. Disputa con el nuevo presidente convencionista. Escapa al norte, para entrevistarse con Villa. La despedida del campamento villista, de México, la narra en El águila y la serpiente.

Guzmán se dirige a Estados Unidos y, desde ahí, embárcase a España. En Madrid -calle de Torrijos, 42 duplicado, Tercer patio, Escalera B, Quinto Piso, Letra C- vive Alfonso Reyes, amigo de la preparatoria y la universidad; coatenefista. También se encuentra su "descubridor", el arquitecto Jesús T. Acevedo. Aquí se domicilian los Guzmán. Acecha la pobreza. De cómo pasaban los fines de semana las tres familias, da noticias Reyes: "...por la tarde, a falta de mejor espectáculo, usted, el pobre de Jesús T. Acevedo y yo hacíamos cuadros del Prado: el mejor, sin duda, el del Conde Duque de Olivares pintado por Velázquez. Jesús era el caballo, y ponía unos ojos feroces y procuraba echar espuma por la boca (...) Yo era el Conde Duque, y no necesitaba ni hinchar la cara ni abultarme más la barriga. Y usted, oh Martín... ¡usted era el fondo del paisaje! ¡Esos admirables fondos madrileño-fantásticos, de atmósfera fina y fría, que hay en Velázquez!"²

Pero no sólo imitaban, los tres amigos, las obras maestras del Museo del Prado. Igualmente escribían, cada uno por su lado o en empresas comunes. Así

nace el crítico de cine Fósforo -¿luz dentro de la caverna fílmica?-, de cuyas andanzas de adelantado daba razón el semanario España. La sección llamábase Frente a la Pantalla y la llenaban, indistintamente, Reyes y Guzmán. Cuando no lo reclamaba Fósforo, Guzmán pergeñaba su primer édito, un opúsculo que, a poco, entregaría a la Imprenta Clásica Española: La querella de México; libro que no será plenamente conocido, en su país, sino hasta 1958, más de cuarenta años después.

Consta el librito de 71 páginas, de:

/a/ Una advertencia;

/b/ Una introducción; y

/c/ Siete ensayos.*

Notifica la advertencia que La querella... es, en realidad, parte de una obra mayor donde son estudiadas por el autor:

/a/ "Las cuestiones palpitantes de México"; y

/b/ "las principales figuras de la última revolución" ---movimiento que parecía autodevorarse.

Dual, es, también, la explicación de por qué publicítase la "parte" y no el "todo". Tenemos:

/a/ La circunstancia de haber participado, Guzmán, en "la revolución misma";

y
/b/ El deseo de suspender "por ahora todo juicio sobre personas", salvo que esto sea inevitable ---lo será.

Pasando al quid del folleto, su autor informa que, puesto que trata de "exponer un mal", hace momentánea abstracción de las cualidades del pueblo enjuiciado: México. Por otra parte, el examen incluye sólo algunos defectos. Y no tiene cabida el ardid, "ardid retórico", de ir escribiendo un elogio al lado de una censura. "El respeto a la seriedad del asunto, el respeto a la categoría de lectores a que está destinada esta publicación, me aconsejan huir de abuso semejante."³

Merced a lo supradicho, esto es, la elección de la "censura", la tarea es

*Tengo frente a mí -fineza de Fernando Tola- un ejemplar de la edición original, acabada de imprimir el 25 de diciembre de 1915. Llama al punto la atención que, el epígrafe moralizante se recoja, también, cosa inusual, en la propia portada.

"penosa" o "impopular". De allí, escribe abundando, que y "dado a estas notas una publicación limitada, procurando que sólo lleguen a quienes sean capaces de leerlas sin ira y con provecho".⁴ Sin ira y con provecho, inmejorable divisa guzmaniana. Los siete ensayos llevan por título: El barro y el oro -o crítica del diletantismo nacional; La inconsciencia moral del indígena -o crítica de los indigenismos al uso y abuso; La inmoralidad del criollo -o crítica de la clase rectora de 1910 en adelante; Bovarismo y crimen -o segunda parte del ensayo anterior; El concepto de la educación -o crítica del materialismo positivista y nuevo punto en la i de la inmoralidad del grupo dirigente; El valor de la paz -o crítica de la Pax Porfiriana, y La intervención y la guerra -o crítica de la ingenuidad geopolítica.

¿Qué interés, pregúntase el lector, pueden revestir para un mexicano de las postrimerias del siglo XX, estas reflexiones de 1915 sobre un país que ni si quiera había documentado, jurídicamente, en la Constitución de 1917, toda su historia independiente? Le ruego me acompañe.

3

Notas

1. "Todas las sombras; Martín Luis Guzmán", en Repeticiones, pp. 11-15.
2. Correspondencia AR/MLG.
3. La querrela de México, p. 5
4. Ibidem, p. 5

EL LIBRO SEGUNDO: EL BARRO COMO BARRO

1

Introducción

Peca de timidez el juicio de Justo Sierra en el sentido de que, en México, junto al problema económico, subsiste el educativo; tanto porque el segundo excede al primero como porque es equivocado nuestro concepto de la Educación Nacional. En todo caso, el elemento predominante, aquello que no acertamos a resolver, "es un problema de naturaleza principalmente espiritual." No se alarme el lector. Advierta, de entrada, que el gran debate de los años 1906-1912, en México, inspira se en, como se dice hoy, el rescate del idealismo y la metafísica, categorías filosóficas -no sólo efluvios cursilones- desterrados por el grosero pragmatismo comtista ---o, mejor dicho, el grosero pragmatismo en que degeneró el aliento comtista de Gabino Barreda; y, enseguida, que el espíritu invocado por Guzmán no es uno vagaroso sino el muy concreto de la "clase directora", de añtano débil, de antaño inmoral ---clase para la que, afirma, debe pensarse la obra educativa. La penuria del espíritu explica las interminables contiendas políticas, el fracaso constitucional -luego de probar "todas las formas de gobierno"-, el nulo usufructo de la paz porfiriana. La penuria espiritual es el hilo de Ariadna, el "mal persistente y terrible". Es fácil suponer la pregunta que, llegado a este punto, se hizo el lector de 1915: ¿germina, por el contrario, en alguna de las facciones revolucionarias en furiosa pugna -carrancistas, villistas, convencionistas, zapatistas-, la esperanza? No. No. Responde el inquisidor, todavía hace poco coronel y agente villista. Pese a sus planes y figuras, pervive en ellas, en las facciones revolucionarias, la misma "ambicioncilla ruin" de las pasadas tiranías oligárquicas. Parecer éste que aleja del opúsculo toda sospecha de oportunismo. Guzmán escribe sus reflexiones no para colocarse, sino para des-colocarse.

Anota finalmente el ensayista, que en el caso de que sus páginas incurran en el despropósito, quedará cuando menos en pie "la afirmación del deber imperioso, insoslayable ya, de hacer una revisión sincera de los valores sociales mexicanos, revisión orientada a iluminar el camino que está por seguirse -la entrada de ese camino que no podemos encontrar -y, a no pulir más nuestra fábula histórica."¹ Llamativa promesa, sin disputa. El camino cuya entrada no podemos encontrar ---o, añadido, el camino que, ya hallado, perdemos. La fábula histórica que pulimos y tornamos a pulir. ¿Cuestiones, asuntos arqueológicos? Naturalmente que no. 1968. 1971. 1983. 19...

2

País a la violeta

Afirmase que Daniel Cosío Villegas funda la sociología mexicana. Me temo que se le adelanto Martín Luis Guzmán. No se piense que eso de la "penuria espiritual" de la clase rectora eleva desmesuradamente la mira del autor. Su primera pieza de caza lleva por título: el mexicano es dilettanti. Ser dilettanti; es confundir, sistemáticamente, un abogado con un humanista, un cirujano con un biólogo, un boticario con un químico; es ignorar, pues, el costo de trabajo intelectual verdadero. Sobre el particular nos entrega un periodo perdurable, digno de su contemporáneo Julio Torri -cuarto lugar en la nómina de Henríquez Ureña- de Carlos Díaz Dufoo Jr., de Borges o de Arreola. Reza: "Vivimos aún en la dorada etapa del genio, del hombre maravilloso que, en un rato perdido, se torna grave y explica el mundo."² ¿Advierte usted el centelleo del dardo?

Más otra es la miga del ensayo inaugural. El cúmulo de "superficialidades y pedantería" que nos hace dilettanti es normalmente trasladado al estudio de nuestros problemas sociales. Y aquí surge el manifiesto nacionalista del autor. Encandilados, cegados por otras historias, ignoramos "que debe existir una substancia propia en el esfuerzo de cualquier idea nacional para que sea fecunda, y que só

lo como luces o rectificaciones accidentales pueden añadirse las extrañas."³ Colonizados -el lugar común me pertenece-, "no buscamos tener vida intelectual auténtica ni en lo que arranca del corazón mismo de los problemas sociales mexicanos."⁴ La verdad es que, salvo los reformadores, "nadie ha querido pensar en México la realidad mexicana". Realidad, sí, "triste", "fea", "miserable". Barro que debe labrarse como barro y no como -gesto diletante- oro.

Aclaro que de este ensayista, el joven Guzmán, no podría decirse lo que Gramsci dirá de los falsos predicadores de lo propio: "es útil para quien no tiene personalidad, decretar que lo esencial ha de ser nacional."⁵ La novedad del planteamiento de Guzmán enraiza en la crisis de la época: novedad de un país que la revolución enrostraba al espejismo Belle Epoque; novedad que Guzmán traduce anticipando las páginas de, por ejemplo, Samuel Ramos.

3

La inconsciencia moral del indígena

Luego de poner a descubierto nuestro razonar a la violeta, la ausencia de estudios mexicanos, Guzmán baja la mira. Punto de partida: los pobladores indígenas. Los antiguos dueños de la nación, viven en estado de "postración servil", sentencia. Y deviene falaz la base en la que descansan las consideraciones sobre dicho estado: "El supuesto gran desarrollo material, intelectual y sobre todo moral alcanzado por los indios hasta la llegada de Cortés."⁶ Falsedad o exageración hija, ora de la "natural tendencia ponderativa" de los conquistadores, ya del afán de los historiadores mexicanos de vanagloriarse del pasado precolombino.

Desde mucho tiempo antes de la conquista, las civilizaciones aborígenes habían fracasado ya a causa de un desencuentro entre, de un lado, el avance material alcanzado y, de otro, su motor, la "superstición y el temor religiosos". Religión ayuna de los "más débiles destellos de la moral"; condenada, desde su

nacimiento, a desaparecer. Sorprende, este desencuentro, la conquista. Régimen de explotación cuya principal riqueza será, serán justamente, corrijo, injustamente, los nativos. Impónese esta cita larga:

Unos cuantos frailes bondadosos y venerables, los que llegaron con las primeras naves a la Nueva España, cogieron al indígena, lo bautizaron apresuradamente y lo abandonaron después, idólatra aún, en los umbrales del cristianismo. Otros vinieron más tarde, pero ya no a cristianizar ni a predicar como los primeros, sino a explotar y dominar como los conquistadores, a trocar en oro la carne y el alma indígenas. De manos del cacique cruel pasó el indio a las del fraile sin virtud; ya no perecían por millares elevando pirámides y templos sangrientos, pero morían construyendo catedrales y palacios; ya no se le inmolaba en los altares del Dios airado cuyo furor se apagaba sólo con sangre: se le sacrificaba en las minas y en los campos del encomendero, cuya sed de oro no se saciaba nunca.⁷

Prosigue el análisis. Postrado, sumiso, indiferente al bien y al mal, inconsciente, con el alma "en botón", desesperanzado: así surge el indígena, de la Colonia. ¿Lo manumitieron la Independencia o la Reforma? Respuesta negativa. En 1821, 1867, el indio mexicano es el mismo que halló el conquistador. No ha dado un paso en siglos. Acomete de nueva cuenta el ensayista, recién desempacado de los campos revolucionarios: población inconsciente desde el punto de vista moral; débil hasta para discernir lo que le beneficia; pueblo vagabundo; pueblo más de religión que de patria; alma que apenas irradia fuera de la linde familiar; pueblo que ora venera, ya odia al amo, su explotador. ¿Cuál puede ser la obra de una nación semejante? Impulso inerte. Masa que significa, para México, lastre; estorbo; que sólo la hipocresía puede tildar de elemento dinámico determinante. En épocas de paz o de turbulencia, la función del indígena es única: "la del perro fiel que sigue ciegamente los designios del amo."⁸ Y prosigue la cruda reflexión:

en la totalidad de la vida social mexicana no tiene más influencia que la de un accidente geográfico; hay que considerarlo como integrado en el medio físico.⁹

El indio es comparable a "un volcán coronado de nieves", dijo, años atrás, Ezequiel A. Chávez, uno de los maestros preparatorianos.¹⁰

Salta a la vista que Martín Luis Guzmán, autodesterrado en Europa:

/a/ piensa de modo diametralmente diverso de quienes incluyen a la cultura precolombina entre las grandes culturales de la humanidad, la indostánica, la griega, la romana, etcétera.

/b/ hace caso omiso del contingente "indígena" de la revolución todavía en marcha ---piénsese en el movimiento suriano, zapatista, de tal suerte autónomo que, a la sazón, habíase negado a acatar la autoridad de Madero y Carranza, sin plegarse del todo -antes influyendo en su suerte- a la Soberana Convención.

/c/ deja en suspenso, en el tintero, el conocimiento de si la Revolución proseguía la obra constructiva del cacique, del fraile, del encomendero o si, por el contrario, cortaba el nudo gordiano de la ancestral explotación al indígena.

Quizá lo anterior se explica por la circunstancia de que Guzmán había arribado, a toda vela, al corazón de su folleto penoso e impopular: la radiografía de la clase que ha regido los destinos de la nación mexicana ---clase de la que, naturalmente, formaba él parte; parte, entonces, opuesta, feroz, crítica.

4

Notas

1. Op. Cit., O.C., II, p. 8
2. Ibidem, p. 9
3. Ibidem, p. 9
4. Ibidem, p. 9
5. "Los intelectuales y la organización de la cultura", p. 76
6. O.C., II, p. 11
7. Ibidem, p. 11
8. Ibidem, p. 14
9. Ibidem, p. 17
10. Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano, p. 136

LIBRO TERCERO: EL MAL DE FONDO

1

La inmoralidad del criollo

Este ensayo, así intitulado, consta de cuatro secciones: El mal de origen, La Independencia, la Reforma y la paz porfiriana. Revisar la política mexicana, advierte el ensayista, política irreal, vaga, abstracta, es acreditar la "existencia de un mal congénito en la nación mexicana"; mal que nace con la mismísima Independencia. En efecto, edificamos una patria "antes de concebirla plenamente como ideal y sentirla como impulso generoso; es decir, antes de merecerla." Hagamos que el autor se explique mejor.

Dimos nuestro primer paso, como nación, prematuramente. Nos movió lo vago, lo irreflexivo; no, ay, la "adivinación", o un avaloramiento frío y concienzudo, o un cálculo egoísta; posibilidades, las tres, envidiables.

Dos son, de modo señalado, los momentos en los que podemos asomarnos "al alma política mexicana", viciada de origen: la Independencia y la Pax Porfiriana. Alma por cierto, la sometida a escrutinio, no general sino, recuérdese, particular: la de "aquella clase, integrada con cierta unidad, que dirige los acontecimientos sociales de México."¹ La clase dominante; la clase a la que el indígena sigue como el perro al amo ---amo generoso o crudelísimo.

+

+ +

La Independencia. Cito el perfecto lied periodístico: "obra fue, en su origen, de una vieja querrela, de una vaga exaltación literaria y de una oportunidad."² Dicho de otro modo: el movimiento independentista -de liberación nacional se diría hoy-, tiene más de accidente que de substancia. Desmenuzo:

/a/ La marea teórica proveniente de las revoluciones norteamericana y francesa rompe, aquí, en una playa inpreparada; insufla "un estado de exaltación ar-

tificial sobre bases engañosas."

/b/ Por otra parte, la idea libertaria prende en la "clase opresora y no en la clase oprimida de Nueva España."

/c/ La teoría revolucionaria sirve, más bien, como justificación del rencor criollo ante los españoles.

/d/ Añádase la oportunidad que significó la invasión napoleónica de España.

/e/ Ni por sus cabecillas, ni por su ética, ni por sus resultados, fue la Independencia "un movimiento nacional". Nada supera, en turbiedad, la intriga del virrey Iturrigaray, en 1808; el arranque nobilísimo, sí, de Hidalgo, "es típico de lo improvisado y azaroso"; la visión revolucionaria y el talento militar de Morelos, estuvieron ayunos de dimensión política. ¿E Iturbide, pregunta el lector antiiturbidista? Don Agustín, escribe Guzmán allá en torrijos, "es el símbolo mexicano de la componenda política fraudulenta y de la inmoralidad militar."³

Entre la Independencia y la Pax refulge, cometa, "rayo verde", la Reforma.

+

+ +

La Reforma. O verdadera Independencia: ruptura interna del régimen colonial.

Ver la luz le tomó, al alma criolla, medio siglo. Amén de sus "embelesos constitucionales", la revolución de Ayutla trajo la verdad, una verdad adulta, la verdad adulta de la "acción reformadora". Cito, mejor: "Sobre la maleza teorizante de siempre, dominaba la humilde confesión de una decadencia de los espíritus en las clases directoras, y la necesidad de regenerarlos. Se llegó hasta a fundar una gran escuela para forjar las nuevas almas."⁴ La Escuela Nacional Preparatoria (ENP), como supone, acertado, el lector; obra y bastión de Gabino Barreda; pieza clave del programa educativo lanzado por Juárez en 1867, vivas aún las escenas del fusilamiento de Maximiliano. Claustro -la ENP- al que Guzmán tornará a referirse una y otra vez a lo largo de ños años. Escuela de cuadros.

+
+ +

La Pax Porfiriana. Lo dice el refrán: poco duró el gusto. Ya en el 70, "los directores de la vida social mexicana" empiezan a traicionar la obra reformista, la única verdadera. "Después de la Reforma y la lucha contra la intervención francesa, que dio a aquélla un valor nacional, la única labor política honrada era la obra reformadora, el esfuerzo por dar libertad a los espíritus y moralizar a las clases gobernantes, criolla y mestiza."⁵ Advino el régimen de Díaz, el de la paz como fin, las petulancias sociológicas, la mentira, la venalidad, el medro particular, la injusticia, el crimen; régimen que se mira en El Imparcial y encarna en los Iñigos Noriegas, los Lord Cowdray, los Rosalios Martínez.

¿Culpa exclusiva, pregúntase Guzmán, la traición, del liberal relapso, fermentado, de Porfirio Díaz? Veamos.

Blas Urrea -Luis Cabrera-, uno de los más audaces y agudos críticos del Antiguo Régimen, propuso, en 1911, una lista de "las principales causas de descontento": el caciquismo o "presión despótica ejercida por las autoridades locales"; el peonismo o "la esclavitud de hecho o servidumbre feudal"; el fabriquismo o "la servidumbre personal y económica" del obrero fabril; el hacendismo o la "competencia ventajosa que la gran propiedad rural ejerce sobre la pequeña"; el cientificismo o "sea el acaparamiento comercial o financiero" que ejercen los grandes negocios, y el extranjerismo o "el predominio y la competencia ventajosa que ejercen los extranjeros sobre los nacionales."⁶

Falta en la lista de Cabrera, una causa que sí aborda, cuatro años después, Guzmán ---insensible, por cierto, a las cuestiones económicas y materiales que inquietan a Cabrera. Estudioso del ejercicio del debido poder, el censor se extiende, demoledor, en la conducta de la clase intelectual durante la dictadura -anticipándose de esta suerte, y ruego al lector no se sobresalte, a las reflexiones gramscianas sobre el particular y, muchísimos años más, al filón académi-

coeditorial abierto por el análisis de la "inteligencia" y sus relaciones con el poder.

Salida fácil el inculpar al dictador. ¿Y la nación que lo glorificaba? Piénsese, escribe Guzmán, vaticinando su magistral novela política, en "el amplio grupo que vivía a la sombra del caudillo" ---el subrayado me pertenece; amplio grupo que:

/a/ O creyó comprender las necesidades del país.

/b/ O fingió comprenderlas, para enriquecerse

Piénsese -sigue Guzmán- "en la clase dirigente de entonces, en los jóvenes de veinte años del 70, en los intelectuales maduros de 1890, en los venerables sesentones que recalentaron sus carnes al sol del Centenario." Centenario de la insurrección de Miguel Hidalgo y Costilla, aquel primer paso prematuro de la nacionalidad celebrado, con gran pompa y circunstancia, por la Dictadura; suceso que rebautiza -Generación del Centenario-, al grupo de intelectuales reunido alrededor del Ateneo de la Juventud, círculo de lectura, salón filosófico, punta del iceberg de la revuelta cultural que se consolida durante la segunda mitad de la primera década del siglo ---éste, menguante ya, en sus últimas.

¿Qué se hizo de ños herederos de la Reforma, pendones de Ayutla? ¿Donde se consignan sus actos o palabras dignos del pasado? ¿Qué esfuerzo desplegaron "para acabar con la abyección política nacional, con la ruindad política y la mentira política nacionales, con la injusticia nacional, con la profunda, profundísima inmoralidad política mexicana"? La indignación del crítico, antes que trabarla, acera la pluma. Tiempo faltó, y ocasiones, para que los hijos del liberalismo sonrieran al Dictador, sumido en su autoimagen del salvador de la patria. Tiempo les faltó, y ocasiones, para cortejar, a la caza de prebendas, a los hombres de Díaz p a sus amigos o sus criados.

El lance siguiente es a matar: "¿habrá nada más definitivo, para un valoramiento de la inmoralidad política de mestizos y criollos, que el espectáculo de

aquellos cientos y cientos de ciudadanos que durante siete lustros no fallaron nunca al dictador para colmar los asientos de las cámaras y las legislaturas? ¡legiones de ciudadanos conscientes y distinguidos, la flor de la intelectualidad mexicana, prestándose a la más estéril de las pantomimas políticas que han existido!"⁸ Entre esta turba de glorias nacionales que se disputaban los cargos y favores, encontrábase los maestros de Guzmán y su generación; intelectualidad aquejada de eso que una de sus figuras eminentes, Federico Gamboa, padre de Santa, llamará, certero, "porfirismo interior".

Es más que probable que a un lector de 1915, año de salida de La querrela de México, libro bautismal de Guzmán, el blanco de la inquisición -la clase dirigente de 1870 a 1911-, pareciera ocioso y, por qué no, escapista. En efecto, mientras el autoexiliado propina numerosos golpes al cuerpo del porfirismo ilustrado, clase cuya acta de defunción empieza a redactarse en los Tratados de Ciudad Juárez, el movimiento armado vacila al borde del suicidio, por culpa de la rivalidad fatal Villa/Carranza; desacuerdo irreparable que se ramifica formando nudos de rencor, subfacciones de facciones. Empero, desde la perspectiva presente, el centro de interés de Guzmán cobra una intensa luz, destila pertinencia, actualidad.

/a/ Porque los sobrevivientes de la crisis revolucionaria instaurarían, a su vez, una nueva clase dirigente; y, en cuanto tal, objeto de estudio.

/b/ Porque Guzmán se adelanta a una tesis morosa pero a la postre victoriosa: la tesis que dice que el examen del estallido social de 1910, y de su desarrollo, demanda el conocimiento de la dilatada dictadura porfirista.

2

Bovarismo y crimen

Pero Martín Luis Guzmán, asómase, también, a la historia inmediata: la Revolución. Concretamente: la etapa que va de 1911 a 1913; ni más ni menos que la ascensión

y muerte de Francisco I. Madero. Esto en el marco de una reflexión general acerca de las dos opiniones vigentes en lo tocante a "las cualidades del pueblo de México para la vida pública": la opinión optimista y la opinión pesimista. Optimistas: legisladores, escritores, oradores, en suma, todos aquellos para los que está fuera de duda la capacidad del mexicano, criollo o indígena, para gobernarse dentro de la democracia por cierto, de tan popular, esta opinión constituye "un verdadero tabú nacional".

Pesimistas: los que ejercen el poder, sus amigos y beneficiarios, "nuestros pequeños sociólogos", los extranjeros explotadores, etcétera. El pesimismo es advertible en los "actos y métodos" de los gobernantes, en las palabras y los "gestos" de la "gente de orden". Y no que no se guarden las apariencias republicanas, ni que el parecer pesimista se quiera absoluto: México, dícese, es, sí, apto para la democracia; sin embargo, no todo México. Si la democracia no impera y esplende débese al indio, a la masa indígena; lastre que frena el impulso del criollo, del mestizo.

El concepto político múdase, entonces, en "lo más absurdo e irreal de la tierra". Porque:

/a/ En México no se tolera "ninguna organización del Estado" diversa de la democracia.

/b/ Los indios son democráticamente ineptos.

/c/ Los criollos, aptos para la democracia, vense reducidos a la "impotencia" debido al peso de la masa indígena.

Debido a esta forma de razonar -que Guzmán llama mitad optimista mitad pesimista-, las instituciones del país viven una existencia hueca, decorativa; viven como desideratum, al decir de un maestro ilustre. Pues bien: el porfirismo vivió de opinión pesimista, de fuertes dosis de desideratum.

Discípulo avanzado y cismático del positivismo, de su realismo sin prejuicios, Guzmán juzga falsa y peligrosa la doctrina del pesimismo. Si bien falsa

y peligrosa resulta, igualmente, la doctrina optimista. Por lo que sigue:

/a/ Salta a la vista la incapacidad del indígena para insertarse orgánicamente en un "estado democrático".

/b/ Pero también salta a la vista que, en México, el criollo incurre en la misma incapacidad democrática del indio.

Anótese el motivo: "capacidad para las prácticas democráticas no quiere decir grado suficiente de inteligencia para escoger un candidato y entender la ley electoral. Con esto, y antes de esto, ha de ir la virtud, la virtud cívica, el sentimiento de justicia y orden, la serenidad."⁹ Alto vuelo lírico que uno de los primeros analistas de la Revolución Mexicana, la sazón aún no resuelta, corta al instante, remitiéndose a los hechos demostrables. Específicamente, las elecciones presidenciales de 1911 y su epílogo sangriento.

Fueron, las que llevaron a Madero al Palacio Nacional, las elecciones menos defectuosas de nuestra historia. Todos votaron bien: los indios y los criollos. Y al límpido proceso electoral siguió un régimen "de absoluta inviolabilidad personal y de la más perfecta libertad de imprenta." ¿Por qué, entonces, a poco recaímos en "la eterna querrela"? ¿Culpa de quién? ¿Del indio? ¿Del criollo? ¿Del mestizo, incorporado mitad al indio mitad al criollo? ¿Del gobierno?

Guzmán pondera la conducta postelectoral ---pasado inmediato. Mientras que al indio no se le volvió a ver hasta que "regó con sus lágrimas la tumba de Madero", el criollo, en cambio, pasó de las urnas a la discusión maliciosa, la censura, el insulto, la perfidia. Fundó El Mañana, siguió pagando El Imparcial, alabó El País, rió con El Multicolor. En otras palabras, provocó, solazándose con el mal, acicateando por el afán de acabar con el gobierno recién electo; y esto, lector generoso, por la simple razón de que aquél era el nuevo gobierno. Su destrucción se buscó directa, no civilmente. ¿Esperar las nuevas elecciones? ¿Crear en el interin un nuevo partido? ¡Qué va! El golpe de

mano, el motín, la traición y, a la postre, el asesinato. Cito:

En nada había participado el indio. Fue de criollos la obra. Los propios autores del inmundo cuartelazo de la Ciudadela no hicieron sino aprovechar una situación creada casi exclusivamente por la canalla anónima. Los asesinatos de Madero no son más ni menos criminales que los inspiradores y creadores de aquella prensa venal e infame que tornó en objeto de mofa e insulto lo que debió ser modesto decoro de un pueblo incipiente. La veleidad de los criollos ---movida por el despecho, por el odio, por el dinero, y por el afán de hablilla cruel y despiadada con que se alimenta la ociosa maldad de los perversos y los cobardes ---inmoló a Madero, ídolo de la víspera, y con él la mejor oportunidad de México, para júbilo de los reaccionarios y a beneficio de los políticos ambiciosos y los militares sin honor. Victoriano Huerta fue el premio.10

Terrible pero, a fe mía, brillante corte conceptual y literario de la realidad mexicana, escrito en Madrid, cerca del hijo de uno de los tristes personajes del cuartelazo, aquel general Reyes a la par impaciente y veleidoso. ¿Que el ensayista, en su apretada síntesis, no destaca, vaya, ni siquiera menciona, la intervención del embajador yanqui, el siniestro Lane Wilson? Lleva usted razón. Aquí, como en otros escritos -por ejemplo, Febrero de 1913-. Guzmán preo-
cúpase, fundamentalmente, por los factores internos del cuartelazo, minusvalorando, por cierto, en los externos, las verdaderas causas, según veremos más adelante.

Resumamos: la democracia significa virtud, no sólo entendimiento; alfabetización, voluntad. El indio carece de tales capacidades. Pero el criollo, diputado porfirista o ciudadano del maderismo, ignora la esencia democrática: moderación, paciencia, acatamiento, lealtad, justicia. Inteligencia tenemos; virtud, no.

Colúmbrase aquí, desde luego, al igual que en otros pasajes del folleto de 1915, el anchuroso campo que transitarán, más tarde, en pos de la mexicanidad del mexicano, Ramos, Ramírez, Zea, Uranga, Paz, Fuentes, etcétera. Búsquedala que, en un plano más elevado, conformará la llamada "filosofía de lo mexicano"

categoría estudiada, entre otros, por Abelardo Villegas.¹¹

3

El concepto de la educación

Tuvo el porfirismo su proyecto de educación popular. Hablo -habla Guzmán- de las Escuelas rudimentarias, impulsadas por el Ministro de Instrucción Pública, el sucesor de Sierra, Jorge Vera Estañol. Si bien, acláranos de inmediato Guzmán, el proyecto surge cuando arde ya, en el norte, la llama revolucionaria, además de proponerse como "ruidoso contrapeso a la Escuela de Altos Estudios fundada por Justo Sierra". El objetivo básico de las Escuelas Rudimentarias estribaba en la enseñanza, al indígena, del castellano, del alfabeto, de la aritmética elemental.

Deplora el ensayista no el objetivo sino la impaciencia que anima el proyecto: "el teorema criollo de ser la ignorancia pavorosa de los indígenas el obstáculo principal para la felicidad de México."¹² Cumplida con creces la educación de los criollos, los gobernantes, sonaba la hora de redimir a la masa indígena, analfabeta, gobernada. ¡Falsísima panacea! Si bien naturalmente, la época era "nido inmejorable para empollar semejantes ideas." El cogollo porfirista vivía el espejismo de la "muchísima administración y poca política": ciudades asfaltadas, silvantes locomotoras, autoapologética; concha que apagaba los sonidos de una realidad malsana. Era la paz, la Pax Porfirica. ¿Cómo diantres no, al reflejo de la Avenida San Francisco, incurrir en la suficiencia criolla, en la vanidad de "liberar a los otros elevándolos a la propia condición"?

Coteja Guzmán el pensamiento porfirista sobre el "problema mexicano", con las corrientes que precedieron a la Dictadura. Antes de la Reforma, se imputaba la crisis a los criollos y a sus "irreductibles predilecciones" por diversas formas de gobierno. Más penetrante, y clarividente, fue el diagnóstico de los re-

formadores. Si, en efecto, la culpa recaía en el criollo, dicha culpabilidad no provenía de un antagonismo nacionalista -monarquía o república, federalismo o centralismo-, sino de "una condición de decaimiento del espíritu criollo, desmoralizado y embrutecido por la Iglesia Católica."¹³ ¿Qué hizo, por su parte, el porfirismo? Mudar bruscamente el centro de imputación. De la clase rectora a las cuestiones económicas; de lo espiritual a lo material. Limantour en vez de Ramírez -"y ¿quién no creyó en Limantour?" Ya no se trató de formas de gobierno: o de incapacidad sino, tan sólo y sólo eso, de ferrocarriles, puertos, bancos, industrias. A esta materialización simplista fue arrastrada la Escuela Nacional Preparatoria, "la gran escuela hija de la reforma". La autocomplacencia según la "única idea verdaderamente fecunda de la reforma y de la historia de México." Y cuando asomó su rostro el peligro, temiéndose una vuelta a las andadas -el fin de la Pax-, se cayó en la justificación tardía del analfabetismo indígena. Error absoluto.

No asistía -prosigue el exencargado de la Secretaría de Guerra y Marina de la Convención-, no asistía al criollo de la República Restaurada, de 1867, derecho alguno para "creerse en una etapa de vida más avanzada que la entrevista por los reformadores." No. Y ruego se ponga atención a la breve sociología del régimen porfiriano, análisis inscrito en la corriente que Lorenzo de Zavala inaugura con su examen del poder -y la mentalidad- colonial. Sintetizo:

/a/ El timbre de orgullo de la Dictadura, la paz, se hizo no frente a los verdaderos problemas de la nación sino al lado de ellos, "esquivándolos y contrariándolos."

/b/ La pax porfiriana -"horrible paz" llámala en otro ensayo- fue una paz ayuna de política.

/c/ Mejor dicho, la paz de 35 años consistió en una política de facción: las combinaciones de Díaz con amigos y enemigos. "Al triunfar, no se hizo ilusiones; a despecho de su título de presidente, siguió sintiéndose, sobre todo y

ante todo, jefe de su facción, de su facción que se ensanchaba hasta abarcar el área total de la República, pero no por eso dejaba de serlo."¹⁴

/d/ Lo anterior decidió que la política fuera suplida por la simple y llana "obediencia".

Llegado a este punto, el de la obediencia como fórmula del poder, de la paz, de la administración porfirista, Guzmán falta a su promesa inicial de "suspender por ahora todo juicio sobre" los revolucionarios, a la sazón en plena guerra fratricida ---ese absurdo que tocará las fibras del surrealismo, el mismo año de 1915, en los campos de Celaya. En efecto, el ensayista señala, denuncia valeroso, que también existen facciones revolucionarias, cuya paz interior, todavía local, todavía no nacional, descansa, asimismo, en la obediencia. La obediencia "pura y simple". Y aporta nombres. En primer término, el de Venustiano Carranza, Primer Jefe del Constitucionalismo y continuador empecinado del apoliticismo porfiriano. Evócanse dos casos que lo ilustran. Juan Sánchez Azcona, en ocasión memorable ---memorable apenas la pinte, más adelante, el propio ensayista, en su libro El águila y la serpiente---, Juan Sánchez Azcona, digo, pide a Carranza que todos los rebeldes participen en la elaboración de los planes revolucionarios. Carranza captó, en el discurso, la ruptura de la amada obediencia, el rumor fastidioso e intolerable de la política; sospecha que no consiguieron borrar las bellezas sonorenses que rodeaban al Primer Jefe, tan dado a bochinchas y fandangos. Y actúa en consecuencia. A los pocos días del "baile de Magdalena", baile en que se pronunció el discurso, Sánchez Azcona marcha a Europa en comisión nebulosa.

El otro caso citado es el de Francisco Villa, a quien Carranza intentó arrebatarse, impedir, una de sus hazañas bélicas: la toma de Zacatecas. El primer Jefe prefirió ganarse un enemigo temible ---Villa en la cresta de la ola levantada por la División del Norte, venerado por sus Dorados---, antes que admitir un quebranto de la obediencia. ¿Y qué sino una tragedia de la desobediencia que

busca el castigo representarán, años adelante, los generales Adolfo de la Huerta, Francisco Serrano, Arnulfo R. Gómez? Débiles y percederas y sacrificables piezas del acontecer político mexicano que transmutadas por la literatura, por La sombra del caudillo, alcanzan -¿quién iba a pensarlo en el momento del crimen? -la inmortalidad.

Volviendo al asunto de la educación popular porfirista, repentina y equivocada oriflama, tenemos, en resumen, un traslado de la ignorancia, de la incapacidad, de la mentira criollas, al indígena analfabeto; un ser "que casi no existe". Cita textual: "olvidaron que aún estaba de pie -y entonces más que nunca, por los efectos doblemente corruptores del régimen porfirista-, el viejo problema de la educación y la regeneración del criollo, infinitamente más necesarias que la educación y la regeneración de los indios."¹⁵ Juicios atrevidos, sin disputa. Agrésivos lo mismo para quienes se batían en los campos de batalla -discordia, en tanto que facciosa, inútil, antinacional-, que para quienes tenían en pie de igualdad al indígena y al no indígena. Sin embargo, recuérdese que, para nuestro autor, el mundo precolombino -amoral, postrado- logró sobrevivir a la Conquista y a la Independencia y a la Epoca Liberal, degenerada en porfirismo. Postración, retraso, de los que únicamente podría salir el indígena de la mano del criollo o del mestizo. No antes. Ni a solas. Convengo en que asoma aquí -tanto que puede escandalizar- una forma de racismo basado no en el color sino en el desarrollo cultural. Tenebroso en el caso del indio. Corrompido en el caso de su tabla de salvación: la clase dirigente o minoría rectora a la que pertenecía, por supuesto, el ensayista ---y el entonces nonato narrador de El águila y la serpiente y La sombra del caudillo.

1. O.C., T.I., p. 15.
2. Ibidem, p. 15.
3. Ibidem, p. 15.
4. Ibidem, p. 16.
5. Ibidem, p. 16.
6. Breve Historia de la Revolución, T.I., p. 200
7. O.C., T.I., p. 17.
8. Ibidem, p. 17.
9. Ibidem, p. 20.
10. Ibidem, p. 21.
11. La filosofía de lo mexicano, 1979.
12. O.C., T.I., p. 23.
13. Ibidem, p. 24.
14. Ibidem, p. 25.
15. Ibidem, p. 26.

LIBRO CUARTO: LA PAZ Y LA GUERRA.

1

El valor de la paz

Viñeta más que ensayo; penúltima cuestión del folleto de 1915. Somete Guzmán a su fría atención, un clamor generalizado: el clamor de la paz. Y procede el recordatorio de que la revolución empezó antes del 20 de noviembre de 1910, con estallidos sociales, abortados o plenos, que arrancan con el siglo XX. ¿Cuántos nacionales habían muerto para el momento en que Guzmán redacta y publica La querrela de México? ¡Cómo no anhelar el fin de las hostilidades! ---hostilidades, para colmo, no entre los revolucionarios y el porfirismo, he cho pedazos, sino entre revolucionarios y revolucionarios. Pero sale sale al paso, aguáfiestas, el ensayista expatriado por propia voluntad: ¿alguien se ha preguntado lo que la paz vale realmente? Lo que vale, no para el "científico" revanchista, ni para el comerciante o el empresario o incluso para aquel a quien le falta el pan. Lo que vale para el país, para la nación. Gravísima paradoja:

/a/ El interés fundamental de México consiste en resolver el problema de su existencia normal como pueblo organizado; lo cual le impiden barreras de incapacidad moral ---el subrayado es del propio MLG.

Empero:

/b/ El único sistema que en México ha tenido éxito para la implantación de la paz, ha sido el porfirismo ---cuyo impio retrato político acabamos de ver; no prometiendo a su vez el presente -aquella actualidad dividida, enfrentada- la irrupción de un sistema nuevo.

Catorce años antes, Martín Luis Guzmán ejecuta un borrador de su futura gran novela política y policiaca: "cualquier jefe de facción militante que llegue a sentirse en condiciones de dominar en absoluto, creará no tener ante sí

otro camino que el seguido por Díaz: como él, querrá contentar los apetitos de sus partidarios para templarles la ambición; como él, procurará aniquilar rápida y despiadadamente a sus contrarios. Hará, pues, la paz con la corrupción y el crimen."¹ Esto fue escrito antes que murieran, asesinados a causa de la disputa facciosa del poder, Emiliano Zapata, Carranza, Villa, Felipe Angeles, Serrano, Alvaro Obregón.

He aquí, pues, la paz que a cambio del bienestar material, se ofrecía a la sociedad mexicana de aquel entonces; paz a costa de una "perversión moral: la corrupción y el crimen sistemáticos ---el subrayado, aclaro, pertenece al propio Guzmán.

Dejo al historiador de las ideas la tarea -de seguro reveladora-, de vincular las páginas del joven Guzmán a las posteriores de José C. Valadés, Daniel Cosío Villegas, Zea, Quirarte y demás esclarecidos inquisidores del periodo: fines del periodismo/comienzos del régimen revolucionario. Externo mi confianza en que se justipreciarán los méritos de un escritor desgarrado por intensas que relas: ¿La novela? ¿El ensayo político histórico? ¿La Soberana Convención? ¿Carranza y ese carrancismo de reserva representado por Obregón? ¿Villa? Méritos en lo que toca no sólo al hallazgo, a la adivinación de temas axiales ---Díaz Presidente no del país sino de una facción, la inteligencia mercenaria, la inmoralidad estructural de la clase dirigente, la obediencia ciega como razón de Estado, etcétera---, sino, también, en lo que se refiere a la perspicacia desplegada por el ensayista.

2

La intervención y la guerra

Cierra Guzmán con un asunto de quemante actualidad ---entonces y ahora. México

y Estados Unidos. Esta vez, como al oponer "política" y "obediencia", se enjuician personas. Carranza, Villa, aquel Eduardo Iturbide que aspiró a ser Presidente de la República, sentado en la silla por el Departamento de Estado, como un prócer bananero cualquiera. ¿Qué hace Carranza al pedir, a los Estados Unidos, que reconozcan su facción? Acatar una vieja máxima de nuestra política interior, esa no política, esa forma de la mentira y de la corrupción. ¿Qué máxima, inquiere el lector? En México "ningún partido político tiene por sí mismo vigor suficiente para dominar; su seguridad y su fuerza exigen el concurso del poder extranjero". El partido Conservador y Napoleón III; el Partido Liberal y la ayuda norteamericana. ¿No bastó -pregúntase- la negativa de Woodrow Wilson para decidir el destino de Victoriano Huerta y los destinos de México? El reconocimiento yanqui. Lo que anhela Carranza. Lo que anhela Villa. Lo que busca, en Washington, Eduardo Iturbide, según informa el New York Times correspondiente al 6 de junio de 1915.

Aunque, aclara, no deben atribuirse a bajeza de alma a ambición desmedida, los trabajos de Iturbide; sujeto -todo lo acusa así- honorable. Simplemente, Iturbide conoce el principio del sine qua non, de la forzosa bendición yanqui, y se adelanta a Carranza y a Villa organizando su partido "dentro de los propios recintos de la ciudad de Washington"; cómoda campaña presidencial que da ocasión al ensayista para "delimitar nuestro asunto": el concepto de intervención norteamericana. Delimitación bañada por el ácido corrosivo y no visceral, frío, de los asedios precedentes: minoría rectora, falacias educativas, pax porfiriana, paz revolucionaria pervertida.

Se ha dicho, en torno a las dos palabras de la fórmula, todo lo imaginable. Sirvió la intervención norteamericana, en manos del Dictador, de espantajo; Huerta lo exacerbó y convocó, para quebrantar el frente de facciones revolucionarias —"hasta el grado de atraer los proyectiles de los acorazados yanquis sobre los pechos juveniles de los cadetes veracruzanos".² En las acusaciones

que las facciones revolucionarias se lanzan entre sí, ocupa un lugar destacado la acusación de "estar exponiendo al país a los peligros de una intervención extranjera." Bien. Dos son las dimensiones del concepto:

/a/ sentimental; y

/b/ real.

Sentimentalmente, la intervención norteamericana puede significar "esto, aquello o lo otro"; pero como hecho consumado, realidad traduce en cambio, "cualitativamente, una verdad absoluta e innegable". Henry Lane Wilson como péfido caso reciente. Procede, pues, acerca de esta dimensión real de la intervención, la interrogante sobre "posibles y tolerables cantidades de intervención"; repito: i"posibles y tolerables cantidades de intervención"!* Porque, tomando en calidad de ejemplo al otro Wilson, Woodrow, establécense diversos grados entre:

/a/. Si se niega a reconocer a Huerta.

/b/ Si se apodera del Puerto de Veracruz.

/c/ Si se opone al regreso al poder de los "científicos".

/d/ Si alienta las esperanzas de un Eduardo de Iturbide o un Manuel Vázquez

Tagle.

/e/ Si reconoce, con todas las consecuencias del caso -la victoria final sobre sus oponentes- tal o cual partido, facción.

Guzmán encara, acto seguido, sin ambages ni melindres, la posibilidad máxima de la presencia imperial en nuestro país: la invasión; recomienda despojarse de sentimentalismo y estimar "las cosas desde el lado del interés de México, que es otra forma de patriotismo, menos vistosa y oratoria, pero más de acuerdo con nuestros recursos y la verdad." Al tenor del comportamiento norteamericano del momento, dice, a ningún mexicano asistía el derecho "de considerar lastimado el honor patrio porque se discutan las posibilidades de la intervención. Hacerlo sería ocioso, acaso imbécil, y solo nos conduciría a aquellos indecoros de la capital huertista, que arrastraba por las calles la estatua de Jorge

*Los signos de admiración son míos.

Washington al grito de '¡Burro, Wilson; burro, Wilson!', mientras los yanquis exterminaban las moscas en Veracruz".³

Martín Luis Guzmán, intelectual abrumado por la violencia que diezma al constitucionalismo original, frisa el abismo; ese abismo que devoró a Lorenzo de Zavala, gran ingenio. Razona, en efecto, que si la intervención nos ayudara de una vez para siempre a remediar nuestros males, y luego nos dejara libres, "bienvenida ella, y criminales nosotros en rechazarle". Llegado, empero, a este punto -a esta inocencia, dirá el lector-, retorna a terreno seguro. Sin embargo, acota el ensayista, lo que no existe es la evidencia de lo anterior —una invasión benéfica e interina. Por el contrario, añade, la paz que el grupo favorecido a la postre por el reconocimiento norteamericano ofrecerá, será un equilibrio "engañoso e inorgánico". La adquirida fuerza del grupo redoblaría "su inmoralidad y su irradiación corruptora"; encontraría "un motivo más de impunidad". Así pues, la paz de la intervención yanqui tendría el carácter de una paz forzosa, a toda costa, "con el río de fango y de sangre oculto bajo sus pies".

Concluye el crítico político. La "moralidad fundamental" postula entonces el solitario, el excluyente medio capaz de ponernos a flote; y resulta de tal suerte grave la intervención norteamericana, para dicho medio salvador, que únicamente nos quedan dos caminos:

/a/ O la solución surge "por sí misma de nuestras almas decaídas".*

/b/ O surge "de una verdadera guerra con los Estados Unidos —verdadera por lo menos en cuanto al estado de los ánimos."

Hasta aquí La querrela de México.

Testimonio de un lector

¿A qué género de lectores iba dirigido el folleto de Guzmán publicado por la Im

*Descubro que, en la edición original se habla de "almas pervertidas" y en la edición aquí citada, la de 1970, de "almas decaídas".

prenta Clásica Española? ¿A los campesinos que nutrían los ejércitos revolucionarios engolfados en un guerrear intestino, cuya metáfora posible era la de un cuerpo asesinando su imagen en el espejo? No. El censor, el villista corroído por la duda, escribe para los Jefes, los Caudillos, la minoría rectora, cuya regeneración era más apremiante, desde el punto de vista de los destinos —y los demonios— nacionales, que la educación de la masa indígena o el mismísimo desarrollo material. Reza, explícito, el epígrafe del librito: "Nada es posible sin la reforma moral de algunos" —bandera, sí, igualmente, del México postrevolucionario de los ochenta.

¿Llegó el mensaje a su destino? ¿Lo leyó Carranza? ¿Lo leyeron Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza, Antonio Díaz Soto y Gama, Alvaro Obregón? ¿Se lo leyeron a Francisco Villa? Un libelo aparecido en la remota Europa, que reducía a botín faccioso la Revolución; que veía proyectarse, en los nuevos hombres del poder, la sombra de Porfirio Díaz —si no es que la de su caricatura cuartelaria: Victoriano Huerta. Reconozco ignorar quién, entre los revolucionarios, se impuso del folletín.

Sé, en cambio, de un lector del campo de las armas de la crítica: Pedro Henríquez Ureña. Lectura que originó su pequeña mitología. En carta a Alfonso Reyes —Nueva York, 10. de diciembre de 1915—, dice D. Pedro: "Shorn publicó los de Martín. Envié a Cuba su Diego Rivera (muy elegante) y su Ninfa; (...) No creo que sea bueno su libro en México. El se portó mal, y no me parece que juzgue bien, y en que a él lo juzgarán mal. Que rompa el libro". ¡Que rompa el libro! Lo cierto es que Guzmán sigue adelante, publícalo.

El 5 de febrero de 1916, también desde Manhattan, Henríquez Ureña escribe a Reyes: "Recibí ~~vuest~~ras cartas, tu artículo sobre Sir Edward y el libro de Martín. Este dice, ~~en~~ la suya, que viene para acá; no sé si haya llegado: tal vez, siguiendo su costumbre, se haya ido en busca de los políticos mexicanos antes que de mí. Hablaré primero, de su carta y libro, por si acaso aún le llegan a

tiempo estas letras a Madrid, y luego, porque a ti te interesan también."

Prosigue el dominicano: "Ya no recuerdo haber dicho que no publicara Martín su libro sobre México: he reconstruido, al fin, mi opinión, y veo que era la que, naturalmente, debía dar. La que debería dar, por supuesto, en teoría pura. Una vez publicado el libro, celebro su publicación, en parte porque está mucho mejor de lo que yo esperaba. Pero la teoría subsiste, como tenía que subsistir."

El lector sabe que Henríquez Ureña no sólo dijo que el libro no debía publicarse: recomendó su destrucción. Pero sigamos su razonamiento, justificación. ¿Qué pretendió Martín, publicitándolo? ¿Darse a conocer, según dice? No creo que sea bueno darse a conocer en México: los extranjeros, o por lo menos los europeos, no apreciarán la profundidad de sus observaciones, y el libro pasará como uno de tantos sobre la fastidiosa cuestión mexicana." Tampoco de crédito "Sócrates", a la posibilidad de que el folleto se haya ejecutado para liquidar cuentas con la revolución. A otro perro con ese hueso, dice el remitente. ¿Por qué? Porque "Martín nunca dejará de ser político. Si en España trabajó en letras, es porque nadie existe tan impresionable como él. Apenas salga de tu lado, y se pierda la ventaja de la distancia de México, volverá a caer." ¡Touché!, como se decía espadachinamente en tiempos porfirianos; si bien es cierto que la caída se demora, del 15 al 19, al término del régimen carrancista. Pero sigamos.

Henríquez Ureña insiste en la inexactitud de que Guzmán publicó el libro para darse a conocer como escritor, enlistando acto seguido, para demostrarlo, lo hasta entonces aparecido en Las Novedades y El Figaro ---revistas neoyorkinas en español. Y por fin entra en materia: "el libro ha causado sensación en el pequeño círculo de Las Novedades (redactores y visitantes mexicanos). Yo lo considero mejor de todo lo que Martín ha escrito ever. Hay ideas más, por supuesto, y quizá por eso me agrada tanto el libro. Sólo lamento que no termine como debería: predicando moral; termina demasiado sin esperanza o sin oferta de solución,

si bien el lema inicial (mal redactado: esos algunos) indica cuál es la que propone; acaso debió repetirse la fórmula al acabar."

Henríquez Ureña se explaya en el análisis de algunos ensayos: el "primer capítulo sabe a español moderno: Ortega, Maeztu... El barro y el oro es de lo mejor. La inconsciencia del indígena es muy audaz: yo confieso que cada día entiendo menos la psicología mexicana, y por ende la del indio; son cosas que miran hacia el Pacífico, y yo sólo entiendo del Atlántico; pero es probable que haya mucho de cierto, y el capítulo termina con una gran idea; el indio es un accidente geográfico, parte del medio físico. En los demás capítulos, las ideas sobre la Independencia, la Reforma (centro de la historia mexicana) y el porfirismo son excelentes; son las que yo sostuve en México contra Caso. El último capítulo es menos bueno: se nota que son fragmentos de disertaciones en que se decía más, y, aún así, demasiado personales. El final debió de ser más redondo."⁴

Hasta aquí la carta.

+

+ +

¿A qué linaje se adscribía La querrela de México, reflexión entonces y ahora mismo pugnaz, áspera, original, de la sociedad mexicana? ¿Qué clima cultural había nutrido, linfas jugosas sin duda, al autor? ¿Quién era Martín Luis Guzmán?

4

Notas

1. O.C., T.I., p. 27
2. Ibidem, p. 30.
3. Ibidem, p. 32.
4. Correspondencia AR/PHU.

TERCERA PARTE: LA REVUELTA CULTURAL

LIBRO PRIMERO: ARMAS DE LA CRITICA

1

22 de marzo de 1908

El viejo barrio universitario de la ciudad de México bulle en el clímax de un escándalo originado, días antes, por la publicación de un folleto en el que el Dr. Francisco Vázquez Gómez, futura figura del antirreeleccionismo, arremete con tra el "programa y los fundamentos ideológicos de la Escuela Nacional Preparatoria"; ataque al que habíase aunado El País, "periódico rabiosamente clerical, ultramontano". Salieron, en defensa de la ENP, Porfirio Parra, su Director a la sazón, y El Imparcial, "diario liberal porfirista donde escribían el Doctor Manuel Flores, Luis G. Urbina, Carlos Díaz Dufoo". Atacar el programa de la Escuela Nacional Preparatoria era atacar a su fundador, Gabino Barreda, el principal ideólogo de la educación mexicana a partir de la derrota del invasor francés en 1867. Los estudiantes, también agraviados, disponíanse a jugar su parte. A las huestes de la institución profanada -que de una profanación tratábase-, se sumaban contingentes que procedían de otras escuelas de educación superior —la Universidad Nacional, recuérdese, no será refundada sino hasta dos años más tarde.

Ocupa la multitud académica, el Salón del Generalito. Desfilan los oradores, a cual más de inflamado: Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Teja Zabre, Pedro Henríquez Ureña. Sus palabras perfilan el paso siguiente: la acción. Salen, pues, a la calle; recorren "con sus estandartes y sus gritos" San Ildefonso y El Reloj -hoy Argentina-, "hasta arremolinarsse frente al Sagrario y Catedral". Reiniciase la marcha, antecedente lejano -lejano en muchos sentidos- del 29, del 68. Plateros. La Profesa. San Francisco. Finalmente la columna dobló en la esquina de "Vergara y El Factor y entró en el Teatro Virginia Fábregas, cuyas localidades tomó casi por asalto". Nuevos oradores, en crescendo: Hipólito

Olea, Rubén Valente, Rodolfo Reyes, Diódoro Batalla. ¿Concluía, con este segundo match verbal, la protesta estudiantil? No. No. Sólo se abrió una pausa para el acto siguiente, éste sí postrero —por el momento. Una velada, ese mismo 22 de marzo, en el Teatro Arbeu, que presidiría, al frente de su gabinete-gabinete hijo de la ENP, de Barreda- el propio presidente Porfirio Díaz. La lista de oradores estaba en consonancia con la velada: los jóvenes Antonio Caso y Rafael López; el maestro -de la juventud- y Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra.

Gabino Barreda, el Juárez de la enseñanza, fue ampliamente desagaviado. Con él, la Escuela Nacional Preparatoria, pieza clave del sistema y programa de "estudios liberales"-científicos, positivos-; ese programa emancipador, opuesto al "horror de la enseñanza que había habido antes: escolástica, dogmática y clerical".

Dos semanas antes de la marcha estudiantil y del acto en el Teatro Arbeu, había tenido lugar, en el Castillo de Chapultepec, creo que en el mismo sitio, o cerca, donde Aguirre hablará con el Caudillo -diálogo antiplatónico-, la Entrevista Creelman.

+

+ +

Uno de los actores, aunque modesto, de la histórica jornada del 22 de marzo de 1908, en cuya crónica nos hemos basado resumiéndola en extremo, era Martín Luis Guzmán.¹ Ahora bien: la vez próxima que él y su generación ocupen las calles de la ciudad afrancesada y miserable, no podrá presidir la protesta el Dictador; ni Justo Sierra estará en condiciones de cumplir un papel en todo punto irreprochable. Cada día acusan más y más sus rasgos tremolantes las banderas de los nuevos tiempos: el fin del positivismo, doctrina oficial de la ENP y de la dictadura; la caída del régimen porfirista.

Apunte sobre una infancia

Procedía Guzmán del norte del país, de Chihuahua; había vivido largas temporadas en la ciudad de México y en Veracruz. Eran sus padres Martín Luis Guzmán y Rendón, militar -ese joven apuesto de la fotografía que presidía el despacho del Director de Tiempo-, y Carmen Franco Terrazas. El, de origen yucateco; ella, chihuahuense. Fecha de nacimiento: 6 de octubre de 1887. Sin embargo, a la vida del espíritu surge Guzmán en la villa de Tacubaya -a las faldas de Chapultepec-, a cuya calle del Arbol Bendito se muda la familia en 1889. Tacubaya: nada suyo carecía de luz / El aroma de sus flores era su atmósfera / Era clara y armoniosa / Era elegante, era bucólica / Era apacible. El padre está a cargo del Detall del Colegio Militar -recuérdese su voz eufónica, poderosa, evocada por Felipe Angeles-, en el que además impartía táctica de infantería y caballería.

Aquellos vergeles y bosques -y, al fondo, clave pétreo, símbolo constante, el Ajusto-, enmarcan visiones heroicas: el 47; Porfirio Díaz. Este último, ora "fulgurante de bordados y medallas de todos los brillos", ora adusto, enlutado visitante de eminencias porfirianas vecinas de la villa: Manuel Romero Rubio y Fernando de Teresa. Una infancia, en fin, pastoral y, pronto, religiosa; si bien tratóse de una catolicidad normada, templada por el padre, liberal: "estar cerca de Dios y lejos de sus ministros." Una pronta iniciación en la lectura: "Juan de Dios Peza, Juvenal, periódicos de aquel fin del siglo diecinueve, los corridos populares con dibujos de Posada", El Decamerón ---que no deja huella. Una filosofía de la vida contraída, al golpe del azar, en diálogos con el padre.

Un día cualquiera:

Hijo: ¿Qué es esto?

Padre: Una brujula

Hijo: ¿Y por qué esto apunta siempre para allá?

Padre: Porque allá está el Norte. Cuando crezcas y seas hombre, también tú serás así. Sabrás donde está tu Norte y no te extraviarás.

Otro día, con motivo del fallecimiento de Guillermo Prieto, ocurrido a tres calles de la del Arbol Bendito:

Hijo: ¿Quién era Guillermo Prieto?

Padre: ¿Que quién era Guillermo Prieto? (Pausa.) Un gran liberal; con su palabra salvó a Benito Juárez de la muerte que iba a darle un pelotón de soldados.

Hijo: ¿Y quién era Benito Juárez?

Padre: Otro gran liberal, el mejor de todos.

Desde entonces -escribe el hombre hecho, académico, en la cuesta de los honores-, dos frases paternas se le harán indelebles e indisolubles: "Ser un gran liberal" / "Tener un Norte, como las brújulas:"² El rectorado de la primera frase se manifestará de varias formas: Guzmán editor de una Biblioteca del Liberalismo Mexicano —que celebro en tanto me abrió las puertas a Zavala—; Guzmán rompiendo lanzas contra la curia política, neocristera, de los 40 y los 50; Guzmán formando el Partido Nacional Liberal Mexicano —ecos del cual encontramos en la crítica guzmaniana al Partido Liberal propugnado por Obregón candidato a suceder a Carranza. En cuanto a la segunda frase, anoto un enigma: ¿era el que asienta en su autorretrato, esto es, el deber patriótico, el verdadero o, si se prefiere, el único Norte de Guzmán? En su momento tornaré a este punto.

Diez años después de que la familia se asienta en Tacubaya la apacible, la señorial, la bucólica, marcha al Puerto de Veracruz, al ser designado el padre Subdirector de la Escuela Naval. La visión —y respiración— del mar, impacta al niño de once años, vivencia que el hombre ya hecho, famoso, notable, asocia a ideas y símbolos: la libertad, el vínculo español —España en tanto extensión de la patria mestiza. ¿Escuela? La Cantonal Francisco Javier Clavijero. ¿Lecturas? Robinson Crusoe, El Conde de Montecristo, El Contrato Social, Los Evangelios, la Electra de Pérez Galdós. La escuela "era laica a la mexicana; públi

ca y gratuita a la perfección". Borra los últimos resabios religiosos adquiridos más por hechizo del ritual —sensualidad— que por el fanatismo —castración—, en Tacubaya la armoniosa. Se impone, a su carácter sin trabas, la idea de un "México cívico y civil".

Catorceaño, funda, junto con un condiscípulo, Feliciano Pardo, La Juventud: "Hoja quincenal destinada —no esperaban menos los editores— a influir en las costumbres de la época." La primera empresa periodística del autor, a la que siguen El Honor Nacional, el vespertino (y radiodifusora) El Mundo, El Sol de Madrid, etcétera, dura unos cuantos meses. En 1902, la familia trüeca el mar —pradera de las gaviotas según un kenningar inmortal—, por la ciudad de México. Escribe el hombre de 67 años, que el carácter ya estaba formado en su parte medular. Las dudas y las interrogantes por venir, serían desasosiego del conocimiento y la elección, que no "del impulso de la voluntad". Teñida de colores patrios, la brújula apuntaba también rumbo al norte de las Bellas Letras —"acabó por entregarse, ilusionado, a la idea de poder él asir algún día, remediando las limitaciones, en lucha con su torpeza, vencedor de su desconfianza, los instantes de lo bello, de lo intenso, de lo emocionante y conmovedor, momentos siempre evanescentes y engañosos, y de llegar a poseer la aptitud de fijarlos en el papel por medio de las letras"³

El viento de guerra que soplaba ya, débil al principio, huracanado a la postre, sobre México, le impedirá la entrega absoluta a la literatura. No así la consecución literaria de lo bello —la "marina" del Mississipi"; de lo intenso —el fusilamiento de David Berlanga; de lo emocionante —las aventuras de Villa bandolero o caudillo; de lo conmovedor —la muerte de Porfirio Díaz.

sé Vasconcelos, Diego Rivera, Rafael López, Argüelles Bringas, Julio Torri, Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán; el Ateneo de la Juventud ---y, por meses; politizado, el Ateneo de México. Nombres y tertulia que condensan la refutación cultural del régimen porfirista ---la crítica de las armas, en cambio, atraerá apenas a unos cuantos: Vasconcelos, Fabela, Guzmán. El objetivo mayúsculo de la revuelta ateneísta es el positivismo; esa doctrina oficial de la Escuela Nacional Preparatoria, pero, igualmente, del Partido Científico ---sumun del porfirismo. La manifestación estudiantil del 22 de marzo de 1908 había hecho aflorar un malestar amorfo en busca de su contenido auténtico. En tal contexto recórtase el Ateneo. Si no el único ni el primero, sí el más eficaz, el más demoleedor, de los antipositivistas.

¿Hijos réprobos, cenáculo renegado? Sí. Antes que ateneístas, que "atélícos", Reyes, Caso, Vasconcelos, etcétera, fueron conspicuos y sobresalientes discípulos de Gabino Barreda ---dicho con exactitud cronológica, de los discípulos de Gabino Barreda: Parra, Bulnes, Cosmes, Aragón, Mercado, etcétera. Al igual que un Ives Limantour, formáronse en las ideas previstas por Barreda desde su Oración cívica, pronunciada en la ciudad de Guanajuato el 16 de septiembre de 1867. Manifiesto radicalmente comtista que se concreta en la Ley de Instrucción Pública del 2 de diciembre del mismísimo año de 1867, y en la inauguración, el 3 de febrero de 1868, de la Escuela Nacional Preparatoria.

Me detengo, un momento, en el credo barrediano ---no sin recomendar al lector se asome, por su parte, al Ensayo de un sistema de política positivista, opúsculo que contiene dos de los aspectos del comtismo que más fustigó aquella belle époque: la ley de los tres estados -"teológico o ficticio", "metafísico o abstracto" y "científico o positivo"-, y la recomendación de hacer de la política una ciencia de observación como la Astronomía, la Física, la Química y la Fisiología.

La historia de México, afirma Barreda, participa de un movimiento ecuménico:

la emancipación, apoteosis del espíritu positivo. Esta es la llave para la lectura del proceso emprendido con la Independencia. En nuestro caso, los tres estados comtistas se integran del modo que sigue. Estado teológico: clero y milicia; Estado metafísico: reforma; y Estado positivo: por ocurrir. La historia en general y la historia en particular, oró Barreda en Guanajuato, no eran "un conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos, propios sólo para preocupar a los novelistas y a los curiosos". ¡No! La historia era una ciencia sujeta a leyes que permitían la explicación del pasado y la previsión del futuro. Sólo había que encontrar el "hilo" conductor —como advierte el lector, el folletista Guzmán asume que la historia mexicana es observable y predecible, y no otra cosa que el "hilo" conductor, trama mejor dicho, del fracaso nacional, busca tozudo e impopular.

La ciencia histórica, añade Barreda, debe guiarse por un fin práctico: "tan imposible es hoy que la política marche sin apoyarse en la ciencia como que la ciencia deje de comprender en su dominio a la política". Bien. El "hilo conductor", el plano en que recaen las fuerzas positivas de la patria llámase: "emancipación mental"; fórmula desgranada de este modo: "emancipación científica, emancipación religiosa, emancipación política."⁴

El fin de la Colonia empezó cuando la física le arrebató posiciones a la teología. Empero, la rendición de los ejércitos realistas no aparejó la derrota plena de las fuerzas retardatarias: incluso hubo la intentona de volver, con Iturbide Emperador, al régimen anterior. Pese a la anarquía y al desorden, el espíritu positivo pujó y pujó, anidando en el Partido Liberal en tanto las fuerzas coloniales lo hicieron en el Partido Conservador. Terrible, encarnizada, fue la lucha. Lo dinámico contra lo estático; la represión contra la emancipación. Aunque acabó por vencer el Partido Liberal, que partió por la espina dorsal al clero y a la milicia — estado metafísico — al ordenar la separación Estado / Iglesia y desamortizar los bienes del clero.

Victoriosas en Europa, las fuerzas retardatarias intervinieron en México. Pero igualmente mordieron el polvo de la derrota; derrota que, por lo antes dicho, iba más allá de los frentes poblanos y queretanos. Porque lo que se dirimió, aquí, fue el conflicto entre "el retroceso europeo" y "la civilización americana"; "el principio monárquico" y el "principio republicano"; el "fanatismo y la emancipación" Anota Leopoldo Zea, incomparable exégeta del positivismo mexicano: "México representa, en la interpretación de Barreda, el último baluarte del progreso; sería en este país donde se decida el futuro de la humanidad."⁵

El ejército expedicionario francés ha sido liquidado; Maximiliano, pasado por las armas; los metecos, reducidos a nada. Sobre este fondo transido de espíritu positivo, comtiano, promete Barreda a un público provinciano que, al término del discurso, será nacional; promete:

Hoy la paz y el orden, conservados por algún tiempo, harán por sí solos todo lo que resta. (Pausa.) Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa Libertad, Orden y Progreso; la libertad como medio; el orden como base y el progreso como fin; triple lema simbolizado por el triple colorido de nuestro hermoso pabellón nacional, de ese pabellón que en 1821 fue en manos de Guerrero e Iturbide el emblema santo de nuestra Independencia y que, empuñado por Zaragoza el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo salvando las instituciones republicanas. (Pausa.) Que en lo sucesivo una plena libertad de conciencia, una absoluta libertad de exposición y de discusión, dando espacio a todas las ideas y campo a todas las aspiraciones, deje esplender la luz por todas partes y haga innecesaria e imposible toda conmoción que no sea puramente espiritual, toda revolución que no sea puramente espiritual. Que el orden material, conservado a todo trance por los gobernantes y respetado por los gobernados, sea el garante cierto y el modo seguro de caminar siempre por el sendero florido del progreso y de la civilización .⁶

Zea recuenta las modificaciones substanciales que Barreda inserta en el

cuerpo del positivismo ortodoxo, para ajustarlo a las características mexicanas. Por citar, entre otros, un ejemplo robusto, y nodal, tenemos la interpretación positiva del Partido Liberal victorioso en los frentes interno y externo. En tanto que Comte atribúyete, al liberalismo revolucionario, un carácter negativo. Por levantisco, revolucionario, crítico, opuesto al orden, ese orden burgués transmutado en desideratum y ley histórica por Augusto Comte.⁷

Vertido, con el apoyo decidido de Juárez, en plan y programa de estudio, el de la Escuela Nacional Preparatoria, el de la instrucción de un fondo común de verdades para todos válidas, el positivismo barredianoradió, excluyentemente, el método experimental. Se propuso la enseñanza de todas las ciencias positivas, empezando por las matemáticas, prosiguiendo, luego, con las ciencias naturales: cosmografía, física, geografía, química, botánica, zoología. Al final del túnel, de cuyas paredes cuelgan letreros con la divisa Libertad, Orden y Progreso, hállase -espera- la lógica. Hipercientifizante cuadro de materias salpicado con el aprendizaje de idiomas vivos como el inglés, el francés y el alemán.⁸ En su oportunidad vendrán las sobredosis de Spencer y Mill, fuera del control de Barreda.

La ENP, afirma Alfonso Reyes, cronista de estos años, "no tenía por destino el conducir a la carrera y a los títulos, aunque fuera fuente indispensable para los estudios de abogados, ingenieros y médicos; sino el preparar ciudadanos -de ahí su nombre". Lo cierto es que, en su afán de desterrar la tenebrosa, la oscurantista escolástica, Barreda eliminó las humanidades clásicas. Y con ellas la filosofía y la literatura. Esta es la luz que bañó la educación media superior de Caso, Reyes, González Peña, Rafael López, Guzmán, Vasconcelos. Ya réprobos, se revolverán contra los valores educativos porfiristas -obra de Barreda, caricatura de la obra prístina de Barreda- en la medida exacta en que se cegaron las fuentes humanistas. Revuelta cultural que alcanza un alto registro en la "procesión de las antorchas", otra de las marchas estudiantiles de aquel princi

pio de siglo.

+

+ +

Decenas de estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria y de las Escuelas de Comercio, Medicina, Jurisprudencia y Minería organizan una marcha que se propone celebrar el 16 de septiembre de 1908 "con discursos callejeros y una procesión de antorchas". Aunque la intención no escondía doblez alguna, las autoridades escolares reaccionaron movidas por el recelo. Operó el férreo autoritarismo vertical de la dictadura. Respondieron los directores de las escuelas involucreadas: "No, no hay nada malo en esto, pero tenemos que consultar." Consultado que fue el jefe del Departamento de Enseñanza Superior, "el respetabilísimo Alfonso Pruneda", éste dijo: "No, no veo razón para que tan simbólico acto no se realice, pero tengo que consultar." Consultado que fue el Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Ezequiel A. Chávez, "otro venerado director de la educación mexicana", éste respondió: "No, no descubro motivo para oponerme, pero tengo que consultar."

De esta suerte se llegó a la antesala del propio Ministro de Instrucción Pública, don Justo Sierra, el orador que apenas unos meses atrás, en marzo, durante el desagravio de Barreda, conmovió, sedujo a los jóvenes. Dijo: "Muchachos, les asiste la razón, pero tengo que consultar". Y consultó. El Dictador Díaz, no contento con la explicación de su Ministro, citó a los organizadores —uno de estos era Martín Luis Guzmán, ingresado a la ENP cuatro años atrás, y en cuya crónica nos basamos.* Ignoraba Porfirio Díaz que seguía posando, al igual que en Chapultepec y Tacubaya la rústica, para uno de sus mejores retratistas. Ya no era, sin embargo, Díaz para Guzmán, el héroe mitológico -mitología patriótica- de la infancia. . Tratábase de un paladín derrumbado. Dirá el hombre hecho, experto en el manejo de imágenes deslumbrantes, acerca de la entrevista de 1908: "Su emoción fue sólo comparable a la que tuvieron los griegos

*Los otros miembros de la comisión eran Arturo H. Orci, Puig Casauranc, Jesús Pallares e Hipólito Olea.

al ver tendido en el polvo el cadáver de Héctor." El Presidente escuchó, escudriñó, a la comisión estudiantil. Aceptó, finalmente, no sin advertir, admonitorio:

- Muy bien, hagan su desfile y digan sus discursos; pero tengan cuidado, mucho cuidado, porque hay en este pueblo atavismos dormidos que, si alguna vez despiertan, no surgirá ya quien sepa someterlos.

Faltan dos años para las elecciones —a las que, había confiado Díaz a Creelman, no concurriría. Fuera del cogollo de los científicos —"científicos"—, esa hermandad político financiera, de contadas ciudades de la República, de algunas colonias de la capital, el país vacilaba al borde de la total desolación material e intelectual. A esto denominaba Díaz atavismo. De cualquier modo tomarían precauciones para la marcha: "un piquete de la gendarmería montada precedería a nuestra columna; otra iría a la retaguardia, y, flanqueándola por los dos lados, nos acompañarían largas filas de gendarmes a pie."¹⁰ Medida que empañaba, por supuesto, aquella promesa de libertad lanzada, a los cuatro vientos, en 1867, por Gabino Barreda.

Partió la manifestación de los alrededores de la Escuela de Medicina. Casi de inmediato habló, ante el Monumento de la Corregidora, el primer orador: Jesús Pallares. Más adelante, en la Plaza de la Constitución, Manuel Puig Casauranc —el que jugará papel principalísimo en la cuestión de la autonomía universitaria, en 29—, declama un poema al Padre Hidalgo. El desfile de antorchas ilumina el entero proyecto que va del zócalo a la Plaza de la Guardiola—Plate ros, La Profesa, San Francisco. A un costado de la Alameda ocupa la tribuna portátil, para alabar y exaltar a José María Morelos y Pavón, nuestro Guzmán —a la sazón de 21 años de edad, y próximo a contraer matrimonio con Anita West Villalobos y aceptar un destino consular en los Estados Unidos. Culmina la marcha en el Jardín de San Fernando, donde perora Hipólito Olea, veterano de la algarada de marzo.

Un año después, fúndase, en la ciudad de México, el Ateneo de la Juventud.

4

Notas

1. O.C., T.II, pp. 1190 y 1191.
2. Academia, pp. 25 y 26.
3. Ibidem, p. 32.
4. Positivismo y porfirismo, pp. 43 - 45.
5. El positivismo en México, p. 61.
6. Positivismo y porfirismo, p. 75.
7. El positivismo en México, p. 67.
8. Estudios, pp. 3 - 68.
9. Academia, p. 30.
10. O.C., T.II, p. 1192.

LIBRO SEGUNDO: EL BANQUETE PROHIBIDO

1

Mil novecientos seis

El Ateneo de la Juventud no sólo proviene de las manifestaciones estudiantiles que tanto impresionaron, entonces y después, a Guzmán, partícipe y cronista. Hay otros movimientos, menos ruidosos, pero más calculados e influyentes, que irán conociéndose en la medida que el estudio del primer salón filosófico/literario mexicano del siglo XX, se acometa a fondo, deje de ser cita mecánica de los trabajos arqueológicos de Alfonso Reyes -Nosotros/Pasado inmediato-, explore los caminos abiertos por Jesús Hernández Luna, por Rojas Garcidueñas y en plena revolución, por nuestro personaje, Martín Luis Guzmán.

Habría una fecha, 1906, y una revista, Savia Moderna. Afán, la publicación, de los jóvenes Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón, al que se ligan Rafael López, Diego Rivera y otros elementos como Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Roberto Argüelles Bringas. "Fue aquella pléyade, fue aquella tropa la que alzó por las calles la bandera del arte libre; la que congregó en las calles la muchedumbre universitaria y dio al traste con la bastarda empresa de un mentecato que pretendió resucitar la Revista Azul, ila de Gutiérrez Nájera, nada menos!, para atacar las libertades de la nueva poesía. Por primera vez en México se vio desfilar a una juventud clamando por los fueros de la belleza y dispuesta si hubiera menester (¡oh, santas locuras!) a defenderla con los puños." Informa, claro está, Alfonso Reyes. Sigo citando: "Fueron aquellos los mismos que más tarde convocaron a la patria para celebrar el aniversario de Gabino Barreda, el educador liberal, y dieron entonces, paralelamente a la anunciación de una nueva era literaria, el signo de una nueva conciencia política. Los mismos que habían de fundar la Sociedad de Conferencias, de efímera pero provechosa vida, y que después se habrían de agrupar en el Ateneo de la Juventud -que hoy, para dar

al tiempo lo suyo- se llama Ateneo de México. No paró en esto el proteísmo de la nueva generación. El Ateneo ha producido la primera Universidad Popular, y prepara / etcétera."¹

Vamos -me permito sugerirlo- por partes. Si Savia Moderna centra, dentro del porfirismo tardío, epítome del autoritarismo faccioso según nos ilustra La querrela de México, la exigencia de la libertad poética, la Sociedad de Conferencias -no confundirla con la Sociedad de Conciertos y Conferencias de los Siete Sabios, generación biografiada por Krauze-, dio un paso adelante en la revuelta cultural ---revuelta que aún no se atreve a decir su nombre: antipositivismo, antiporfirismo. Año: 1907; factotum: Jesús T. Acevedo ---el mismo que participará, con Reyes y Guzmán, en la representación, allá en Torrijos, de los cuadros de Velázquez. Trasládese el benigno lector a la ciudad de México de aquel entonces, ciudad pequeña con teatro de revista, visitas renombradísimas de compañías extranjeras y, en los hogares, art nouveau, pianos, pianolas, fonógrafos y contados aparatos telefónicos. Entre mayo y agosto, los miércoles, se lleva a cabo, por la noche, en el Casino de Santa María, un ciclo de conferencias orientado, a todas luces, al disfrute -revelación- de asuntos vedados por el aparato cultural oficial o, si usted prefiere, dominante. La velada incluye una pieza musical, al comienzo, y una selección poética al final. Plato fuerte: la conferencia. He aquí, exhumado por Hernández Luna, el primer programa de la Sociedad de Conferencias. 29 de mayo: "La obra pictórica de Carriere", por Alfonso Cravioto; 12 de junio: "La significación de la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno", por Antonio Caso; 26 de junio: "Gabriel y Galán. Un clásico del siglo XX", por Pedro Henríquez Ureña, desempacado apenas un año atrás, procedente de la República Dominicana, en la redacción de Savia Moderna; 10 de julio: "la evolución de la crítica literaria", por Rubén Valentí; 24 de julio: "El porvenir de nuestra arquitectura", por Jesús T. Acevedo, y 7 de agosto: "La obra de Edgar Poe", por Ricardo Gómez Robelo.²

Al año siguiente, 1908, año de protestas estudiantiles, el último de Guzmán en la ENP, la Sociedad de Conferencias lanza un nuevo ciclo —dentro de los carriles, renovadores, reveladores, del anterior. Ahora en el Teatro del Conservatorio Nacional. Hora: 20:30. 18 de marzo: "Max Stirner y el individualismo exclusivo", por Antonio Caso; 24 de marzo: "La influencia de Chopin en la música moderna", por Max Henríquez Ureña; 10. de abril: "Gabriel D'Annunzio", por Genaro Fernández MacGregor; 8 de abril: "José María Pereda", por Isidro Fabela, y 22 de abril: "Arte, ciencia y filosofía", por Rubén Valenti. Suprímese, en esta ocasión, el número poético de la velada.³

Es evidente que la sola lectura de nombres -Nietzsche, Poe- y temas -la filosofía metafísica, la literatura- exhibe qué faltaba en la educación positivista contra la que, de manera cada vez más y más decisiva, se revelaban Cravioto, Caso, Henríquez Ureña, Fabela, Fernández MacGregor. Era la hora del golpe en pleno plexus.

2

Preámbulo del Ateneo

El 21 de julio de 1909, Pedro Henríquez Ureña escribe, para la Revista Moderna, que, entre nosotros, "el positivismo es cosa viva". A pesar de que no llegamos a la liturgia de la Iglesia Positiva que se practica en el Brasil, la filosofía de Comte es "la filosofía oficial", cuenta con su propio órgano de expresión -La Revista Positiva-, y se invoca como "base ideológica de las tendencias políticas en auge". De ahí que si se divisaba un revuelo cultural en el país, este movimiento arrancaba, aunque todavía sotto voce, de la "crítica de las ideas positivas". La nota de Henríquez Ureña, a la que siguió otra -recogidas, ambas, en Horas de Estudio-, es una amplia crónica filosófica de las siete conferencias que el estudiante Antonio Caso, conferencista en Santa María y el Conservatorio Nacional, orador en la manifestación estudiantil del 22 de marzo evocada

por Guzmán, rindió, contra el positivismo, en el salón El Generalito de la Escuela Nacional Preparatoria. Suceso legendario, más exaltado que analizado, que franquea el paso a la fundación del Ateneo, y que el cronista de la Revista Moderna vincula a dos antecedentes: el discurso de Sierra, la noche del desagravio a Barreda, en el Teatro Arbeu -reseñado también por Guzmán-, y los trabajos de la Sociedad de Conferencias impulsada por el arquitecto Acevedo.

Divide Caso -escribe Henríquez Ureña- su revisión del positivismo, en dos apartados. A lo largo de las tres primeras jornadas, diserta sobre Comte y sus precursores. En cuatro más ocúpase del "positivismo independiente". Contra lo que solemos leer aquí y allá, la revisión del Comte, su doctrina y antecesores, no incurre en el enfrentamiento -filosófico, claro- ni en la diatriba. Escribe el dominicano, desencantado: "De Caso podía esperarse estudio libre y lleno de variedad;" / "No se ha abstenido Caso de hacer crítica, sino de la censura franca: ha ejercido la función crítica sólo a medias."⁴ Supliendo al conferencista, Henríquez Ureña aborda el recuento de la crítica europea enderezada contra el positivismo y expresa su confianza en el sentido de que Caso no soslaye más el "libre exámen". Esperanza que no se ve defraudada.

Caso repara, en efecto, la falta de novedad y crítica de la primera serie de conferencias; a través sobre todo, de la figura de John Stuart Mill, Caso realiza una ofensiva antipositivista, anticomtista, que Henríquez Ureña resume, complacido para los lectores de su revista, de esta manera: "En sus primeras disertaciones, el conferencista presentó la filosofía de Comte como un monumento dogmático difícil de tocar, no se sabe si por respeto a la majestad arquitectónica o por temor a la debilidad de los cimientos: ahora el edificio pareció hundirse lentamente, como los edificios coloniales de la Ciudad de México, y tal vez próximos a desaparecer de la faz de la tierra." Ariete: el "experencialismo de Mill", el inglés; ese positivismo independiente, "idealismo crítico según el cual no se puede vencer la subjetividad del conocimiento ni derivar de la expe-

riencia la realidad del mundo exterior, sino solamente el orden que éste nos presenta."⁵

Amén del reportero de la Revista Moderna, siguieron, una tras otra, las conferencias de Antonio Caso, en el Generalito: José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Jesús T. Acevedo... ¿y Martín Luis Guzmán? —no, Guzmán no, por lo que luego diré.

Pero sigamos con los aportes de Henríquez Ureña, acerca de las vísperas del Ateneo. Reuníase una pandilla liberada por Caso, Reyes, Vasconcelos, Acevedo, Diego Rivera. Se leía con furor a los filósofos condenados por la doctrina oficial —condenados por "inútiles" —: Platón, Kant, Schopenhauer. Platón: "nuestro mayor maestro."⁶ Cita insoslayable: "Una vez nos citamos para leer en común el Banquete de Platón. Eramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... la lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del mundo de la calle, por más que esto ocurría en el taller de un arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad."⁷ ¿Qué lugar? El estudio de Jesús T. Acevedo, en la calle de Plateros, según participa Alfonso Reyes en su nota a Disertaciones de un arquitecto —libro, magro legado escrito de Acevedo, que el INBA reeditó en 1967⁸, el mismo año del homenaje tumultuoso a Martín Luis Guzmán en el Ambassadeurs. Tenemos, también, las noches infatigables en la biblioteca de Antonio Caso, con un busto de Goethe que servía de perchero —sombreros, abrigos— y mudo convidado de honor.

Llega el mes de octubre.

1. Savia Moderna/Nosotros, p. 622.
2. Las conferencias del Ateneo, pp. 13 y 14.
3. Ibidem, p. 14.
4. Obra crítica, pp. 52 y 53.
5. Ibidem, p. 65.
6. "La influencia de la revolución en la vida intelectual de México, en Obra crítica, p. 610.
7. "La cultura de las humanidades", en Obra crítica, p. 598.
8. p. 21.

LIBRO TERCERO: EL ATENEO DE LA JUVENTUD

1

La(s) lista(s)

Las tres fuentes directas más copiosas acerca del origen y contingente del Ateneo de la Juventud son, a mi juicio:

/a/ La carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, de fecha 29 de octubre de 1913, en la que "Sócrates" hace el recuento detallado del movimiento que apelamos "revuelta cultural". Esto con vistas a un artículo que Reyes prepara sobre su generación.

/b/ El artículo de Reyes, "Nosotros", publicado en las revistas América y Nosotros, y reelaborado en Pasado inmediato.

/c/ Dos discursos de José Vasconcelos. El primero, pronunciado el 17 de junio de 1911, en la ciudad de México; el segundo, rendido en la Universidad de San Marcos, de Lima, Perú, el 26 de julio de 1916.

Escribe Henríquez Ureña: "Fin de año*: invención de Caso, el Ateneo de la Juventud. Entró mucha basura como en Savia, porque se pensó que fuese un Ateneo en el que se hablase de Derecho y de todo. No se logró: el Ateneo ha sido al fin literario y filosófico, y los abogados, médicos y matemáticos han resultado un peso sobre él. Error de no seleccionar; culpa mía, que no concedí gran importancia a la idea, y no me preocupé en escoger. En cambio se excluyó a literatos capaces, como Núñez. Tres secciones iniciales:"¹ Escribe Reyes: "los mismos que habían de fundar la Sociedad de Conferencias, de efímera pero provechosa vida, y que después se habían de agrupar en el Ateneo de la Juventud—que hoy, para dar al tiempo lo suyo se llama Ateneo de México."² / "A fines de ese año, fundación del Ateneo de la Juventud, cuya vida queda incorporada a la historia de nuestra literatura. Las sesiones públicas del Ateneo, en el salón de actos de la Escuela de Derecho, se suceden quincenalmente por varios años y dejan un surco verdadero."³ Escribe Vasconcelos: "Este Ateneo, lo recordáis todos, fue organizado para dar *1909, obviamente.

forma social a una nueva era de pensamiento, sin saberlo con certeza, porque la voluntad marcha aunque no se perciba claro su fin, los organizadores de esta sociedad se propusieron crear una institución para el culto del saber nuevo que habían encontrado, y para el cual no hallaban asilo ni en las arcaicas agrupaciones donde se recuerda la ideología superficial de la época de la Reforma, ni en las que discuten el rancio saber escolástico del catolicismo, ni en aquellas donde se ostentaban ruidosamente las pueriles argumentaciones de sentido común con que al amparo del despotismo oficial, los positivistas dominaban en las escuelas y academias."4 / "...continuando mi imitación de Ulises, he de disponerme para el instante en que, concluidos vuestros juegos y exhibiciones de ideas, me interpeléis para que os diga en que son diestros los actuales hijos de Anáhuac, responderé entonces, procurando mostrar cómo en medio de las desolaciones y las inquietudes florece una generación que tiene derecho de llamarse nueva, no sólo por sus años, sino más legítimamente porque está inspirada en estética distinta de la de sus antecesores inmediatos, en credo ideal que la crítica a su tiempo calificará con acierto, pero que no es romántico ni modernista ni mucho menos positivista o realista, sino una manera de misticismo fundado en la belleza; una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas. No es fe platónica en la inmortalidad de las ideas, sino algo muy distinto, noción de la afinidad y el ritmo de una eterna y divina substancia."5

Pedro Henríquez Ureña cita, y enlista, a sesenta miembros. Reyes, como Vasconcelos, cita y enaltece unos cuantos nombres ---Guzmán resulta, para Reyes, "mente clara, pluma de primera", y para Vasconcelos, "espíritu claro y vigoroso, que pronto habrá de definirse con inconfundible relieve."

José Rojas Garcidueñas, en una investigación del año 79, ofrece la oportunidad de estudiar documentalmente la afamada tertulia. La lectura impone la conclusión de que es dable y aconsejable hablar de varios ateneos, no de uno solo, pese a la breve existencia de la agrupación. Fúndase el 28 de octubre de

* Ya finalizado este libro, Alvaro Matute me entrega su ensayo "El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación". Lamento no poderme servir del más reciente estudio de la camada; sincera lamentación por tratarse de un historiador acucioso y ameno e incluir, su trabajo, material desconocido. Concretamente, Revolution and Renaissance in Mexico: El Ateneo de la Juventud, de John Schwald Innes, de la Universidad de Texas. Otra vez será.

1909, como desenlace inexorable de los acontecimientos ya ponderados. Compónese su mesa directiva del modo que sigue. Presidente: Antonio Caso; Secretario de Correspondencia: Pedro Henríquez Ureña; Secretario de Actas: Genaro Fernández MacGregor*; Tesorero: Ignacio Bravo Betancourt. Directiva que muda al año siguiente, 1910, año de las Fiestas del Centenario, postrer boato porfiriano. Suple a Caso, en la Presidencia, Alfonso Cravioto —aquel motor de Savia moderna; créase una Vicepresidencia que ocupa Jesús T. Acevedo; Henríquez Ureña entrega la Secretaría de Correspondencia a Carlos González Peña. En la de actas permanece Fabela. En la tesorería de la agrupación ingresa Guillermo Novoa.

Octubre de 1911: designase Presidente del Ateneo a José Vasconcelos —homenajeado, en junio, por sus servicios a una causa ya no sólo cultural. Antes de que concluya su mandato, Vasconcelos imprime la última metamorfosis del cenáculo, previa a su desaparición —real, que no simbólica, histórica; convierte el original Ateneo de la Juventud, en Ateneo de México. Fecha: 25 de septiembre de 1912. Alzose, maderista, aquella hermandad helénica.⁶

Rojas Garcidueñas aduce piezas provechosísimas. Consta, por ejemplo, la nómina de socios hasta fines de 1910; jóvenes, y no tan jóvenes, enfrascados en el objetivo de "trabajar en pos de la cultura intelectual y artística" —orden éste de factores que responde a la nota distintiva de aquella generación filosofofante, crítica, humanista. Socios fundadores: Jesús T. Acevedo —"arquitecto, profesor de academias de dibujo de la Escuela Nacional Preparatoria"—; Ing. Evaristo Araiza; Roberto Argüelles Bringas; Dr. Carlos Barajas; Ignacio Bravo Betancourt —"abogado, diputado al Congreso Nacional"—; Antonio Caso —"abogado, profesor de conferencias de Historia del Comercio en el Interinadomacional"—; Nemesio García Naranjo —"abogado, diputado al Congreso Nacional"—; Lic. Ricardo Gómez Robelo; Lic. Fernando González; Carlos González Peña; Pedro Henríquez Ureña; Rafael López; José María Lozano —"abogado, diputado al Congreso Nacional"—; Juan Palacios —"profesor de castellano en la Escuela Nacional Preparatoria"—;

*Quien renuncia, poco después a la Secretaría de Actas y a la agrupación, substituyéndolo Isidro Fabela.

Eduardo Pallares -"abogado, profesor de Filosofía del Derecho en la Escuela Nacional de Jurisprudencia"-; Manuel de la Parra; Alfonso Reyes; Lic. Abel G. Salazar; Mariano Silva y Aceves; Alfonso Teja Zabre -"abogado, secretario del Museo Nacional"-; Julio Torri; Lic. José Vasconcelos, y Miguel A. Velázquez. Socios correspondientes — fuera de la ciudad de México —: Alfonso G. Alarcón; Ricardo Arenales; Rafael Cabrera; Jesús Castellanos; Max Henríquez Ureña; Efrén Rebolledo; Diego Rivera y Angel Zárraga. Nómina ésta, de fundadores y correspondientes, inscrita en el folleto que recoge la primera serie de conferencias del cenáculo —folleto financiado, por cierto, por un conspicuo positivista y "científico", Pablo Macedo.

El ciclo de marras se llevó a cabo a la par que las celebraciones del Centenario. Lugar: Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Hora: 7:00 p.m. 8 de agosto: "La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos", por Antonio Caso; 15 de agosto: "Los Poemas Rústicos de Manuel José Othón", por Alfonso Reyes; 22 de agosto: "La obra de José Enrique Rodó", por Pedro Henríquez Ureña; 29 de agosto: "El Pensador Mexicano y su tiempo", por Carlos González Peña; 5 de septiembre: "Sor Juana Inés de la Cruz", por José Escofet; y 12 de septiembre: "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas", por José Vasconcelos.

Ahora bien: en el ejemplar de Alfonso Reyes, éste anota la lista de socios que ingresaron al Ateneo después de la fundación del areópago en octubre de 1909. Trátase de Federico Mariscal, Enrique González Martínez, Enrique Jiménez Domínguez, Joaquín Méndez Rivas, Antonio Médiz Bolio, Alejandro Quijano, Leopoldo de la Rosa y ... Martín Luis Guzmán.

Menciono, por último, que Rojas Garcidueñas reproduce el proyecto de estatutos del Ateneo de México,⁸ y da por bueno, con reservas, para efectos de la nómina de la agrupación, el listado de Pedro Henríquez Ureña, contenido en la carta a Alfonso Reyes citada.⁹ Los sesenta de los que el mismo Pedro Henríquez Ureña seleccionará, el 27 de mayo de 1918, en Nueva York, sólo a 9.*

Nuestro personaje

¿Existe un preciso manifiesto ateneísta? ¿Qué papel jugó, en puridad de verdad, dentro del Ateneo de la Juventud, Martín Luis Guzmán?

La respuesta a la primera pregunta es negativa. Encontramos actitudes, gustos, versiones personales, en lugar de un decálogo común. En tanto Reyes subraya la búsqueda de una libertad cultural, Pedro Henríquez Ureña pone énfasis en el ejercicio crítico y el libre examen, y Vasconcelos refiere un saber nuevo o un misticismo estético que no es ni romántico ni modernista ni positivista ni realista. ¿Es que el Ateneo se limitó al desencanto del positivismo? Tenemos, como pista objetiva, las lecturas recurrentes: Platón, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Boutroux, William James, Bergson, Poincaré, Croce, Pater, Hegel, Ruskin, Schiller, Lessing, Wilde, Menéndez Pelayo. Filosofía en el sentido pleno de la palabra; crítica artística; teoría literaria. También, una creciente inquisición de los valores intelectuales de México ---Lizardi, Sor Juana--- y de América Latina ---Hostos, Rodó. Pero todavía resulta difícil hablar de un "pensamiento ateneísta", más allá de un acerbo malestar de la inteligencia y la sensibilidad "principios de siglo". El quid obedecía, a mi juicio, más al papel del intelectual mexicano, al ejercicio de la inteligencia en México, que a la edificación inmediata, entre las ruinas del comtismo barrediano y sus deformaciones monstruosas o caricaturales, de un sistema de ideas.

En cuanto a nuestro personaje, ya advertimos que no figura ni entre los disertantes de la Sociedad de Conferencias -1907, 1908- ni entre los conferencistas del primer ciclo organizado por el Ateneo de la Juventud; tampoco en la nómina de socios fundadores y corresponsales, aunque sí en las listas de Reyes y Henríquez Ureña. Sigamos, mejor, para ubicarlo correctamente, su trayectoria a partir de la aventura de La Juventud.

Es, recuérdese, el Puerto de Veracruz a comienzos de los años noventa del

siglo pasado. Guzmán dirige, junto con un condiscípulo de la Escuela Cantonal, la hoja quincenal La Juventud. El bisoño editorialista de trece años publica, entre otras cosas, sendos textos sobre Víctor Hugo y Rousseau. Para finales de 1893, los Guzmán están de nuevo en la ciudad de México. Al año siguiente, Martín Luis ingresa en la Escuela Nacional Preparatoria, donde traba amistad con Alfonso Reyes. Concluye la ENP en 1908, año, lo vimos ya, de su múltiple debut público; oportunidad que no le brindó en 1906 Savia moderna ni, en 1907, la Sociedad de Conferencias. Además de ser uno de los oradores de la "procesión de las antorchas" del 16 de septiembre ---suceso reconstruido la noche que ingresa a la Academia de la Lengua---, de publicar su discurso sobre Morelos -"y el sentido social de la Guerra de Independencia"-, pasa a formar parte del cuerpo de redactores de El Imparcial, el más moderno y pujante de los rotativos porfirianos. El discurso del preparatoriano de veintidós años, entusiasma a otro joven, apenas cinco años mayor, y muy involucrado en la marcha cultural de la ciudad, Jesús T. Acevedo. Acevedo descubre a Guzmán y lo introduce al protoateneo: Vasconcelos, Henríquez Ureña, Caso, Torri, González Peña ---a Reyes habíalo conocido en la preparatoria. No obstante, aunque asiste a algunas reuniones del grupo y lleva a cabo con Henríquez Ureña "conversaciones peripatéticas" -de la Biblioteca Nacional a Santa María, y viceversa- que duran toda la noche, lo cierto es que su participación "ateneísta" peca de antirreglamentaria, distante, ocasional. Veamos por qué.

Luego de ingresar, a principios de 1909, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, contrae, en julio, nupcias con Anita West Villalobos, aceptando, si no es que provocando, casi de inmediato, una plaza de cónsul en el consulado de México en Phoenix, Arizona, sitio en el que se encuentra al fundarse el Ateneo el 28 de octubre. De 1909 es, también, una aventurilla política que el hombre hecho, célebre, mucho se cuidará de evocar: me refiero a cierto coqueteo de Guzmán con los clubes corralistas, reeleccionistas, de la ciudad de México, "corralismo tan

inofensivo como estúpido" que le reclama Henríquez Ureña y del que se conduce largamente, prolijamente, ante Reyes, en carta del 4 de marzo de 1913.¹⁰ Prosigue. En tanto el hijo se desempeña en el servicio exterior porfiriano, el padre, coronel del mismo nombre, es movilizado al norte para combatir a los primeros revolucionarios. Herido el 25 de noviembre de 1910, fallece, no sin antes conversar con el hijo, el 29. Guzmán regresa a la ciudad de México y, a comienzos de 1911, reingresa a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ya padre de un niño —Martín Luis. Horas, finalmente, del Ateneo de la Juventud, formalizado en su ausencia. También de su inicio profesoral. Guzmán imparte Lengua Nacional en la Escuela Superior de Comercio de la Ciudad de México, antes de ser nombrado bibliotecario en la Escuela Nacional de Altos Estudios —ese refugio, junto con la Universidad Nacional, que su artifice, Justo Sierra, previó, visionariamente, para los ateneístas. Nos dice Ermilo Abreu Gómez que ese mismo año de 1911, es "nombrado delegado a la Convención Nacional del Partido Liberal Progresista, donde hace sus primeras armas como orador político"¹¹; destreza que prueba exitosamente en la Plaza Villamil, con motivo de la erección del monumento a Aquiles Serdán. Guzmán comparte la tribuna, ya no con oradores fogosos mas desconocidos, sino con Luis Cabrera, líder de la Cámara de Diputados, y Francisco I. Madero, Presidente de la República.¹²

También hace sus armas el escritor, cuyas primeras muestras aparecen en la revista Nosotros, revista enclavada en el corazón de la tormenta restauradora, reaccionaria —su primer número antecede, un mes, a la Decena Trágica; el último sale con Huerta aún en el poder usurpado. Guzmán da a luz "ensayitos muy especiales y aéreos", bajo el disfraz Viajes de Puck; viñetas como "La vida atética", "Crítica reservada" y "El artificio". Las dos primeras se pueden leer en el número 5 de Nosotros —septiembre, 1913. En el vórtice de una sociedad que se escinde, dispone a la guerra intestina —¿qué fue de los Tratados de Ciudad Juárez, cura apresurada e inhábil?—, el joven Guzmán divaga, divaga,

divaga. Transcribo:

La vida atética

Nada como renunciar al fruto de las cosas para interesarse más en ellas; quien hace de su vida un atelismo perfecto, abre por ahí ancha puerta a todo el caudal de las formas vivas e inertes, y ellas vienen a él y le mantienen sumergido en un baño de constante renovación. Como no pide finalidad, no gasta preferencias; que si alguna tiene, no será otra que la muy peculiar, y no confesada, de su naturaleza, más humana mientras más interna, y más poderosa mientras más ciega; ni ella le vedará volver la mirada hacia todos lados, ni seguir todos senderos, antes ha de iluminar los que caigan bajo su luz.

Afirmar de la vida una dirección necesaria, es imponer camino al espíritu negándole la inmensa copia de direcciones entre las cuales se escogió. ¿Y qué más ilusorio que encauzar lo que de suyo es desbordamiento informe e incontentible; que sujetar la ubérrima transformación en que se inunda el espíritu, y pretender contentarle con uno solo de los frutos, cuando ve ante sí todas las manzanas doradas del huerto en que vive? La finalidad convierte en sistema al mundo, y nada hay más contrario a la ilimitada perspectiva de la voluntad y el pensamiento que la concepción sistemática, que por fuerza empobrece la impresión de las cosas y las prejuiza. En el universo de la pluralidad de las formas y la multiplicación de los resultados, la visión del mundo será tanto más intensa y sugestiva cuanto avalore en su punto las individualidades. Pero, ¿cómo podrá esto alcanzarse sino sosteniendo a todo trance por el indiferente interés de una actitud espectacular, enemiga por la sangre de afirmaciones absolutas y sistemáticas? Sólo la naciente simpatía de todo, alimentada en el fresco matinal de la curiosidad atética y desinteresada, lleva al espíritu a esa contemplación pluralista y serena; sólo ella no exige sacrificio y consagra íntegro el privilegio de la conciencia a presidir todas las cosas.13

¿Es, éste, acaso, el verdadero hábito del Ateneo de la Juventud, definido tempranamente por uno de sus menos puntuales miembros, con un pie en Phoenix y otro en la ciudad de México? Quizá. Lo indudable es que, tocante a nuestro personaje, la viñeta de marras traduce más bien, por el contrario, una especie de consigna antiguzmaniana. Para septiembre de 1913, el autor ha perdido al padre venerado -dolor que comparte con su amigo Alfonso, el hijo del general levantisco-; ha coeditado un periódico antihuertista -El Honor Nacional-; ha intentado sumarse a los ejércitos constitucionalistas del norte ---deseo que no cumple sino el mismo mes de la aparición del número 5 de Nosotros. ¿Cómo rayos se puede padecer esa negación de la "finalidad", de la "dirección necesaria", de la posibilidad de convertir "en sistema el mundo", de "afirmaciones

absolutas y sistemáticas", con la violencia revolucionaria? Encuentro, en La vida atética, la antítesis de lo que Guzmán será — o procurará ser — en definitiva. Constructor no de naciones en general, sino de una, específica: México; censor no de las clases en abstracto, sino de una particular, con pelos y señales: la dirigente e intelectual mexicana; sistematizador, no vagaroso; político, no "atético".

Pero sigamos transcribiendo del ejemplar que, dentro de la utilísima colección Revistas Literarias Mexicanas Modernas, se destina a Savia moderna y a Nosotros. La otra viñeta contenida en el número 5, reza:

Crítica reservada

No es juicio de crítica el destinado a permanecer en secreto. Hay inteligente que me dijo al oído irreverencias de Cervantes y horrores de Goethe, y en tono sincero y convencido; mas no por eso Goethe ni Cervantes lo son menos.

La crítica es resultado y función social, y no de individuos, por más que la pronuncien labios particulares, pues tiene la sociedad modo adecuado de expresar sus preferencias y conservar el dominio: a nadie es permitido formular juicio sin afrontar la corrección ajena, ya que sería engaño guardarlo para sí, tildando de error a los demás.

A la estimación de las obras nunca se ha puesto punto; ella se rectifica y elabora a diario, según va pasando de mano en mano: así que vanamente pone mano en ella quien a otras manos no pasa la enmienda. Sólo es honrada la preferencia a censura que en público se declara, por ser la única que se expone a la extraña discreción.¹⁴

Pareciera, lo barrunté ya, que Guzmán se anticipara a su propio destino. Por una parte, en vez de que su obra pase, de manos de contemporáneos, a las nuestras, se traba, azolva, encalla; y, en vez de la formulación social del juicio, prospera el sordo agravio, la hablilla.--¿propiciará este libro, la emigración, hará salir la exégesis a la plaza pública de los suplementos, las revistas, las conferencias y mesas redondas? Decídalo el lector.

En el número 6 de Nosotros, aparecido en octubre de 1913, Los viajes de Puck nos obsequia, esta vez, una sola viñeta. Transcribo:

Artificio

Ya es vieja historia la de la civilización que llega de Oriente; tan vieja, que tiempo ha habido de que el mundo se complete, y a nosotros, habitantes de este Nuevo Mundo, no es por Oriente sino por Occidente por donde nos viene: la china, de pies pequeños, desembarca en San Francisco; viene pobre y sola y no trae más caudal que el caudal mutilado de sus pies; pero él la sirve, porque él es su prestigio. En vano el filántropo occidental la mira y la compadece; en vano la condena y la envidia nuestra desvirtuada mujer, ya apenas capaz del suave sufrimiento del corsé: ella de todos triunfa; su virtud es la sumisión a lo artificial, a lo femenino, a lo superior. ¡Ah, las mujeres de pies pequeños, de rostros esmaltados y de uñas de nácar!

No puedo menos que subrayar el bárbaro contraste entre este canto decadente y La fiesta de las balas ---¿o es que soy incapaz de hallar su oculta correspondencia?

+

+ +

No he emitido, por supuesto, la segunda pregunta planteada líneas arriba: ¿perteneció, en puridad de verdad, Guzmán, al Ateneo de la Juventud, cristalización de la "revuelta cultural"? Sabemos que asistió a la peña filosofante de la biblioteca de Antonio Caso, aunque no así a la fundación formal del cónclave; y que frecuentó las sesiones públicas en la Facultad de Derecho, aunque a partir de 1911. Sabemos, también, que no obstante lo anterior, inclúyenlo en sus censos Henríquez Ureña, Reyes y Vasconcelos. José Luis Martínez opina: "Aunque haya figurado inicialmente dentro de la generación del Ateneo y compartido con algunos de sus miembros empresas culturales, Martín Luis Guzmán tiene pocas afinidades ideológicas con dicho grupo."¹⁶

Yo quisiera hablar de un ateneísmo atípico. De un vínculo -entrañable, perdurable, hipercrítico-, más que con la agrupación y sus estatutos, con dos de sus cabecillas: "Sócrates" Henríquez Ureña y "Euforión" Reyes y, en menor medida, con Antonio Caso, Julio Torri, José Vasconcelos. Destaca Guzmán la influencia que, sobre él, ejerció el dominicano; la amistad intelectual con Reyes arranca de la ENP, pasa por las desventuras de 1913/1914, se ensancha, episto-

larmente - no así con Henríquez Ureña - a lo largo de los años 10, 20 y 30. Ateneísmo, repito, secreto. Aunque no hasta el punto de borrar notables influencias: el gusto por el ensayo, el rigor, el humanismo, el esteticismo y desde luego, esa inquisición de asuntos mexicanos que, en nuestro autor, termina por trocarse omnisciente.

Otra particularidad, en el caso de Guzmán, es que debe hablarse, más que de la deuda de Guzmán para con el Ateneo, de la deuda del Ateneo para con Guzmán. Este no sólo cifra, anticipadamente, la República Ideal a la que real o figuradamente aspiraban aquellos catecúmenos adoradores de la Héliade, sino que, fresco aún el cadáver colectivo, factura la más duradera y exacta radiografía del significado del Ateneo frente a la historia y a la cultura nacionales ---según veremos, admirados, dentro de unas páginas. El avaloramiento que del grupo redacta Guzmán a orillas del río Hudson, a mi juicio descarna, enjuta, los verbosos discursos sobre el Ateneo, de Vasconcelos; fundamenta las crónicas generacionales de Reyes; sistematiza el apretado inventario de Henríquez Ureña. No es motivo de sorpresa, sino emoción de justicia, su rescate a manos de Juan Hernández Luna en el libro antológico y oportuno Conferencias del Ateneo de la Juventud.

3

Notas

1. Del archivo de Alfonso Reyes, Plural # 10, julio de 1972, p. 22.
2. Nosotros # 9, marzo de 1914, pp. 217 y 218.
3. Pasado inmediato, p. 209.
4. "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país", en Conferencias del Ateneo de la Juventud, pp. 135 y 136.
5. "El movimiento intelectual contemporáneo en México", en Conferencias... p. 131.
6. El Ateneo de la Juventud y la Revolución Mexicana, pp. 73 - 75 y 115:
7. Conferencias... p. 27.
8. Ibidem, pp. 121 - 123.
9. Ibidem, pp. 126 - 143.
10. Correspondencia AR/PHU.
11. Martín Luis Guzmán, p. 301.

12. O.C., T.I., pp. 155 - 160.
13. Savia Moderna/Nosotros, pp. 497 y 498.
14. Ibidem, p. 498.
15. Ibidem, p. 515.
16. El ensayo mexicano moderno, p. 227.

LIBRO CUARTO: CAMINOS SEPARADOS

1

Escasa concurrencia

El "mundo de la calle" se cuela por los intersticios del Ateneo, huella su planta, inúndala finalmente. Constantes como Reyes o inconstantes como Guzmán, los ateneístas deben tomar partido frente a una realidad, la Revolución, que no consiguieron abolir los festejos del Centenario en septiembre de 1910, dos de cuyos sucesidos memorabilísimos fueron, paradójicamente, culturales. Me refiero, desde luego, al ya citado ciclo de conferencias organizado por el Ateneo de la Juventud, nacido a finales del año anterior, y a la (re)fundación de la Universidad Nacional impulsada por Justo Sierra para enmendarle la plana al positivismo—paso tardío, este último, mas no ayuno de significación futura.

Alborea el año de 13. Ya Vasconcelos ha politizado la agrupación "atética", ahora Ateneo de México. La campaña militar, iniciada el 20 de noviembre, duró poco no obstante la supuesta supremacía del Ejército Federal —una de sus bajas, el coronel Guzmán, padre de Martín Luis. Ido el dictador Díaz, burlado en apariencia el designio "científico" que intentó madrugara a la revolución victoriosa a través de Francisco León de la Barra, una votación sin precedentes llevó, a la Presidencia de la República, al autor de La sucesión presidencial en 1910 y el Plan de San Luis.¹

Sin embargo, una vez en el poder, la "silla", Madero pierde consenso: el sufragio efectivo no pone fin a la contienda. Emiliano Zapata, renuente antes de los tratados de Ciudad Juárez, reemprende su guerra sureña de guerrillas. Rebélase, en el norte, Pascual Orozco. Aunque es la reacción la que sabe organizarse, empollada, amamantada, por el embajador norteamericano Lane Wilson. El movimiento restaurador encarna en figuras reconocibles. Félix Díaz, Bernardo Reyes —y a la sombra, disponible, Huerta. Si, Díaz por el Golfo, Reyes por el Norte, la conjura es abortada, la prisión de los insurrectos —Díaz en la

Penitenciaria, Reyes en Santiago Tlatelolco — hermana y armoniza. "Contaba Félix Díaz con los generales Manuel Mondragón y Manuel Velázquez. Contaba Reyes con el general Gregorio Ruiz. Unida la acción de todos, siguió adelante, más o menos solapada, más o menos ostensible y cínica, la labor corruptora cerca del ejército, y se delinearón proyectos y planes." Escribe, años después, Guzmán.² Antes de la decena trágica, Pani, agente oficial, se ha acercado a nuestro autor para que éste participe a Alfonso Reyes el requisito que Madero fija para la libertad de su padre, el general: que deponga su ánimo rebelde, se someta a la legalidad. El hijo, empero, estima inútil su mediación: ¿qué tenía que decirle el polígrafo bisoño, pluma todavía tierna, al guerrero?³

Llega, fatal, el día: 9 de febrero. Cae el general Reyes, ametrallado, frente al Palacio Nacional. Horas más tarde, herido su defensor y Jefe de la Plaza, Láuro Villar, el Presidente Madero entrega el mando — y su vida y la de Pino Suárez y la de su hermano Gustavo — al general Victoriano Huerta. Consúmase la traición, el crimen. Día 12.

¿Qué es de los ateneístas? Unos, los menos, se suman a la indignación que inflama el asesinato; otros se hacen huertistas; unos optan por el extranjero, otros por el exilio interior. Vasconcelos, Guzmán, Fabela, Cravioto, dirigen la vista al norte del país, donde Carranza encabeza la protesta ya no sólo emotiva sino armada. Naranjo y Lozano se hunden en la restauración. Reyes rechaza un cargo en el país, no así el consulado parisino — de su conducta dará cuenta años luego, en una carta a Guzmán que, finalmente, no envía: la muerte del padre habíalo mutilado para la política.⁴ Ido Alfonso Reyes, se dispone a seguir sus pasos Pedro Henríquez Ureña, no sin antes dar la batalla por la cultura humanística en la Escuela de Altos Estudios, la otra criatura del plan de educación superior impulsado por Justo Sierra cuando la cuerda del reloj porfirista, embotado, muerto, no toleraba una vuelta más. También pondrá pies en polvorosa a la primera oportunidad, Jesús T. Acevedo, el motor de la Sociedad

de Conferencias. Diáspora. Por el exilio interior se inclinan Caso, Torri, González Peña, etcétera —sobre el nexo de los ateneístas con la generación en trante, la de Los Siete Sabios, léase o reléase, Caudillos Culturales en la Revolución Mexicana de Enrique Krauze.

Reyes en Europa, es el pararrayos de una correspondencia colectiva que documenta el desastre de la Hermandad Filosofante. Escribe Julio Torri, el 24 de diciembre de 1913: "Te escribo ésta pensando en lo que ha cambiado nuestro mundo desde que partiste a Europa. Como oí decir en sueños anoche a Rafael López, en el naufragio de nuestro grupo, todos nos hemos salvado en tablas distintas." Y más abajo: "De México no hablo, porque debes estar mejor enterado que yo, que nunca leo los periódicos, de lo que nos sucede. Sólo te contaré que Chucho* continúa en la Dirección General; Caso en Altos Estudios; Mariano Silva es Secretario de la Preparatoria; yo, profesor adjunto de Lengua y Literatura Españolas en Altos Estudios (...) El Ateneo celebró hace días sesión con muy escasa concurrencia."

Escríbele a su vez, unos días antes, el 13, Antonio Caso: "Nuestro grupo se ha disuelto (...) yo, solo, completamente solo. Hube de vender a la Biblioteca Nacional parte de mis libros para comer... extraño sobremanera nuestros días de charlas fáciles, nuestros bellos días de la dictadura porfiriana 'a mil leguas de la política' como dice Renan; aquellos días de pláticas deliciosas y 'libres discusiones platónicas'..."⁶

¿Y nuestro personaje?

2

Defraudadas ilusiones revolucionarias

En la citada carta de Torri a Reyes del 24 de diciembre de 1913, leemos: "Estrella de Oriente ha desaparecido de nuestro horizonte!". El 12 de marzo de 1914; Reyes escribe a Guzmán: "De México solamente recibí una temblorosa línea de To-

ri que decía: estrella de Oriente ha desaparecido del horizonte."⁷ Aclaro. Si en la simbología doméstica de la secta ateneísta, Reyes era Euforión y Henríquez Ureña Sócrates, a Guzmán le cumplió ser Estrella de oriente. De esta manera que daba "bien definida su alma rara y luminosa."⁸ El horizonte tras el cual había desaparecido de la vista de Torri y Caso, era el norte del país, la revolución. Cancelado el diario El Honor Nacional, en mayo de 1913 Guzmán se dirige a los campos constitucionalistas por la vía Veracruz—La Habana— Nueva York. De aquí regresa, lo dijimos ya, a México. En septiembre hay un segundo intento, vía Veracruz - La Habana - Nueva Orleans - San Antonio - Sonora. Tiene suerte. En San Antonio se reencuentra con José Vasconcelos, otro de los ateneístas que optaron por la crítica de las armas. El Paso. Ciudad Juárez. Primer encuentro con Pancho Villa. Nogales. Desde aquí, en papel membretado del Hotel Escobar, escribe a Alfonso Reyes el 24 de febrero de 1914: "Usted debe ser un hombre feliz: Esquilo, Eurípides, Shakespeare... Molière, Ibsen, Shaw... nombres que, es criticosde su puño y letra, yo contemplo en una atmósfera de polvo de oro, inasequible para mí como aurora boreal; sin embargo, en ella vive usted. Verdad es que con algunos de esos nombres suelo tropezar yo algunas veces, cuando, en sus correrías revolucionarias, equivoca el camino mi pensamiento; pero entonces no los hallo sino fríos y desnudos."⁹ Guzmán expulsado del paraíso atélico.

En Nogales se encuentra el Primer Jefe, ante quien es introducido por Rafael Zurbarán y el ateneísta revolucionario Isidro Fabela. De esos días, conserva la memoria guzmaniana el autoritarismo de Carranza, la obsequiosidad de su séquito, el hallazgo, en el Nogales de Arizona, de obras de Plotino —de "allá datan mis inmersiones temporales en la mística alejandrina y en su pureza espiritual ajena al mero conocimiento; de allá mi trato momentáneo con Porfirio y Jámblico."¹⁰ Hermosillo. Conocimiento de Alvaro Obregón, reputado por Pani y Adolfo de la Huerta como la figura política del futuro —"De sus ojos — de reflejos dorados, evocadores del gato — brotaba una sonrisa continua que le inva

día el rostro. Tenía una manera personalísima de mirar al sesgo, como si la mirada riente tendiese a converger, en un punto lateral situado en el plano de la cara, con la sonrisa de las comisuras de la boca."¹¹

Sigue a Miguel Alessio Robles, designado secretario general del Estado de Sinaloa, en calidad de Oficial Mayor. Conocimiento de Salvador Alvarado. Culiacán. Conocimiento de Ramón F. Iturbe. Conocimiento de Diéguez. Iturbe lo acogió a su vera y lo nombra "teniente coronel, subjefe del estado mayor". Guzmán y Eduardo Hay se encargan del Hospital Militar de Culiacán, donde el futuro narrador de las hazañas de Fierro, matador infatigable, toma su primer contacto "con la imaginación de las balas" —"las hay concienzudas, las hay fantaseadoras, las hay burlonas". San Blas. Cruz de Piedra. Conocimiento de Rafael Buelna" —"no irradia el entusiasmo de la Revolución, sino su tristeza." Nogales de nuevo; antes de realizar una comisión de los Estados Unidos —Nueva York. De regreso a Nogales, el "revolucionario civil" se impone de que Carranza lo adscribiría a la Primera Jefatura, propuesta que también le hace llegar Obregón respecto al Ejército del Noroeste. Duda. Del lado del círculo íntimo del Primer Jefe, estaban "los díscolos, los chismosos, los serviles y los alcahuetes", amén de la propia acción corruptora e intrigante de Carranza. Obregón no le simpatizaba, pero prefiere esta salida, se comunica a Carranza. En respuesta, el Primer Jefe ordena su traslado a Ciudad Juárez. Aquí se sumerge "en el mundo que rodeaba al general Villa". Hipólito, el hermano, Carlos Jáuregui y Lorenzo de la Garza, "fueron acercándome al Jefe de la División del Norte y en volviéndome en la atmósfera que la sola presencia de él creaba."¹² Martín Luis Guzmán halla, por fin, su lugar. Naturalmente se inscribe dentro de la corriente que, obedeciéndolo, cuestiona a Carranza. Esta corriente "opuesta —rebeldía dentro de la rebeldía: descontentadiza, libérrima — representaba un sentido de la Revolución con el cual me sentía yo más espontáneamente en contacto". El lado de Maytorena, Cabral, Felipe Angeles, Escudero, Díaz Lombardo, Silva, José

Vasconcelos, etcétera. Todos "aquellos que aspiraban a conservar a la Revolución su carácter democrático e impersonal — anticaudillesco —, para que no viniera a convertirse, a la vuelta de cinco años o diez, en simple instrumento de otra oligarquía, ésta quizá más ignorante e infecunda que la 'porfirista'." ¹³ ¿Hacia quién volvían los ojos? Hacia Villa. Arrimo militar que, más que el anuncio de una derrota frente a la otra facción, acusaba el conflicto interno de la pureza revolucionaria. Aunque a sus órdenes, Guzmán estimaba a Villa inconcebible "como bandera de un movimiento purificador o regenerador"; su misma fuerza bruta hacía que su concurso supusiera mayores peligros que el "más inflamable de los explosivos." Con Carranza caudillo confeso, y Obregón rumbo a ese camino, el dilema en que iba a girar la Revolución, caído Huerta, era: "o Villa se somete, aun no comprendiéndola bien, a la idea creadora de la Revolución, y entonces él y la verdadera revolución vencen, o Villa no sigue sino su instinto ciego, y entonces él y la Revolución fracasan." ¹⁴

Guzmán y el coronel Carlos Domínguez son enviados por Villa a la ciudad de México, para estar presentes durante la entrada de las tropas constitucionalistas y representarlo ante Carranza. Retornaba, a la capital, el hijo pródigo. Ido Huerta, firmados los Tratados de Teoloyucan, victoriosa la revolución, Guzmán se instala en la ciudad de México. Escribe Torri a Pedro Henríquez Ureña, a la sazón en París, el 16 de agosto de 1914: "La Revolución ha entrado en México. Se guarda perfecto orden en la ciudad. Sólo a Fabela he saludado. Martín pasó en automóvil y me saludó con sombrero, brazos, tronco... etc. Yo eché a correr tras el auto que había disminuido su velocidad, pero de nuevo comenzó a correr." ¹⁵ Es que, de nuevo en el horizonte, Estrella de Oriente no procura el reencuentro con los catecúmenos de 1907, 1909 y 1911, que no marcharon al exilio ni al norte en llamas ni se contaminaron con la imposible restauración huertista —Caso, Torri, González Peña, etcétera. Por el contrario, Guzmán sienta plaza como ifuncionario policiaco!, encargado de reorganizar el cuerpo represivo me-

tropolitano. Empresa antiateneísta, a la que lo invita el general Cesío Robélo — nombrado, por Carranza, Inspector General de Policía— y que abandona poco después. Lo que iba de El Banquete a la banquetta.

Recobra Guzmán su carácter de agente villista y viaja a Chihuahua, para informar al general y, lo más importante, tratar de que Villa y Lucio Blanco, a quien Carranza no perdonó el reparto de "Los Borregos", se aliaran. Nueva Comisión en la ciudad de México. ¿Quién se alzaría con el poder revolucionario? Guzmán, a la sombra de Blanco — instalado en la que fue la mansión de Joaquín D. Casasús, "científico" —, conspira contra Carranza. Procuran, infructuosamente, obtener la simpatía de Luis Cabrera, que ya había elegido. Guzmán y Domínguez son detenidos en Palacio Nacional y conducidos a la Penitenciaría — escenario de la diaria aparición de la hermosa dama de negro cuyo paso cimbreante seguían, suspensos, los presos: porfiristas, huertistas, anticarrancistas. Le escribe Torri a Henríquez Ureña, a La Habana, el 22 de octubre del mismo año del 14: "Nuestros amigos, excepto José, casi han dejado de serlo. He estado a ver a Isidro para obtenerle a Urbina un pasaporte. Pues bien, no me quiso recibir. He encontrado varias veces a Pani en la calle, y ni me saluda. El mismo Estrella de Oriente me ha preguntado — yéndole yo a visitar a la Penitenciaría — si me había enriquecido bajo el tirano, etc."¹⁶ Múltiple escisión de la cofradía. Fabela, en un ministerio; Guzmán, en prisión; Torri rechazado por Fabela y Guzmán. En fin: ordena, la Convención Militar, la libertad de los anticarrancistas detenidos en la Penitenciaría. Carranza dispone enviarlos al destierro en cuerda de presos. Antonio I. Villarreal, al frente entonces de la Convención, lo impide a la altura de Monterrey.

Agascalientes, Teatro Morelos, deliberaciones de la Soberana Convención. Guzmán prevé el fracaso de los trabajos. No que el nivel moral y cultural estuviera por debajo de muchas de las cámaras de Diputados que ha tenido México; empero, faltaba el "alto espíritu cívico y el patriotismo consciente indispen-

les que a la hora de la violencia se meten en México a políticos: instrumentos adscritos, con infulas de asesores intelectuales, a caudillos venturosos, en el mejor de los casos, o a criminales disfrazados de gobernantes, en el peor."¹⁷

La querrela de Guzmán da otra vuelta de tuerca llegado este momento del proceso revolucionario. ¡Ojalá se tratara de simples escrúpulos pequeñoburgueses! Pero no es así. El deslinde de campos, carrancistas de un lado, villistas de otro, no basta. Al igual que cuando conspiró contra Carranza, lo que le valió Lecumberri, Guzmán participa con Robles, Aguirre Benavides, etcétera, en un movimiento maquiavélico que se propone enfrentar el brazo militar de la Convención a la que pertenecen, esto es a Villa y a Zapata, con Obregón, enemigo. Esto con el fin de abatir la presión de sus propios aliados —custodios, guardianes— sobre Eulalio Gutiérrez, Presidente del Gobierno Constitucionalista, y en aras de la pureza revolucionaria —o lo que los implicados entendían por tal. Guzmán aplica este villismo crítico, con denuedo, en la Secretaría de Guerra, a la que es destinado. Sitio al que llegan los zapatistas en procura de armas, parque, trenes, que les son negados con mil pretextos; sitio por el que los villistas, más poderosos, se mueven como en su casa; sitio en el que Rodolfo Fierro confiesa a nuestro personaje, futuro narrador, el fusilamiento de David Berlanga.

Gánase Guzmán, con razón, la ojeriza de los zapatistas, lo que lo obliga a mudar día con día de habitación. Grande es su desesperanza ante la violencia de los hombres de Villa, "las chusmas" de Zapata —la Revolución, "nobles esperanzas nacidas cuatro años antes, amenazaban disolverse en mentira y crimen. ¿De qué servía que un pequeñísimo grupo conservara intactos los ideales? Por menos violentos, ese grupo era ya, y no dejaría de ser, el más inadecuado para la lucha; lo cual, por sí solo convertía a la Revolución en un contrasentido: el encomendar a los más egoístas y criminales un movimiento generoso y purificador por esencia."¹⁸ Crece la evidencia de que la carta fuerte de Gutiérrez, conse-

guir que Obregón desconociera a Carranza, en tanto aquél lo haría con Villa y Zapata, carece de lugar en la partida. Comienzan los preparativos secretos para abandonar a la ciudad de México. Una mañana, Guzmán encuentra la Secretaría de Guerra cerrada, desierta. En su casa, una nota de José Isabel Robles, que confirma sus sospechas: "Por razones gravísimas tenemos que evacuar la plaza inmediatamente. Ya le explicaré. Salimos por el camino de Pachuca, donde espero se incorpore usted lo más pronto posible. Ojalá que esta carta la reciba a tiempo, pues tengo de seguro que, en cuanto amanezca, la ciudad caerá por completo en manos de los zapatistas. Me llevo su caballo para que no se pierda en el desorden que dentro de unas horas va a sobrevenir. Usted, salvo lo que su habilidad o las circunstancias le dicten, lo mejor será que salga en automóvil. Cuidese de Medinabeitia tanto como de Zapata. Hasta luego. Lo espero pronto."

Sigue Guzmán el consejo del general Robles. Junto con otros rezagados, desapodera, en plena avenida Juárez, a un particular, de un Hudson Super Six. Camino a la salida a Pachuca, advierte movimiento a la puerta del Hotel Lascuráin. "La prudencia me aconsejaba no perder más tiempo; mi instinto, indagar ... Paramos. Salté del coche; me acerqué a la multitud; entré en el hotel."¹⁹ Roque González Garza participaba a la prensa la huida de Gutiérrez, Robles, Blanco "y todos sus secuaces", así como que asumía el Poder Ejecutivo, confiando en que su decisión sería aprobada por Villa y la Convención. Encomienda a Guzmán la Secretaría de Guerra y Marina. Guzmán se guarda de expresar sus verdaderos propósitos. Sale del Hotel Lascuráin. Santa María la Redonda. Peralvillo. Calzada de Guadalupe. La Villa. Un retén zapatista frustra el escape.

Guzmán disputa con González Garza, rechaza el ministerio. Garza amenaza con enviarlo a la Penitenciaría si no cambia de parecer. Guzmán se refugia en casa de Vito Alessio Robles, a quien confía su plan — unirse con Gutiérrez, ahora enemigo irrevocable de Villa —, y su decisión final — entrevistarse con Villa, maldispuesto por la queja de González Garza. "A mí lo que me preocupaba

era la necesidad de tener con Villa una explicación, cosa a que ahora me sentía obligado como única defensa contra los supuestos manejos de Roque. Porque eso sí era jugarse el todo por el todo: exponer no sólo la vida, sino también, dado el caso de salvarla, mi futura conducta en el terreno de la Revolución. Y tan peligrosos era lo uno materialmente, como moralmente lo otro."²⁰

La entrevista tiene lugar en Aguascalientes, en el campamento ferroviario de Villa. Principios de 1915. Guzmán informa larga, prolijamente, a su jefe - de lo sucedido en la ciudad de México. Pero "no según me constaba y lo sabía, sino como si hubiera podido verse desde fuera, como si hubiese yo sido mero expectador de los sucesos". Se agota la fuente informativa, Villa se dispone a recogerse.

- Bueno, general...

- Sí licenciado — contestó —, vaya a tomarse su descanso. Y ya lo sabe; desde esta noche se queda aquí conmigo. Ahorita mero mando que le preparen el gabinete que ocupaba Luisito, porque usted, en lo sucesivo, va a ser mi secretario. ¿O tiene algún obstáculo? Hábleme como los hombres.

Otra vez mi vida quedaba pendiente de un cabello; pero era inevitable correr el albur hasta lo último.

- Sólo le pido a usted una cosa, general.

- Dígame la luego luego.

- Mi familia salió de México en el último tren de pasajeros. Si está en Chihuahua, no lo sé. Acaso se encuentre en El Paso... Yo quisiera... de ser posible... que me permitiera usted... ir en su... busca.

Villa inclinó el rostro sobre mí, me miraba con fijeza; de nuevo me tenía cogido por las solapas. Guardó silencio por breves segundos y luego me dijo:

- ¿También usted me va a abandonar?

Crefa ver pasar la muerte por sus dos ojos.

- Yo, general...

- No me abandone, licenciado; no lo haga, porque yo, créamelo, si soy su amigo. ¿Verdad que no se va para abandonarme?

- General...

- Y vaya en busca de su familia: se lo consiento. ¿Necesita recursos? ¿Quiere un tren para usted solo?²¹

+

+ +

Horas más tarde, a las diez, Guzmán sube al tren que lo depositará en El Paso. Villa lo despide en la estación. Empero, nuestro personaje no regresará a Aguascalientes, ni a la ciudad de México, ni al país. De El Paso viaja a Nueva York; aquí se embarca a España.

3

Notas

1. Sobre el ejército porfiriano, véanse las páginas esclarecedoras y desmitificadoras de La guerra secreta en México, de Fiedrich Katz.
2. O.C., T.II, p. 1125.
3. Correspondencia AR/MLG.
4. Correspondencia AR/MLG.
5. Diálogo de los libros, p. 184 y 185.
6. Del archivo de Alfonso Reyes, p.
7. Correspondencia AR/MLG.
8. Obras completas de Alfonso Reyes, T. III, p. 73.
9. Correspondencia AR/MLG.
10. O.C., T.I, p. 348.
11. Ibidem, p. 368.
12. Ibidem, p. 470.
13. Ibidem, p. 494.
14. Ibidem, p. 494.
15. El arte de Julio Torri, p. 124.
16. Ibidem, p. 126.
17. O.C., T. I, p. 622.
18. Ibidem, p. 678.
19. Ibidem, p. 710.
20. Ibidem, p. 722.
21. Ibidem, p. 728 y 729.

CUARTA PARTE: MANHATTAN

LIBRO PRIMERO: EL GUARDIAN TRAS LA FRONTERA

1

Herencia y ruptura

Convendrá el lector en que ahora podemos abordar con solvencia las preguntas: ¿a qué tradición se adscribe La querrela de México?; ¿quién es su autor? En Guzmán se reúnen múltiples caudales, yuxtapuestos, enriquecidos por un indudable talento crítico y escritural. Un hogar marcado por el principio del deber y algunos ecos del jacobinismo ---casa prematuramente asolada por la tragedia. Una infancia y una adolescencia lectoras y bañadas por una especie de romanticismo civil, que los años por venir recrudecerán. El hallazgo del periodismo. La revelación, con todo y sus deformaciones y autoparodias, del comtismo barrediano ---tomadas las distancias del caso, Guzmán prolonga, en el México convulso de la revolución, los estudios positivistas de los que Bulnes es cima y extravagancia. El frío, el desapasionado juicio. La política --la vida social-- como objeto de la ciencia. El pronóstico que la observación convoca. Una vida preparatoriana muy pronto solicitada por las sacudidas de un edificio de cientos putrefactos, por las algaradas estudiantiles, por la insurgencia de una cultura crítica. Experiencia del derrumbe, del holocausto. Idolos con pies de barro. Instituciones en vilo. La vivencia de la cruzada maderista y su desenlace funesto. La inmersión en la oleada que refuta el crimen, que sale al paso de la venganza del porfirismo.

No que en un alma como la de Guzmán, ajena, al parecer, a la ira y a la turbulencia, los distintos caudales se ordenen dóciles, siguiendo un dibujo esquemático e indoloro. Aunque espejo de contradicciones, el autorretrato de 1954 es un autorretrato público. Lo cierto es que atmósfera militar liberal, barredianismo tardío y ateneísmo, pese a la helada inteligencia guzmaniana, también disputan y entrechocan, deciden, en vez de la sola serenidad, el desasosiego; del solo experimento, el augurio; de la sola tolerancia, la acritud; de la sola sis-

tematización, la aventura; del solo deber, la ambición. Puesto que, salvo los indicios que suministra la correspondencia, carezco de bases sólidas para trazar el retrato íntimo, invoco la profunda disparidad --querella-- que resulta de comparar el credo atético de "Puck" Guzmán --la idea apátrida, autófaga-- con las páginas de La querella de México, A orillas del Hudson, La sombra del caudillo. Pero cavemos más.

Mucho es lo que nuestro personaje peregrina luego de que Pancho Villa lo despide en la estación de Aguascalientes. Ya lo vimos marchar a Estados Unidos, antes de establecerse en Madrid ---reencuentro con Reyes y Acevedo, invención de la crítica cinematográfica en lengua española, primer libro. Madrid no lo retiene ---esta vez. Regresa a Manhattan en el barco Spagne, "con mal tiempo", a comienzos de 1916. En carta del 9 de marzo del mismo año, participa a Reyes que su proyecto más viable es una librería; le comunica noticias de Henríquez Ureña y Vasconcelos, ambos en Nueva York, y una letanía de los emigrados de diverso signo: "Ezequiel A. Chávez, está aquí. Manuel M. Ponce, está aquí. Enri que Jiménez Domínguez, está aquí. Francisco León de la Barra, está aquí. Enri que C. Llorente, está aquí. Herencia Casasús, está aquí." También consigna que su "folleto político, por lo que veo, es un éxito" y solicita, a su corresponsal madrileño, "copia de lo que de él dice Pedro en una carta que le escribió*, copia íntegra y fiel, sin asomo de traición."¹

Con fecha 22 de mayo, escribe de nuevo a Reyes: "Hago un sinnúmero de cosas raras e inconexas: vendo aspirina (alemana, legítima y tradicional, con la envoltura acostumbrada en los países hispano-parlantes, a 0.60 cs. el paquete ¡oh sus jaquecas!; exporto ropa, importo ixtle y guayutle, y, sobre todo, construyo una librería. Esto tiene sus ventajas y produce muy saludables perplejidades en el espíritu: por ejemplo, no podría decir en este momento qué cosa es más importante para un justo concepto de la civilización humana, si el hecho de que el idioma castellano tenga siete --y no cinco-- vocales, o el hecho de que

*Véase Testimonio de un lector. p.70

rodeados de my little ones y al calor del vapor que sale de una sopera. Jugamos a las damas, a las cartas; lo hago acostarse, lo converso, lo arrullo, lo duermo:.. tengo cuatro hijos" ---a "Sócrates", en cambio, lo saca de quicio, según se lo hace saber a Reyes, que Guzmán asistiera, en Madrid, a los toros. Ahora bien: la relación Guzmán/Reyes se mantiene más allá del repatriamiento del primero; en cambio, la relación Guzmán/Henríquez Ureña vacila, se encona, acaba por romperse ---expresión figurada esta última, que asimismo incluye el sentido literal: alguna carta de Guzmán, a Reyes, que el dominicano intercepta y destroza.⁴

¿Aguas tranquilas, verdaderamente, las de Guzmán? ¿Ha resuelto los dilemas de los que habló en su carta de Nogales ya citada: su infelicidad, su inclinación por "la vida atética, desinteresada y espectacular", su horror a la finalidad que lo hace "incongruente e improvisor"?*

No debemos tomar al pie de la letra la queja de Guzmán en el sentido de que no escribe. Tenemos el caso de La persecución de la ninfa en la poesía castellana de los Siglos de Oro, trabajo que, informa a Reyes desde La Habana, el 17 de junio de 1916, se publicó en la Revista de la Facultad de Letras y Filosofía de la propia capital de Cuba; a la par que se lamenta de que "todo sea aquí rumba" con excepciones como Mariano Brull, estrella del círculo de discípulos que forma Henríquez Ureña a su paso por Cuba; felicitando, por último a Reyes por el reconocimiento de Fósforo, "el fénix de los críticos de cine". Semanas después, el 14 de agosto, amén de bromear con el carácter rectoral de "Sócrates" -yo lo dije primero, yo, no Alfonso-, le hace saber a su corresponsal madrileño, invitándolo a colaborar, la salida de "un nuevo periódico semanario o mensual, o ambas cosas, en español"; publicación en el tono "tragedia-símbolo-hora-de-la-verdad". Trátase de La Revista Universal, cuyo primer número remite el 8 de septiembre, aclarando que son de su pluma, aunque firmados por Luis de Guevara, los artículos "El ballet español" y "El animal más feo"; así como casi toda la revista bibliográfica. Escribe Guzmán a destajo, por 50 dólares mensuales. Se toma el

*En la misma carta, confía: "Huí de México, entre otras cosas para huir de mí; y aquí llevo una vida noble, intensa y salvaje (...) Como no tengo libros, me he vuelto mi propio Sócrates..."

pelo: "Creo que ya les he escrito un libro entero: ensayos, revistas, cuentos, reseñas, noticias, gacetillas, folletines, masillanes, positones, parebelos, losimones, lemosines, aeronaves, calcetines, forancones, malandrines, querubines, arquitraves, ghsfdbrgdgeremmn." Aporta noticias maldosas de Torri, Vasconcelos, Ezequiel A. Chávez, Cultura, Icaza. Pedro siempre. Una invitación, rechazada, para impartir cursos en la Universidad de Illinois. Minnesota, por cierto, no le había gustado, pese a que rindió una charla sobre Góngora que "Sócrates", testigo de la misma, calificó de maravillosa y erudita.

3

Un nuevo libro

Gracias a una misiva de fecha 10 de julio de 1917, nos enteramos de que Guzmán había interrumpido su correspondencia con Madrid movido por una razón principalísima: "mandar con mi carta los originales de todo un libro". ¿Qué libro? ¿La primera versión de lo que luego será A orillas del Hudson? ¿Otro diverso, narrativo? Sin embargo, acto seguido, aclara: "Por desgracia, la malhadada manera en que me gana la vida no me deja tiempo para nada y he de posponer el envío de los originales para no sé cuándo". ¿Existía realmente el manuscrito anunciado? Guzmán se muestra, ésta vez, malhumorado antes que humorístico. Pedro Henríquez Ureña, su compañía del exilio neoyorquino, se ha marchado a Europa. Desahógase: "Me está llevando el demonio de desesperación y de ahogo porque veo que mi vida se me escapa y no hice aún ni haré ya parte al menos de lo que yo esperaba de mí". El autor de la carta está por cumplir treinta años de edad.

De su edad, pero sobre todo de "los originales", se explaya en la siguiente carta a Reyes, remitida el 23 de agosto de 1917. El libro en cuestión era, en efecto, un libro de los artículos ensayísticos que Guzmán venía publicando desde que llegó a Estados Unidos. Empero, después de haber ordenado o copiado en limpio el material, había decidido dar marcha atrás. ¿Por qué? Porque no

era decente que saliera "con eso casi al cumplir los treinta años". Cuando descubrió que los artículos, entre los que se encontraban algunas iluminaciones de Fósforo, no daban para un libro, quiso suicidarse; no a causa del dolor o del despecho, sino de la impaciencia y del disgusto "de calcular mal el empleo de mi tiempo". De cualquier manera envía a Reyes los "originales desahuciados" y la resolución de acometer un libro "que lo sea de verdad"; aunque no sabe aún "cómo, sobre qué". También pide auxilio: "Mándeme usted un ejemplar del Suicida, por los dioses, y escríbame cuantas veces pueda; piense que estoy solo y en peligro de embrutecerme definitivamente." La lectura del libro de Reyes, cuando llegue, le permitirá facturar el mejor análisis del Ateneo.

El 25 de septiembre del mismo año, Guzmán notifica que, además de hacerlo en La Revista Moderna, ahora escribe para El Gráfico, "revista indefinible perteneciente a un político carrancista, y acaso inferior a la otra", a la que acaba de entregar un ensayo sobre El suicida, de su corresponsal. El 19 del mes siguiente, octubre, informa, entre otras novedades, que aceptó la invitación de Palavicini, su director, para que colaborara en El Universal de la Ciudad de México, y su frecuentación, gozosa, de "la literatura inglesa y yanqui contemporánea".

1918. El 17 de mayo, con papel de El Gráfico, "Revista Mensual Ilustrada" — 1400, Broadway, N.Y. —, Guzmán solicita a Reyes una colaboración mensual — "de preferencia sobre acontecimientos interesantes, vivos y accesibles para la buena parte humana que hay en los peores imbéciles" —; le pide a su amigo se despreocupe de su libro en proceso, cuyos originales corregidos y aumentados ha bfa hecho llegar, a instancias de Torri, a la editorial Cultura. También sentencia que Reyes y él ya no pertenecían a México, toda vez que la tradición del Ateneo "ha naufragado". En efecto, son "los viejos por la edad y por la sangre los que ahora imperan y mandan allí" — allí, nuestro país, era el lugar al que pronto regresaría, renovadas las esperanzas revolucionarias o simplemente poli-

ticas.⁶

Meses más tarde, el 27 de octubre, Guzmán escribe a Reyes, en su mejor vena humorística, desde el Rice Hotel de Houston, Texas. Apenas, dice, se ha bajado del tren desde junio. Ha viajado como lanzadera de Nueva York a Washington, de Washington a Nueva York. Ha estado seis veces en Houston. También en San Louis, en Chicago, en San Antonio, en Galveston, en Laredo; incluso ha visitado, relampagueante, a México —"Caso, naturalmente, Torri, González Martínez, Mariano Silva and all the remnants of the old bunch". El Gráfico del que llegó a ser Director, había muerto "cuando comenzaba a tener motivos de vida". Lo cual lo obligó a buscar otros medios de subsistencia, y ahora estaba dispuesto a hacerse rico. En otra ocasión diría a Reyes cómo ganaría millones. Trataría se, por supuesto, de grandes empresas: "henequén, oro, plata, azogue, letras de cambio, concesiones, hoteles, ferrocarriles, aduanas:" ¿Y las otras letras, las bellas? "To hell with them! Volveré a ellas cuando tenga con que mantener las."⁷

La próxima misiva del archivo que examinamos — Capilla Alfonsina —, lleva membrete de la Compañía Editorial Mexicana, S.A., editora de El Herald de México, Avenida Juárez 106, Ciudad de México. Corría el 11 de marzo de 1919. Martín Luis Guzmán, de 32 años de edad, se hallaba, de nuevo, en México. De los modos de vida que se prometió meses antes, al dejar El Gráfico, ninguno, ni el oro ni los hoteles, tenía visos de realidad; sólo el manido del periodismo descubierto en Veracruz, retomado durante la Decena Trágica, reforzado en España, plenamente asumido en Manhattan. Guzmán, en efecto, se encarga de la página editorial de El Herald de México —después funda su propio diario, El Mundo.

¿Y el libro cuyos originales remitió a Reyes y a la Editorial Cultura? ¿Cómo quedó formado a la postre? ¿Se publicó? ¿Ya publicado siguió los pasos, subterráneos, lentos, de La querrela de México?

Notas

1. Correspondencia AR/MLG
2. Martín Luis Guzmán y su obra, p. 313
3. Correspondencia AR/MLG
4. Correspondencia AR/MLG
5. Correspondencia AR/MLG
6. Correspondencia AR/MLG
7. Correspondencia AR/MLG
8. Correspondencia AR/MLG

El de 1920, segundo de su bibliografía, no era tampoco un libro popular —la popularidad beneficiará exclusivamente al narrador.

2

El poder salvaje

¿Es la vida pública mexicana —nuestra nación—, absurda, inexplicable, misteriosa, según sostienen propios y extraños? No. Vista desde el exterior, verificada la útil comparación con otros países, nuestra política semeja "desenvolverse sobre un plano que no por ser muy peculiar está exento de lógica". En México, como en otras partes, tenemos un grupo de hombres —"honrados unos y pfcaros otros"— cuyo oficio es intervenir en la res pública. La diferencia estriba en que, nuestros políticos, únicamente conciben de una forma su oficio: el uso del poder. ¿A causa de la maldad, de la ambición? No. Quien lo sostenga es torpe o limitado. No. Considérese, por el contrario, "la estrechez de aptitudes que por lo común los caracteriza". De la Independencia para acá, la única habilidad de nuestros políticos "ha sido la habilidad de mandar"; y como la de la política es una profesión —loh sistema de política positiva!—, o una pasión —loh antipositivismo!— que se practica toda la vida, ¿cómo extrañarse de que el político mexicano "pretenda llegar sin tardanza al gobierno y mantenerse en su puesto permanentemente"?

No está conformado el contingente político mexicano por escritores, oradores, periodistas, conferencistas, maestros; no, el poder no está en manos del Ateneo; trátase, ay, de "hombres de poquísimas o ningunas letras, aunque a veces de muy buena intención, que han resuelto encauzar con su brazo el fluir de la patria".¹ Se explican así, escribe Guzmán, los dos resortes de la política mexicana —"a la mexicana", se dirá después.

A saber:

/a/ La predilección por el estado de guerra, cuando no se empuña el poder.

/b/ La resistencia a la aceptación de la derrota.

El primer inciso -resorte-, altera la vida política normal, esto es, la regla de que en tiempos de paz, si no se ocupa cargo alguno, débese moldear la opinión con los recursos de la palabra, la pluma, las ideas —"actividad vedada a los más de los políticos mexicanos, que rara vez escriben o hablan". El segundo inciso -resorte-, explica que el político perdedor "prefiera merodear por la sierra al frente de dos o tres docenas de hombres", antes que volver a la medianía o a la nada de donde surgió. Aunque habría que añadir otro rasgo, el de que, en México, "el político gobernante, siempre expuesto a caer de su sitio por virtud de las armas, aniquila al vencido temible que se le entrega"²; rasgo que yo, a diferencia de Guzmán, mas a nombre suyo -de su sistema-, anoto como tercer resorte de la política nacional. El origen de crímenes históricos, sacrificios, como el de Madero, el de Carranza, el de Villa, el de Serrano, el de Gómez.

En modo alguno, pues, debe sostenerse que, como regla general, sean la "sedición, el levantamiento y el motín, signos necesarios de la inmoralidad". Más bien que la sedición, el levantamiento y el motín, definen los instrumentos, la forma habitual, en que la oposición -el vencido- demuestra su desacuerdo. Nuestra razón es una razón armada, no "de las ideas".

¿Cómo actúa, por su parte, "la gran masa de mexicanos", o, para ir al punto nodal guzmaniano, la clase educada? se enseñorea, en esta última, la teoría de que la política -la política mexicana- es asunto de seres aventureros, inferiores, ambiciosos, forajidos. ¿Sorprende que de tal "actitud toman pie circunstancias favorables a la continuación del régimen de la violencia", de los "que se entienden a golpes"? No, por supuesto. La abstinencia de quienes podrían ser políticamente capaces de "utilizar el lenguaje y la escritura", en lugar del sable, amén de reforzar el estado de cosas, resta "justificación moral a quienes se lamentan de que así ocurra".

Como se advierte, la crónica feroz de las clases rectoras, emprendida en

La querella..., salta de la sociología de la Independencia y de la sociología del Porfirismo, para clavar su arpón en el desnudo presente: revolucionario. Es la actitud apática de las "clases cultas" la culpable de una ausencia lamentable en la vida pública mexicana: "aquella categoría social, presente en todas las naciones de la Tierra medianamente organizadas, ya sean democráticas, oligárquicas o monárquicas, que tiene el papel de ocuparse, sin mira inmediata ninguna hacia el poder o hacia las riquezas que del poder se derivan, en los asuntos públicos, en la educación pública, en el espíritu público, y dicho de una vez, en cuanto concierne a la vida nacional de un país."³ Si esto no es una di visa barrediana ignoro qué lo sea. Y acierta quien escucha, en esta cita, el clamor contemporáneo de una "sociedad civil". Aunque, claro, aduciéndose razo nes diversas. Guzmán subraya su irrealidad. Hoy se reclama su realidad: fre nada, frustrada, por el aparato político dominante —ese aparato cuyo nacimien to describe, analiza, pero, asimismo, intenta moldear nuestro autor.

Imagino a Caso y a Vasconcelos, heridos en lo más vivo, al leer, aquel año de 1920, la sentencia que pone punto final al primer ensayo —la política mexicana— de la primera sección del libro. "En estos momentos, dice Guzmán, repatriado, no se columbra en todo el país un solo orador, un solo maestro que pueda me dirse con la magnitud de las necesidades nacionales." Lo cierto era que Caso, "solo, completamente solo", proseguía formando filósofos; y Vasconcelos estaba inmerso en una nueva empresa mesiánica: la educación popular nacional —que rea lizará, hasta romper con él, en el régimen de Alvaro Obregón.

En fin: la ley de la Inmoralidad Nacional, esa prenda maldita de la clase hegemónica, alcanza, esta vez, una concreción mayor en tanto es cotejada a la luz de la política —no de la historia en abstracto— y a la luz del político cau dillesco —no de una genérica clase dirigente. ¿Era él, Guzmán, el orador, el maestro capaz de medirse en el gobierno, con las necesidades nacionales cuya vivi sección venía realizando desde un lustro atrás? de que así lo pensaba no cabe du-

da. Se instala definitivamente en la Ciudad de México. Funda, más adelante, un periódico y una radiodifusora. Apoya a De la Huerta frente a Calles.

3

El imperio de nuevo

De los numerosos artículos que Guzmán dedicó, entre 1915 y 1919, a los Estados Unidos, A orillas del Hudson, que es una selección, limitase a recoger dos: "México y los Estados Unidos" y, páginas adelante, "Enaltezcamos a Wilson". Los agrupo, centrando la atención en el primero. ¿Qué fue, para México, "un suceso de mayor trascendencia"? ¿Que Wilson no haya reconocido a Huerta o la invasión de Veracruz, en abril del 14? Lo primero, sin disputa alguna, afirma Guzmán. De esta índole hiperrealista es su enfoque —ya demandó, en La querrela..., recuérdese, el abandono de todo sentimentalismo en esto de la intervención norteamericana en los asuntos internos de México, otra ley histórica, otro hilo conductor. Juzga útil el autor, aprovechando las enseñanzas de la guerra, que ambos países revisen a fondo sus relaciones.

Tenemos una realidad geográfica. De un lado de la frontera, una nación grande, rica, poderosa, bien organizada y gobernada, y "movida tan incontra-blemente hacia la expansión, que no ha podido menos que echar por tierra, al fin y al cabo, las barreras que le oponía su política tradicional"⁴ —¿Darwinismo social, a lo Spencer? Del otro lado de la línea fronteriza, México, país cuyos vicios rastrea el autor. La diferencia entre ambos países crea, en el nuestro, susceptibilidad y temor. Vecindad fatal. Si Estados Unidos es la mayor influencia exterior en los destinos patrios, México es piedra angular en la política americana —y asiática— de los Estados Unidos.

Hay una traducción "espiritual" del factor físico. Cierta disposición nacional. La fuerza, y una "historia afortunada", tornan a los Estados Unidos "capaces de generosidades enormes, se saben y se sienten generosos, y equivocan

a veces la medida de su generosidad".⁵ Por el contrario, México, merced a su flaqueza y su "historia dolorosa", cree en la calamidad, "se cree acechado y yerra en la medida de su temor y de los males que lo cercan".⁶ Esta es la fuente de nuestra anglofobia —y de la germanofilia del momento.

Recomienda, acto seguido, el censor. Que México finque su crecimiento, no como poder antagónico, sino paralelo, de los Estados Unidos; país en torno del que gravita menos por elección que por una fatalidad geográfica —de ahí que ningún camino le sea más ventajoso que el "de gravitar inteligentemente". Y que Estados Unidos atienda, al final, la cuestión "espiritual"; no se limite a decir "esto te conviene". . . Porque primero debe convencerse de que comprende a México, en sus dolores "y que acerca de éstos simpatizan con él". Una política nueva, una contraofensiva que al mismo tiempo que anule nuestra animadversión instintiva, modifique "la opinión tradicional que el pueblo norteamericano tiene respecto a todas las cosas mexicanas".⁷ Para Guzmán, un hombre expresa, ya, esta nueva sensibilidad norteamericana: el Presidente Wilson; figura que enaltece en líneas, a nuestro juicio, prescindibles —entonces y ahora.

+

+ +

La lectura del material anterior —"México y los Estados Unidos;" "Enaltezcamos a Wilson", impone dos conclusiones. Establece, la primera, que el autor no va más allá de la requisitoria, atrevida, peligrosa incluso, inscrita en la parte posterior del folleto de 1915 —así algunos rasgos de la psicología social del trauma mexicanonorteamericano pueden de acertados o reaparezcan en estudios del futuro. Acusa, la segunda, que Guzmán, el político, queda por debajo de su entrañable Henríquez Ureña, el filósofo que arrullaba y dormía en Nueva York, en lo tocante al juicio crítico de la política mexicana —Veracruz como hito— del presidente Wilson. Por no invocar la máxima obvia, de que Estados Unidos tiene intereses, no desprendimientos —Estados Unidos y todo país tentado por el demo-

nio imperialista, según prueba Katz, en La guerra secreta en México.

¿Henríquez Ureña, crítico del acontecer histórico? Sí. En 14, vuelta irreplicable la meseta, Anáhuac, Henríquez Ureña marcha, si no a Londres, como era su deseo, sí a la Habana, ciudad en la que había vivido entre 1904 y 1908. Entra en relación con Manuel Márquez Sterling, director de El Heraldo de Cuba, autor de un libro que narra su infructuoso intento, en tanto embajador, de salvar al Presidente Madero. A poco, Henríquez Ureña viaja a Estados Unidos, como reportero del diario cubano. Nombre de la columna: Desde Washington. Columna interesantísima, firmada E. P. Garduño, cuyo material ha recogido e introducido Minerva Salado.⁸ El despacho del dominicano aparece entre noviembre de 1914 y marzo de 1915. Cinco notas abordan la cuestión México/Estados Unidos. A diferencia de su coatenefista y coperipatético Guzmán, quien define a Wilson "como el autor de una nueva política mexicana, una política aplicada por él paso a paso, inquebrantablemente", el colaborador de El Heraldo de Cuba encuentra un comportamiento antojadizo. En "Sin brújula" escribe, por ejemplo, acerca de la invasión/retiro de Veracruz: "Pero esta decisión, a un tiempo inesperada y tardía, suscita largas interrogaciones en torno a la extraña ocupación del principal puerto de México. Si fue un acto de fuerza contra la tiranía, ¿por qué se limitó al puerto? Si tuvo por fin el evitar el desembarco de pertrechos, ¿cómo no se hizo igual cosa después, en Coahuila? Si sólo se procedía contra el tirano ¿por qué, ido éste, no terminó la ocupación? Y por último, si el pretexto para permanecer allí era el estado caótico de México así como el deseo de proteger a los refugiados ¿cómo se explica la retirada de ayer, cuando el caos no se resuelve aún, ni hay, por lo tanto, de quién esperar protección eficaz?"⁹ Lo más probable es que la explicación residiera en lo que el propio columnista apunta, de manera lateral, en su citado despacho del 24 de noviembre de 1914, este es "que la administración democrática acaba de hacer las paces con las grandes empresas" e inaugurar una nueva forma de intervención: bancaria, financiera. Aspecto este

que escapa a la atención, en otros terrenos agudísima, de Martín Luis Guzmán.

4

Los intelectuales

Agrupo, asimismo, otros escritos representativos de la primera sección-Política del libro A orillas del Hudson; refiérome a: "El mal ejemplo de la Universidad", "Un libro de Francisco Buñes" y "Francisco I. Madero" ---texto este último que revisaré en capítulo separado.

Si las entregadas a las relaciones mexiconorteamericanas y a Wilson son páginas flojas, las de conjunto que analizamos describen un ademán tonante ---aunque sin desdoro de la templanza guzmaniana, al otro extremo de Caso el Vehemente y Vasconcelos el Tormentoso. Flechas zumbantes. La distancia -se apunta, no se olvide, desde Manhattan- obliga a que el arco se tense a lo máximo. De ahí la violencia y contundencia de los proyectiles lanzados contra la Universidad carrancista. La inmoralidad, ahora académica. Si la corrupción política apenas si maneja la escritura, académicos y escribanos válense de la palabra para falsear la realidad.

Recuerdo al docto lector, que Justo Sierra cerró su testamento educativo con dos legados: la Universidad Nacional y la Escuela de Altos Estudios ---ambas supérstites; la segunda en forma de Facultad de Filosofía y Letras. No sólo intelectual, sino también laboralmente, Martín Luis Guzmán estuvo ligado, desde antes de revoluciones y exilios, a las empresas de Sierra ---Guzmán y "the old bunch" de ateneístas. Después de breves experiencias como ¡Profesor de Dibujo!¹⁰ y de Lengua Nacional en la Escuela Superior de Comercio de la ciudad de México, nombrásele bibliotecario de la EAE, en 1911. Tres años luego, en noviembre del 14, ocupa, fugazmente, el cargo de Secretario de la Universidad Nacional. Conoce, por ende, el paño. Guzmán recibe y fatiga, en Manhattan, el primer volumen del Boletín de la Universidad de México. Trina. Truena. Recalca que, días antes,

ha sostenido que ningún educador podía medirse con la magnitud de las cuestiones nacionales. El Boletín le permite explicarse. No resta valor a los profesores actuales —¿cómo iba a hacerlo, viniendo él de la revuelta cultural, tan preparatoriana, tan universitaria? Por el contrario, desea señalar "la más cruel de las llagas que afligen a nuestro país: la indiferencia de sus clases mentoras ante los problemas primeros de la patria, y cuando no la indiferencia, la falsedad y el extravío de los actos de esas mismas clases".¹¹ Se mezclan, aquí, las clases rectoras y mentoras, en las que el censor cívico y custodio de la pureza revolucionaria, encuentra idénticas tendencias "inmorales". Una apreciación general: por no dedicar sus energías a la construcción de la patria, los intelectuales mexicanos llevan al fracaso, o debilitan, su labor de filósofos, sabios, literatos, artistas. Otra: una cosa es la dificultad, ciclópea, que reviste "dar cima a la tarea educativa de México"; otra, previa, plantear el problema de la educación nacional —asunto éste, recordará el lector, al que Guzmán ya se abocó en La querrela de México. Llegado el momento, el cotejo entre ambas diversas cuestiones será inevitable.

¿Quiere conocerse, "íntegro y básico", el problema de nuestra educación?

Helo aquí: sufrimos un apocamiento de calidades humanas, en particular de las calidades que exige la organización y desenvolvimiento de la vida social democrática. A la ineptitud que nos impide mirarnos y analizarnos con valentía, añádase que no sabemos evitar los abusos de poder, ni acertamos a enfrentarnos "con la disolución que de esos abusos se deriva". El debilitado carácter nacional se expresa de variadas formas: "miedo civil" —individual y colectivo; apego a la "ficción nacional"; deformación constante del "juicio político" que adula o denigra. Sufren miedo cívico lo mismo los que, pudiendo hacerlo, se niegan a pensar "sin ambages" la historia patria, que quienes se abstienen de intervenir en la "cosa pública". Se hallan enfermos de "ficción nacional" los que glorifican, en vez de las virtudes reales del pueblo, esa manera de ser, "oropelesca o pos-

tiza, dentro de la cual nos gusta contemplarnos nacionalmente aunque sepamos que es falsa".¹² La deformación del juicio político, por su parte, conduce a adular al gobernante falaz y denigrar al buen gobernante —que, no se crea, "en ocasiones nos depara la suerte".

Tal es, repito, para Guzmán, el problema educativo de México. Bajo esta óptica arremete contra los funcionarios de la Universidad carrancista que ven, en el Presidente, al más grande educador de México y, en la dirigencia universitaria, "espíritus luminosos" que empiezan a echar en los surcos la semilla que, etcétera, etcétera. Clama Guzmán: ¿ignoraban los autores del Boletín que esfuerzos más "grandes y heroicos" se hicieron por educar a México en los primeros años de la dominación española, más ilustres a fines del siglo XVIII y más efectivos después del triunfo de la Reforma, que todo lo intentado de 1870 a nuestros días? ¿Que nada ha "inventado México, en materia de enseñanza, comparable a la Escuela Nacional Preparatoria"?¹³ ¿Por qué han de despedir menos luz Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez, Valentín Gama, Antonio Caso, Alfonso Pruneda, que los "actuales ilustres funcionarios de la Universidad"?

Quizá debió traer a cuento Guzmán, aquí, su tesis adelantada en el folleto madrileño de 1915, en el sentido de que, en México, se actúa por medio de facciones —no de partidos o ideologías. Era precisamente, resueltamente, el espíritu de facción el que animaba las piezas menores de autoalabanza del boletín universitario, leído, con escándalo pero con frialdad, en el destierro.

+

+ +

Como bien señala Martín Quirarte, para la generación que a partir de principios de siglo abanderó la crítica del positivismo, Francisco Bulnes representó una figura mitad denostada mitad admirada. A la versión que lo tilda de racista, de sofista, de prestidigitador de tesis, de inteligencia prosternada entre el Dictador y sus secuaces, hay que adunar otra, en la que, si no abundan, si perdu-

ran las absoluciones. No se olvide que son suyos, en aquel palaciego discurso de 1903, en el que justifica la sexta reelección de Porfirio Díaz, pasajes como éste:

-/ "La nación quiere partidos políticos; quiere instituciones; quiere leyes efectivas; quiere lucha de ideas, de intereses y de pasiones..."

Otra manera de decir que en efecto, como sostendrá Guzmán, el porfirismo era una facción triunfante; que en efecto, como sostendrá Calles a la muerte de Obregón, sonaba para México, la hora de la institucionalidad; que en efecto, como se sostiene de tiempos de López Mateos para acá, apremia el pluralismo partidario; etcétera.

De la dualidad arriba apuntada -denostación/admiración- da constancia nuestro autor al ocuparse de un libro reciente de Bulnes, encontrado en las librerías neoyorkinas que frecuentaba el colaborador de La Revista Universal. Dice Guzmán que la salida de un título de Bulnes es, para nosotros, un acontecimiento comparable al que, en el ámbito inglés, tiene la salida de un nuevo volumen de Bernard Shaw; aunque, añade, se trata de trascendencias diferentes y de espíritus sin parentesco alguno —la semejanza nace de cualidades "exteriores y transitorias".

Bulnes, escritor político "alucinante", "paradójico", "humorístico", habilidoso para "tratar, con procedimientos del todo personales, las tesis más inesperadas". Invito al lector que me ha seguido hasta aquí, a asomarse, por primera o segunda vez, al pugnaz retrato del historiador Bulnes, epítome del positivismo, facturado por Guzmán "la risa gufa su mano" / "sabe encontrar el alma de la realidad" / "ninguno más atrevido que él para acercarse sin supersticiones a los hombres de la historia" / etcétera. Yo voy a limitarme a la reseña, y refutación guzmaniana, de los inesperados argumentos restauradores contenidos en el nuevo libro de Francisco Bulnes.

Bulnes -sigo a Guzmán- de un lado combate "lo que en México se llama Revo

lución"; de otro, sale a la defensa de "Limantour y su grupo", fatigando el argumento obsesivo del progreso material alcanzado por el antiguo régimen. Sin embargo, el juicio de los "científicos" poco o nada tiene que ver con este aspecto, nos dice el censor; máxime que el fallo ya fue dado: "los científicos hicieron a México ciertos servicios de naturaleza económica por los que cobraron honorarios exorbitantes. Se les llamó ladrones (yo no sé si justa o injustamente), porque acumularon capitales cuantiosos".¹⁵ Torna Guzmán a su evangelio: la vara que mide a los "científicos" no es estadística sino ética. De lo que se mostraron incapaces los "científicos" -y, claro, sus ideólogos como Bulnes-, fue de, aprovechando la fuerza al mismo tiempo ciega y brutal que se llamó Porfirio Díaz, "moralizar y rehacer definitivamente el espíritu de México". Pero, ¿las culpas de la Revolución eximen, retrospectivamente, a la clase dirigente del porfirismo? No, no, apunta Guzmán; más bien al revés. En efecto, si la Revolución ha sido una "calamidad nacional", según sostiene Francisco Bulnes, la responsabilidad del porfirismo será mayor cuanto más calamitosa devenga la revolución. ¿Por qué causa? Guzmán: "el primer deber de aquel gobierno, que duró treinta años, fue evitar esta revolución."

¿Cómo, ahora, salir de la Revolución para entrar de nuevo en el porfirismo? Guzmán: mejor "que la lucha siga, cueste lo que cueste, hasta la salvación verdadera o hasta el aniquilamiento total". Proponer lo que Bulnes propone, un Porfirio Díaz o una sucesión de Porfirios Díaz, es tanto como confesar horror a la verdad, incapacidad de sacrificio, ausencia de sentimiento de patria.

El ensayista subraya con un timbre de humor -que Bulnes cobre oro norteamericano y no "bilimbiques"-, la circunstancia de que la salida de The Whole Truth About Mexico, el libro comentado tras la frontera, sea "un instrumento útil al Partido Republicano de los Estados Unidos". Aunque otra cosa piensa, sobre el particular, Martín Quirarte. Dice: "Hacia la década en que se publicó The Whole Truth About Mexico, Presidente Wilson's Responsibility, se publicaron

también en los Estados Unidos, trabajos de Manuel Calero y Martín Luis Guzmán referentes a México y a su revolución. Mas es indiscutible que en ninguno de ellos se analizó la intervención de Wilson en las cuestiones mexicanas con la valentía de Bulnes." ¹⁶ ¿Guzmán timorato en punto a denuncias? No, según lo hemos constatado. Lo que ocurre es que el fervor wilsoniano de Guzmán, en tanto que ejemplo ético de la clase dirigente norteamericana, lo lleva a ignorar las contradicciones respecto a México, el nexo entre la política del Presidente que ordenó la invasión de Veracruz y los intereses expansionistas de su país —nupcias éstas que sí contempla, como tenemos dicho líneas arriba, Pedro Henríquez Ureña.

5

Madero

El 20 de noviembre de 1916, instalado en su observatorio norteamericano de la sociedad mexicana, Guzmán reflexiona acerca del hombre que consiguió desatar las furias de la revolución; Francisco I. Madero: personaje de su fallida primera novela —misma que, de concluirse, habría cancelado la querrela del escritor; figura persistente en las páginas por venir; "muerte histórica" dejada a la postre interrumpida —excepción hecha de su preámbulo, Febrero de 1913. En el ensayo de 1916, encontramos el sustrato de la respuesta dada a Carballo, en los 60. ¿Qué es un héroe? Surja de la realidad o de la fantasía, el héroe es hijo del alma de los pueblos; no hay héroes falsos, al margen de sus capacidades, actos, ideas; un héroe sólo es discutible "dentro de su heroicidad". ¿Cómo se llega a héroe, quién lo señala? El instinto popular, a través de la fama; esto es "el atributo heroico inconfundible". ¿Es un héroe Madero? Sí. Aunque se confunde al héroe Madero con Madero el hombre.

Han transcurrido, apenas, tres años del Pacto de la Embajada y su secuela de usurpación y crimen: "decena" a la que siguió el constitucionalismo y la es-

cisión del poder revolucionario. ¿Era posible, ya, la "sociología" de Madero, del maderismo? Intentalo Guzmán. En el autor del Plan de San Luis el pueblo encarnó vagos anhelos, esperanzas contra el dolor; simbolizó el camino a la esperanza y a la aventura; el hombre que "nos hubiera salvado", que "nos salva en nuestra imaginación"; depósito de la generosidad trascendente, del poder extra-humano que requieren "los pueblos ya sin esperanza".

Ahora bien, Madero, el héroe, no se difumina en la abstracción. A finales de 1916, junto a villistas, zapatistas, carrancistas, convencionistas aparece como "el valor más importante". Cito, por fuerza, el siguiente párrafo, autorretrato moral, ideología guzmaniana de la revolución de la que había defecionado dos años antes, médula de su concepto de la historia como hechura de sujetos individuales: "Para explicarse la parte más noble de la Revolución quizá no haya mejor camino, ni camino más corto, que el de reducir la Revolución a la esencia y los atributos de carácter de Madero."¹⁸ No la demanda obrera del Partido liberal, no la demanda agraria del zapatismo: los "atributos" de Madero.

Guzmán da alcance a sí mismo, agotadas las líneas anteriores. A lo que de seaba llegar, y llega, es a la inclusión del presidente asesinado en su sistema de pensamiento ---teoría de la clase rectora / cualidades de la vida pública. Para la inexistente civilidad mexicana, escribe Guzmán, Madero propone el ejemplo por seguir. Reacción del espíritu contra la brutalidad porfiriana; reacción del liberalismo puro, el que se funda en la cultura, contra la inculta tiranía. Ahora bien, ya sabemos, por La querrela de México, quiénes frustraron su empresa redentora, quiénes colaboraron en su trágica caída ---la de Madero el hombre, no la de Madero el héroe. La traición floreció en la cúspide, no en la base. Ante la propuesta de una "revolución esencialmente del espíritu" --la que propugnó Gabino Barreda en el Manifiesto de Guanajuato--, revolución de los espíritus sentida por las masas populares, la clase rectora mostró su viejo rostro. A partir de la acusación de incapacidad, porque no se empleaba el exceso y la

violencia, acabaron aliándose "los revolucionarios vociferantes de 1911 y 1912" y "los reaccionarios de 1913". Esto explica "el fracaso de Madero en la obra transitoria de dominar a su pueblo, inculto y excesivo".

En estos pasajes, por si no fuera de antemano claro, resalta la idea matriz, la idea-fuerza, de Martín Luis Guzmán. Una misma clase -desde luego minoritaria-, conduce la historia patria; llámese Independencia, Reforma, Porfirismo... Revolución. Salvo en la época liberal, cuyo remate es la Escuela Nacional Preparatoria, dicha clase ha abdicado de sus responsabilidades, constriéndose a la sed y codicia del poder. La ruptura entre el porfirismo y la revolución la ocasiona Madero, no Carranza u Obregón ---¿ni Villa?; los sesentones peripuestos de la clase porfiriana se suceden en sus sobrinos, aquellos que, en la reacción y en la revolución, condenaron a Madero y obtuvieron como premio a Victoriano Huerta.

Guzmán, es evidente, no se demora en la otra interpretación del fracaso de Madero ---el hombre, claro está, no el héroe; el hecho de haber elegido, ya en la presidencia, entre las fuerzas amorfamente revolucionarias y las diáfananamente reaccionarias, a las segundas ---el Ejército Federal, intacto después de los Tratados de Ciudad Juárez, a guisa de ejemplo.

He aquí las fuentes ideológicas del futuro narrador Martín Luis Guzmán: visión del mundo social mexicano que, en su momento, animará a las criaturas noveladas. Seres verbales a no dudarlo, pero asimismo encarnaciones de "ideas", "juicios", "prejuicios"; depósitos de conceptos morales y civiles ---ética cívica en suma, voces de un discurso político elaborado ante el acontecer, no ante la página en blanco; ante el crimen, no ante la literatura; ante una honda querrela personal, no ante una apacible vida académica. Lo cual, por cierto, no inhibe la tarea del crítico, si no estrictamente literario, si cultural. Objetivo: el Ateneo de la Juventud.

Notas

1. O.C., T.I, p. 42.
2. Ibidem, p. 42.
3. Ibidem, p. 43.
4. Ibidem, p. 44.
5. Ibidem, p. 45.
6. Ibidem, p. 45.
7. Ibidem, p. 46.
8. Desde Washington, Cuadernos Casa 14, pp. 25 a 27.
9. Ibidem, p. 26.
10. Cfr. Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano, p. 167.
11. O.C., T.I, p. 46.
12. Ibidem, p. 48.
13. Ibidem, p. 60.
14. Páginas escogidas, pp. 111 y 112.
15. O.C., T.I, p. 132.
16. Páginas escogidas, p. XXX.
17. O.C., T.I, p. 64.
18. Ibidem, p. 53.

LIBRO TERCERO: PASADO (CULTURAL) INMEDIATO

1

El puente venerable

El mes de septiembre de 1912, mientras se forman sobre el diáfano valle los nubarrones cargados de desdicha, Guzmán publica en Letras de México -núm. 32- un hermoso, y también inteligente -virtud, la prosa bella e inteligente, que ya no lo abandonará-, homenaje póstumo a Justo Sierra; homenaje posteriormente recogido en Otras páginas ---libro que reúne ensayos no incluidos en A orillas del Hudson, amén de otros de la etapa anterior a Manhattan, de los años 30 y de los años 40. Lo traigo a colación porque funda el examen guzmaniano de la "revuelta cultural" en general y del Ateneo de la Juventud en particular. Lo que dijo Sierra de Gutiérrez Nájera, al desaparecer, vale para Sierra; su alma envuelve a la generación de Guzmán, "con el tibio hálito de su energía intelectual y moral, de su pensamiento y de su amor". A Justo Sierra acudieron los jóvenes "de la última hora", los que en metáfora esculpida la noche aquella del 22 de abril de 1908, en el Teatro Arbeu, abandonaban "el barco cargado de flores en que se arriba a la juventud", en procura de "mayor perfección", en procura de un mundo adivinado y deseado, "mundo donde la idea es fuerza, virtud y generosidad".* Aficiones diversas encontraron, en D. Justo, al Maestro. Pero no únicamente la camada a la que pertenecen Guzmán, Reyes, Caso. Tres generaciones confluyeron en un mismo "núcleo polarizador". ¿Por qué, a causa de qué prendas de Justo Sierra? Las apunta nuestro autor.

/a/ "Inclinaciones espirituales personalísimas".

/b/ Un patriotismo que "veía en la propagación de la cultura el medio más eficaz de constituir y afirmar la nacionalidad".

/c/ La convicción de que "todo problema social y político implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación".¹

Sierra es, avanza guzmán, el puente entre el cenáculo poético, "de charla

*Véase 22 de marzo de 1908, p.75

jovial y musa triste", que tuvo a Gutiérrez Nájera como paladin y paradigma, y la de hoy -1912-, "impaciente y adusta", inquieta "por los problemas últimos de la vida y de las cosas" ---portaestandarte: Antonio Caso. No le reprocha esta vez a Sierra, el miedo civil, la obediencia de que dio muestra con motivo de la "procesión de las antorchas"*; descubre, por el contrario, y hace resaltar, el significado de sus empresas en el Ministerio de Instrucción Pública: elevar el nivel de la cultura nacional, reanudar el diálogo con la tradición.

Conocedor intuitivo y docto de los vocablos, Guzmán elige, para calificar el intento de Sierra, dos: "inesperado", "extraño". Inesperado y extraño era, en un mundo, el cultural oficial porfiriano, que se creía "definitivamente redimido de todo nuevo esfuerzo, de toda nueva tentativa, de todo anhelo hacia mejor condición mental, desde que Gabino Barreda levantó, pulido y completo, el nuevo arquetipo de nuestra educación superior",² implantar otras simientes. Sin embargo, lo cierto es que la obra barrediana reclamaba una "rectificación". Ley histórica. ¿Porque era "parcialmente equivocada"? No. No. Siempre he creído, advierte el Guzmán de 25 años de edad, "en los indiscutibles derechos de la Escuela Nacional Preparatoria a poner durante algún tiempo su mano salvadora sobre la juventud".³ Empero, en tanto empresa revolucionaria y jacobina, en tanto "orden mental" destinado a otorgar al liberalismo y a la Reforma "base orgánica y sólida en el alma de la República", incurrió, como toda revolución celosa de su "eficacia", en la definitividad y el radicalismo. Irreprochable en su origen, expresión de "las condiciones políticas del momento" -de la coyuntura, como se dice hoy-, la ENP no podía conservarse inalterable a la "luz de la superior cultura". Aquel espléndido bosque de 1888 se trocó en erial. Produjose anemia en las escuelas superiores, destinadas a crear profesiones, pero no maestros y científicos. De otra parte, el fin utilitarista soslayó el desinterés esencial de la especulación y la investigación. Para rectificar este estado de cosas, Sierra creó la Escuela de Altos Estudios e hizo renacer la Universidad de México. Que so-

*Véase La procesión de las antorchas, p. 87

plara de nuevo, en el casi apagado hogar de la ciencia patria, el aliento de Si güenza, Clavijero, Alzate, Gamarra, Muciño, Río de la Loza —como el lector sa piente recuerda, Sierra, al inaugurarse la Universidad Nacional, habló de los - "medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber".

La de Sierra, escribió en 1912 Guzmán, es la acción educativa más trascenden te de los últimos 40 años. La Universidad como fórmula para desasir a la educa ción superior de la mano, peligrosa, de la política; la Escuela de Altos Estu dios para colmar la laguna pedagógica y cultural "que dejó abierta la obra de Barreda". Sin que asista la razón a quienes reclaman que esos esfuerzos se orienten, mejor, hacia otros sectores nacionales, aún no bautizados ni siquiera por "las primeras letras".* Menos aún cabe la censura en el sentido de que la educación superior diseñada por Sierra, entraba en conflicto "como en todos nues tros problemas sociales", con las irreductibles condiciones de vida que presen tan "las dos porciones demográficas de nuestro país: la civilizada y la incivi lizada" anticipo, sí, guzmaniano, de la teoría de los dos o muchos México, tan socorrida, entre poetas, antropólogos y políticos progresistas en los 60 y los 70. Las exigencias de la parte incivilizada por redimirse, no pueden obligar a la parte civilizada a pactar, a estancarse. Todo lo contrario.

Eso soñó el finado Sierra: una ciencia nacional que nos diera, con la "ver dad", la "conciencia de patria"; con el "saber", la "paz, el orden, la armonía". Historiador, pensador, "artista de la historia". Poeta grande, si no por la "forma", si por el "espíritu" —romántico, sensible, imaginista. Prosa "rica y opulenta"; de las mejores prosas castellanas de nuestros tiempos. "Pero que nadie que quiera conocerle -advierte Guzmán- espere verlo nunca surgir cabal, sino que habrá de ir juntando hoja por hoja y tallo por tallo en el huerto de su vida fecunda; y más sabrá de él, y más cerca sentirá el entusiasmo de su alma y la lozanía de su naturaleza, quien más amorosamente recoja y guarde."⁴

Dos anotaciones:

*Véase El concepto de la educación, p. 66

/a/ El homenaje de Guzmán a Sierra precede los recuentos, multicitados, de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, en lo tocante al sentido y los antecedentes del Ateneo.

/b/ El ensayo divulgado por Letras de México informa una pieza decisiva para definir, con fundamento, al bagaje ideológico con el que Guzmán llega a los campos constitucionalistas. Un joven empujado tanto por una "ola romántica de inexistencia" —contestación de Reyes a la carta del Hotel Escobar de Nogales—, como por una diáfana conciencia de sus deudores culturales —Barreda, Sierra; tanto por una visión histórica de México minoría y mayoría, como por la conciencia de los derechos y responsabilidades del México civilizado —pero todavía no civil, cívico— sobre el México incivilizado.*

2

El ateneísmo esencial

La segunda sección de A orillas del Hudson, —el segundo libro publicado por Guzmán—, denominada "Crítica", consta de ocho ensayos desiguales en tamaño y acierto: "Alfonso Reyes y las letras mexicanas"; "La danza y arte de Troy Kinney" —muestra, sí, de su interés por el ballet, por la escritura dancística; "Diego Rivera y la filosofía del cubismo" —brillantemente analizado por Bruce-Novoa; "A propósito de Cristina" —que nosotros vincularemos al primero; "El alma de un obispo"; "Los elefantes, Sarah Bernhardt, Barrie y Ratan Devi"; "Un poeta lunar" —la "excelente nota" sobre Laberinto de Juan Ramón Jiménez, de que habla a Reyes en carta del 22 de mayo de 1916; y "De las revistas". Conjunto del que, por testad del crítico, únicamente entresaco tres.

+

+

+

*Tres años después de concluir este trabajo recibo de su autor, Claude Dumas, la caudalosa y al parecer definitiva obra, en dos tomos, Justo Sierra y el México de su tiempo (UNAM). Veo, con satisfacción, que Dumas, enaltece entre todo los estudiosos mexicanos de Sierra, precisamente a Martín Luis Guzmán.

25 de septiembre de 1917

Querido Alfonso:

He dado sus "Huesos de Quevedo" (creo que se lo avisé a usted ya) a Revista Universal. Me dieron \$5.00; se publicará en octubre. Sobre "El suicida" escribí un artículo que saldrá en Gráfico, revista indefinible perteneciente a un político carrancista, y acaso inferior a la otra. En esta última hubiera querido que el artículo se publicase, pero como Urquidí anda pobre todo me lo abona en cuenta y eso no me conviene. El artículo sobre "El suicida", además, dejó mucho que desear. Creo (así me parece después de releerlo) que no dije nada de lo que quería y debía haber dicho (...). Esto de haber como evitado el verdadero quid acerca de su libro, de haberme echado fuera de la suerte casi al consumarse la estocada (que, en memoria de Acevedo, ¡no me maldiga Pedro!) me avergüenza hasta las lágrimas. Otra vez será, sin embargo.⁵

Evade Guzmán, en efecto, el abordaje frontal de El Suicida, libro de Reyes, no obstante haberlo reclamado a Madrid, repetidamente. No me sorprende el cambio de faena. La fría avidez de Guzmán por conocer, desentrañar, los acontecimientos nacionales, lo hace descuidar cualquier otro deber, por ejemplo, el de ocuparse de los libros de sus amigos. Todo lo que lee se desplaza hacia el contexto, la historia, la clase dominante, el poder, la nación. No que escatime el elogio de Reyes. Por el contrario, en unas cuantas líneas fija su historial y virtudes; una de ellas, participar en "el actual movimiento cultural mexicano", y dentro de éste en el grupo de escritores, "homogéneo fundamentalmente", conocido como el Ateneo. Sin embargo, por lo antes apuntado, en vez de los de El Suicida, Guzmán refiere los rasgos de la peña filosoficoliteraria. ¿Qué rasgos? Al margen de las realizaciones personales, nos dice, los ateneístas se distinguen, ante todo, por la seriedad. ¿Qué seriedad? ¿Urbana? ¿Moral? No. Técnica, profesional. Leamos, en los ochenta, este perfecto pasaje escrito por Guzmán en los años diez:

La seriedad en el trabajo y en la obra; la creencia de que las cosas deben saberse bien y aprenderse de primera mano, hasta donde sea posible; la convicción de que así la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es perdurable; el convencimiento de que ni la filosofía, ni el arte, ni las letras son mera distracción o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión como cualquier otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse ni en lo más mínimo.

Ni más ni menos que la divisa -distinción- de los Contemporáneos (Villaurrutia, Novo, Gorostiza) y -que consta- de y la Nueva Novela Latinoamericana (Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez, Fuentes). Ahora bien, no es de extrañarse, dadas las aficiones del grupo, la preeminencia del pensamiento sobre la expresión; de la filosofía sobre las artes; de las artes sobre las letras. Pero, ¿no chocaba, el ateneísmo, según los justiprecia Guzmán, con las tradiciones culturales del país? Sin disputa. Una cosa era el propósito; otra su "implantación práctica". Bastaba recordar que la pasión por Grecia, unánime, voraz, se virtió siempre en español, ya que ninguno hablaba "una sola palabra del griego".*

Pero la seriedad, esa "cualidad de valor inicial indiscutible", le valió a los ateneístas encabezar una fusión inesperada: la de las notabilidades de las generaciones anteriores y la de los avanzados de las generaciones postateneístas. En esto último influyeron de manera decisiva el magisterio de Caso y Henríquez Ureña. Como sucedió con Justo Sierra, el Ateneo de la Juventud fue un cruce de caminos, a tal extremo, que pareció anunciar la "primer cristalización de una cultura nacional". ¿Qué clase de cultura nacional? Vernácula, sí, pero "abrevada en las culturas clásicas, antiguas y modernas".

¿Se cumplió el anuncio? Aún no es tiempo -1917- de decir la última palabra. Como un eco de la frase de Rafael López, que Torri escuchó en sueños, en el sentido de que en el naufragio del grupo, se habían salvado en distintas tablas,

*Según PHU, quien resulta responsable de la introducción de Grecia entre los hijos del antipositivismo es Jesús Urueta. Correspondencia AR/PHU.

Guzmán escribe: "Después de varios años de mar deslecha parece que los maderos de la balsa se afirman de nuevo, con otros que la tempestad misma ha juntada".⁷ Reyes, el autor de El suicida, traduce justamente la hechura más perfecta del ateneísmo, cuya esencia desentraña Guzmán. Este, lúcido, nos aclara además que nada de esto merecería destacarse, por obvio, ahí donde florece a su sabor una literatura nacional, el cual no era nuestro caso; en México, la literatura no es "ya un organismo íntegramente formado", antes bien, "una semilla que apenas está por reventar". Al tiempo que realiza sus fines personales, Reyes contribuye a las letras patrias dando, de sí, la llama más intensa que alcance a producir.

¿Reincide Guzmán, y no obstante la índole del tema, en su obsesión acerca de los vicios nacionales? Inevitablemente. A la par que nos aclara que aunque no todos los ateneístas rutilan con el brillo de Reyes, que lo que importa es la superación y no la modestia, inflige, al diletantismo mexicano, ya vapuleado en las páginas de La querrela de México, una nueva serie de estocadas:

Se puede ser un escritor o un pensador modesto; es explicable y aún plausible el no aspirar a más. Pero no se debe ser, sobre todo en países todavía no formados (como México), un escritor o un pensador improvisado durante la vida entera.⁸

¿Quiénes, sino los "genios esporádicos", son los peores enemigos de las sociedades "informes", al retenerlas en el "desorden primitivo", al impedirles coordinarse y conocerse?

Cuando en un país los músicos son sólo músicos a medias, y los literatos, literatos por mitad, y así los médicos, y los generales, y los pintores, la otra mitad, que no es mitad de nada, sino ocioso girón flotante, se mantiene como agresiva posibilidad de todo, que todo lo comprende, todo lo juzga, todo lo trastorna y destruye.⁹

¿Qué vía elegir, entonces? Tomemos nota: la "especialización rigurosa", único pasaporte válido a la "universidad" ---la especialización propondrá justamente, nos dice Krauze, la nota distintiva de la generación que sucede a la del Ateneo, la de 1915. Al cumplir Reyes con creces, el credo ateneísta, rompe un

nuevo surco a la literatura mexicana, compone un programa que se resume en lo siguiente:

...el estudio extenso y atento de todas las literaturas, lo mismo antiguas que modernas, para acostumbrar los ojos a la oculta luz que nos descubre las formas reales eternas. Hecha la mirada a los rayos de esa luz, fácil será encontrar la realidad patria a través de la visión interior y construir la nueva forma adecuada a la nueva materia.¹⁰

¿Programa de Ateneo de la Juventud y Reyes o programa, más bien, de Martín Luis Guzmán? Lo irrefutable es que una nota periodística que había arrancado como reseña de un libro de su corresponsal madrileño, acaba, luego de facturar la sociología -¿o antropología?- del cenáculo -como tal, a la sazón, ya liquidado-, indicando el único "sendero", la debida ruta para los mexicanos empeñados en una literatura propia, parte de la cultura nacional. La crítica literaria, en vez de soslayarla, aviva la llama en que se consume el censor.

Aceptemos que es lícito afirmar la existencia de una poesía mexicana, prosigue Guzmán. Empero, "nadie concedería que México tiene una literatura propiamente nacional", valor entendido como "una corriente de pensamiento, sobre la vida y la naturaleza, con características internas y externas discernibles; una manera de interpretar emotivamente las cosas, conforme a una sensibilidad peculiar, que culmina en un núcleo de escritores clásicos (lejanos, próximos o inmediatos) para derivarse de ellos después."¹¹

Arribase, de esta suerte, al verdadero problema de quienes, en México, aspiran a hacer "obra nacional". Nacional por ser literaria y no expresar "otra materia que la substancia mexicana misma". Esto equivale, dice Guzmán, enfundando aquella Underwood que abandonará a causa del "remingtonismo", esto equivale, repito, "a crear de un golpe la tradición".

+ + +

La cuestión de la obra nacional resurge en la reseña, mero pretexto, de una novela menor -Cristina- de una novelista prescindible ---Alice Cholmondely. Guz-

mán trueca reflexión mexicana todo lo que lee. Sigámoslo en su afán. Festeja de entrada, que en los países sajones, la producción literaria sea un hilo más de la trama de las actividades nacionales, "hilo siempre tenso, siempre visible". No sólo se lee, sino que esta lectura interesa literariamente, críticamente; costumbre que hace intervenir al lector en el acontecer literario. Sí. "Las letras arden aquí con la llama que se alimenta del aceite extraído en los más diversos parajes nacionales". Naturalmente que no toda la población norteamericana vive al pendiente de la literatura; sin embargo, el lectorado pendiente del curso de la buena y la mala literatura, es lo bastante numeroso como para tener una importancia nacional. ¿Suceso nuevo, raro? Desde luego que no ---se contesta Guzmán. Ningún pueblo dueño, ahora o antes, de una "literatura vigorosa y característica", ha dejado de contar con un auditorio de influencia e "irradiación" nacionales. Lo uno es ajeno a lo otro. Pero cuando la voz nacional disminuye o cesa, el lectorado desaparece, se disgrega en múltiples "fuerzas secundarias, desorientadas e inútiles". Compárese, ay, el Siglo de Oro Español con la Literatura Española Moderna. ¿Qué sucede ahí donde la voz, la literatura nacional, no cuaja todavía? Esto: la lectura se torna mero recreo, curiosidad, "manantial de sensaciones que la vida cotidiana no brinda de por sí"; el lector, por su parte, apenas si relaciona lo que lee con lo que vive, y "juzga de acuerdo con su gusto y sus aficiones más irreflexivas". Estocada: eso es lo que sucede en México ---el México Carrancista.

¿Es que no se lee en México? Se lee, claro, mucho; sólo que, acota Guzmán, al margen de "corrientes directrices y, por ello, sin perspectivas culturales profundas". Carece, el lector mexicano de 1917, para la justa inteligencia de libros propios y extraños, de "la luz de los valores patrios -únicos accesibles al lector común-, la base de una literatura nacional donde aprendamos a conocernos y de donde tomemos pie para conocer a los otros".¹² ¿Otra traducción guzmaniana de la divisa de Barreda, aquel fondo común de verdades que nos permita ser país?

oración"; "Luz interior"; "Del verano y del invierno"; "Lawn tennis"; "El valor de la música"; "El sentimiento de la naturaleza"; "El desprestigio de los sentidos"; "La única verdad"; "Muertos venturosos" y "Entre el cielo y la tierra".

Rimero que funge como testimonio del narrador --con su incursión en la prosa lírica; un narrador en embrión, avasallado, a la sazón, por el ensayista-- papel que se invertirá en la década siguiente. Esbozos, trozos. Yo espigo, en exclusiva, algún pasaje que predica la poética de Martín Luis Guzmán; esto es, su concepto ya no del arte nacional sino, a secas, del Arte ---concepto deudor, en tiendo, en no escaso grado, de Walter Pater.

De haber sido el mundo obra de ojos "mortales y bien dotados", viviríamos dentro de un cuadro del Tintoretto. Empero no es así, ya que el mundo fue creado "en ausencia de todos los sentidos humanos". Al hombre, pues, "está reservado ordenar el caos de las imágenes o descubrir los grupos de imágenes que realizan lo bello casualmente" ---el método, añadido, que en su momento ensalzará Revueltas, de escudriñar lo real y mudarlo en lenguaje. Ese ordenamiento o descubrimiento revisado por el hombre es, dice Guzmán, lo "que se llama arte". Pero, ¿cómo se comunica el arte, qué parte nuestra halaga, enciende? Leamos:

Hay en la sensación elemental, pero noble -como la tersura de un líquido que corre entre los dedos- un principio de belleza innegable. O, como diría un esteticista contemporáneo, por la sensación elemental, un espíritu atento, capaz de escuchar una sola sensación, se armoniza también de ese modo único que nos lleva a vagar por regiones situadas más allá de lo que se contempla. Es la visión de las esencias, diríamos en metáfora platónica; pero sólo en metáfora, por inexplicable anhelo de seres limitados que sueñan con la puerta al infinito: sinceramente sólo en los sentidos nace y muere la belleza...15

El arte halaga, enciende, los sentidos: en los sentidos nace y muere la belleza. Que no se trató, este sensualismo, de una poética peregrina, lo prueba la dimensión casi física, corpórea, que revestirán los personajes, los objetos, los escenarios de crónicas y novelas. Pero ésta es aún la hora del ensa-

yista, y éste se lamenta de que no se piensa "lealmente en los sentidos". En la confusión y el desorden del momento -Primera Guerra Mundial-, la humanidad se abandona a lo misterioso, a lo religioso, "hacia un sentido profundo de las cosas", hacia la interpretación*

Acabemos ya. La última parte del libro impreso por Botas, denominada, con justicia, Varia, abre con una de las contadas evidencias públicas del humorismo guzmaniano. Hablo de "Mi amiga la credulidad", credulidad de un escritor en el sentido de que los ruidos de la máquina de escribir marca Remington eran una de las fuentes de inspiración de Henry James. Muda, pues, su vieja, su leal Underwood, por la Remington. ¡Suceso extraordinario! La nueva máquina desplaza, en breve, a la pianola y al fonógrafo, y poco después, a Beethoven y a Caruso. Allí en su departamento neoyorkino, la familia Guzmán ya sólo escucha, "a mañana y tarde, a los grandes maestros de la máquina de escribir". Ejecución a una y a dos manos, en color rojo y en color azul. ¡"Desde un canto de la Iliada, hasta una proclama de Marinetti"! —y así por el jocoso, ingenioso, chispeante estilo. Pregúntase al final el ejecutante: ¿qué nombre darle a este nuevo fenómeno? ¿Es un cubismo o un verticismo de la literatura? ¿Remingtonismo? ¿Mecanismo?

Vienen, enseguida, un homenaje a Julio Torri ("El coleccionador de ataúdes"), "La sonrisa con el niño", "Acerca del fonógrafo", "La barba del poilu" y, finalmente, una selección de lo que Guzmán aportó al nacimiento y la celebridad de "Fósforo," en la revista España —etapa de Torrijos. Debemos a la generación nacida en los años ochenta del siglo XIX, que ve implantarse el teléfono, la radiotelegrafía, el fonógrafo y, después de la guerra, la radio, un estudio de la manera en que tales "medios", tales "extensiones", influyeron en su trabajo o

*Al exigir la sensorialidad en vez de la interpretación del arte, el Guzmán de 1916 o 1917 se emparenta con la hipermoderna Susan Sontag en una especie de Teoría Coruscante del Arte. Escribe la norteamericana en Contra la interpretación: "el valor más liberador y superior del arte y de la crítica de hoy es la transparencia. La transparencia supone experimentada la luminosidad del objeto en sí, de las cosas tal como son" (p. 23).

despertaron su curiosidad crítica. De lo espigado por el propio Guzmán, "Bajo la pantalla", descato en particular, entre otras iluminaciones, ésta, que lo golpeará como un bumerang. ¿A qué se asemeja el cine, forma de entretenimiento popular?, se pregunta. Al folletín, se responde. En uno y otro, cine y folletín, encontramos ese elemento en que reposa "toda obra de arte que remeda el vivir humano". ¿Qué elemento? La "estética inherente a la acción". Repito: la estética inherente a la acción. Si bien se advierte una diferencia. En tanto que en el folletín, la acción vese acompañada de "la mala literatura", en el cine, junto con el verbo, desaparece "el problema del estilo y queda la sola acción".

¿Por qué asenté "que lo golpeará como un bumerang"? Porque el ensayista adivina al narrador que remedará el vivir humano durante la revolución -El águila y la serpiente- y durante el caudillaje revolucionario -La sombra del caudillo-; una literatura que tiene mucho de folletinesca y cinematográfica, si bien, suma de gran estilo y acción épica, subsana las limitaciones de uno y otro género.

+

+ +

Cuando aparece A orillas del Hudson, aquel libro que estimó inapropiado para festejar sus treinta años de edad, Guzmán se hallaba entregado a sus tareas de jefe editorial de El Heraldo de México; periódico en el que, incluso, había publicado ya su serie sobre la sucesión presidencial en 1920 ---el tema, la cuestión del momento. Al igual que en 1914, se había abstenido, nuestro personaje, de buscar acomodo en los magros paraísos académicos a los que bien pudieron empujarlo sus antecedentes. El periodismo había ganado, de nueva cuenta, la partida. El periodismo y, ay, se quejaría Henríquez Ureña, la política.

1. O.C., T.I., p. 151.
2. Ibidem, p. 152.
3. Ibidem, p. 152.
4. Ibidem, p. 155.
5. Correspondencia AR/MLG.
6. Correspondencia AR/MLG.
7. O.C., T.I., p. 76.
8. Ibidem, p. 77.
9. Ibidem, p. 78.
10. Ibidem, p. 79.
11. Ibidem, p. 79.
12. Ibidem, p. 88.
13. Casa del Tiempo 16, pp. 2 - 8.
14. Ibidem, p. 8.
15. O.C., T.I., p. 118.
16. Ibidem, p. 119.

LIBRO UNICO: EL PARTIDO REVOLUCIONARIO

1

Bajo el Ajusco

Naturalmente que Guzmán retorna al valle espectacular, presidido por el Ajusco, no sólo movido por la vocación periodística; está, hierve, la política. Es 1919. Al año siguiente, Carranza, el autócrata, el artífice de un porfirismo de segunda mano, debía dejar al fin el poder, ese poder al que se aferró por encima del texto del Plan de Guadalupe y en contra de la voluntad de la Soberana Convención de Aguascalientes —lo que hizo que, en cierto momento, el país tuviera de presidentes a Carranza, a Gutiérrez y a González Garza. No obstante la caída del porfirismo, la derrota de su restaurador Huerta, el desastre militar impuesto a Villa en Celaya, el repliegue zapatista y la Constitución de 1917, el estigma de la facción seguía marcando el paso del acontecer nacional. ¿Quién sucedería a Carranza? ¿Obregón, protocaudillo? ¿Quién?

Imaginemos a Guzmán instalándose, de nueva cuenta en la Ciudad de México. Atrás quedaron los episodios de la capital entregada a zapatistas y villistas, de los enfrentamientos de Villa con Eulalio Gutiérrez —"Malgré tout, licenciado"—, de la huida del gobierno convencionista rumbo a su desaparición. ¿Quién había escuchado, leído, las acusaciones, las letanías, las admoniciones, las je remladas de aquel ya no tan joven discípulo de Reyes, villista a "marcha martillo"? ¿Quién había seguido sus exploraciones en los túneles de la Independencia, la Reforma, el Porfirismo y la Revolución? ¿Quién sus análisis de la cultura mexicana? El caso es que sus remedios contra los males nacionales aún no se agotaban. Desde las páginas de El Heraldo de México divulga, machaconamente, el más reciente, una especie de confederación de facciones y subfacciones.

2

La sucesión de Carranza

Ya en días del presidente Madero, el 24 de noviembre de 1912 para ser exacto, Guzmán anticipó su preocupación por conciliar antagonismos en aras de la unidad nacional —ese desideratum, luego tabú, al fin fantasmagoría, que surge durante la década de su rendición como censor, los 40. Orador par de Cabrera y Madero, la erección de monumento a Aquiles Serdán, en la entonces Plaza de Villamil, le dio oportunidad de conducir audazmente la tesis representada por el Ejército Federal, y la antítesis representada por el Ejército Revolucionario, a la síntesis de "una misma causa." Había que precisar, advierte el tribuno, so pena de incurrir en la injusticia de inquietar los manes, los papeles jugados por las fuerzas que contendieron en la revolución de 1910; enfoque que expresa, acota, "una primera expresión del sentimiento nacional". Si los revolucionarios cayeron arduos para derribar la tiranía, los soldados federales lo hicieron estoicos, para conquistar, al precio de sus vidas, "el futuro respeto de la ley de los poderes constituidos." Unos murieron clamando por la libertad, otros se inmolaron en nombre del deber. Atrevido planteamiento, sin duda. ¿Así que, a la postre, se hermanan Aquiles Serdán y sus asesinos? En efecto, para el Guzmán de veinticinco años, la heroicidad del poblano sacrificado tiene su equivalente en la heroicidad de las tropas federales que se sometieron sin protesta "a la ley de su ministerio y a la ley de su honor". De lo que resulta que, cuando madure el fruto de la revolución, éste no será saludado como la conquista de ésta u otra bandera, sino como don común, legado único en favor de los "que vimos morir a nuestros padres bajo las balas revolucionarias y los que supieron de sus hijos destrozados por la metralla de los fieles". ¿Fieles a qué o a quién?, se preguntará el lector; ¿al dictador decrepito?, ¿a los "científicos?", ¿a una República de mal drama cívico? Por otra parte, ¿a qué Ejército Federal alude Guzmán? ¿A la tropa arrejuntada por la leva? ¿A los jefes dedicados al tráfico inmoral de haberes, presupuestos, forrajes? ¿Solamente a los oficiales dignos, como su padre o Felipe Angeles?

Prosigue. la atrevida interpretación. La guerra era, aquí, inevitable y ne cesaria. Sabiendo, como sabemos, lo que "suele ser el político mexicano", y de acuerdo a las lecciones de nuestra historia, "nada más funesto hubiera podido pro ducirse entonces que la participación del Ejército en el derrocamiento de la dic tadura". El impulso revolucionario hubiera cumplido de cualquier manera su decur so, al margen del poderío federal; en tanto que la "posible defección" -chaqueta zo- de este último, aunque adelantara el triunfo, hubiera sido infecunda y noci va. Tanto que "en esta hora no alentarían ya las añejas esperanzas de enmienda y redención". Las cosas sucedieron, pues, como debían suceder: de un lado, una co rriente heroica, destructora de la desorganización y del vicio; de otro, una co rriente, "igualmente heroica" que, en lucha con la anterior, comenzara a cons truir. Flaco triunfo hubiera sido el conseguido con el deshonor, la facilidad y la ausencia de sacrificio. Empero, merced al choque de las dos nobles fuerzas antagónicas, en que se prestigiaron mutuamente, haciendo juntas lo que no podían hacer aisladas, "derivó la Revolución de 1910 su carácter excepcionalmente fecun do y lleno de promesas".^{1*}

Hasta aquí la parte del discurso de 1912 que nos interesa —y en el que, claro, usted y yo extrañamos la perspicacia de folletinista de 1915, porque no deja de sonar candorosa la lista de virtudes de un ejército corrompido hasta la médula, intacto gracias a los Tratados de Ciudad Juárez, porfirismo sobrevivien te que, encabezado por Huerta, Victoriano Huerta, perseguiría a Zapata, intenta ría fusilar a Villa, asesinaría al presidente Madero. Guzmán y Rendón, Angeles, Lauro Villar no eran, lo sabemos, la regla sino la excepción, las agujas del pa jar sistemáticamente saqueado. ¿No habla el crítico histórico sino el hijo, el prematuramente huérfano?

En fin, nuestro personaje es de los primeros en buscar la cura de las heri das, el avenimiento. En 1919, de regreso al país, postula una nueva tesis uni-

*Aunque precisa el propio orador: "Que esas promesas no se han cumplido y en bue na parte llevan trazas de no cumplirse; que mucho de lo que debió sucumbir que da aún en pie, y que las reivindicaciones nacionales han sido dolorosamente in completas, es verdad" (Otras páginas, p. 162).

ficadora. Podemos decir que desde el punto de vista de los géneros retóricos, El águila y la serpiente y La sombra del caudillo son; respectivamente, la crónica y la tragedia de la revolución, y que ambas, la segunda sobre todo, son deudas del ensayo guzmaniano en su modalidad "periodismo doctrinario". Aludo a una andanada de artículos recogidos en El Heraldo de México, entre 1919 y 1920; serie a la que D. Martín, al autoeditarse, intitulará con justicia Orígenes del partido de la revolución. Si la crónica se solaza con la pintura de los personajes; si la tragedia impulsa los pormenores de la fatalidad del hado político a la mexicana, la serie propone una vía de escape. Un lector agudo de aquel Heraldo de México de finales de los años diez, pudo adivinar el desenlace sangriento ---aunque todavía no hubiese la certeza del inmolado: ¿Carranza? ¿Obregón? ¿Pablo González? Mientras Guzmán escribe sus artículos, empiezan a rondar en el escenario político los personajes que, además de Obregón, informarán las fuentes reales de la novela de 1929. Confiará Guzmán años después, a su retratista Carballo, acerca de las dramatis personae de La sombra del caudillo:

- El caudillo es Obregón, está descrito físicamente. Ignacio Aguirre -ministro de la Guerra- es la suma de Adolfo de la Huerta y del general Serrano; en el aspecto externo, su figura no corresponde a ninguno de los dos. Hilario Jiménez -ministro de Gobernación- es Plutarco Elías Calles.²

Pero tornemos a Orígenes... Consta la serie de las siguientes partes: "Personalismo electoral"; "El manifiesto del general Obregón"; "Las declaraciones del general Gozáñez"; "El pacto de los candidatos"; "Una carta de Pablo González"; "Un telegrama de Alvaro Obregón", y "Nuestro mensaje a los candidatos". La serie se recoge, posteriormente, en el libro Otras páginas.

Denuncia el editorialista de El Heraldo de México, de entrada, que la sucesión de Carranza en modo alguno plantea "la lucha entre dos o más formas de entender el bien colectivo", sino, por el contrario, de conformidad con la tradición política mexicana, "la lucha entre el interés de dos o más personas, o dos o más

grupos de personas, consideradas en sí mismas y como tales".³ En efecto, nuestro país está ayuno de partidos auténticos y, lo más grave, "de ideas políticas nacionales y locales susceptibles de una clasificación útil para la vida". Toda contienda electoral es, aquí, "un problema de personalismo mesiánico" disfrazado de partido político: porfirismo, reyismo, maderismo, huertismo, carrancismo, gonzalismo, obregonismo. Esta censura, aclaro, excluye a reformistas y constituyentes, pero olvida matizar -para ser acorde con la propia visión guzmaniana- las elecciones en la época de Madero.

Las elecciones en México no proponen, como en otros países con madurez partidaria, un simple trastorno cívico. Convocan la ansiedad. Bajo la campaña obregonista o pablista, palpita "un negro presentimiento de los sucesos posteriores a las elecciones próximas". Guzmán, que desde cuatro años atrás se ocupa de escudriñar el alma nacional, el alma política nacional, el alma de las clases dirigentes de la Independencia a la Revolución, señala, con la frialdad positivista que se ha propuesto, ora que para la gran masa no hay diferencia real entre Gómez y Obregón, ora que es dable suponer buena fe en los candidatos y sus seguidores. Empero: "otra vez en el curso de nuestra vida pública, y pese a infinitas enseñanzas y dolores, el poder para manejar los intereses materiales y espirituales de México es motivo de disputa entre grupos personalistas."⁴ El mal: el indebido, el indocto poder; el vicio arraigado, hasta convertirse en categoría del poder sin atributos civiles. Vicio, lector, histórico, no consustancial; de hecho, no esencia.

Profundiza el escalpelo su trabajo en la piel de la infame política mexicana. Ya existen, y se enfrentan a morir, dos facciones, y esto sin que Gómez u Obregón hayan todavía dado a la publicidad un manifiesto, su plan de gobierno, su compromiso. Hay, sí, escribe Guzmán, obregonistas y pablistas, pero no hay, "obregonismo ni gonzalismo ideológicos". En esta contrariedad entre, de un lado, la idea, y de otro la acción, decía Guzmán en 1919, se hospeda la zozobra de la

hora. Si ciega, si irracional, si basada en el solo interés personal, ha sido la etapa preelectoral, ¿qué puede aguardarse del choque electoral mismo de sus consecuencias? Se trata del voto a la fuerza, no de la fuerza del voto ---diría un polígrafo de este hoy tan dado, a falta de hechos y de ideas, al juego elemental de palabras.

Lo suprarreseñado y lo que viene, lo redacta Martín Luis Guzmán el 29 y el 30 de abril. El 30, hace abstracción de la historia mexicana en general y estudia a Obregón y a Gómez -y a otro de los que sonaban para la grande, Salvador Alvarado-, a la luz del movimiento armado de 1910. Guzmán encuentra que, amén de que carecen de programas nacionales, los candidatos "son simples derivaciones personalistas de la revolución"; origen, éste, que los invalida. ¿Por qué causa?: pregúntase el lector. Permítaseme la cita.

Frutos de nuestro gran movimiento social, la idea más o menos vaga encarnizada en este último, la virtud política que hizo posible a la Revolución misma, no les servirá para luchar entre sí, pues justamente por ser todos revolucionarios constitucionalistas, esos grupos no encierran, ni pueden encerrar, ninguna verdad que los distinga en términos capaces de escindir con evidencia la opinión y la voluntad del país.⁵

Que los aspirantes a suceder a Carranza sean cachorros de una misma leona, hace que la opinión pública carezca de elección, de materia que le permita manifestarse de manera clara, "inconfundiblemente". La incertidumbre acarreará la "guerra" ---o tragedias intestinas, diría el propio Guzmán, retrospectivamente, como las de 1923 y 1928.

Sabe el crítico que sus opiniones son pesimistas y crueles; pero igualmente, necesarias, en tanto conducen "a la verdad y el remedio" ---hete aquí una buena autodefinition: corte y sutura, bisturí e hilo o, como en La sombra del caudillo, revelación y catarsis. Sin embargo, no todo es opinión pesimista; Guzmán piensa que es probable el cambio, la utopía; que, soslayados "la eterna pequeñez" y el "eterno egoísmo", debe imprimirse a las elecciones de 1920, otro cauce. ¿Cuál?

¿De qué manera?

3

Mecánica electoral

Transcurre abril; se deshoja mayo. Los días 5 y 7 de junio aparece la siguiente entrega al periódico capitalino: "El manifiesto del general Obregón." A un año de las elecciones, Guzmán describe, prolijo, la mecánica de una candidatura presidencial o gubernativa a la mexicana. Prestemos atención. No bien se siente maduro para ello, el político -o sus amigos- "suelta la idea de su posible exaltación a la primera magistratura". Rueda a partir de entonces la "idea fuerza", primero como rumor, luego como insinuación periodística, más tarde como asunto electoral propiamente dicho; a la postre, "crece sola". Durante meses se fragua "la figura presidenciable", hasta que cristaliza en alguno de esos remedos de partido que son los clubes. Se le ofrece entonces al político, la candidatura por él o por sus amigos prohijada. Muéstrase el elegido, remilgoso: Quiero o no ... estoy alejado...los intereses del país. Hasta que "un día, al fin, el candidato se resuelve a ser sincero, dice que la idea de la presidencia no le desagradaba, acepta en vista de que tanta gente lo llama y lo urge, esboza los principios que guiarán su gestión administrativa".⁶ No pierde oportunidad el "censor" para dar rienda suelta a su obsesión crítica. El fingimiento electoral tiene su raíz en la circunstancia de que el país carece de un corpus de ideas políticas, traducibles en palabras, fuente de la voluntad. Únicamente siente los derechos que le asisten: a "mejor vida"; a "salvarse"; sentimiento que lo empuja a la búsqueda de un "salvador", un "redentor". Trátase de un acto de fe, que no de un "compromiso" entre electores y elegido. Este último dicta el programa de gobierno, en vez de que el partido se lo imponga a él; aquí reposa el origen del desencanto o la insurrección que siguen a las -comillas obligadas- elecciones. Tal es el ominoso panorama de la justa electoral de 1920.

Continúa arremetiendo el editorialista: en México no cuadran los análisis sociales vigentes en otros sitios. Al estudio de la política -"arte de gobernarse un pueblo a sí mismo"- debe acompañarse, aquí, el estudio de la politiquería -"arte de llegar al poder y conservarlo". Bajo esta óptica, comenta el manifiesto electoral del candidato Alvaro Obregón, el cual, desde el punto de vista nacional, propone, por su franqueza, algo inesperado y nuevo. Autorretrato de un hombre de buena fe, de buenas intenciones, sagaz incluso. Aprueba Guzmán la convocatoria de un partido en puridad revolucionario -"idea preconizada en estas columnas hace varios meses"-, muestra del deseo "de asentar los trabajos electorales sobre bases sólidas", así como el llamado a los conservadores, quienes deben contener "sin disfraces de liberalismo". Más todavía. Califica a la interpretación obregonista del momento de "justa, atinada, valiente", y le merece gratitud la denuncia tanto del desvío de algunos revolucionarios como de los intereses creados por el gobierno carrancista. Por otra parte, la repugnancia de Obregón "a ofrecer ningún programa", es explicada desde el punto de vista de la politiquería a la mexicana —"ambiente público, todavía medieval y plagado de héroes y caudillos". En efecto, en el país, el manifiesto de Obregón sería leído politiquera, no políticamente.* Pero, ¿qué aparece de la comparación del manifiesto obregonista con una política fundamentalmente renovadora, enemiga de nuestras inquietudes cívicas? Se le advierte imperfecto, superable, hijo del afán de componenda "tortuosa y casi quimérica". Precisa, Guzmán, su pensamiento. Aceptados su buena fe y patriotismo, a Obregón, para responder a la invitación de sus partidarios, le quedaban dos caminos: el personalista y el partidario. Si lo primero, se hubiera sabido a las claras que aspiraba a la presidencia porque contaba con personas que le eran adictas en lo individual. Si lo segundo, se hubiera sabido que un partido nacional descubría, en Obregón, un hombre capaz de implantar su programa. Subraya Guzmán que ambas respuestas se fincaban en la realidad y

*Ruego no se olvide que Guzmán escribe lo anterior meses antes de la ruptura franca Obregón-Carranza, del Plan de Agua Prieta, de Tlaxcalantongo. Días en que la nación sólo conoce hechos, no interpretaciones; los hechos de un poder revolucionario engolfado en una disputa intestina tanto o más feroz que la contienda antihuertista.

hubieran esclarecido -"valores indudables y a la vista"- el camino del vencedor de Celaya a los comicios. No ocurrió de esta guisa. El manifiesto confunde. Habla de un partido que no es del todo personalista ni idealista del todo. Su propuesta de que los partidarios se conviertan y formen, guiados por Obregón, el Gran Partido Liberal, embrolla la campaña. No todos los obregonistas son liberales - léase "revolucionarios"-; no todos los liberales son obregonistas. Incluso, ¿qué le impide a otro candidato, a Pablo González por ejemplo, "invocar el liberalismo como razón de triunfo"? Cosa diferente sería si Obregón hubiera intentado, con su prestigio y sus partidarios, restaurar el Gran Partido Liberal. Este partido se habría organizado en torno al concepto liberalismo y no en torno al concepto candidato liberal: "el general Obregón habría dado así una nota de civilidad inaudita. La República entera estaría con él."⁷

+

+ +

A fines del mes de junio, los días 26 y 27, Martín Luis Guzmán reflexiona sobre Las declaraciones del general González. Porque don Pablo también se manifiesta, aunque en términos de una entrevista concedida al diario El Universal. González sale al paso de Obregón, con ventaja, pues habla a título de simple ciudadano, no de aspirante o candidato formal. De otro lado, a diferencia de lo sucedido con Obregón, él, González, se dispone a esperar que sus amigos conformen un partido nacional y le presenten un programa. "Algunas agrupaciones políticas ya establecidas se han coaligado para ofrecerme mi candidatura de una manera formal y solemne, y falta sólo, para que esto se verifique, la especificación del programa que servirá de base al pacto electoral." ¿Obtiene González la aquiescencia del "censor", no obstante que el político parece dirigirse a él, a sus argumentos contra Obregón? No. No. Porque si el obregonismo carece de programa, el programa del pablismo será realizado en vistas del hombre, no del partido; lo que equivale "a la ausencia de programa, porque el hombre exagera entonces su va

lor y asume toda la importancia."⁸ Las actitudes de los candidatos, escribe Guzmán, coinciden más allá de sus aparentes diferencias; las dos pecan de personalistas, antidemocráticas, caudillescas. Pretende Obregón, a fe de ser sincero, ocultar su limitación y su ambición; pretende, González, disfrazar nuestra eterna "intriga cesarista". Sentencia el editorialista, recién repatriado: "Al general Obregón le recomendamos escribir de nuevo su manifiesto; al general González le sugerimos pensar otra vez."⁹ —Faltaban, a la sazón, diez años para que apareciera en Madrid, y luego aquí, La sombra del caudillo.

4

El freno

Los terribles defectos apuntados acarrearán dos peligros: la guerra civil, de un lado; la componenda de última hora, a espaldas del electorado, de otro. ¿Obrará algún remedio? Sí. Guzmán lo posee, lo propala:

Ante peligro tal, nosotros propusimos un remedio sencillo y práctico -posible, a todas luces-, siempre que el general González y el general Obregón fuesen lo bastante generosos y patriotas para consentirlo-, la unión de los revolucionarios en una convención magna, de cuyo se no surgirían el programa reconstructivo común a todos y un solo candidato. En esa convención se liquidarían los personalismos mediante compromisos previos de partido (pues dígame lo que se quiera el partido revolucionario es uno solo, aunque subdividido en la superficie por cuestión de personas); y allí también encontrarían un dique los odios irreconciliables, porque la nación, en vista de intereses y argumentos de radio entonces sí nacional, estaría con la Convención Revolucionaria, cualesquiera que fuesen sus disidencias. A este plan juicioso y patriótico se oponen el general Obregón y el general González, y los obregonistas y los gonzalistas.¹⁰

Me disculpo por la extensa cita. Mas creo justo que se distinga, textualmente, la doble adivinación de Guzmán. Por una parte, de la factura del partido de la revolución, el Partido Nacional Revolucionario, en 1929; por otra, del tema de su gran novela del mismo año —porque, sí, en efecto, el PNR y La sombra del caudillo son contemporáneos.

La urgencia de la convención salta a la vista. Si bien el general González admite el primer peligro señalado por Guzmán, la guerra civil, auspicia el segundo, la componenda. ¿No piensa hacer a Obregón, "estimado amigo y compañero", algunas proposiciones concretas para evitar la guerra? Llama el crítico, a esto, la apoteosis del personalismo. La voluntad de dos sujetos salva o pierde a un país, a la sazón de quince millones de habitantes. Posibilidad, admite el ensayista, que encaja en la lógica caudillesca, en la lógica de las facciones mexicanas. Pero, ¡cuán ciegos! No se dan cuenta de que amén de ídolos, son esclavos "de la fuerza interesada que los levanta". Admitido el que Obregón y González suscriban un pacto ¿lo harán también los obregonistas y los pablistas? No. Altura del editorial que desliza una sentencia digna de convertirse en epígrafe de la futura novela anticaudillesca: "las elecciones personalistas -dice Guzmán- son guerra sin cuartel: en ella se triunfa o se pierde para siempre. Quien las tienta, necesita ganar."¹¹ La raíz del sacrificio del general Aguirre, ídolo y esclavo de su facción.

El 27 de junio, aborda el apenas conocido autor de La querrela de México, justamente, El pacto de los candidatos, o quiero decir, el compromiso que González propone a Obregón, respecto a la conducta por seguir antes y después de las elecciones. Dos puntos en particular alarman al ensayista. El que reza que se respetará la declaración del Congreso, "aun cuando pudiera presentar, a nuestro juicio, motivos serios de objeción"; y el que anuncia que si González es "el agraciado", no sólo no perseguirá a su contrincante sino que lo invitará a colaborar dentro del nuevo gobierno "en una alta labor patriótica de concordia y progreso". El primer punto lleva el personalismo al Poder Legislativo, olvidándose que las elecciones deben ser, amén de pacíficas, legales. El segundo nos recuerda que, en el temor a la venganza, "arranca la irreconciliable naturaleza de las luchas personalistas",* y muestra la incongruencia de González. ¿No había manifestado su rechazo a la unificación del Partido Revolucionario, aduciendo

*Véase El poder salvaje, p.127

que la ausencia de un partido opositor "sería monstruosa"? ¿Por qué ahora, entonces, lanza la propuesta de unificación en aras de la concordia y el progreso? "Palabras, no más que palabras", concluye el editorialista de El Herald de México.
co.

+

+ +

A lo largo de las dos siguientes entregas -"Una carta de Pablo González"/"Un telegrama de Alvaro Obregón"-, Martín Luis Guzmán, ese censor de la clase dirigente -rectora o mentora-, ese clasificador de los grandes vicios nacionales -la barbarie del poder, uno de ellos-, se exhibe a la par agudo e hilarante. Resulta que los candidatos para suceder a Carranza, sin ideas ni ideales, han traspuesto los límites. Los periódicos dan cabida a una pugna reducida al chismorreo, la bafa, el chantaje. Acusaciones y contraacusaciones de índole personal. Mutuas recriminaciones, mutuas amenazas de dar a la luz papeles bochornosos. Todo esto a partir de las solas prendas personales de los candidatos y los lugares comunes prosopopéyicos —Patria, Constitución, Bandera. Escribe Guzmán, valiente:

Se alza en torno a su lucha -cosa extraña en una contienda electoral- un ambiente análogo al de los circos y los torneos. Crean aquí algunas almas clásicas mirar del mismo modo que miraron griegos y troyanos el combate entre Héctor y Aquiles; y se antoja a muchas almas modernas estar asistiendo al match Jeffries —Johnson o Dempsey-Williard.¹²

Las elecciones de junio de 1920, cuentan con un lema común: "Mis antecedentes serán mi bandera." En torno a este lema, se agrupan los militares, los diplomáticos, los legisladores, los pedagogos, los economistas dispuestos ya a gobernarnos. Murmurando, cuchicheando. Produce el espectáculo indignación y risa. ¿Por qué, en lugar de tanta bagatela, no plantean Obregón y González cosas precisas y concretas sobre su gestión futura? Digamos, ¿cuál será su política exterior en general y norteamericana en particular, a quién piensan designar ciller, etcétera?

Mensaje a los revolucionarios

Concluye la serie de artículos con uno denominado "Nuestro mensaje a los revolucionarios": Recapitula Guzmán lo hasta entonces escrito en las páginas de El Heraldo de México. Los sucesos robustecen la tesis inicial: unir en un solo partido -en una misma fuerza electoral- a todos los sectores revolucionarios. Admite que, sin embargo, pese a las pruebas y los argumentos esgrimidos contra la destructiva contienda González/Obregón, no se ha adelantado "un milímetro". Por el contrario, encónase el "personalismo fiero"; aunque no tan fiero como para conmover a la masa. Crece la maraña. ¿Declárase vencido el censor? No. No. Insiste, por el contrario, en que se columbra una senda franca "a las dos candidaturas"; una salida a las "responsabilidades revolucionarias". La unión, el Partido. Este camino se ha propuesto por tres razones:

/a/ "porque siendo uno el partido de la Revolución, las elecciones quebrarían su esencia y su sentido nacional si se les hiciera en vista de varios grupos, varios programas parciales y varios candidatos."

/b/ "porque sólo en unas elecciones de principios -no de grupo, ni de personas, ni de intereses privados, ni de pasiones- participará el país en grado suficiente para que la paz no sufra ni la ley se viole."

/c/ "porque sólo la Revolución entera es capaz de pensar, sentir y defender el programa reestructivo e innovador que México necesita."

Ahora bien, añade Guzmán, de lo por él expresado y de lo expresado por los candidatos, aparece, sin lugar a dudas, que contéplese las por donde se las contemple, "estas elecciones, genuina o falsamente, serán revolucionarias", siendo el único obstáculo para "encarar el ideal común" en un solo aspirante, la presencia de candidatos empujados por intereses de grupo. Presencia inevitable. Advierte, pues, el ensayista, que una de las funciones de la Convención Revolucionaria propuesta, sería ir "contra los hechos consumados y contra los intereses ocultos

tras los hechos". Sólo que la Convención tiene un propósito más: redactar el programa revolucionario. Ya que no fue posible dirimir, dentro de la propuesta Convención, la pluralidad de candidaturas -como si sucederá, apunta el informado lector, en 1929, en Querétaro-, que se llegue en cambio a los comicios, con un programa, común a los distintos candidatos, en el que la Revolución fije para siempre, a raíz del triunfo, su concepto sobre los problemas y el gobierno de la República. Salvaguardaríase, de esta suerte, el principio de unidad revolucionaria y su programa; participando el país entero en las elecciones. De lo contrario, la Revolución acabará "dispersándose en infinitas banderías", sacrificándose "los posibles frutos de nueve años de guerra intestina"¹³ —nueve años, ya!

+

+ +

Es evidente que a Martín Luis Guzmán, no obstante su penetración deudora de su talento, de su cultura, del ejercicio crítico emprendido desde la época del Ateneo de la Juventud y cristalizado en La querrela de México, escapó el otro plano, y a la postre decisivo, de la contienda intestina —el poder revolucionario. Aludo claro está, a la ruptura Carranza/Obregón. Este desacuerdo profundo e irremparable, no el de pablistas y obregonistas, será el que norme el elenco, el tono, la trama y el desenlace de la fecha anunciada y especulada: junio de 1920. El presidente saliente decide imponer como sucesor al Ing. Ignacio Bonillas, desconociendo la deuda —personal, no ideológica— contraída con Obregón, su brazo armado frente a Victoriano Huerta y frente a Francisco Villa. Hablan las armas. Plan de Agua Prieta. Huida y muerte de Carranza. Presidencia provisional de Adolfo de la Huerta. Finalmente, elecciones sin gonzalistas que valgan —adulid de la componenda, don Pablo se une a la insurrección, aunque nada cosecha a la postre. Obregón es exaltado a la primera magistratura y toma posesión el 10 de diciembre de 1920 —la propuesta guzmaniana de un Partido Revolucionario, del Programa Revolucionario, fructifica dos lustros más tarde, asesinado ya Obregón.

entronizado -con todo y Partido, Convención, Programa- el caudillo sobreviviente, el más fuerte, Plutarco Elías Calles.

6.

El desastre

Digámoslo sin rebozo: el retorno de Guzmán al escenario mexicano, puerto de sus desvelos, blanco de sus saetas, deviene fracaso rotundo. No sólo reincide en el desierto al elegir entre De la Huerta y Obregón/Calles, al primero, sino que para colmo, su nombre se liga, borrascosamente, a uno de los escándalos políticos del obregonismo. Repasemos brevemente los lances de aquellos años. En papel de la Secretaría de Relaciones Exteriores escribe Guzmán, el 12 de marzo de 1921, una corta nota a su corresponsal Alfonso Reyes -todavía en Madrid-: "Por fin -después de dos años- tengo un respiro en cuanto al tiempo (...) ¿Recibió usted mi libro? Mi dirección desde hace un siglo; Mérida 5."¹⁴ A esta nota sigue una carta también con membrete de la cancillería mexicana, de fecha 13 de febrero de 1922, en la que participa a "Euforión", entre otras noticias: "Pedro, aquí. Salomé de la Selva, aquí. Caso, aquí de vuelta. Julio no sé dónde; supongo que aquí también"; así como que pronto "aparecería en México El Mundo, diario vespertino de política e información. Será el único gran diario de la tarde. Algo tengo que ver con él"; y, por último, que su "dirección permanente a prueba de cambios políticos y crisis ministeriales" es "la de Nápoles No. 7".¹⁵ Vamos por partes.

Periodista y político, Guzmán jefatura la sección editorial de El Herald de México, de 1919 y en 1921 pasa a ocupar la Secretaría Particular del Secretario de Relaciones Exteriores ---Pani, a la sazón. Ese mismo año, en ceremonia presidida por el mismísimo Obregón, pronuncia un discurso fúnebre en honor de Jesús Urueta, uno de los responsables, según "Sócrates" Henríquez Ureña, de la afición ateneísta a Grecia ---no pierde Guzmán la ocasión para, frente al Presidente de la República, denunciar los vicios de la politiquería mexicana:

*A orillas del Hudson, obvia, finalmente.

Urueta cumplió "con su deber primordial de hombre y de mexicano. Aquí, donde el cultivo del espíritu y las aspiraciones a una vida superior parecen invitarnos a una voluntaria segregación de alma patria, imperfecta y doliente; aquí, donde, como por acuerdo tácito, casi todos los intelectuales rehúyen unir su destino a la suerte de su país con olvido de que las venturas nacionales, buenas o malas, liberarán o esclavizarán a sus descendientes; aquí, Jesús Urueta, intelectual e ideológico por disciplina y artista por temperamento, profesó y practicó la política, inuestra política, tan parca en los triunfos, tan larga en los sinsabores!"; Urueta fue un buen ciudadano aquí, "país donde tan pocas veces la preeminencia y los cargos públicos no prestan instrumento a malversadores y venales"; etcétera, etcétera.¹⁶

Al principio, los asuntos de Guzmán, intelectual que no rehúye "unir su destino a la suerte" del país, parecían encarrilarse inmejorablemente. En 1922, es elegido diputado del 6o. Distrito de la ciudad de México ---experiencia que novelará en Axkaná González en las elecciones sin cotejarla, hasta donde sé, con los artículos publicados, tres años atrás, en El Heraldó de México. Más. El mismo año de 1922 pone en circulación -fundador, director, colaborador- el vespertino El Mundo del que habló a Reyes ---diario que, en 1923, inaugura su extensión hertziana, lo que hace a nuestro personaje pionero de la radiodifusión nacional. Empero, lo avancé, elige mal y "los cambios políticos y crisis ministeriales" terminan por alcanzarlo y golpearlo. Al desatarse la rebelión encabezada por Adolfo de la Huerta, ex-Secretario de Hacienda, favorito de El Mundo frente a Obregón/Calles, agentes del Gobierno se apersonan en Rosales No. 9, su domicilio, y silencian para siempre al periódico. Ya para el 19 de septiembre de 1925, escribe a su "querido Alfonso" -a la sazón en Francia- desde Avenida Plaza de Toros 12, Madrid, ciudad a la que lo arroja de nueva cuenta la tormenta política mexicana. Sí. No obstante haber concitado a innumerables generales, la rebelión delahuerista es derrotada por Obregón y Calles y éste último se lleva el botín, la "si-

lla". ¿Cómo diantres no iba a emprender, D. Martín, por segunda vez, al igual que en 1914, pero ahora rodeado de mayores peligros y desiluciones, el camino amargo del exilio? Pero al fracaso se anexa el escándalo.

Quisiera, antes de tocar el álgido punto anterior, detenerme en una pregunta que, estoy convencido, fatiga al lector. Hablo en su nombre. Siempre me ha causado honda perplejidad que de los ateneístas recobrados, luego de la disputa del 13, Guzmán fuera de los pocos que no se adscribieran a la cruzada vasconcelista: Universidad Nacional/Secretaría de Educación Pública. Pase que el meteórico transcurso del Vasconcelos Rector -junio de 1920 a octubre de 1921-, impidiera la incorporación de Guzmán a la empresa, tan deudora de la "revuelta cultural" de 1906 a 1912, de Savia moderna a la Universidad Popular. ¿Pero los años de la Secretaría de Educación Pública? ¿Por qué Guzmán, antiobregonista confeso, fue a dar a la Secretaría de Relaciones Exteriores y no a Educación Pública? ¿No estaba su lugar natural junto a los muralistas, a la colección de clásicos, a la revista El Maestro? ¿Le parecía José Vasconcelos, un grado inferior a él en la escala de Henríquez Ureña, tan autocrático como Carranza? Una hipótesis. Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos se empeñan en una tarea semejante, sólo que en frentes distintos. El segundo pugana por la redención del retraso cultural; el primero, por la redención de la barbarie cívica. El objetivo de Vasconcelos es la educación: el de Guzmán, reconociendo la importancia del primero, la política. Las armas de Vasconcelos son: las escuelas, las bibliotecas y las bellas artes. Las de Guzmán: el periodismo, la crítica, el partido revolucionario. Vasconcelos se dirige a los niños, Guzmán a los caudillos. Vasconcelos se ve asistido por pintores, escritores: Guzmán lucha solo y su pluma ---y su radiodifusora. La suerte les responde de manera disímbola si bien, desde diversas posiciones, Vasconcelos ministro, Guzmán diputado y director de un diario, rompen con Obregón. Ahora que en tanto la obra de Vasconcelos -aquellas escuelas, aquellos tiros de clásicos de 25,000 ejemplares por título, aquella revista con 75,000 copias, el mu

ralismo, etcétera-, enraiza y perdura, el censor Guzmán, por el contrario, se topa con el desdén. Nadie celebra su rechazo al obregonismo y al pablismo falstos de ideología, su remedio barreçiano del Partido Unico de la Revolución. Menos todavía se celebran los artículos, también publicados en El Heraldó de México, que complementan la serie. Despiadadas requisitorias contra el militarismo político mexicano -aquí no hay militares a secas sino militares políticos-, y contra los primeros prevaricadores, ladrones, de la Revolución triunfante; inmoralidad cuyos orígenes retrotrae a la infamia porfirista —el folletinista de La querella..., recuerde el lector, lo hace hasta la mismísima Independencia. En nada corrige, desde las páginas de El Heraldó, de El Mundo, el estado de atraso político, la incivilidad dominante, la fiesta de facciones. Sólo rechazo, oídos sordos, indiferencia le acarrea el abordar, in situ, los temas de los que escribió en el Madrid de 1915 y en el Nueva York de 1916 a 1919; los abusos del poder, la errónea política norteamericana de los gobiernos nacionales, la incuria de los intelectuales y las clases decenas, el desorden, la improvisación. Hasta aquí la hipótesis.*

Pasemos al escándalo.

+

+ +

Adolfo de la Huerta, Secretario de Hacienda y Crédito Público del Gobierno de Obregón, y uno de los candidatos naturales a sucederle, uenta, en sus Memorias, que el 22 de septiembre de 1923, leyó, con sorpresa, el encabezado de El Mundo:

EL SEÑOR ADOLFO DE LA HUERTA PRESENTÓ ANOCHE SU RENUNCIA

Aclara que si bien es verdad que había disputado con el Presidente Obregón, entregándole su renuncia, ésta quedó de común acuerdo, suspensa. Sólo que la noche en que se la dictó a Froylán C. Manjarrez, llegó a visitarlo a la Casa del Lago, que habitaba, Martín Luis Guzmán y a éste, que se impuso de la renuncia por una copia que había sobre el escritorio, "le pareció que era un golpe periodístico

*De las relaciones personales Guzmán/Vasconcelos, amistosas al comienzo, odiosas al final, no me ocupó en este trabajo.

de primer orden, y publicó la noticia", desatando la tormenta. El presidente creyó que De la Huerta había faltado a su palabra; éste, que Obregón entregó la renuncia a la prensa. Furioso, el Presidente dio instrucciones a Pani, para que presentara, a su ex-secretario, a la opinión pública, como un despilfarrador; muerte política a la que seguiría la otra.^{16*} ¿Verdad? ¿mentira? Guzmán, el inculpado, sostiene otra versión. Un grupo de diputados del Partido Cooperativista, del que él formaba parte y que lideraba Jorge Prieto Laurens, el Olivier de La sombra del caudillo, acudieron a la Casa del Lago, el 21 de septiembre de 1923, para solicitarle a De la Huerta, el hombre elegido por los cooperativistas para exaltarlo a la primera magistratura, que impidiera a Obregón tomar decisiones, en materia electoral, que perjudicaban a partidarios suyos de la República. El secretario de Hacienda acepta interceder, y se dirige al Castillo de Chapultepec, a un tiro de ballesta. Regresa e informa:

- No he logrado convencer a Obregón; y como la justicia les asiste a ustedes, con ustedes me quedo. He presentado mi renuncia.

Al retirarse los diputados, De la Huerta retiene a Guzmán, con quien maquina la inserción al otro día, en El Mundo, con carácter de rumor, de la renuncia, además de solicitarle cierta gestión ante Pani, su seguro sucesor en el ministerio. La renuncia, como tal, no es redactada sino hasta la noche del 24; texto que De la Huerta muestra al director de El Mundo, cooperativista y delahuertista, antes de entregárselo a Obregón. Pide a Guzmán que lo aguarde en la Casa del Lago. Regresa del Castillo y le hace saber que la renuncia debe ser publicada, sólo que se la hará llegar por "otro medio". Este "medio" es el general José Domingo Ramírez Garrido, quien se apersona el 25, en la redacción de El Mundo, con una copia de la renuncia. Esa misma tarde la reproduce el diario, con el titular a toda página:

DE LA HUERTA FIEL A SU PARTIDO

Y un recuadro que rezaba:

* Véase p. 174 Bis.

* En las primeras memorias delahuertistas, publicadas por José C. Valadés, en 1930, se registra esta versión: "Durante varios meses fue un misterio la forma como los periódicos metropolitanos habían podido obtener la copia de la renuncia del ministro, y no fue sino hasta meses después, y encontrándose ya en Tabasco, durante la Revolución que encabezó, cuando De la Huerta pudo aclarar el misterio. El señor Froylán C. Manjarrez, ex-Gobernador del Estado de Puebla, explicó al Jefe de la Revolución que un día, en los últimos de septiembre, había acompañado a Martín Luis Guzmán, quien dirigía el diario El Mundo, a la Casa del Lago. Guzmán, aclaró Manjarrez, buscando algunos papeles en el escritorio del señor De la Huerta había descubierto la copia de la renuncia presentada al Presidente de la República, y movido por su interés periodístico, y sin consultar el caso con el ministro, no había visto ningún inconveniente en publicar tan trascendental documento (p. 65).

Si presentó su renuncia el señor Adolfo de la Huerta.

Esa y no otra es la verdad, dice Martín Luis Guzmán.¹⁷ ¿Le asiste la razón? ¿No le asiste? Lo incuestionable, lector, es que su regreso al valle espectacular tiene un desenlace todavía más desabrido, doloroso, que el abandono de los campos villistas allá en el 15. Desastre público, generacional ¿y asimismo literario? En 1925, Guzmán tiene 38 años de edad. Desde el punto de vista de las letras, en sayista antes que narrador, no había ido más allá del "manuscrito desahuciado" -A orillas del Hudson- que le pareció poco "decente" como testimonio de sus treinta años. Aparte del trabajo periodístico, únicamente había entregado a México Moderno, revista que empezó dirigiendo Enrique González Martínez, dos textos: "Luz y tinieblas" -No. 3, lo. de octubre de 1920, que luego "canibalizará"-, y la oración fúnebre a Jesús Urueta ---No. 9, lo. de mayo de 1921. Era evidente que la pluma de Guzmán se alimentaba con las linfas de la vida política mexicana. Expulsado de ésta, ¿al acabamiento del político seguiría el del escritor?

7

Notas

1. O.C., T.I., pp. 155 a 160.
2. 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, p. 74.
3. O.C., T.I., p. 201.
4. Ibidem, p. 203.
5. Ibidem, p. 204.
6. Ibidem, p. 206.
7. Ibidem, p. 207.
8. Ibidem, p. 212.
9. Ibidem, p. 213.
10. Ibidem, p. 215.
11. Ibidem, p. 216.
12. Ibidem, p. 219.
13. Ibidem, pp. 222 a 224.
14. Correspondencia AR/MLG.
15. Ibidem.
16. O.C., T.I., pp. 160 y 161.
17. O.C., T.II., pp. 1429 y 1461.
18. Ibidem.

LIBRO UNICO: A ORILLAS DEL MANZANARES

1

El periodismo, las peñas

"Aquí me encuentro desde hace tres meses y dispuesto a esperar, como la ocasión anterior, a que la greca de los odios políticos mexicanos precise su dibujo suficientemente para que pueda yo acercarme a ella sin riesgo de daños irreparables" —esa greca que, mudada en metralla, había segado la vida de Francisco Villa en 1923. Lo anterior consta en la primera misiva que Guzmán, sobreviviente de la tempestad, envía a Reyes, desde Madrid, el 14 de septiembre de 1925. Como se advierte, pese a lo sucedido, palpita aún la esperanza. Notifica el paso de Vasconcelos, otro náufrago, por Madrid. Pregunta por "Sócrates", con quien en México tuvo una triste riña. Rememora la etapa de Torrijos, aquel 1915 que ya contaba con una baja, Jesús T. Acevedo, fallecido en su exilio norteamericano en 1918 —"nuestro Chucho, víctima delicada, después de todo: virgen al Minotauro", le responderá, desde París, Reyes, días más tarde.¹

La propia inclinación, y las circunstancias, orillan a Guzmán al periodismo y a las peñas madrileñas —y, en su momento, con las limitaciones impuestas por su extranjería, a la política española. Guzmán es político, sentenció, recuérdese, Pedro Henríquez Ureña. El camino a las salas de redacción es moroso. Primero escribe, para darle de comer a los suyos, "artículos para periódicos de ultramar", El Universal de la ciudad de México, La Preisa de San Antonio, La Opinión de Los Angeles. En cambio es recibido, de inmediato, en los cafés literarios. Noche a noche llega al Regina para departir, revolucionario civil mexicano en desgracia, con Díez-Canedo, Araquistán, Luis Bello, Rivas Cherif, Gutiérrez, "Los Salvador", Eugenio D'Ors —"que está de luto, con un sombrero negro sumido más abajo de las orejas".² Círculo que paulatinamente se amplía a Manuel Azaña, de quien será consejero aúlico; Marquina, Ricardo Baeza, Maeztu, Grau, Margarita Hejken. Llegado el momento, su nombre empieza a aparecer en El Debate, Ahora, Luz,

etcétera; campaña que culmina con la dirección del celeberrimo periódico El Sol.

2

Intermedio parisino

Salvo una estadía en París, de agosto de 1926 a octubre de 1927, los Guzmán permanecen en Madrid hasta el día del retorno definitivo al Anáhuac —con sus correspondientes rendiciones, que inicia el ensor. Desde la capital francesa, con aguda mirada que ignora, sin embargo, los afanes de la Generación Perdida norteamericana, el París festivo de Hemingway y Scott-Fitzgerald, el corresponsal envía crónicas brillantes y rápidas en las que preside, o se cuele, la situación mexicana obsesivamente analizada en La querrela de México y A orillas del Hudson, su magra producción libresca. Recuento. La aventura filibustera de Rousset-Boulbon; Le Diable, publicación reciente de Maurice Garzón y Jean Vinchon; un 16 de septiembre en la legación mexicana; la traducción francesa de La conquista de las rutas oceánicas de nuestro Carlos Pereira, uno de los historiadores dilectos de Guzmán, enemigo, como él, de la fábula histórica —"sería un gran paso que, con la cabeza clara y serena, nos pusiéramos a buscar -mientras el huracán ruge- el significado útil de los capítulos de nuestra historia"; la visita que Guzmán y el cubano Mariano Brull hacen en Hendaya a Miguel de Unamuno; la literatura española y la francesa; el ruidoso proceso de Charles Maurras; el monarquismo histórico francés; la aparición de dos libros de M. Henri Bremond, La poesía pura y Prière et poésie; una lectura parisina de Zogobi, novela entonces afamada de Enrique Larreta; una exposición de jades en el Museo Cernuschi; una conferencia de H.G. Wells en el anfiteatro de la Sorbona; el arte contemporáneo; un viaje de París a Burdeos; la aparición de Epigramas de Carlos Díaz Dufoo Jr., ocasión que aprovecha el cronista para un saludo a los héroes culturales de 1907-1912; una crónica, técnicamente revolucionaria -literatura y cinematografía-, de un viaje a Roncesvalles. Material todo éste recogido en Crónicas de mi destierro —1964.

Apoteosis del narrador

No había tal acabamiento de las letras. Por el contrario, el desastre político, la expulsión, revivió la vieja querrela íntima entre el ensayista y el narrador. Consta que, en 1917, Guzmán entregó a la Revista Universal, ya familiar al lector, el cuento Cómo acabó la guerra en 1917, y que antes, en 1915-16, según establece José Emilio Pacheco, emprendió una novela, mejor dicho, los "Apuntes para una novela", novela maderista, maderismo novelado -Madero es el personaje José Isabel Blanco-, que pronto abandona al infiltrarse en su cuerpo verbal el ensayista, a la sazón incontenible- derrota que se consume en el tercer, y postrer, capítulo. Sana decisión del autor. Imagine usted qué lector novelero, qué crítico, iba a consentir pasajes como éste: "...No, al indio, desde luego, no alcanza la voz de nuestra Constitución; en balde lo declaramos; no podemos creerlo. ¡Pero nuestra clase civilizada, ya es otra cosa! Las instituciones mexicanas son hijas del alma criolla -alma de reacción eterna contra todo lo español-: ella las hizo tal cual las anhelaba para que a ella sirvieran, y sólo por una concesión a nuestro tiránico espíritu igualitario las ensanchó hasta cobijar con ellas al indio. De aquí qué se saca en claro; ¿que el indio es capaz objetivamente...", et cetera, etcétera.³ No. No. Estas eran cuestiones del ensayista, de La querrela de México. Consta, también, que Guzmán entrega a México Moderno un texto, Luz y tinieblas, mitad ensayo mitad narración.

Sin embargo, la nueva etapa periodística iniciada en España, proseguida en Francia, retomada en un Madrid en el que fermenta el republicanismo, apareja una insurgencia del narrador bajo la piel de cronista. El 14 de junio de 1928, desde Castelló, 44 Duplicado, en medio de un madrileño calor canicular, anuncia a Reyes el envío de dos volúmenes -uno para Alfonso, otro para Pedro- de su libro El águila y la serpiente; crónica -que no psicología social, filosofía histórica o sociología política- de la revolución mexicana. Trátase de un verdadero suceso lite-

rario que saludan, con parejo entusiasmo, Reyes, Valle-Inclán, Canedo, Gómez de Barquero, Antonio Espina, Belló, Onfs. No así, en cambio, Henríquez Ureña. Extrañamente, "Sócrates" se ocupa de los hechos en vez de, como se dice hoy, la "literatureidad", "la textualidad", "el discurso". Le preocupa más la veracidad del pasaje de Puente de Alvarado, cuando Guzmán apostrofó a los cadetes de la infamia huertista, que los valores literarios de la obra. Aunque no llegó al extremo de sugerir, como en el caso de La querrela de México, su destrucción.

Empero, sin dar tiempo a que el ensayista se recupere, la apoteosis del narrador se consuma, verdaderamente, al año siguiente, 1929, con la salida de La sombra del caudillo. En sólo dos años, Martín Luis Guzmán pasa a ocupar, ya no digamos el primer sitio de la pléyade del Ateneo de la Juventud, sino de la narrativa nacional. Menudo tesoro amasaba, en la obscuridad, el evanescente autor de Los viajes de Puck; el áspero, frío, temible folletinista de 1915; el polígrafo doctrinario de 1916 a 1924. Ahora bien: ¿alguno de los sendos prodigios de 1928 y 1929, era el libro "de verdad" -aunque sin saber "cómo", o "sobre qué"- anunciado a Reyes desde Nueva York? No. Modo eficaz de resolver la íntima querrela, el narrador plagia, canibaliza, al ensayista. Una maestría literaria decantada en lecturas y urgencias periodísticas, fue entregada a la otra querrela, la mexicana. De ahí la presencia, en la literatura artística, de la literatura crítica ---una ilustración, una adaptación, que desde luego devora a su antecedente. Sobreviven, en la crónica y la novela, los alegatos, los remedios, las estocadas del censor. El periodista. Me permito espigar, absueltos de toda glosa, en tanto que el lector conoce a estas alturas tanto o más que yo al Guzmán ensayista, algunos pasajes de La sombra del caudillo; pasajes donde el análisis histórico y político se reviste de la contundencia de la máxima o del epigrama o del aforismo.

/ Olivier (Prieto Laurens) a Axkaná (Guzmán a medias):

¡Agradecimiento! En política nada se agradece, puesto que nada se da. El favor o el servicio que se hacen son siempre los que a uno le convienen. El político, conscientemente, no obra nunca contra su interés. ¿Qué puede entonces agradecerse?

+

/ "Ignacio Aguirre o Hilario Jiménez". Tal había dicho desde hacía dos años la voz de la calle (no la voz de la nación; la voz de la calle, la voz de la malicia populachera, que suscitaba ambiciones y pasiones a fuerza de adelantarse a vaticinarlos). Y echado, así por mano incógnita, el dado de la jugada democrática en torno del general Jiménez y del general Aguirre se arremolinaba ahora la muchedumbre de los amigos sinceros y la de los partidarios falsos.

+

/ Pero amistad siempre, sentimiento afectivo que una de igual a igual, imposible. Esto sólo entre los humildes, entre la tropa política sin nombre. Jefes y guías, si ningún interés común los acerca, son siempre émulos envidiosos, rivales, enemigos en potencia o en acto. Por eso ocurre que al otro día de abrazarse y acariciarse, los políticos más cercanos se destrozan y se matan. De los amigos más íntimos nacen a menudo, en política, los enemigos acérrimos, los más crueles.

+

/ El caudillo (Obregón) a Olivier (Prieto Laurens):

En México, Olivier, no hay mayoría de diputados o senadores que resista a las caricias del Tesorero General.

+

/ Olivier necesitaba servirse de la facultad, suprema en la política como en la guerra, que más estimaba entre las suyas: saber transformar en factores útiles de un plan nuevo las circunstancias adversas del plan de antes.

+

/ Fijate bien -decía a Mijares Axkaná-, fijate en la sonrisa de las gentes decentes. Les falta a tal punto el sentido de la ciudadanía, que ni siquiera descubren que es culpa suya, no nuestra, lo que hace que la política mexicana sea lo que es. Dudo qué será mayor, si su tontería o su pusilanimidad.

+

/ Tarabana a Aguirre:

La calificación de los actos humanos no es sólo punto de moral, sino también de geografía física y de geografía política. Y siendo así, hay que considerar que México disfruta por ahora de una ética distinta de las que rigen en otras latitudes (...). Total: que hacer justicia, eso que en otras partes no supone sino virtudes modestas y consuetudinarias, exige en México vocación de héroe o de mártir.

+

/ La Nación entera, curiosa ante el forcejeo de los grupos por arrebatarse el poder...

+

/ Olivier (de nuevo):

Pues bien, la política de México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: madrugar.

+

/ Aguirre (Serrano) a Jiménez (Calles):

Nos consta, a nosotros que en México el sufragio no existe: existe la disputa violenta de los grupos que ambicionan el poder, apoyados a veces por la simpatía pública. Esa es la verdadera Constitución Mexicana, lo demás, pura farsa.

Etcétera.

De haber sido el ensayista, incomparable desde luego al narrador entronizado, el que guiara el norte de la pluma, hubiera escrito, en vez de "política mexicana", "politiquería mexicana"; amén de trazar el árbol genealógico del caudi-

llo, incluyendo a Iturbide, a Porfirio Díaz y a Venustiano Carranza.

4

La República

Una vez hallada la rica veta de las letras, esas letras que había mandado al diablo durante el primer exilio, Guzmán ya no la abandona. Lo más que consiente, alcanzado por "la greca de los odios políticos mexicanos", es pactar sobre su trama —digo trama en sentido formalista, aquello de lo que la obra trata. La historia se la contó a Carballo:

- Cuando llegaron a México los primeros ejemplares de La sombra del caudillo, el general Calles se puso frenético y quiso dar la orden de que la novela no circulara en nuestro país. Genaro Estrada intervino inmediatamente -intervino por propia iniciativa- e hizo ver al Jefe máximo de la Revolución que aquello era una atrocidad y un error. Lo primero, por cuanto significaba contra las libertades constitucionales y lo segundo, porque prohibida la novela circularía más. El gobierno y los representantes de Espasa Calpe -editorial que publicó la obra-, a quienes se amenazó con cerrarles su agencia en México, llegaron a una transacción: no se expulsaría del país a los representantes de la editorial española, pero Espasa Calpe se comprometía a no publicar, en lo sucesivo, ningún libro mío cuyo asunto fuera posterior a 1910. En Madrid, la editorial se vio obligada a cambiar el contrato, en virtud del cual yo tenía que escribir cierto número de capítulos al año, y el cambio se hizo de acuerdo con la condición impuesta por Plutarco Elías Calles. Por ello, volví la vista un siglo atrás, y así nacieron Mina el mozo, Filadelfia, paraíso de conspiradores, piratas y corsarios y otras obras que quedaron en sus principios, éstas todavía más remotas como la biografía de Drake y la biografía del Golfo de México.⁴

Natural la cólera de Calles —Jiménez en la novela. Guzmán no ayudaba, es evidente, en lo que a su situación se refería, a que se aplacara el huracán. La

greca se hacía garra. Anoto que entre las obras que se quedaron "en sus principios", se cuenta la biografía de Fray Servando -"el otro platillo de la Mina", según anunció a Reyes con fecha 10 de julio de 1930.⁵ Igualmente cito una salvedad a los temas anteriores a 1910. Me refiero a Aventuras democráticas, narración novelada de la fraudulenta mecánica electoral, con Axkaná González de personaje central —Compañía Iberoamericana de Publicaciones, Madrid, 1931.* Lo cierto es que Guzmán abandona la trilogía -carrancismo, obregonismo, callismo- en la que venía trabajando después de la aventura delahuertista, y a la que pone fin, al precio de La sombra del caudillo, la noticia de la matanza de Huitzilac.

+

+ +

Siguen las crónicas desde Madrid: la ciudad antigua y el automóvil; la mecanización; el disco; la radio; el cine; la naciente industria cultural; la masificación paulatina que asusta a Ortega y Gasset; la españolidad y la hispanoamericanidad; estampas del Madrid popular; vida teatral; la crisis de la educación pública en España -y México-; los funerales del líder del PSOE -antecesor de Felipe González- Pablo Iglesias; el proceso a Valle-Inclán; tertulias literarias; etcétera, etcétera —material recogido en el ya citado libro de 1964. Crónicas de mi destierro. Sin que escape, por supuesto, la efervescencia política española, el camino a la República, en la que jugará algún papel. El 2 de febrero de 1931, escribe a su corresponsal Reyes, ahora sí par no sólo en el intenso ambiente de humanidades sino en la creación literaria: "¡Viva la República, aunque no venga nunca!" —antes, el 22 de diciembre de 1928, se ha quejado de que, no obstante seguir las indicaciones del propio Reyes para reconciliarse con "Sócrates", éste no responde. Cuestión sobre la que vuelve -Reyes está en Buenos Aires- más adelante.

Además de disfrutar de sus amistades literarias y políticas, engolfarse, discípulo de la musa Clío, en la investigación histórica que atañe al pasado Es

*Trátase, en puridad, al parecer, de un capítulo excluido de la versión periodística -El Universal, México; La Prensa, San Antonio- de La sombra del caudillo.

pañol y novohispano, Guzmán mira hacia México, dolido y acosado por el rencor.⁴ En 1932 publica Mina el mozo; héroe de Navarra, y, en 1933, Filadelfia, paraíso de conspiradores y otras historias. Vasconcelos, en sus memorias, ilustra un tanto la figura que Martín Luis Guzmán llegó a ser en la España republicana.⁵ Sin embargo, habrá que esperar --al menos yo, pues el caudal de la correspondencia AR/MLG, se adelgaza a partir de esos años--, para reconstruirla a la salida de los papeles que Don Martín comenzó a arreglar en los sesenta; esas memorias españolas cuyo conocimiento, por parte de la posteridad, apremia.

En abril de 1936, luego de once años de exilio, los Guzmán regresan, esta vez de manera definitiva --con los cuarenta advendrá, amén de la fama, el reconocimiento oficial-- a México. Igualmente retorna el "querido Alfonso". No así Pedro Henríquez Ureña, a quien ya no recobra la cultura mexicana y cuya ruptura con nuestro personaje, cobra los rasgos de la definitividad.

5

Notas

1. Correspondencia AR/MLG
2. Ibidem
3. 19 protagonistas de la literatura mexicana, p. 75
4. Correspondencia AR/MLG
5. Memorias T. II., p. 1143

SEPTIMA PARTE: LA RENDICION DEL CENSOR

LIBRO PRIMERO: 1936/1942

1

Por el camino de Villa

Guzmán regresa a México durante el régimen cardenista. En noviembre de 1940, di buja sus rasgos salientes. Caso insólito en México, Cárdenas inició, verificó y concluyó su periodo "dentro de la más absoluta normalidad"; excepción a la regla de tragedia e imposibilidad política de los últimos 25 años. ¿No habían muerto asesinados los presidentes Madero y Carranza, visto interrumpido su mandato Díaz y Ortiz Rubio? ¿No hubo Obregón de ahogar en sangre el rechazo de su reelección, sin que valiera el sacrificio, toda vez que Calles ni siquiera le pudo devolver el poder? Si Madero y Carranza fueron exaltados en su calidad de "caudillos revolucionarios", Obregón llega a la presidencia saltando sobre el cadáver de Carranza, y Calles sólo después de una verdadera mortandad "de primeras y segundas figuras de la revolución". Villa, Alvarado, Diéguez, Maycotte, Buelna, etcétera. Por su parte, Calles obra de tal manera que, luego de un gobierno transitorio, el nuevo mandatario llegó a la Presidencia únicamente después de ser sofocada la rebelión de Escobar. Cárdenas entregaría el poder, pues, "sin rúbricas de sangre ni dilemas trágicos". Resultado, sin duda, tanto de sus prendas personales, que le permitieron nacionalizar el petróleo, como también de la existencia del Partido de la Revolución —a cuya creación, recuerda el lector, dedicó no poco espacio el Guzmán editorialista de El Heraldo de México. Caracteriza al cardenismo la ausencia de subterfugios o vacilaciones; ausencia plasmada desde su acto inicial, la destrucción del maximato, "institución diabólica, que, de persistir, habría tenido las más funestas consecuencias en la política mexicana".¹ Tal fue el desempeño de Cárdenas, que bien puede afirmarse que la revolución mexicana no se expresa, gubernativamente, sino hasta su mandato. Aunque no sólo fue autor de una política en la que fondo y forma se compenetran, como se compenetran cia-

ridad y clarividencia, sino punto de partida "hacia la futura tarea puesta a desbastar la obra de la Revolución, a enriquecerla, a enriquecerla y pulirla, a li-marle sus excrecencias y deformidades". Otra novedad de Cárdenas consiste en su anuncio y deseo de apartarse, concluido su período constitucional, de la escena política. Lo que devorados por "la pasión del poder", no hicieron ni Carranza ni Obregón ni Calles. Sí, la política electoral de Cárdenas en nada se parece a la de sus antecesores; política que, por cierto, deberá juzgarse por su éxito, bueno o malo, pero por su éxito; a tal punto "que puede establecerse, casi como un axioma, que cuando en política uno de dos caminos lleva a buenos resultados, eso prueba que el otro, como quiera se ofreciese, era el camino malo o el camino imposible".² Supongo que se refiere a que el fiel de la balanza presidencial se inclinó por el platillo que decía Manuel Avila Camacho, en vez de por el platillo que decía Francisco J. Mújica —Gildardo Magaña y Rafael Sánchez Tapia, los otros oponentes, en realidad no contaron. En fin, además de innovador, transformador, audaz, arrojado, Cárdenas lega, entre otras realizaciones, la paz. Esa paz viva, no la muerta porfirica, esa paz orgánica que había reclamado lustros atrás el autor de La querrela de México.

+
+ +

Cárdenas no era Obregón, ni lo sucedería un Calles. Por vez primera, los juicios del censor Guzmán y los hechos políticos parecían deslizarse sobre un mismo carril. Podía pasear su espejo despiadado sin sobresaltos; más aún, verse en él al mismo tiempo que a su país. Las imágenes, en vez de rechazarse, convivían. ¿No había predicado en el desierto, clamado por un poder dueño de tributos civiles, por un partido revolucionario, por una paz auténtica? Guzmán semejaba arribar, finalmente, al remanso que espera a algunos peregrinos. Esto explica, quizá, que la primera obra del retorno, rotas las ataduras del pacto Calles-Espasa Calpe, no fuera del género ensayístico sino narrativo. Un monumento literario y

político. Literario, en cuanto transmuta materiales documentales y remembranzas, en una maquinaria verbal deslumbrante. Político, en tanto que restituye, revive, una figura obliterada, a contrapelo de la leyenda, por la ideología oficial. Me refiero, sí, a las Memorias de Pancho Villa. Con una intensidad y aplicación que desea abolir los años agitados de 1916 a 1925, irresponsables desde el punto de vista del oficio de escritor -escritor ateneísta-, Guzmán va entregando a la estampa los libros que refundidos, construyen la muralla villista contra la que se estrellan, y pulverizan, las oleadas del olvido. 1938: El hombre y sus armas. 1939: Campos de batalla. 1940: Panoramas Políticos y La causa del pobre. 1951: Adversidades del bien. Los cuatro primeros publicados por Botas, y el último, junto con los anteriores, por la Compañía General de Ediciones, de la que es copropietario el autor chihuahuense.

2

El empresario

Además de cubrir con la biografía de Villa, alguna deuda cuya índole sólo él podía conocer, Martín Luis Guzmán, ya de 42 años de edad, célebre en España y América por sus relatos sobre la revolución -apoteosis del narrador-, se entrega a los afanes empresariales de los que, en cartas neoyorkinas, hablaba a su confidente Alfonso Reyes. En 1939, Guzmán y un socio, Rafael Giménez Siles, reciben apoyo de dos representantes de la nueva clase posrevolucionaria, Pascual Gutiérrez Roldán y Adolfo López Mateos - futuro Presidente de la República -, y crean Edición y Distribución Ibero-Americana de Publicaciones, S.A. Cabeza de playa de una cauda de editoras, distribuidoras, librerías. La Editorial Nueva España, en 1943. Empresas Editoriales, S.A., en 1944. Compañía General de Ediciones, en 1949. Librerías de Occidente, S.A., en 1959. Actividad, la anterior, a la que se vinculan extensiones que si bien quedan por debajo de lo hecho por Acevedo en la Sociedad de Conferencias de 1907, o por Torri en el Departamento

Editorial de la Secretaría de Educación Pública, bajo Vasconcelos, se adscriben al concepto de difusión cultural — forma de hacer patria — de su generación. Me refiero a Romance, revista popular hispanoamericana (1940) y a la colección El liberalismo mexicano en pensamiento y en acción.³

Sin embargo, ni EDIAPSA, ni las Librerías de Cristal, ni Editorial Nueva España, ni la Compañía General de Ediciones, significan, para Guzmán, en cuanto espacio de acción personal, lo que significa su siguiente aventura periodística. Esa inclinación que no habían frustrado, antes robustecido, los dos exilios—esa larga lista de publicaciones aún por investigar: La Juventud, El Honor Nacional, España, La Revista Universal, El Gráfico, El Mundo, El Sol. Aludo naturalmente, a la revista Tiempo, semanario de la vida y la verdad, de la que será director hasta la "sorpresa" de su muerte, y cuyo primer número aparece el mes de mayo de 1942. Desde Tiempo, Guzmán va ajustando el mecanismo de su reloj al paso de la postrevolución. Avilacamachismo, alemanismo, ruizcortinismo, lopezmateísmo, díaz ordacismo, echeverrismo, lópezportillismo. Sus páginas dan refugio al ensayista, ensayista político, quien, pese a un debut estruendoso — "Semana de idolatría", 1945 —, se va disciplinando al nuevo credo guzmaniano: unidad nacional, institucionalidad, anticomunismo. En las páginas del semanario está escrita la rendición, temprana si se la compara con la del narrador, de quien se opuso al caudillismo pueblerino y desafortado de Carranza, al protocaudillismo insaciable de Obregón. La pluma incisiva, cruel, positivista a su modo, da la espalda al presente y se engolfa en combates oratorios vicarios. Como aventuré numerosas páginas atrás.

3

Notas

1. O.C., T.I., p. 182.
2. Ibidem, p. 185.
3. Martín Luis Guzmán y su obra, pp. 304 a 307

LIBRO SEGUNDO: 1942/1963

1

Introducción

No creo que el juicio de Guzmán sobre el cardenismo difiera, en lo fundamental, de los balances de otros ensayistas. Pero, ¿y en lo que toca a los siguientes periodos, al postcardenismo? ¿La Revolución, cuya primera expresión gubernativa ocurre de 34 a 40, continúa dando tan buenos pasos? Unos dicen que no —pienso en Luis Cabrera, en Daniel Cosío Villegas. Guzmán, que sí, según veremos enseguida. Martín Luis Guzmán publica aún, en vida, cuatro libros dentro de la tradición inaugurada por La querrela de México en 1915: el ensayo. 1958: Otras páginas, con escritos no recogidos en A orillas del Hudson, más otros de los 30 y los 40; 1959: Academia, recopilación de trabajos relativos a su accidentada conducta de académico de la lengua, entre ellos, Apunte sobre una personalidad; 1961 Pábulo para la historia; y 1963: Necesidad de cumplir las leyes de Reforma. En estos dos últimos se consigna, propiamente, su crítica, digamos, postrevolucionaria .

Consta Otras páginas de las siguientes partes: Personas y escenarios; Perspectiva democrática; Orígenes del Partido de la Revolución; México y los Estados Unidos; Nuestro Petróleo; Nuestra Biblioteca Nacional; Democracia Nacional; Industria y Poderío; Diversa; y Libros. Esta nueva muestra acompañó la primera edición en México de La querrela de México, y la segunda de A orillas del Hudson, lo que posibilitó, desde ese momento, el estudio del Guzmán ensayista, y de la influencia del ensayo en la narrativa. Personas y escenarios congrega tres importantes discursos guzmanianos: "Justo Sierra", "Federales y Revolucionarios" y "Jesús Urueta"; amén de "Claridad y tinieblas", ensayo/relato canibalizado en El águila y la serpiente; un comentario a un libro de Salvador Alvarado, y tres textos del regreso: "Tierras de Henequén", "Quetzalcóatl y los libros" y "Lázaro Cárdenas".

Por su parte, Perspectiva democrática y Orígenes del Partido de la Revolución, abundan en el "incivismo" electoral, político, de México, especialmente -escandalosamente- de su clase dominante, y en el remedio, ya revisado por nosotros, para trocar el caudillaje en programa y partido. México y los Estados Unidos es una pequeña serie, también de 1919, que insiste en la antigua obsesión guzmaniana de que los dos países son, uno para el otro, piedra angular de su política internacional, cosa que no tienen en claro ni nuestro pueblo ni nuestros dirigentes —oportunidad, la serie, que da pie a dos pasajes que no podemos dejar pasar por alto; la fórmula: "somos para ellos un argumento de partido", y la confesión ideológica: "Si un filósofo de la historia tratase de encontrar la substancia básica del desenvolvimiento político mexicano, hallaría, quizás, como dato final de sus investigaciones, que mucho de la historia de México se explica por una lucha desigual entre el fatalismo de una mayoría abrumadora y el optimismo violento de una minoría siempre exigua."¹

De 1919, de la etapa de El Heraldo de México, son también: Nuestro petróleo y Nuestra Biblioteca Nacional. El primero pide cautela al gobierno carrancista en sus negociaciones internacionales, si bien a partir de la circunstancia de que el petróleo debe nacionalizarse, toda vez que no es "simple aventura fiscal o un mero ensayo de bolchevismo, sino una reforma orgánica de la cual dependen transformaciones profundas."² El segundo arremete contra la ineficiencia de la Biblioteca Nacional, biblioteca sin catálogo, inservible para una ciudad entonces de 700,000 habitantes; biblioteca que desalienta al investigador "científico", al investigador "filológico", al simple lector. "Democracia mundial" e "Industria y poderío" reflejan miradas al mundo industrial de la postguerra. Diversa entrega algunas estampas neoyorkinas -por ejemplo, de esos restaurantes automáticos de los que Guzmán rescata a "Sócrates" Henríquez Ureña-, que, sin embargo, quedan por debajo de las páginas españolas o francesas. Libros reúne, por último, a la Sra. O'Shaughnessy, que insiste en publicar sus cartas de esposa de diplomático en

México, a Angel de Campo -"Ninguno ha habido, en los últimos tiempos, más nacional por el contenido y por verbo; nacional es su lenguaje; nacionales sus asuntos; nacional su manera-"³ a Alberto J. Pani, -su compañero de aventuras revolucionarias en 1914, su Jefe en la Secretaría de Relaciones Exteriores- y al Dr. Goodnow, publicista norteamericano.

2

¿Pábulo para la historia?

Si Otras páginas selecciona escritos más o menos remotos -en cuanto a los sucesos, no a la temática-, Pábulo para la historia, aparecido en 1961, goza de relativa actualidad. Partes: Balance de la Revolución; Diversidad del periodismo; ¿Libertad de prensa?; Los ojos y oídos de las Américas; Encrucijadas comunistas; y Cómo y por qué renunció Adolfo de la Huerta.

Convoqué, líneas arriba, a otros dos célebres desaparecidos: Cabrera y Cosío Villegas. Cabrera y Guzmán pertenecen a un distinguido grupo que desde posiciones si no radicales, sí de avanzada, formulan la crítica tanto del antiguo régimen como de la flamante revolución de 1910. Baste citar, respecto a Cabrera, sus demoleedores análisis del Partido Científico y su caracterización, deudora de Molina Enríquez, del porfirismo. En cuanto a Guzmán, el propio lector me dicta los ejemplos: los elogios a Justo Sierra y a Jesús Urueta, el discurso de la Plaza Villamil —por no citar la piedra de toque, el folleto de 1915. No obstante, sus tiempos difieren. Desde el punto de vista de la "crítica de las armas", Cabrera elige bien. Opositor a las concesiones maderistas, al porfirismo sin don Porfirio, concesión rubricada por los Tratados de Ciudad Juárez, sigue, llegada la segunda y más honda corriente revolucionaria, a Venustiano Carranza —lealtad que incluye el ineluctable fin de Tlaxcalantongo. Guzmán, en cambio, le consta al lector, se aleja desde un comienzo del cogollo del Primer Jefe y elige dos cartas, a la postre, perdedoras: la de Villa frente a Carranza, la de Gutiérrez fren

te a Carranza y a Villa—y a Zapata. En la década, los 30, que Guzmán regresa por segunda y definitiva vez al Anáhuac, regreso que, cómo negarlo, embota su pluma analítica, Cabrera pone en entredicho al movimiento de 1910 —lo que le vale ser desterrado a Guatemala. Me refiero, sí, a su legendaria conferencia "El balance de la Revolución", rendida la noche del 30 de enero de 1931 en la Biblioteca Nacional y en la que sostuvo no sólo que si bien la Revolución, ya consumada como tal, significó un avance en cuanto a la homogeneidad étnica —"echando a unos en brazos de otros con el consiguiente relajamiento de las costumbres" de antaño—, y en cuanto a la educación nacional, apenas si en lo económico rozó, con la dotación de ejidos, el problema toral, el problema agrario, mientras que en el aspecto político, no había aportado nada fundamental. Siendo ocasionado este fracaso último, "por falta de valor civil, por falta de honradez y por falta de patriotismo".⁴ Ni más ni menos, lector, que los vicios, miedo civil, inmoralidad, falta de idea de patria, que venía denunciando el villista Martín Luis Guzmán; el mismo que, junto con Lucio Blanco, intentó atraer a Cabrera al convencionismo, infructuosamente.

Podría afirmarse, en apoyo de Guzmán, para quien la Revolución no había muerto —ni en los 40 ni en los 60 y 70—, que Cabrera presenta su acta de defunción antes del cardenismo, régimen que aborda, frontal, valiente, el "problema agrario". Sólo que, en relevo de Cabrera, ya transcurrido el período cardenista, aparece Daniel Cosío Villegas. Me explico. En 1945, Martín Luis Guzmán encuentra viva la Revolución; un año después Cosío Villegas, por el contrario, la declara muerta. El 29 de octubre de 1945, Guzmán participa, comentando una ponencia de Jesús Silva Herzog, en el ciclo "El balance de la Revolución". Descalifica el citado corte de Luis Cabrera al atribuirle fines políticos "de la hora"; se pregunta, él, estudioso del maderismo antes de la Decena Trágica; él, antibregonista en 1919 y en 1923: "¿podemos nosotros, contemporáneos de la Revolución, hijos de la Revolución, juzgar la Revolución?" Guzmán, escritor altísimo, se vale

de un hermoso símil literario para tornar imposible, inaccesible, huidizo, el juicio de la revolución mudada Gobierno. La Revolución, dice, es a la historia de México lo que la ola al mar. Rompe la ola. Para quienes están en la espuma, la Revolución es espuma. Para quienes están "en la región de la ola no conturbada por el movimiento ni tan ancha que no la atravesase la luz, la Revolución es 'diáfana, es claridad'". Para quienes están en la base, la Revolución es lo que el choque de la ola con el suelo marino, "la lucha con la arena de la playa". El haber estado en alguno de los tres puntos de la ola revolucionaria "todavía en marcha", todavía viva, pregúntase Guzmán, ¿no nos incapacita "para decidir lo que la Revolución es ya, así copiemos documentos, y retrotraigamos nuestros recuerdos, y lo analicemos todo, y lo coordinemos?"⁵ Asombrosamente, en lugar del análisis, invoca la sola voluntad, la acción: "lo más sensato es que sigamos haciendo la Revolución quienes seguimos siendo revolucionarios después de treinta y cinco años de brega, y que continúen siendo contrarrevolucionarios o reaccionarios", etcétera.⁶ No cabe duda: uno es el ensayista del exilio; otro, prestidigitador, ilusionista, el del postcardenismo.

De otra parte, el narrador viene en auxilio del ensayista remiso. Guzmán cuenta al auditorio, con maestría, anécdotas de aquellos años. En cierto momento sentencia: "Que la Revolución ha triunfado, que se ha realizado, que se está realizando, es éste un hecho que se palpa, incluso sin recurrir a cifras estadísticas (...) Se propuso la Revolución conseguir libertades de orden político y lograr ciertas conquistas de orden social y económico; pues bien, en la actualidad esas conquistas y libertades existen, por lo menos, en una medida en que no existían cuando eran dueñas de este país las mismas fuerzas reaccionarias que hoy sienten irrefrenable añoranza por el general Díaz."⁷ Apunta el lector, con justeza, que aunque lo niegue, Guzmán incurre en la argumentación cuantitativa que le reprocha a Bulnes. Ferrocarriles y bancos, aduce éste en favor de los científicos; tenemos más de lo que no había con don Porfirio, aduce Guzmán en mérito

de Cárdenas y sus sucesores. Prosigo. En el orden político, la Revolución "ha sido un gran triunfo casi inigualable". ¿Y en el orden social? Ahí está, dice jubiloso, la libertad, desbordada en ocasiones, del movimiento obrero; producto de "un hondo sentido revolucionario que actúa en quienes ejercen el poder". Y los campesinos, agrega, viven mejor que antes de 1910. En cuanto al sufragio efectivo y la no reelección, estas divisas deben considerarse a la luz de las incapacidades contra las que la Revolución ha tenido que trabajar, y las limitaciones que, para no negarse o traicionarse, ha debido "ponerse a sí misma". Asoma, levanta la cabeza, el antiguo ensayista. El principal enemigo, el más poderoso enemigo, desde el principio de la Revolución, ha sido "la gran mayoría de las clases dirigentes mexicanas". El sufragio efectivo es, todavía, "sencillamente impracticable", salvo por lo que mira a las fuerzas políticas organizadas, a los "organismos que tienen en sus manos la efectividad del sufragio revolucionario libremente consciente, que es el que cuenta". En cambio la "masa amorfa", la "masa inconsciente", de sufragar sin cortapisas, sería presa fácil de la reacción, la iglesia, las Confederaciones Nacionales de Cámaras de Comercio. La No Reelección, a su vez, hállase ya incorporada a las costumbres políticas. Mas, ¿qué ha bía sostenido Silva Herzog, en su ponencia de la que Guzmán fue comentarista?, pues que la Revolución si había fracasado, en dos aspectos por lo menos:

/a/ La enseñanza universitaria

/b/ La moralidad

Martín Luis Guzmán disiente. En cuanto a lo primero, ocurre tan sólo que, luego de agitar "la espiritualidad mexicana", la Revolución todavía no consigue satisfacer la demanda educativa. En cuanto a lo segundo, la Revolución ha democratizado la inmoralidad ambiente, lo que no la hace, empero, más inmoral que la reacción. Léase con cuidado el argumento:

Hay, sí, una gran inmoralidad descentralizada, difusa, dispersa; pero si algo demuestra la proliferación de la inmoralidad actual, es que, hasta en esto, la Revolución es un movimiento democrático. Antes de 1910 había unos

cuantos inmortales, no menos grandes que los grandes inmorales de hoy; y aquellos grandes inmorales cometían, aparte de las inmoralidades consabidas, otra mayor: la de no dejar que también quisieran aprovecharse, haciéndose inmorales pequeños, los subordinados que ellos tenían a sus órdenes. ¿Cómo negar entonces que aquella era una inmoralidad más honda que la actual? Esta, por lo menos, supone, y eso es ya una atenuante, cierta manga ancha, cierta condescendencia y compañerismo para que a todos alcance un pedazo del pan prohibido y venal que antes se repartía, integro entre unos pocos.⁸

Comparto el azoro de lector. No habla el positivista y su fría razón experimental ---que pervive en el ateneísta; habla, simplemente, el cínico. En fin, el balance concluye con una profesión de acendrada y acrisolada fe revolucionaria. La Revolución no se había bajado del caballo.

Sí, si se había bajado del caballo. En noviembre del año siguiente, un miembro de la generación que sucede a la del Ateneo, la de 1915, Daniel Cosío Villegas, escribe un ensayo de larga fortuna: La crisis de México; crisis o estado traumático resultado, precisamente, del agotamiento de la Revolución, vocablo ya sin sentido. Precisemos. Aunque la Revolución nunca tuvo "un programa claro", pueden resumirse en tres sus "metas mayores": libertad política, reforma agraria, organización obrera. Y si bien es verdad que a 36 años, los frutos alcanzados en cada una de tales metas, y en su conjunto, no eran "ni parcos ni magros", dos elementos atañentes a los ejecutores, dieron al traste con el proceso. ¿Qué par de elementos?

/a/ La mediocridad

/b/ La deshonestidad

Sobre todo, el segundo: "Ha sido la deshonestidad de los gobernantes revolucionarios, más que ninguna otra causa, la que ha tronchado la vida misma de la Revolución Mexicana."⁹

Cabrera, Silva Herzog y Cosío Villegas coinciden en un punto: la corrupción de la clase dirigente, huella cuya pista empezó a seguir muy anticipadamente Guzmán, es uno de los "hilos conductores" del entramado nacional. Pero el ensayista

norteño ha mudado de parecer. No que la deshonestidad, más infame entre más impune, haya sido erradicada, isimplemente se ha democratizado!

No cabe duda de que la segunda parte de los 40 era el momento justo de la reflexión — crítica en Cabrera, Silva Herzog y Cosío Villegas; complaciente en Guzmán —; de la reflexión y de la rectificación. A partir de entonces, periódicamente, rebrota la pregunta: ¿ha muerto la Revolución Mexicana? ¿Sí? ¿No?

+

+ +

Además del balance de 1945, en el que Guzmán pulsa signos vitales donde otros encuentran un rictus cadavérico, el libro Pábulo para la historia contiene: "Diversidad en el periodismo"; o discurso pronunciado por Guzmán en 1947, con motivo del V aniversario de Tiempo; "¿Libertad de prensa?"; o discurso pronunciado con motivo del Día de la Libertad de Prensa, el 8 de junio de 1955; "Los ojos y oídos de América"; o alocución leída en la Conferencia sobre Cultura Interamericana y Educación, Nueva Jersey, 1952; "Encrucijadas comunistas"; y, por último, "Cómo y por qué renunció Adolfo de la Huerta"; o rectificación a las memorias póstumas de Adolfo de la Huerta y a su promotor, Roberto Guzmán Esparza. ¿Pábulo para la historia del país? No. No lo estimo así, excepción hecha del affaire De la Huerta. Pábulo, más bien, para la autobiografía de un político y ensayista indócil que da el viraje hacia el centro. Antes de colocarse, de plano, de espaldas al presente. Anquilosarse.

3

Custodio de la Reforma

Ya definitivamente reinstalado en México, director del semanario Tiempo, D. Martín orienta su pluma más que a la Revolución, a la Reforma, de la que se declara hijo. De este viaje al pretérito da cuenta el libro intitulado, sin ambages, Necesidad de cumplir las Leyes de Reforma —1963. Ahora bien: su lectura, sin du

da aleccionadora, opera en dos sentidos, que se reclaman. De un lado, el capítulo; de otro, el apéndice del libro. Porque el texto recogido, digamos La Reforma y la Revolución, se contextualiza con la circunstancia de que fue una conferencia dictada en Chihuahua, con motivo del cuarto aniversario de la fundación de su Universidad y el doctorado Honoris Causa conferido al autor, quien fue recibido en el aeropuerto por "el rector de la Universidad, licenciado Fuentes Mares; el secretario particular del gobernador, profesor J. Jesús Barrón; el director del diario local El Heraldo, don Alberto Ruiz Sandoval, y otras destacadas personalidades locales. Todos tributaron un afectuoso recibimiento al director de Tiempo, quien correspondió conmovido a tales demostraciones".¹⁰ Y que al día siguiente de la solemne ceremonia académica, "don Martín, acompañado del gobernador, recorrió la ciudad de Chihuahua, deteniéndose a escuchar, en algunos momentos, las explicaciones que le hacía don Teófilo Borunda sobre las obras en realización y sobre los proyectos", etcétera, etcétera, etcétera.¹¹ Concluía el alemanismo. No puedo sino sonreír, con el lector, ante la escena: Martín Luis Guzmán deteniéndose, grave, a cada rato, para escuchar las explicaciones de Teófilo Borunda sobre aceras, atarjeas, semáforos, recolección de basura y qué sé yo. Texto y contexto —privando este último. Una crónica social, pues, acompaña a buena parte del material del libro. Guzmán es una personalidad oficial, además de impresor, librero y director de Tiempo. Si bien es cierto que desde las páginas del semanario, arremete contra las celebraciones, en octubre de 1945, del cincuentenario de la coronación de la Virgen de Guadalupe a través de su notorio artículo "Semana de idolatría", crítica que le vale repulsas, pedreas, atentados incendiarios y adhesiones que pasan por una multitudinaria comida de desagravio en el restaurante Chapultepec — Rojo Gómez, García Téllez, Silva Herzog, Corona del Rosal, Carlos Chávez, Cosío Villegas, Rivera, Siqueiros, Garizurieta, Mancisidor, Vicens, Teixidor, González Martínez y decenas más —, hasta la constitución de un nuevo partido político — el Partido Nacional Liberal Mexicano, por

él encabezado —, también lo es que el de Martín Luis Guzmán, es un reformismo, un juarismo, oficial. Una distancia, la descolocación, la disidencia, distingue el quehacer del crítico revolucionario de 1915 a 1940, de esta defensa de las Leyes de Reforma, de este velar en el altar de Ayutla. No a solas, críticamente, sino ritualmente.*

Así, el siguiente ensayo del libro de 1963, "La Reforma y nuestra paz espiritual", es un discurso pronunciado el 21 de marzo de 1948, durante las conmemoraciones, en el puerto de Veracruz, del 142 aniversario del natalicio de Juárez. La crónica social, el Apéndice, se cuida de informarnos que el homenaje fue impulsado por el gobernador del Estado, Adolfo Ruiz Cortines, futuro presidente de la República; que la Comisión Organizadora, de la que "fue presidente efectivo don Martín Luis Guzmán", recayó en el propio gobernador, Miguel Alemán, y en el capitán Marcelino Turo Molina. Sigo. El Presidente de la República, Alemán, preside la ceremonia inaugural del Hemiciclo Benito Juárez, en la ciudad de Toluca —en la que Guzmán pronuncia el discurso "La Reforma, eje histórico de México". También asisten el gobernador del Estado, Alfredo del Mazo, y Adolfo Ruiz Cortines, Secretario de Gobernación e inminente sucesor de Miguel Alemán. "Benito Juárez, antecedente imborrable", otro de los ensayos seleccionados por el propio autor, había sido publicado en 1949 por La República, órgano del Partido Revolucionario Constitucional. En tanto que "Benito Juárez, símbolo americano" es un discurso pronunciado por Guzmán en Puerto Rico, sitio al que lo ha enviado el Presidente Alemán con la misión de entregarle, a su gobernador, Luis Muñoz Marín, un retrato del "Benemérito de las Américas". Etcétera, etcétera.

Desventajosa — salvo un caso — resulta la comparación, de otra suerte insoslayable, entre la obra ensayística del repatriamiento y la del exilio. La tarea antaño impopular, incluso cruel, se hace, a partir del justo balance del cardenismo, celebratoria, bienquista, inocua. En vez de replegarse a las posiciones independientes que parecían dispensarle sus empresas editoriales y periodísticas,

* Mucho antes de 1945, antes de la guerra cristera, en su atalaya neoyorkina, Guzmán sentenció que nuestra religiosidad no es religiosa sino partidaria, "airada y corajuda". En efecto, nos "hemos refugiado en una lógica elemental, amiga de nuestro materialismo, o en la idolatría más grosera; querríamos para Dios como para Carranza, para Villa, para Félix Díaz, la glorificación sangrienta o el fusilamiento sumario. En nuestra alma mexicana la razón siempre es esclava de la pasión. No respetamos ideas ajenas", no nos estremece el temor de equivocarnos (O.C., T.I, p. 70).

Guzmán se suma, paulatinamente, al poder post-revolucionario, institucionalizado; porque, al parecer del otrora vigía de la pureza de la Revolución, ésta había encontrado su camino. Si en 1948 asiste a la toma de posesión del presidente paraguayo Juan Natalicio González, en 1951 es nombrado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario ante las Naciones Unidas —una Nueva York distinta, no por la isla sino por él, a la de 1913 y 1916-1919. En 1958, don Martín es una de las figuras que acompañana Adolfo López Mateos en su campaña para la presidencia de la República, etcétera, etcétera.

El punto climático de su nuevo papel doctrinario —legitimar los gobiernos postcardenistas—, alcánzalo Guzmán el 7 de junio de 1969, con motivo del Día de la Libertad de Prensa; ceremonia de la que es designado orador. Esa tarde, en el Hotel Camino Real de la ciudad de México, no obstante los numerosos signos ominosos advertibles en el mismísimo cielo de la institucionalidad, fríos los restos del banquete —coctel de aguacate, sopa de tortilla, arroz a la mexicana, filete de res piqué, frijoles refritos, rajas con queso, flan y dulces poblanos —*, el autor de La querrela de México, de A orillas del Hudson, lee 13 apretadas cuartillas a través de las cuales el Presidente Díaz Ordaz, "lúcido, ágil, esforzado, vigoroso", no sólo se lleva la palma entre los paladines de la libertad de expresión, sino que, además, es exonerado de toda responsabilidad acerca de lo ocurrido en el 68. Ese "conflicto que perturbó la vida de nuestro país en el estío y el otoño del año pasado". Aquélla, la responsabilidad, recafa, por el contrario, en la prensa, que no había estado en todo momento a la altura "de los acontecimientos que nos asediaban", y naturalmente, palmariamente, en la "agitación de evidentes tendencias subversivas", agitación impulsora de "la guerrilla y el terror", que se enfrentó a las autoridades.

Dos años antes, poco después de su homenaje, requerido por el periodista Carlos Landeros para que hablara sobre las fallas de la Revolución, respondió: "Yo creo que eso no se puede decir. Hay que decir cuáles han sido los aciertos,

los avances de la Revolución; pero cuáles son las cosas que la Revolución no ha podido hacer... pues no se puede decir..."*

¿Cómo no hablar de rendición?

+

+ +

"Salvo un caso", dije. El caso del libro Academia, aparecido el año de 1959, un año después de Muertes Históricas, el testamento del narrador —que como tiene bien presente usted, tarda más en rendirse que el ensayista.

4

Otro rayo verde

Reza la crónica social, de Necesidad de cumplir las Leyes de Reforma, cuya fuente es Tiempo —¿y la propia pluma de don Martín?, reza:

Cuidadoso siempre de prestigiar con su máxima autoridad cuantas manifestaciones de la vida intelectual del país ofrecen sigular relieve, don Adolfo Ruiz Cortines, Presidente de la República, no quiso faltar a la sesión solemne que la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la Española, efectuó el viernes 19 de febrero para recibir como individuo de número de la doctoral corporación a Don Martín Luis Guzmán.

A las 7 p.m. de dicho día, los acordes del Himno Nacional ejecutado por una banda de guerra y los honores de ordenanza rendidos por una fuerza militar, así como los aplausos de la multitud a las puertas del Palacio de Bellas Artes anunciaron la llegada del jefe del Estado.

Poco después, el señor Ruiz Cortines, que fue recibido por los académicos al pie de la escalinata del edificio, ocupaba la presidencia de la mesa de honor, en la Sala Manuel M. Ponce, con lo que dio comienzo la solemne sesión.

Don Adolfo tenía a su derecha al licenciado Alejandro Quijano, director de la Academia, y a su izquierda a don Carlos González Peña. Puede decirse que asistió al acto la corporación en pleno.

La Academia de entonces: Romero de Terreros, Reyes, Fernández MacGregor, Monterde, Cravioto, Castillo Nájera, Castro Leal, García Naranjo, Torri, Méndez Plan

carte, Novo, etcétera. La Generación del Centenario, la de 1915, la de Contempo
ráneos. Sigo citando:

En la sala, atestada de público -daban su nota elegan
te y animada muchas damas-, se veían conocidas perso
nalidades: de la prensa, el licenciado Guillermo Iba
rra, director de El Nacional; el coronel José García
Valseca, director de la cadena periodística que lleva
ese nombre (...) de la ciencia, las artes y la políti
ca, el licenciado Adolfo López Mateos, Secretario de
Trabajo; el licenciado César Garizurieta, oficial ma
yor de la misma dependencia; los senadores Aquiles
Elorduy y Pedro de Alba (...). Y en lugares estratégi
cos del salón, con sus cámaras en alto (...) los re
portereros gráficos de diarios y revistas.....

Tras una mesa situada a la izquierda del estrado,
provista de micrófono y con botella de agua y vaso so
bre el verde tapete, Martín Luis Guzmán, en pie - tra
je azul oscuro a rayas, corbata azul, moteada de rojo
y blanco -, en la mano izquierda las cuartillas y sin
que la derecha marcase ademán alguno, salvo el sobrio
ir trasladando a la mesa cada hoja de papel, una vez
leída, con voz reposada, cambiante y expresiva, pro
nunció su discurso.....

En la noche del mismo viernes 19 de febrero, el
nuevo académico obsequió con una cena en su domicilio
particular a sus colegas de la docta institución,
fiesta que resultó muy animada y cordial.

Conversando con un grupo de personas después del
acto académico, el escritor, director de Tiempo, co
mentó la evidente distinción de que le había hecho
objeto el señor Ruiz Cortines. Dijo estas palabras:

"Guardo para el señor Presidente una gratitud que
no es fácil de expresar. Porque si en mucho estimo
el honor, tan grande como extraordinario, de que sus
manos prendieran en mi pecho la insignia de la Acade
mia, ¡qué decir de la benévola atención que dispensó,
durante cinco mortales cuartos de hora, a la lectura
de mi discurso!" 12

¡Bbbbrrrrrrrr!, diría, onomatopéyico, un neocrítico. Empero esta vez, la
crónica social, el contexto, el Apéndice, no hacen justicia, como en los casos an
teriores, al texto. No. Una cosa es la exaltación de Guzmán, encabezada por el
mismísimo Ejecutivo Federal; otra diversa, su discurso: autoanálisis guiado por
la más fría inteligencia, inspiración. Prosa a la altura de El águila y la ser
piente y Muertes Históricas. Otro rayo verde. Empezaba a desgranarse el año de
1954.

+

+ +

En vez de facturar una de esas piezas juaristas a las que se había aficionado al abolir la "lectura" del presente; en lugar de engolfarse en un alegato que lleva agua al molino de su nueva cruzada oratoria, la independencia estatutaria de la Academia Mexicana de la Lengua, don Martín nos obsequia un ensayo de altísimos quilates, un experimento literario que es episodio patrio y espejo, metáfora de lo real y testimonio del lenguaje. Título: Apunte sobre una personalidad. Comienza el Apunte con un reconocimiento y una disculpa. Lo primero a la benevolencia y paciencia de la corporación, a cuyo seno se integraba al fin "rendido y un poco confuso" — "individuo correspondiente" desde 1940, Guzmán había mantenido erizadas relaciones con la Academia, en punto a cuestiones tales como la autonomía y la censura de que los académicos eclesiásticos vistieran sus ropas talarés. La disculpa débese a que también su discurso, lo más seguro, se apartará, en cuanto al contenido, en cuanto a la calidad y en cuanto a la forma, "los usos académicos preescritos". Verdad es que, en un principio, acarició el propósito de abordar "un estudio estrictamente literario": notas y reflexiones sobre La nota liberal en las letras patrias; proyecto ambicioso que dio paso a otro, modesto, aunque, también a la postre, descartado: Los reformadores mexicanos como hombres de letras. Doble decisión que le agradecemos al recipiendario, sus exégetas y lectores, no por dudar de sus capacidades académico-investigativas, ya probadas en España, junto a, o sin, Alfonso Reyes, sino por lo que el tema finalmente elegido ayuda al desentrañamiento de la obra y tiempos de Guzmán. Sus querrelas.

Cumplido el homenaje de rigor a su antecesor en la silla académica, D. Fernando Sánchez, explicita su decisión final. Tomar, mejor, sus relaciones con la Academia, difíciles en no pocas ocasiones, hasta el extremo de parecer irreconciliables. Deseaba que se interpretara de manera concreta su conducta, para lo

cual no encontraba medio más eficaz "que trazar ante vosotros un esquema de mí mismo". Autorretrato que, agrego, supera en el contenido, la calidad y la forma, a infinidad de discursos académicos avalados no más que por la ortodoxia. La pintura de su propia historia pondría en claro los móviles y el sentido de sus actos. La verdad, no las zarandajas que le suponen "los aficionados a lo arcano y tenebroso". Quizá resulte "yo ser tan sólo un hijo de mi hora y de mi país, o, acaso, de aquello que mi país y mi hora tienen de más inquietante, por más vivo y fecundo".¹³ Vienen enseguida los pincelazos magistrales, muy mentados aquí y allá, de la Tacubaya señorial y floreada de los años ochenta del pasado siglo, del cercano y Heroico Chapultepec, de Porfirio Díaz. Los años mozos en Veracruz. El regreso a la ciudad de México - a la visión del valle, del Ajusco - y la entrada a la Escuela Nacional Preparatoria. Frente a Reyes, a Fernández MacGregor, a García Naranjo, también sobrevivientes, enjuicia el positivismo. No le atrajo la doctrina pero sí, en cambio, cautivándolo, "el estudio de las ciencias en la escala comtiana y la actitud varonil de la inteligencia" en que el ciclo se inspiraba. Intuía "una postura mental clara, un método intelectual diáfano, cosas ambas afines con él, que desde niño había aprendido a mirarlo todo a la luz de una atmósfera capaz de comunicar a la propia masa del Ajusco transparencias suaves y entonadas".¹⁴ En suma, el joven Guzmán se veía atraído por el método de la ciencia, las verdades universales "aunque transitorias en su formulación". De otra parte, la Escuela Nacional Preparatoria era el domicilio del liberalismo mexicano.

De acuerdo: los cinco años preparatorianos le enseñaron el "horror a las nebulosidades"; pero, pregúntase: ¿apuntaba "ya en él una vocación franca y resuelta"? Quizá. A los trece años decide entrar al Colegio Militar, tras los pasos del padre, cosa que este mismo le desaconseja. Ya adolescente, se situó dentro de "un espejismo histórico: alzar un día la bandera cívica que le heredaran otros"; luego deseó el papel de maestro, "guía", "censor" —la raíz, convendrá el lector,

del ensayista pugnaz de 1915 a 1940 y del ensayista retórico de 1940 en adelante, excepto el garbanzo de a libra de 1954. Lo devora la curiosidad por lo divino y lo humano, lo inmediato y lo remoto. Se entrega al ritmo de lo bello, de la contemplación del arte y la naturaleza; una contemplación, tercio, materialista, sensualista. Surge la tentación, el deseo, de la escritura, de "las letras". A tal afán se hubiera dedicado de ser otro, en 1906, el panorama nacional. El, Guzmán, no pudo ni quiso sustraerse al "torrente que a la sazón estaba formándose en México". El viejo orden se derrumbaba. Dos hechos vinieron a decidir, definir, su conducta. De un lado, la falta de libertad advertida en sus maestros: Pruneda, Chávez, Sierra, con motivo de la "procesión de las antorchas" organizada, en 1908, por los estudiantes de la capital. De otro, la muerte del coronel Guzmán y Rendón, en cumplimiento de su deber. Terrible 29 de noviembre de 1910. Cinco meses más tarde, la política entra "en su vida" al participar en las "turbulencias maderistas" del 24 y el 25 de mayo de 1911.

Intelectual, escritor, revolucionario. Senda por la que transitará, no sin dificultades y dilemas, los próximos 5, 10, 15 años. La Revolución lo pone "en contacto con todo un mundo de posibilidades literarias", confirmándolo en la idea de que nada "era superior al empeño de dar vida artística a las esencias y contemplaciones del hombre, buenas o malas". Pero que también le crea, en tanto espectador y actor, "estados de conciencia destinados a reflejarse en su obra, si llegaba a intentarla". Inequivoca en cuanto mandato de su comportamiento, la Revolución se le mudaba interrogante trágica cuando "intentaba pasar del acto a la idea". Entrechocaban, desgarrándose, su conciencia de las verdades del momento y su "concepto histórico de México". Las primeras tenían a su servicio el contrapeso de la evidencia: la injusticia, la brutalidad, la venalidad, la prepotencia del porfirismo. Sin embargo, esto no conseguía apaciguar el reclamo de su íntima sensibilidad. El quid:

¿Cómo se reflejaría la imagen de la Revolución, cómo la de sus hombres, en el espejo de la historia mexicana?

¿Sería posible limpiarlos de sus impurezas -a ella y a ellos-, y aun de lo que en algunos caudillos, quizás los más salientes, se señalaba como verdaderas deformaciones? 15

No se le escapaba que lo "más inteligente y culto de México" condenaba la Revolución, tildando a Villa, a Zapata, de meros bandoleros —Villa, a quien había visto ganar las grandes batallas de la Revolución; Zapata, quien se le aparecía como el sostenedor, contra viento y marea, "del principio revolucionario que luego se consideraría básico e intocable". ¿Dónde radicaba el mal, dónde el bien? ¿Correspondía al mal hacer el bien? Estas dudas morales influirían en su futura obra: había que dirimir las primero antes de nombrar, designar, la Revolución, centro de sus "cavilaciones de varios años". Hubo, pues,

de someterse a una prolongada suspensión del juicio, para no absolver a ciegas ni caer en la retractación de su entusiasmo de otros días, o en la negación de su propia conducta, o en el desconocimiento de lo que antes reconoció. 16

+

+ +

Pasa a describir el recipiendario sus primeros libros —cuya historia conoce, en las entretelas, uno de los académicos reunidos esa noche de 1959, en la sala Manuel M. Ponce, Alfonso Reyes, compañía del primer exilio madrileño, corresponsal de los años 10, 20, 30; el "Querido Alfonso". Llama Guzmán, al folletín de 1915, "ensayo de coordinación histórica y política nacional"; hebra, acota, en la que podrían engarzarse, con idéntico esplendor que los hechos y los hombres de 1810 a 1821 y los de 1856 a 1867, los de 1910 a 1915 —versión ésta que no aceptamos ni el lector ni yo, en tanto que hallamos en La querrela de México, más que resplandores, apagado ceno, más que el hilo de salvación, la radiografía del laberinto. El opúsculo, sentencia Guzmán frente al Presidente de la República, fue un fracaso. Por culpa de la incapacidad del autor —aquel Guzmán de 28 años, pobre, comido por las dudas, autoexiliado, oscuro, afiebrado por hallar la pista

que explique a México. Aunque hay otra razón:

porque lo esteriliza el ver convertirse en ideas, imágenes que lo cautivan como hombres, y en diagramas y especulaciones teóricas, hechos que para él viven como acontecimientos. 17

No se demora el Guzmán de 67 años, en cambio, en el siguiente libro A orillas del Hudson, prenda de sus afanes de censor de la contienda del poder revolucionario, y explica que, otra vez en el exilio, intenta el camino opuesto:

hacer, con miras a lo que busca, el retrato de sus hombres y la pintura de sus escenas, urdidos los unos con las otras y tramado todo mediante un procedimiento tal que, dando unidad al conjunto, y librándolo de ser historia, o biografía o novela, le comunique la naturaleza de los tres géneros en proporción bastante para no restar fuerza al principio creador ni verdad sustantiva a lo creado. 18

¿Había resuelto, el escritor, el dilema moral? No. Más bien se agravaba. El águila y la serpiente y La sombra del caudillo, no permiten que la Revolución se haga justicia a sí misma, "con ser histórica y artísticamente ciertos los elementos primordiales de la pintura". Aquí Guzmán hace ingresar una explicación no pedida del retiro del ensayista, luego de lo que hemos llamado la apoteosis del narrador. Nuestro personaje, ya célebre, concluyó que para explicar la Revolución no precisaba barajar "conceptos políticos ni leyes sociológicas", ni menos aún, describir a sus protagonistas de manera aislada. Por el contrario, se imponía el estudio total -vida, móviles, consecuencias- de quienes hicieron la Revolución. ¿Y quién mejor que Pancho Villa? Este no sólo había salido perdedor en la lucha por el botín de la Revolución, sino que, por eso mismo, quedaba en desamparo "frente a los juicios que le armaban todos". La Revolución reducíase, entonces, a "la razón de ser de los personajes". Si su papel había sido grande, grandes eran ellos, apreciación que cuadra con su visión del mundo:

toda obra grande que se consumaba gracias a los recursos de una personalidad, elevaba los recursos de la personalidad a la categoría de la obra y redimía a la personalidad de sus aparentes imperfecciones, fuesen las que fueren. 19

A través de la figura, la "personalidad" de Pancho Villa, Guzmán arriba a ciertas "conclusiones de valor histórico".

/a/ Que la Revolución no hubiera podido ser obra de gentes hechas al orden, morigeradas.

/b/ Que biológicamente van juntas la vitalidad, "productora de vehementes virtudes de la acción o de la creación", y cierto desenfreno "en el móvil individual regulador de la conducta".

/c/ Que la Revolución fue hija menos de una preparación ideológica que del instinto; por lo que a los más instintivos correspondió hacer "en ella lo que no era obra de cultura o de civilización".

/d/ Que sin los caudillos y los guerreros ignaros, encarnación de la ineficacia social que los había producido, no habría llegado a imponerse "la aspiración idealista y superior de los revolucionarios por apostolado, por concomitancia, por moralidad o por rebeldía".

/e/ Que en casos como el de Villa podía hallarse algún tipo de providencialismo histórico.

Pero la revelación llega tarde para el escritor. No había forma de recuperar el tiempo invertido en aclarar estados de conciencia y abordajes parciales. Además, estaba, algo más que una vocación, la política, "traducida con frecuencias en afanes periodísticos".

Se acaban las cuartillas que la mano derecha traslada a la mesa de tapete verde. Concluye don Martín con un credo cívico histórico nacional y estas palabras:

Bien pudiera deciros, al acogerme hoy a vuestro reposo, que no vengo de las aulas ni de las bibliotecas, sino del trajín de la calle; pero acaso sea más exacto y justo que me recibáis como a viajero, ya un poco fatigado por los embates de un vivir ardiente, que ha avanzado hasta aquí después de recorrer con los latidos de su corazón los caminos históricos de México, ásperos aunque luminosos. 20

A partir de aquella noche del 54 en la sala Ponce, Guzmán va vistiendo los ropajes de la celebridad. Cuatro años más tarde se publica, en forma de libro, la última obra maestra — salvo lo que oculte el archivo — del narrador, las "muertes" de Porfirio Díaz y de Venustiano Carranza. Llega el homenaje de 1967. Y tras aquel octubre de gloria, el otro, el maldito octubre de 1968. Defensor a ultranza de Díaz Ordaz, Guzmán concita el odio y el desprecio y el olvido.

+

+ +

Apunte sobre una personalidad excede, con mucho, trabajos como Rivera y la filosofía del cubismo, El barro y el oro, Alfonso Reyes y las letras mexicanas, Mi amiga la incredulidad. Basta, él solo, para justificar los empeños del ensayista Guzmán y otorgarle un sitio de distinción junto a sus admirados Justo Sierra o a Alfonso Reyes. El fondo sobrenada en la tersa superficie espejeante; la forma ancla en las profundidades jugosas. Proporción. Precisión. Aunque, desde luego, convengo en que la pieza de marras seguramente responde a una intención política, esto es, hacer entrar la conducta revolucionaria de Guzmán, y la Revolución, y la post-revolución, en el saco retórico de la Unidad Nacional. La revolución unívoca y monolítica, permanente, manto que cobijaba a Ruiz Cortines y a Calles, a Calles y a Villa, a Villa y a Obregón, a Obregón y a Carranza, a Carranza y a Madero. ¿Cuáles escisiones, traiciones, crímenes? Luego de resistirse a ella, de refutarla y condenarla, Martín Luis Guzmán incurría, ay, en la "fábula histórica".

Los restantes escritos de Academia dan constancia de los esfuerzos desplegados por Guzmán para que la Academia Mexicana se independizara de la Española y se cumplieran, en su seno, las Leyes de Reforma.

+

+ +

Doy cumplidas gracias al lector por su atención, y lo invito a realizar conmigo, en unas cuantas páginas, el saldo del ensayista.

Notas

1. O.C., T.I, p. 234.
2. Ibidem, p. 242.
3. Ibidem, p. 281.
4. La revolución es la revolución, pp. 255 y 298.
5. O.C., T.II, p. 1372.
6. Ibidem, p. 1373.
7. Ibidem, p. 1376.
8. Ibidem, p. 1386.
9. Extremos de América, p. 11 - 43
10. O.C. T.II, p. 1353
11. Ibidem, p. 1358
12. Ibidem, pp. 1444 a 1447
13. Ibidem, p. 1345
14. Ibidem, p. 1354
15. Ibidem, p. 1362
16. Ibidem, p. 1363
17. Ibidem,
18. Ibidem,
19. Ibidem, p. 1365
20. Ibidem, p. 209

1	1.0	1
2	1.0	1
3	1.0	1
4	1.0	1
5	1.0	1
6	1.0	1
7	1.0	1
8	1.0	1
9	1.0	1
10	1.0	1
11	1.0	1
12	1.0	1
13	1.0	1
14	1.0	1
15	1.0	1
16	1.0	1
17	1.0	1
18	1.0	1
19	1.0	1
20	1.0	1
21	1.0	1
22	1.0	1
23	1.0	1
24	1.0	1
25	1.0	1
26	1.0	1
27	1.0	1
28	1.0	1
29	1.0	1
30	1.0	1
31	1.0	1
32	1.0	1
33	1.0	1
34	1.0	1
35	1.0	1
36	1.0	1
37	1.0	1
38	1.0	1
39	1.0	1
40	1.0	1
41	1.0	1
42	1.0	1
43	1.0	1
44	1.0	1
45	1.0	1
46	1.0	1
47	1.0	1
48	1.0	1
49	1.0	1
50	1.0	1
51	1.0	1
52	1.0	1
53	1.0	1
54	1.0	1
55	1.0	1
56	1.0	1
57	1.0	1
58	1.0	1
59	1.0	1
60	1.0	1
61	1.0	1
62	1.0	1
63	1.0	1
64	1.0	1
65	1.0	1
66	1.0	1
67	1.0	1
68	1.0	1
69	1.0	1
70	1.0	1
71	1.0	1
72	1.0	1
73	1.0	1
74	1.0	1
75	1.0	1
76	1.0	1
77	1.0	1
78	1.0	1
79	1.0	1
80	1.0	1
81	1.0	1
82	1.0	1
83	1.0	1
84	1.0	1
85	1.0	1
86	1.0	1
87	1.0	1
88	1.0	1
89	1.0	1
90	1.0	1
91	1.0	1
92	1.0	1
93	1.0	1
94	1.0	1
95	1.0	1
96	1.0	1
97	1.0	1
98	1.0	1
99	1.0	1
100	1.0	1

SALDO DEL ENSAYISTA

...me animo a tomar la pluma para exponer arbitrios que si no logran el efecto que me prometo, por lo menos manifestarán mi amor a mis semejantes.

José Antonio de Alzate

En 1908, cuando comenzaba a desentumecerse y a romper sus trabas nuestro débil anhelo de pensar, de hablar y de obrar...

M.L.Guzmán

Mas creo yo también que los rencores políticos engendran las más fuertes pasiones, y que cuando la pasión se entremete, yerra más el juicio de los hombres.

Pancho Villa

The word is late, but the thing is ancient.

Francis Bacon

PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Guzmán, sus pares

Dos querellas —dijimos fijando, centenares de páginas atrás, la hipótesis de trabajo. Martín Luis Guzmán frente a los males -mar de fondo- de su patria; Martín Luis Guzmán frente a su incierto destino de hombre de letras. El censor, el creador. Este libro reconstruye la vía elegida -dentro de lo que se elige sin ceder, conceder- para la resolución ética y estética de ambas querellas: el ensayo —ensayo áspera, tenaz, abrumadoramente político. No sobra decir que esto es obra de influencias exógenas e internas.

Aunque a su modo -atípico, ausentista, antirreglamentario, heterodoxo-, Guzmán es reflejo fiel de su generación; camada a la que desvelan, en primera instancia, el pensamiento y el conocimiento —y sólo después las bellas artes y la literatura. En la época en que yo únicamente sabía del, y apreciaba al, narrador prodigioso, me causaban perplejidad juicios de sus coetáneos referidos a cualidades metanarrativas —como aquel de José Vasconcelos externado a los estudiantes peruanos en 1916: "Guzmán es un espíritu claro y vigoroso que pronto habrá de definirse con inconfundible relieve. Divide su actividad entre el ensayo político y la crítica de los pintores."* Ahora las cosas resultan del todo diáfanas. Nuestro personaje responde en su formación a los dictados del medio, de un movimiento intelectual cuya "exacerbación crítica", nos dice Reyes, "corrofa los moldes literarios", mezclaba los géneros, hacía padecer a la "invención pura". En efecto, entre "la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indicaba ya, por parte de la llamada Generación del Centenario, una preocupación educativa y social. Este solo rasgo la distingue de la literatura anterior, la brillante generación del Modernismo que -ésta sí- soñó todavía en la torre de marfil"**. Generación de filósofos, humanistas, ensayistas. Guzmán uno de ellos. Para culminar el aserto, hago comparecer al santón de aquella revuelta cultural de 1906-1912: Pedro Henríquez Ureña, D. Pedro, "Sócrates". En la central

* Conferencias del Ateneo de la Juventud, p. 132

** O p. Cit. p. 190.

carta que dirige a Alfonso Reyes el día 29 de octubre de 1913, recuento y balance del movimiento intelectual mexicano a partir de Savia moderna, el dominicano define lo "característico" de la generación: "Crítica y filosofía", comprendiendo "Crítica y erudición de la literatura y del arte" —y de la poesía también, añade burlón, "para que no se enojen los poetas".*

Guzmán, su manifiesto

La influencia exógena encuentra en Guzmán terreno propicio para asentarse y florecer. Aneja a una formación en la que campea, más que la literatura creativa, la historia, en su versión liberal-reformista, tenemos la honda crisis de un narrador en potencia al que le han sido negados los dones de la imaginación. Un escritor que sólo puede dar fe, testimoniar: literatura de los sentidos —en la despedida fúnebre de Jesús Urueta dice, como ante un espejo. "Pasó junto a nosotros practicando, acaso sin advertirlo, esta máxima pagana —fuente del patrimonio de luz legado al orbe por el genio mediterráneo—: el arte principia y acaba en los sentidos, no es sino una sensación, ya simple, ya infinitamente complicada.*** Lo visto, oído, escuchado, vivido. Guzmán no acuña frases vacías cuando confía a Carballo, en los sesenta, que el mayor influjo en su estilo es el Valle de México, que su estética es geográfica, que no puede escribir si antes no ve lo que designa.*** Tal es el origen de la sensación casi física que nos depara la lectura de sus narraciones: paisajes, objetos, personajes encarnados. En el intercambio de cartas que sigue a la salida estruendosa, en España, de El águila y la serpiente, Alfonso Reyes propone, y Martín Luis Guzmán acepta, ciertos cambios estilísticos, excepción hecha de aquellos que cancelarían el efecto deseado por el narrador. ¿Qué efecto? El roce, el contacto no sólo político, no sólo trágico, sino corpóreo, de los personajes. Indudablemente, su manifiesto estético se emparenta con el de El renacimiento de Walter Pater, una de las lecturas ateneístas, y con lo

* Correspondencia PHU/AR

** Otras páginas, p. 169

*** Cfr. 19 protagonistas de la literatura mexicana, p. 84

adelanté ya- el de Contra la interpretación, de Sontag, una de las lecturas ultra actuales. Imagino al narrador Guzmán ardiendo en la llama "firme y diamantina" de que habla Pater en la breve conclusión de su libro: "En cada momento surge alguna forma perfecta en la mano, en el rostro; algún tono de las colinas o del mar es más selecto que los demás; algún humor o pasión, vislumbre o excitación intelectual, resulta irresistiblemente real y atractivo para nosotros, pero sólo en ese momento. El objetivo no es el fruto de la experiencia, sino la experiencia misma."* Las formas eternas de la realidad, cuya oculta luz nos permite revelar el arte, halago de los sentidos ---porque en los sentidos nace y muere la belleza, sentenciará Guzmán. Un día de agosto, por ejemplo, sus sentidos descubren -y testimonian- la forma perfecta del paisaje -y el ser- de Roncesvalles:

Largo correr plano y rectilíneo. Acacias con racimos encarnados, acacias con racimos amarillentos. Auritz: caseríos claros, balconcitos con tiestos de flores, serenidad montañosa desprendida del bosque inmediato. Robledal. Claro. Cima. Inminencia de las perspectivas grandiosas. Montañas; nubes; garganta magnífica; torrenteras que confluyen. Luz morada del atardecer; luz azul; luz violeta; luz negra. En el cielo de tempestad, órlase de los nubarrones negros en oro y plata. Elocuencia secular del profundo abismo del valle. Estar de siglos. Sombras de desastre. Magnitudes de epopeya. La verdad literaria es la suprema verdad: Roncesvalles.**

El pasaje -paisaje- anterior fue escrito en 1927. Anunciabase a todas luces opulento, impensado, dueño de técnicas antañonas y novísimas, el narrador Guzmán. Ayuno de imaginación -"invención pura"-, la materia por testimoniar se la conferirá la Revolución mexicana: vértigo, explosión de realidades dignas e indignas, sublimes y atroces. Ahora que, entre tanto surge el narrador, reina el ensayista. Impulsado por Rousseau, Platón, Tácito, Plutarco, el acervo criticismo de su generación y, claro, el oleaje de su íntima tempestad, el primer Guzmán estaba indefectiblemente condenado al ensayo. Género éste que fatiga, con denuedo, lo mismo en los años de formación -Tacuba, Veracruz, México, Phoenix, México, Manhattan, Madrid, Manhattan, Madrid- que después de la apoteosis del narrador

* Op.Cit. p. 126

**Obras completas, T. II, pp. 1669 y 1670

—forma literaria y mental, por otra parte, que, como a Montaigne, le permite también ensayarse a sí mismo.

Hagamos, con la venia del lector, el balance de este D. Martín, nada o poco o insuficientemente conocido, estudiado.

No sin antes, por supuesto, asomarnos a la teoría del género o subgénero en sayo —asomo a vuelo de pájaro ceñido al ámbito hispanoamericano.

TEORIA DEL ENSAYO HISPANOAMERICANO

Años cuarenta

"Muy considerable es la función del ensayo como tipo de prosa en que se exploran y discuten las cuestiones vitales latinoamericanas" —escribió Medardo Vitier en Del ensayo americano, libro precursor aparecido en México en 1945. Privilegiando tres contenidos recurrentes —la cultura americana, los problemas nacionales, la emoción por lo histórico—, el crítico cubano antologa a Sarmiento, Montalvo, Hostos, Rodó, García Calderón, Torres, Henríquez Ureña, Mariátegui, López de Meza, y a dos de nuestros ateneístas, Reyes y Vasconcelos —respectivamente, primer y sexto lugar en la nómina decidida, hacia 1916, por "Sócrates".* Casi todo lo refleja el ensayo, apunta Vitier; "acude solícita esta forma de la prosa a esclarecer buen número de cuestiones"; aunque "no nos da tanto las soluciones, como la conciencia de la realidad" (op. cit. p.13). En la prosa del ensayo entrecruzáanse otras categorías literarias, señaladamente la didáctica y la poesía: "Doctrina, sí, pero diluida en el comentario animado o en la meditación alada" (op. cit. p. 46). Flexible y todo, el género propone —sigue ilustrándonos Vitier— ciertas notas específicas que, gustoso, resumo:

/a/ composición en prosa

/b/ de carácter interpretativo

/c/ transmisora de un punto de vista personal

/d/ de breve extensión

/e/ reveladora de la subjetividad del autor**.

A las anteriores notas, en puridad de verdad, añade Vitier otras. Por ejemplo, el predominio de la exposición sobre la descripción, la narración y la argumentación; también, que el verdadero ensayo debe lograr "cierto elemento creador, o cuando menos, una voluntad de visión personal que hacen del género un instrumento apto para remover las cuadrículas de la rutina en el mundo" (op. cit. p.48). Por último, el ensayo descansa, o no es ensayo, en la insistencia —no confundir

* Cfr. Noticia, p.2

** Ibidem.

la con la reiteración- y la revelación (op. cit. p. 60).

Históricamente, apunta el cubano, el género es una invención compartida del francés Montaigne y del inglés Bacon. Llama el primero a sus textos, "leçons Morales"; y, el segundo, a los suyos, "dispersed meditations" ---antecedentes confesados por uno y otro fundadores: Cicerón, Plutarco, Séneca. A partir de Montaigne (1580) y de Bacon (1597), el ensayo va diferenciando sus particularidades y prende, con variada temperatura, en las naciones ---culturas. Por lo que hace a nuestro ámbito, Vitier acota: "Por acá, en las Repúblicas Hispanoamericanas, se inicia (...) en torno a 1900 el cultivo del ensayo. Fue el tipo de prosa que mejor correspondió al movimiento llamado Modernismo, cuyas innovaciones en la lírica sobre todo han sido de importancia" (op. cit. p. 54). A partir de entonces, no sin contar con valiosos precursores, nuestro ensayo se traslada "de lo abstracto a lo concreto, a las realidades actuales"; el de los "últimos cincuenta años representa, en los autores de más relieve, la conciencia de estos países" (op. cit. p. 57). Hasta aquí Medardo Vitier, quien, el lector ya tomó nota, no incluye en su antología a Martín Luis Guzmán debido, quizá, ora a que el brillo rutilante del narrador ocultaba al ensayista, ora a la dificultad -resuelta sólo una década después- de tener acceso a los papeles del mexicano.

Años cincuenta

"Conocerse, comprenderse, interpretarse a sí misma a través de una heroica auto-crítica que a veces llega a parecer masoquismo (...) tal es el más alto sentido de la ensayística hispanoamericana, expresión del esfuerzo que la conciencia intelectual realiza en este continente" ---escribió Alberto Zum Felde en Índice de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas, corpulento volumen aparecido, también en México, en 1954. A diferencia de Medardo Vitier, que lo data en el modernismo, el erudito uruguayo retrotrae el ensayo hispanoamericano a los tiempos coloniales; sin que por otra parte, a su juicio, el género se trasladara de

lo abstracto a lo concreto, pues desde la cuna misma, abordó la "temática nacional o continental" (op. cit. p. 7). Otra diferencia reside en el hecho de que Zum Felde soslaya la caracterización del ensayo, categoría literaria general, ocupándose, por el contrario, en exclusiva, de los ejemplos del ensayo escrito "en el continente americano" —sin que esto elimine, u oscurezca, la visión o presencia de la cultura europea universal, vara con la que debemos medir en todo momento nuestro esfuerzo intelectual.

La nota predominante de nuestro ensayo, esto es, la temática nacional o continental, "se acentúa, a su vez, por el predominio que (...) asume la sociología" (op. cit. p.9)—situación advertible, asimismo, en la novela. El ensayo europeo, a diferencia del ensayo americano. predominantemente sociológico, "se vincula en mayor grado con los problemas psicológicos, morales y metafísicos" (op. cit. p.10) —distingo aplicable, igualmente, a las novelas europea y americana. Pero sería del todo injusto, y falaz, suponer una simple aplicación de ideas y conocimientos ya dados a una situación particular —"los problemas sociales y culturales propios de nuestra América". Nuestro ensayo -nuestra novela- toca una fibra más honda, y original. "Hay -nos dice Zum Felde- un esfuerzo por hacer -América- conciencia de sí misma, un difícil esfuerzo de autoconocimiento y de autodefinición" (op. cit. p.11). Más allá de la búsqueda o reflexión del progreso -material, político, cultural, educativo-, faz sin duda "inmediata, positiva", está una dimensión "más entrañable, ardua y valiosa". Cito, con largueza inevitable:

Su mejor Ensayística tiene un sentido más medular y trascendental, un sentido de profecía y de destino. Y en medio de ambas, un anhelo de definir la propia posición continental en la historia de la civilización humana, con respecto a la cultura occidental de la que se procede, su posible y necesario estilo -o estilos- de cultura propia, su auténtica personalidad, en suma, todo lo que es aún embrión, virtual, o fuerza subterránea, o forma confusa (op. cit. p.11).

¿Cuáles son los términos conceptuales del determinador -su temática- del ensayo continental, del ensayo y de la literatura americanos? Zum Felde anota

tres —aquejados por fuerza de esquematismo:

/a/ comunidad de orígenes precoloniales y coloniales

/b/ comunidad de factores geográficos y étnicos

/c/ comunidad de lengua*

Ya en el desarrollo del vasto índice, el uruguayo subraya, dentro del ensayismo mexicano, a la generación ateneísta —tan dada al género; ocúpase atinentemente de su profeta, D. Justo Sierra, y de los Caso, asimismo elegidos por Vitier: Alfonso Reyes y José Vasconcelos. De nuestro personaje, cuyo "Justo Sierra" desconoce a todas luces Zum Felde, sólo encontramos una mención hasta eso inexacta: Martín Luis Guzmán aplicado, puntual, reglamentario actor de la Sociedad de Conferencias y del Ateneo de la Juventud.** Caben aquí las posibles justificaciones concedidas a Vitier: brillo arrasador del cronista y novelista/ inaccesibilidad material del ensayo guzmaniano.

Años setenta

"Un repertorio representativo de ensayos franceses o ingleses nos ofrecerían reflexiones sobre cuestiones estéticas, filosóficas, políticas o morales o creaciones y juegos puros de la inteligencia y el ingenio, y sólo en casos excepcionales estos ensayos se limitarían a los problemas nacionales, sin duda porque los autores encuentran sus países ya hechos y cultivados (...) En México, por el contrario, nuestros ensayistas se inclinan insistentemente y tenazmente a explorar una sola interrogante, la realidad y la problemática nacional" —escribió José Luis Martínez en El ensayo mexicano moderno, fundamental antología publicada en 1959 y refundida y aumentada en 1971. Impuesto de los afanes de Medardo Vitier y Alberto Zum Felde, antecesores, el crítico mexicano asedia una caracterización del género aplicable tanto al ensayo general como al ensayo mexicano —cuya particularidad, la nota nacional, no "es exclusiva de México sino propia del pensamiento hispanoamericano" (op. cit. p.12). De dos naturalezas son los rasgos salientes del

* Op. cit. pp. 21 y 22

** Op. Cit. p. 554

género; unos explícitos, otros implícitos. Derivanse, los primeros, de los fundadores, Montaigne y Bacon: "falta voluntaria de profundidad en el examen de los asuntos; método caprichoso y divagante, y preferencia por los aspectos inusitados de las cosas" (op. cit. p.9). A los anteriores, hay que anejar los rasgos nuevos, implícitos, del género -"cuerpo fluido" :

/a/ exposición discursiva en prosa

/b/ extensión variable —pocas líneas o centenares de hojas que requieren ser leídas "de una sola vez"

/c/ producto de la mentalidad individualista, renacentista*

Ensayo: "literatura de ideas"; género híbrido que funde dos categorías diversas -¿opuestas? -: la lógica y la literatura. Trátase, pues, dicenos Martínez, de "una peculiar forma de comunicación cordial de ideas en la cual éstas abandonan toda pretensión de impersonalidad e imparcialidad para adoptar resueltamente las ventajas y las limitaciones de su personalidad y su parcialidad"; "testimonio", "voto personal y provisional" que, empero, demanda "en mayor o menor grado de algún rigor expositivo". En la variada dosificación de estos dos elementos, originalidad por una parte y rigor lógico por otra, halla el autor el origen de las dos líneas ensayísticas dominantes. La línea Montaigne: subjetiva, libre, caprichosa. La línea Bacon: expositiva, orgánica, impersonal (op. cit. pp. 10 y 11).

Tras los pasos -incompetentes para Zum Felde- de Medardo Vitier, José Luis Martínez distingue, el ensayo, de formas afines: el artículo, el estudio crítico, la monografía, la crítica literaria y el tratado. Ahora bien, el ensayo, puro o mezclado, adopta por lo regular, las siguientes modalidades:

/a/ creación literaria —"invención, teoría y poema"

/b/ breve, poemático

/c/ fantasía, ingenio o divagación

/d/ discurso u oración

/e/ interpretativo

* Op. cit. p. 9

/f/ teórico

/g/ crítica literaria

/h/ expositivo

/i/ crónica o memorias

/j/ breve, periodístico*

Protoensayistas mexicanos son los cronistas y humanistas; ensayistas mexicanos a veces cabales son los escritores del XIX acogotados por una acre conciencia histórica y un afán de discernir la realidad social de la hora. Empero, "sólo en las postrimerías del siglo la sensibilidad que despierta el Modernismo por una prosa más ceñida y elegante, por una expresión más intencionada, y original, llevará a nuestros escritores a realizar plenamente la incierta forma literaria que se llama ensayo" (op. cit. p.17). Ciertas notas del ensayo mexicano moderno, cuyo arranque hemos visto, notas por cierto propias de carácter mexicano, son: sobriedad, delicadeza, nacionalismo acendrado, mesurada gravedad, universalismo (op. cit. p.23). Hasta aquí José Luis Martínez, quien, por tratarse la suya de una antología del ensayo no político, recoge justa pero magramente la producción guzmaniana; si bien al punto lamentamos la ausencia notable de Apunte sobre una personalidad —ensayo de la madurez que participa de numerosas modalidades: "de creación", "discursivo u oratorio", "crónica o memorias."

Años ochenta

"El ensayo es una meditación escrita en estilo literario; es la literatura de ideas y, muy a menudo, lleva la impronta personal del autor. Es prosa pero no ficción" —escribió John Skirius en El ensayo hispanoamericano del siglo XX, compilación aparecida en 1981. El crítico norteamericano, como se advierte, transita el camino preceptivo desbrozado por Medardo Vitier y José Luis Martínez; enseguida trae a cuento -exhuma- al Ortega y Gasset de las Meditaciones del Quijote -"el ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita"- y al Alfonso Reyes

* Op. cit. pp. 13 y 15

de la afortunadísima definición: "este centauro de los géneros, donde hay de to do y cabe todo" (op. cit. p.10). Pero eso no es todo; Skirius encuentra una común y decisiva procedencia del ensayo estudiado, el hispanoamericano del presen te siglo, y cuatro impulsos básicos de la ejecución del género.

La procedencia es el periodismo; "muchos ensayos hispanoamericanos moder- nos incluidos en libros tienen entre cinco y quince páginas de extensión porque fueron escritos originalmente para periódico o revistas" (op. cit. p.12). Más ya sea que se exprese o no a través de la prensa, el ensayista actúa movido por impulsos tales como:

- /a/ confesarse
- /b/ persuadir
- /c/ informar
- /d/ crear arte*.

Estableciendo que mientras los ensayistas del XIX "estuvieron más seguros de sí mismos al proponer programas de reforma", los ensayistas del XX "tienden a describir y enunciar problemas, no a resolverlos" -lo que no les impide actuar como "estadistas, políticos, conferencistas, educadores, académicos, editores, directores de publicaciones y periodistas"-, Skirius analiza la intensi dad de las cuatro motivaciones en el ensayo moderno de Hispanoamérica. La más débil es la confesional. El resorte persuasivo radica, por su parte, en la "exposición de ideas, opiniones y teorías, con la intención de ganar adeptos" ---el ensayista "tiene su causa favorita, y espera inluir en su público con un sermón; "sacerdote secular sube a su púlpito" (op. cit. p.14). La motivación informativa ha destilado innumerables radiografías, diagnósticos innumerables, acer ca de las culturas nacionales y los problemas contemporáneos (op. cit. p.17). Finalmente, el "propósito estético es un denominador común de todos los ensayos literarios"; abundan los préstamos impuestos al cuento, a la narrativa, a la poe sía e, incluso, al teatro (op. cit. pp. 14 a 16). El crítico norteamericano,

* Op. cit. p.13

que por cierto aporta lo suyo a la lista de definiciones sintéticas -"el ensayo, esa radiografía instantánea"-, destaca, entre otros, dos de los temas favoritos del ensayo hispanoamericano: el viaje/ el papel del escritor en su sociedad. Hasta aquí John Skirius, quien, por cierto, aunque lo reputa genio, no compila, extraña, inexcusablemente, ensayo alguno de D. Martín ---sin que valgan, en su caso, las excusas concedidas a Medardo Vitier y Alberto Zum Felde; cuyas obras aparecieron antes de que se empezara a difundir, a partir de 1958, al otro Guzmán, el ensayista.

A MODO DE CONCLUSIONES

Reglas del juego

Contamos con una edición autorizada de la obra de Martín Luis Guzmán: la que él mismo arregló en dos tomos, a medidados de 1961 ---a estas alturas de los ochenta ya debería haber aparecido, alejando incurias, codicias, desacuerdos o qué sé yo, por lo menos un tomo con parte de la obra inédita o dispersa. El censo arroja 17 títulos. de los cuales 6 son claramente ensayos: La querrela de México (1915), A orillas del Hudson (1920), Otras páginas (1958), Academia (1959), Pábulo para la historia (1961) y Necesidad de cumplir las leyes de Reforma (1963). A este conjunto yo me atrevería a añadir dos títulos más: Febrero de 1913 (1963) y Crónicas de mi destierro (1964), en razón de que, el primero, hace señorear al ensayista -lo que no sucede en Muertes históricas, botín espléndido del narrador-, mientras que el segundo guarda, predominantemente, el sabor estilístico de los ensayos del primer exilio: 1915/1929 ---las crónicas corresponden al segundo exilio: 1925/1936.

Aclaro, sin embargo, que mi balance del ensayista Guzmán en modo alguno se limitará a la prueba estadística, valiosa por sí misma; prueba que señala un porcentaje del 35.28% de ensayos o incluso, del 47.04%, en caso de aceptarse, como lo propongo, un porcentaje mayor de libros, 8 de 17 en vez de 6 de 17. No. Más allá. De las cifras, sometemos la producción ensayística de D. Martín a tres cues

tionamientos, a saber:

- /a/ Su correspondencia con la teoría del ensayo hispanoamericano
- /b/ Su aportación al ensayo patrio
- /c/ Su valor intrínseco.

Procedamos.

Primer cuestionamiento.

Verdad es que a diferencia de Martínez, ni Vitier ni Zum Felde ni Skirius otorgan a Guzmán la condición de ensayista; ausencia, culpa, me temo, de la crítica, que no del autor norteño. Veamos.

La querrela de México y numerosos escritos recogidos luego de aparecer en la prensa, en A orillas del Hudson, Otras páginas y Academia, no únicamente obsequian en alto grado la preceptiva minuciosa de Medardo Vitier -prosa interpretativa breve, personal hasta la subjetividad-, sino que se encasillan, con naturalidad, en su tríada clasificatoria: la cultura americana/ los problemas nacionales/ la emoción por lo histórico. Como ilustres ejemplos del primer contenido, podemos citar: "El concepto de la educación", "Alfonso Reyes y las letras mexicanas". "Diego Rivera y la filosofía del cubismo", "Justo Sierra", "Jesús Urueña", etcétera; como ilustraciones, también notables, del segundo contenido, tenemos: "La inmoralidad del criollo", "El valor de la paz", "La política mexicana", "México y la religiosidad contemporánea" o "Semana de idolatría". En cuanto al tercer contenido, esto es, la "emoción por lo histórico", baste mencionar "El barro y el oro", "La intervención y la guerra" y "La llave de las naciones" ---y, si se aceptara mi propuesta de considerarlo ensayo histórico, el librito Febrero de 1913. Pero, ¿y en cuanto a las otras notas señaladas por el crítico cubano, la creatividad y novedad, la insistencia y la revelación? Respuesta: el cotejo sigue favoreciendo a D. Martín. Aduzco, como botín de la creatividad ensayística de nuestro personaje, dos ases: "Diego Rivera" y su "Apunte sobre una personalidad". Inusitados, novedosísimos, son, por su parte, "Frente a la panta

lla", "Mi amiga la incredulidad" o "La ciudad accidental". Además, el ensayista Guzmán insiste -sin repetirse-, insiste una y otra vez hasta cosechar la pulpa jugosa de la revelación. ¿Qué revelación?. Ni más ni menos que el entramado de la vida nacional, fondo de sus narraciones. De haberla conocido, Vitier, estoy cierto, habría considerado la obra ensayística de Guzmán espacio privilegiado donde se "exploran y discuten cuestiones vitales latinoamericanas".

+

+ +

Pasemos a Zum Felde, quien también estima, al ensayo, herramienta de la conciencia hispanoamericana -herramienta que en ocasiones hiere al que, masoquista, la blande. El perfil desbastado por el uruguayo parece inspirarse en el mexicano. No exagero. Autoconciencia, autodefinition, no pocas veces crudas y crueles, son divisas guzmanianas. ¿A qué otro blanco, sino al del conocimiento mexicano, dispara sus dardos? ¿Qué caso, aparte del suyo, nieto renegado del positivismo, admirador no obstante de Gabino Barreda, patentiza, con vigor mayor, el enfoque sociológico trasladado a la política, la educación, la cultura, el civismo, el ejército, las elecciones? ¿Quién, entre sus pares, puede ostentar con mejores títulos la obsesión de la "temática nacional"? De Guzmán debe predicarse lo que Guzmán predicó de Angel de Campo: "Nacional es su lenguaje: nacionales sus asuntos; nacional su manera." ¿Quién más teje y desteje, sin sosiego, los hitos del acontecer mexicano posterior a la conquista ---la Independencia, la Reforma, la Revolución? Y por si no fuera suficiente lo antedicho, ¿acaso no hallamos en los ensayos de Martín Luis Guzmán, relativos a la politiquería mexicana, al poder faccioso, al papel del intelectual, a la intolerancia religiosa, a la heroicidad del presidente asesinado Madero, al miedo civil, al porfirismo de segunda mano, a la cultura nacional, al manifiesto intelectual atenefista, a la intervención norteamericana en la vida del país, al petróleo, esas notas del gran ensayo hispanoamericano que con agudeza anota Zum Felde, esto es, la profe

cia y el sino? ---terreno, lo sé, que casi cubren por entero Vasconcelos y su tú
nica bíblica. ¿No abrasa, por lo tanto, a Guzmán -llama fría- el apremio de que
germine el embrión de la civilidad, se forme lo informe, aflore a la superficie
la linfa del México nuevo adivinado por los reformadores del XIX? Esto por lo
que hace a Alberto Zum Felde, a cuyas manos, es evidente, no habían llegado, cu
do redactó su musculoso índice, ni la edición de Imprenta Castellana ni el volu-
men impreso por Botas.

+

+ +

Si José Luis Martínez incluye a D. Martín en su antología, es porque el en
sayo guzmaniano se ajusta a la preceptiva del género; reproduce, en diversa medi
da y con diversa suerte, los rasgos explícitos e implícitos de ese "cuerpo flui
do". Estoy segundo de que el crítico, de haber cotejado su sistema con cada tex-
to antologado, habría destacado como Guzmán obsequia, equilibradamente, las dos
categorías cuya mezcla produce el ensayo; quiero decir, la literatura -originali-
dad- y la lógica ---rigor expositivo. Así como que, dentro de la línea Bacon -ex
positiva, orgánica, impersonal-, el norteño cuenta con material suficiente y va-
riado para ser colocado en cada casilla de las modalidades enlistadas. Creación
literaria: "En México, a la oración"; breve, poemático: "Poema de invierno"; fan
tasia, ingenio o divagación: "Mi amiga la incredulidad"; discurso u oración: "Re
volucionarios y federales", "Jesús Urueta"; interpretativo: "Barbarismo y crimen";
teórico: "La política mexicana"; crítica literaria: "Alfonso Reyes y letras mexi
canas"; expositivo: "De las revistas"; crónica o memorias: "Camino, ventas, cum
bres"; y breve, periodístico: "Automats, cafeterías, Unions y Co-ops" ---con ca-
sôs fronterizos, o de encuentro, como Apunte sobre una personalidad, extenso en-
sayo deudor de modalidades varias como la creación literaria, el discurso, la ex
posición y la crónica o memorias. Desde el punto de vista histórico, Guzmán em-
pieza a "ensayar" apenas un puñado de años después de que, con el Modernismo, sur

ge el ensayo hispanoamericano; reflejando, desde el comienzo, las notas del ensayo mexicano -del carácter mexicano-; sobriedad, nacionalismo, preocupación por la ecúmene, etcétera. Finalmente, puedo asegurar que si en lo futuro José Luis Martínez incorpora a su lista una modalidad más, la del ensayo polémico o polémica, espigará con éxito en la producción guzmaniana. Pienso de idolatría, Escaramuza de ropas talaras y las aclaraciones a las Memorias de don Adolfo de la Huerta ---¿D. Adolfo víctima del periodismo, D. Martín cómplice de politiquería?

+

+ +

¿Qué otra definición conviene a los textos guzmanianos de La querrela de México, A orillas del Hudson o Academia -por citar ejemplos rotundos- que la de meditaciones en estilo literario, literatura de ideas, prosa non fiction? Ninguna sino acabadamente ésta, elaborada por John Skirius. Del mismo modo, encaja la ensayística de Guzmán en el resto del sistema. La mayor parte de los escritos aparecieron originalmente en medios periodísticos, las revistas y los diarios a los que el norteamericano se vinculó en México, Nueva York y Madrid. Inquieta al otro Guzmán el papel del intelectual en la sociedad mexicana ---de la conquista en adelante, pasando por el XIX, sin exentar el periodo de las armas y del poder revolucionarios. En cuanto a los motivos que, aislados o en cortejo, orillan a la escritura ensayista, D. Martín incurre cuando menos en uno. Es evidente que el futuro autor de Muertes históricas no se confiesa, no al modo vasconceliano, desinhibido y estrepitoso ---aunque, aclaro, puede reconstruirse a través de sus ensayos un autorretrato, si no íntimo, sí político o ideológico. También es evidente que no lo orilla, como por ejemplo acontece con Reyes, la necesidad compulsiva de informar a los lectores de los que sucede en la tierra y el cielo ---y en el inframundo y en el cosmos; ni La querrela, ni los despatches neoyorkinos abundan en hechos, datos, anécdotas ---material que, en cambio, sí encontramos en las crónicas francesas y españolas. Por lo que hace al resorte esteticista,

creador del arte, salta, a su vez, a la vista, que Guzmán, acicateado por la exposición crítica -mezcla de frialdad científica, audacia y temeridad-, de los problemas patrios -educación, cultura, política interior y exterior-, hace a un lado la preocupación artística ---que, en cambio, estala incontenible en los afanes del narrador. Salvo excepciones contadas con los dedos de la mano, el Guzmán ensayista sobresale, estilísticamente hablando, por su contención, astringencia. Si el ensayo es el juego libre de la lógica y la literatura, rigor mental y poesía, no cabe duda de que nuestro personaje arroja toda la jugosa carne de su estro preferentemente en el asadero de la narrativa ---crónica, novela, "muertes". Así pues, por eliminación, su motivo no es ni la confesión ni la información ni la factura del arte sino la persuasión de lector ---lector selecto, en modo alguno masivo. En efecto, desde el folleto de 1915 -en cuya portada e interiores se advierte que nada "es posible sin la reforma moral de algunos"-, Guzmán expone insistente, reveladoramente, "ideas, opiniones y teorías", con la intención flagrante de ganar adeptos ---la minoría rectora y mentora, insisto; Guzmán tiene, desde los años mozos, su "causa favorita" ---la construcción final del México cívico, civil; espera influir en su "público" lanzado diaria o hebdomariamente sermones escritos. Se dirige a sus pares, al claustro universitario, a los hombres del poder, esa galería inmortal: Carranza, Obregón, Diéguez, Calles, Iturbe, Villa, Blanco, Angéles, Maytorena. Esta es, por cierto, la sola parte del ensayo guzmaniano que contradice la teoría de Skirius. Siendo ensayista del siglo XX, Guzmán más lo parece del XIX. Como los de este siglo, además de anunciar problemas, aspira a resolverlos.

Bien. Se preguntará el lector:

- Visto lo anterior, ¿por qué diantres no antologa John Skirius a Martín Luis Guzmán?

Respuesta:

Por razones que van del respeto irreflexivo al lugar común -"¿Guzmán? ¡Ah,

el muralista de la revolución!"-, a la indolencia crítica. Apunto, respecto al último motivo, que tampoco se antologa, usualmente, a otros ensayistas del Ateneo de la Juventud como Antonio Caso, Julio Torri, Fernández MacGregor, González Peña, Jesús T. Acevedo, Diego Rivera, etcétera. En tratándose de Skirius, no caben por otra parte, la justificación que exonera a Medardo Vitier y a Alberto Zum Felde. Para 1981, año de la aparición de El ensayo hispanoamericano del siglo XX, hacia buen rato que el ensayo de Guzmán se hallaba a la mano de quien, crítico, lector, historiador, curioso, quisiera conocerlo ---siempre con resultados proficuos, como diría Yáñez.

Segundo cuestionamiento

Que desde el punto de vista de la retórica literaria, los textos de Martín Luis Guzmán abocados a la meditación/exposición de las "cuestiones palpitantes de México", tipifiquen la figura ensayo, como espero haberlo demostrado, no basta para nuestro propósito ---propósito vindicatorio y simplemente crítico. ¿El empeño del autor protagonista del fin del antiguo régimen y del nacimiento del nuevo, der la lucha de facciones revolucionarias, del surgimiento de la segunda república española y de la Unidad Nacional, le asegura, más allá de la forma, un sitio en la ensayística ya no digamos latinoamericana sino, tan sólo, mexicana? La respuesta es holgadamente positiva. Por lo siguiente:

/a/ Seca, sin follaje, la ensayística de Martín Luis Guzmán contribuye a fundar el conocimiento, ajeno a la superstición y a la fábula, de México.

/b/ El ensayo guzmaniano inaugura, entre nosotros, el análisis no por superficial menos perspicaz de la clase del poder y sus costumbres.

/c/ El ensayo de Guzmán inaugura, también, aquí, el discernimiento de supraestructuras tales como la "intelligentzia" o intelectualidad.

/d/ En momentos en que la violencia, la persecución y la lucha armada por e poder, oscurecían el panorama, D. Martín joven interroga asuntos tales como el

caudillismo electoral, el partido revolucionario, la real oposición, la real democracia.

/e/ El ensayo "Justo Sierra", en su modalidad "discurso u oración", funda la, todavía en pañales, historia de la cultura mexicana del siglo XX.

/f/ La "revuelta cultural" que anticipa y acompaña un largo trecho a la revolución armada, tiene en el ensayista Guzmán a un crítico dotado y puntual, a la altura de Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, sus pares.

/g/ El ensayo guzmaniano anticipa una de las modas académicas y periodísticas de la postrevolución: la sociología del porfirismo.

/h/ Vista en su conjunto, la obra del ensayista, sin desdoro de la originalidad del norteño, más bien gracias a ella, informa a los lectores de entonces y de hoy una diáfana radiografía de las ideas en retirada, nacies o sobrevivientes a lo largo de finales del porfirismo, del maderismo, del constitucionalismo, de la lucha de los caudillos y de la institucionalidad ---hasta el sexenio de Cárdenas, a partir del cual la pluma del "censor", descolocada, se coloca.

Tercer cuestionamiento

Asiste, por ende, la razón a quienes, como José C. Valadés en los treinta y Arturo Delgado en los setenta, atribuyen a Guzmán el papel de inventor -uno de los inventores- del estudio -no únicamente pincelada- de lo mexicano ---estemos o no de acuerdo con la entidad lógica de semejante categoría cultural, antropológica. Tarea realizada, entre los diez y los cuarenta, "sin ira y con provecho", pero bajo los signos, hoy visibles, de la insistencia y la revelación, el destino y profecía, la originalidad y el rigor, la propaganda de una causa. Pero, ¿qué queda del cortejo inevitable entre el ensayista y el narrador, hay un valor autónomo de la ensayística guzmaniana? Si lo hay, y a estas alturas terminales del presente libro resulta más sencillo, y confortable, probarlo. Veamos ---bastando dos incisos.

/a/ El ensayo enriquece el estudio de las fuentes del narrador. Empobrece su objetivo el estudioso que, tras las huellas de El águila y la serpiente, La sombra del caudillo o Muertes históricas, se contenta con los orígenes convencionales: la Revolución Mexicana/ la biografía del autor. Menester es añadir -considerar- una fuente más, clave, textual: el ensayo ---La querrela de México, A orillas de Hudson, Otras páginas, Academia, Crónicas de mi destierro. El otro Guzmán, medio desconocido, dilata notablemente el estudio del Guzmán hiperconocido. El ensayo, por ejemplo, enriquece el estudio de la óptica o punto de vista del narrador ---aspecto que interesa sobremanera a los críticos de las últimas generaciones. El estudio del perfil intelectual, y político, de Guzmán y de su narrador, no puede seguir limitándose a los trozos autobiográficos de El águila y la serpiente; por el contrario, demanda la lectura cuidadosa de los discursos de la etapa maderista, de los despatches posteriores a 1915, en especial de La querrela de México y no obstante sus retoques con vistas a las nuevas circunstancias -la reconciliación- de Apunte sobre una personalidad. Adelanté, y ahora lo corroboro, que El águila y la serpiente, La sombra de caudillo y Muertes históricas ilustran, hasta opacarlos naturalmente, devorarlos como el león a la oveja, los ensayos que en el tiempo los preceden.

/b/ Algunos momentos del otro Guzmán son sin rebozo literatura; notable o de plano altísima literatura -fondo y forma ardiendo a la misma temperatura-, textos dignos de figurar al lado -lado modesto- de los portentos del narrador. Pienso en el "Justo Sierra", en la despedida a Urueña, en la deliriosa divagación sobre el "remingtonismo", en el análisis de la literatura nacional a través de El suicida de Reyes, en la inquisición de la inmoralidad de las clases dirigentes que tensa La querrela de México, en los pasajes palmariamente reflexivos de El águila y la serpiente, en los aforismos medio ensayísticos de La sombra del caudillo y Las memorias de Pancho Villa, en instantes de la meditación histórica Febrero de 1913. Tal es, entiendo, el criterio de las antologías guzmanianas

verificadas por Ermilo Abreu Gómez.

Hasta aquí.

Lamentamos, como usted, que el Martín Luis Guzmán de los años sesenta no haya tenido la presencia de ánimo, la integridad, los reflejos culturales necesarios, los arrestos, para ponerse, como tantos y tantos, en entredicho. Quemar las naves ---o, según su teoría de acontecimiento cortesiano, quemarles las naves a los pusilánimes. No me imagino, en México, un más alto espectáculo de la crítica, que el de D. Martín volviendo por sus fueros, despojándose de los entorchados, hundiendo su pluma en la carne fofa de la revolución traicionada. Otro fue, empero, su designio personal. Cada día más sordo a la realidad viva -iél, artifice de un platonismo realista y sensual!-, institucional contra viento y marea, apologista de una prensa sin libertad de, sobrevivió con exceso a su camada: Caso, Reyes, Torri, "Sócrates", Cravioto, González Peña, Vasconcelos, Rafael López. A su camada y a quienes posaron para sus retratos, de tan artísticos, de carne y hueso. Lo que no impide, sin embargo, el diálogo posible y fecundo de su obra con usted, conmigo, con nosotros, con este hoy a la deriva.

Río Mixcoac
Ciudad de México
Siendo las 16 horas del 24 de julio del 83.

POSDATA

Escribo las presentes líneas en el hotel Emily Morgan, a unos pasos de El Alamo ---en estos parajes fronterizos redactóse al parecer el maderista Plan de San Luis; José Vasconcelos y nuestro personaje fatigaron esperanzas revolucionarias en horas siniestras; publicóse en La Prensa por entregas la versión periodística de La sombra del caudillo.* Terminada, en lo esencial, la revisión de La querrela de Martín Luis Guzmán, releo -mero solaz- su "Justo Sierra" y su "Jesús Urueta", muestras de la gratitud que sin retobos ni melindres, despliega sus alas cadenciosas. No sin sorpresa descubro la venganza que D. Martín, menospreciado, cobra a la posteridad. Mientras a unos meses del centenario de su nacimiento -6 de octubre de 1987-, persistimos en no juntar "hoja por hoja y tallo por tallo en el huerto de su vida fecunda" -elegía a Sierra-, en no mostrarnos en su caso ilustre "ecuanímes, justos, generosos" -elegía a Urueta-, la realidad imita a sus ensayos ---los más esclarecidos, los de antes de la "rendición" del censor. Porque, y el lector no me permitirá mentir, ¿qué otros asuntos conturban a los hijos de nuestra República menoscabada, sino justamente aquellos que desvelaron los días neoyorkinos y madrileños de Guzmán? El poder faccioso ---cualquier poder faccioso: político, cultural, económico; la democracia viva, no declamatoria o formalmente electoral; la politiquería religiosa; la tradición liberal; la creación de una cultura hija de lo propio y lo universal; la obediencia política ciega a diestra y siniestra, infamia cívica; los diversos grados de la intervención norteamericana en los asuntos internos; el miedo civil; la purga de la rebotante inmoralidad pública. El ensayista Martín Luis Guzmán vive. Estrella de Oriente rutila de nuevo en el horizonte del Anáhuac.

San Antonio, Texas
julio de 1986.

Un mes después.

Como un eco de La querrela de México y otras páginas descarnadas, enemigas

* Varios capítulos más extensa que la versión libresca.

de la fábula histórica, clarinadas críticas, invocaciones del rigor, leo esta profesión de fe de Octavio Paz, una de las voces más influyentes del México de nuestros días. "La lucidez no es enemiga sino espuela de la creación. Nada le hace más falta a nuestros pueblos que practicar el examen de conciencia. Es el arte más difícil ---y el más urgente. Aprender a dudar es aprender a pensar" (Vuelta 117, p. 9).

B I B L I O G R A F I A

- ABREU Gómez, Ermilo: Martín Luis Guzmán y su obra. México: Empresas Editoriales, S.A., 1968.
- BARREDA, Gabino: Estudios. México: UNAM, 1973.
- BULNES, Francisco: Páginas escogidas. México: UNAM, 1968.
- CABRERA, Luis: La revolución es la revolución. México: Ediciones del Gobierno del Estado de Guanajuato, 1977.
- CARBALLO, Emmanuel: 19 protagonistas de la Literatura Mexicana del siglo XX. México: Empresas Editoriales, S.A., 1965.
- Casa del Tiempo, vol. II, No. 16, diciembre de 1981.
- COMTE, Augusto: Ensayo de un sistema de política positiva. México: UNAM, 1979.
- Correspondencia Alfonso Reyes/Martín Luis Guzmán. México: Capilla Alfonsina.
- Correspondencia Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. México: Capilla Alfonsina.
- COSIO VILLEGAS, Daniel: Extremos de América. México: FCE, 1949.
- DELGADO González, Arturo: Martín Luis Guzmán y el estudio de lo mexicano. México: SEP, 1975.
- ESCALANTE, Evodio: Tercero en discordia. México: UAM, 1982.
- GLANTZ, Margo: Repeticiones. México: UV, 1979.
- GRAMSCI, Antonio: Los intelectuales y la organización de la cultura. México: Juan Pablos Editor, 1975.
- GUZMAN, Martín Luis: Obras completas. México: Compañía General de Ediciones, S.A., 2 T., 1971.
- HERNANDEZ Luna, Juan: Conferencias del Ateneo de la Juventud. México: UNAM, 1962.
- HENRIQUEZ Ureña, Pedro: Obra crítica. México: FCE, 1981.
- HENRIQUEZ Ureña, Pedro: Desde Washington. La Habana: Cuadernos Casa 14, 1975.
- La cultura en México, suplemento de Siempre, núm. 780.
- KRAUZE, Enrique: Caudillos culturales de la Revolución Mexicana. México: Siglo XXI, 1976.
- MARTINEZ, José Luis: El ensayo mexicano moderno. México: FCE, 2 T., 1971.
- Mascarones, boletín del CEPE. México: UNAM, núm. 2, 1983.
- PATER, Walter: El renacimiento. Barcelona: Icaria, 1981.

- QUIRARTE, Martín: Gabino Barreda, Justo Sierra y el Ateneo de la Juventud. México: UNAM, 1970.
- REYES, Alfonso: Pasado inmediato. México: FCE, T.XII, 1960.
- ROJAS Garcidueñas, José: El Ateneo de la Juventud y la Revolución. México: BINEHRM, 1979.
- SAVIA MODERNA/NOSOTROS, Revistas Literarias Mexicanas Modernas. México: FCE, 1980.
- SILVA Herzog, Jesús: Breve historia de la Revolución Mexicana. México: FCE, 2 T., 1965.
- SKIRIUS, John: El ensayo hispanoamericano del siglo XX. México: FCE, 1981.
- SONTAG, Susan: Contra la interpretación. Barcelona: Seix Barral, 1969.
- Tiempo. Suplemento de aniversario, vol. LXXII, núm. 1859, 19 de dic. de 1977.
vol. LXXIV, núm. 1911, 18 de dic. de 1978.
- TORRI, Julio: Diálogo de los libros. México: FCE, 1980.
- VALADES, José C.: Las memorias de Adolfo de la Huerta. Yucatán: Talleres de la Compañía Tipográfica, 1930.
- VASCONCELOS, José: Memorias. México: FCE, 2 T., 1982.
- VILLEGAS, Abelardo: La filosofía de lo mexicano. México: UNAM, 1979.
- VILLEGAS, Abelardo: Positivismo y porfirismo. México: SEP, 1972.
- VITIER, Medardo: Del ensayo americano. México: FCE, 1945.
- ZAITZEFF, Serge: El arte de Julio Torri. México: Oasis, 1983.
- ZEA, Leopoldo: El positivismo en México. México: FCE, 1968.
- ZUM Felde, Alberto: Índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas. México: Editorial Guaranía, 1954.

INDICE

ACLARACION

NOTICIA

PRIMERA PARTE: ¡GUZMAN HA MUERTO! ¡MUERA GUZMAN!

LIBRO PRIMERO: LOS AGRAVIOS

1. 23 de diciembre del 76
2. Hablando claro
3. Notas

LIBRO SEGUNDO: REPLICAS

1. 6 de octubre de 1967
2. La vieja historia
3. Notas

LIBRO TERCERO: TOCANDO FONDO

1. El inciso /b/
2. Otra vuelta de tuerca
3. Comentario conjunto
4. Pez en el agua
5. La herida que no cicatriza
6. Notas

LIBRO CUARTO: MI PUNTO DE VISTA

1. El hombre con atributos
2. Atributos civiles
3. Notas

SEGUNDA PARTE: FOLLETINISTA POLITICO

LIBRO PRIMERO: SIN IRA Y CON PROVECHO

1. Nueva York, 1916
2. La etapa de Torrijos
3. Notas

LIBRO SEGUNDO: EL BARRO COMO BARRO

1. Introducción
2. País a la violeta
3. La inconsciencia moral del indígena
4. Notas

LIBRO TERCERO: EL MAL DE FONDO

1. La inmoralidad del criollo
2. Bovarismo y crimen
3. El concepto de la educación
4. Notas

LIBRO CUARTO: LA PAZ Y LA GUERRA

1. El valor de la paz
2. La intervención y la guerra
3. Testimonio de un lector
4. Notas

TERCERA PARTE: LA REVUELTA CULTURAL

LIBRO PRIMERO: ARMAS DE LA CRITICA

1. 22 de marzo de 1908
2. Apunte sobre una infancia
3. La marcha de las antorchas
4. Notas

LIBRO SEGUNDO: EL BANQUETE PROHIBIDO

1. 1906
2. Preámbulo del Ateneo
3. Notas

LIBRO TERCERO: EL ATENEO DE LA JUVENTUD

1. La(s) lista(s)
2. Nuestro personaje
3. Notas

LIBRO CUARTO: CAMINOS SEPARADOS

1. Escasa concurrencia
2. Defraudadas ilusiones revolucionarias
3. Notas

CUARTA PARTE: MANHATTAN

LIBRO PRIMERO: EL GUARDIAN TRAS LA FRONTERA

1. Herencia y ruptura
2. El Ateneo de Guzmán
3. Un nuevo libro
4. Notas

LIBRO SEGUNDO: POLITICA Y POLITIQUERIA

1. Una novedad de 1920
2. El poder salvaje
3. El imperio, de nuevo
4. Los intelectuales
5. Madero
6. Notas

LIBRO TERCERO: PASADO (CULTURAL) INMEDIATO

1. El puente venerable
2. El ateneísmo esencial
3. Poemas y ensayos
4. Notas

QUINTA PARTE: REGRESO AL ANAHUAC

LIBRO UNICO: EL PARTIDO REVOLUCIONARIO

1. Bajo el Ajusco
2. La sucesión de Carranza
3. Mecánica electoral
4. El freno
5. Mensaje a los revolucionarios
6. El desastre
7. Notas

SEXTA PARTE: MIENTRAS EL HURACAN RUGE

1. El periodismo, las peñas
2. Intermedio parisino
3. Apoteosis del narrador
4. La República
5. Notas

SEPTIMA PARTE: LA RENDICION DEL CENSOR

LIBRO PRIMERO: 1936-1942

1. Por el camino de Villa
2. El empresario
3. Notas

LIBRO SEGUNDO: 1942-1963

1. Introducción
2. ¿Pábuo para la historia?
3. Custodio de la Reforma
4. Otro rayo verde
5. Notas